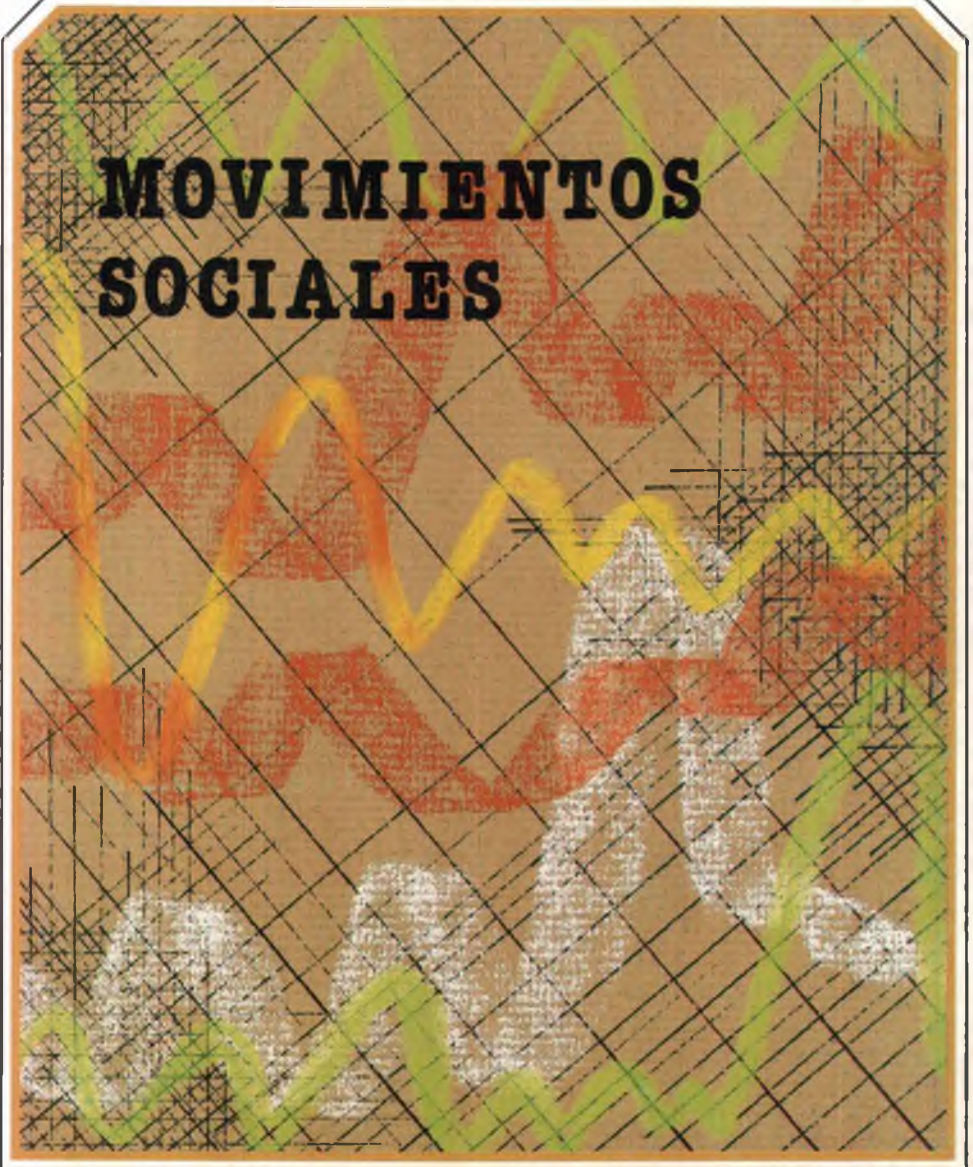


DOCUMENTACIÓN SOCIAL

REVISTA DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA

MOVIMIENTOS SOCIALES



DOCUMENTACION SOCIAL

REVISTA DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGIA APLICADA

N.º 90

Enero-Marzo 1993

Consejero Delegado:

Fernando Carrasco del Río

Director:

Francisco Salinas Ramos

Consejo de Redacción:

Javier Alonso

Enrique del Río

Carlos Giner

Miguel Roiz

María Salas

José Sánchez Jiménez

Colectivo IOE

EDITA

CARITAS ESPAÑOLA

San Bernardo, 99 bis, 7.º

28015 MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCION Y VENTA 1993

España: Suscripción a cuatro números: 3.200 ptas.

Precio de este número: 1.200 ptas.

Extranjero: Suscripción 80 dólares.

Número suelto: 25 dólares.

(IVA incluido)

DOCUMENTACION SOCIAL no se identifica necesariamente con los juicios expresados en los trabajos firmados.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES HOY

**DOCUMENTACION
SOCIAL**

REVISTA DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGIA APLICADA

Estimado suscriptor:

Tenemos que comunicarle que para este año 1993 el precio de la suscripción a esta publicación será de 3.200 pesetas (cuatro números).

Si la fórmula de pago elegida por usted es la de giro, por correo aparte se le enviará el impreso de giro postal, con sus datos de suscriptor. En cualquier Oficina de Correos puede realizar la imposición. Si le fuera más cómodo puede enviarnos un cheque a nombre de Cáritas Española, haciendo constar: DOCUMENTACION SOCIAL.

Si el sistema que ha elegido para abonar la suscripción es el de domiciliación bancaria, se los pasaremos al cobro a través del Banco.

Depósito legal: M. 4.389-1971

Artes Gráficas Campillo Nevado, S.A. (Madrid)
Diseño portada: M.^a Jesús Sanguino Gutiérrez

SUMARIO

- 5 ● **Presentación.**
- 9 ● 1 **La reconstrucción de las señas de identidad de los nuevos movimientos sociales.**
Luis Enrique Alonso
- 27 ● 2 **El sentido de los movimientos sociales en la actualidad.**
Tomás R. Villasante
- 51 ● 3 **La estructura social y los movimientos sociales.**
Ignacio Fernández de Castro
- 65 ● 4 **Los movimientos sociales, de la esperanza al desconcierto.**
Carlos Verdaguer
- 83 ● 5 **Otros movimientos sociales para otro modelo participativo y otra democracia.**
Concha Denche y Julio Alguacil
- 101 ● 6 **La crisis de los movimientos sociales y asociacionismo de los años noventa.**
Tomás Alberich
- 115 ● 7 **Movimientos sociales urbanos en la periferia social: entre la integración y la segregación.**
Miguel Alcázar, Javier Camacho
y Elías Trabada

- 131 • 8 **Los movimientos sociales y los problemas del poder.**
Manuel Montañés Serrano
- 143 • 9 **Hacia una economía ecológica.**
Juan A Martínez Alíer
- 151 • 10 **Los movimientos sociales, notas para una discusión desde Latinoamérica.**
Rossana Reguillo
- 167 • 11 **Los movimientos de mujeres paradoja de los movimientos sociales.**
Carmen de Elejabeitia
- 181 • 12 **Los campos de conflictividad en la España rural.**
Luis Camarero,
Josechu V. Mazariegos y
Fernando Rodríguez
- 197 • 13 **La política verde se ha de proponer tanto la cuestión de la supervivencia como la tarea de la emancipación social.**
Frieder Otto Wolf
- 219 • 14 **Sistema, Sociedad Civil y Movimientos Sociales.**
Carlos Sánchez-Casas Padilla
- 225 • 15 **Bibliografía.**

Presentación

*Para poder comprender los **movimientos sociales** en la actualidad, es necesario analizar los contenidos, valores, formas de acción y actores de los viejos y nuevos movimientos, nos referiremos a estos últimos (Cf. Claus OFFE, "Partidos políticos y nuevos movimientos sociales", p. 173 - 239).*

*Los **contenidos** dominantes en los nuevos movimientos sociales son el interés por un territorio, la salud, la vecindad, las condiciones físicas de vida, la identidad cultural, etc. Estos contenidos tienen algunos **valores** como acervo común, los mas significativos son la autonomía y la identidad. Tienen dos **modos de actuar**, el interno, es decir el modo de actuar de un conjunto de individuos para formar una colectividad; y el externo o modos con que se enfrenta al mundo exterior. Respecto a los **actores**, en su autoidentificación no se refieren al código político establecido (izquierda/derecha, liberal/conservador), ni a los códigos socioeconómicos (clase obrera/clase media, población rural/urbana). El esquema de la siguiente página, tomado de C. OFFE, sintetiza lo que venimos diciendo:*

Tenemos que acercarnos, una vez más, a OFFE para ver cómo en movimientos monotemáticos se crean alianzas y grupos. Las tres posibles alianzas son: los mantenedores del nuevo paradigma y las fuerzas tradicionales liberal-conservadoras; el tipo de gran coalición de alianza corporativista que excluiría en gran medida las fuerzas que representan el nuevo paradigma; y la alianza de estas fuerzas con la izquierda tradicional, representada por los partidos socialistas, socialdemócratas o eurocomunistas y sus correspondientes organizaciones sindicales. El esquema que se reproduce en la página siete, da una visión de conjunto de estas correlaciones.

	«viejo paradigma»	«nuevo paradigma»
actores	grupos socioeconómicos actuando <i>como</i> grupos (en interés del grupo) e involucrados en conflictos de distribución.	grupos socioeconómicos no actuando <i>como</i> tales, sino en nombre de colectividades atribuidas.
contenidos	crecimiento económico y distribución; seguridad militar y social, control social.	mantenimiento de la paz, entorno, derechos humanos y formas no alineadas de trabajo.
valores	libertad y seguridad en el consumo privado y progreso material.	autonomía personal e identidad, en oposición al control centralizado, etc.
modos de actuar	a) interno: organización formal, asociaciones representativas a gran escala. b) externo: intermediación pluralista o corporativista de intereses; competencia entre partidos políticos, regla de la mayoría.	a) interno: informalidad, espontaneidad, bajo grado de diferenciación horizontal y vertical. b) externo: política de protesta basada en exigencias formuladas en términos predominantemente negativos.

Fuente. C.OFF. o.c. p. 182

Documentación Social a través de catorce artículos pretende dar una visión de conjunto sobre **los Movimientos Sociales**. Luis E. Alonso reconstruye en su artículo las señas de identidad de los nuevos movimientos sociales; R. Villasante analiza el sentido de los movimientos sociales y Fernández de Castro lo hace desde la estructura social. C. Verdaguer los estudia desde una doble perspectiva: como un fenómeno social contradictorio y heterogéneo que se manifiesta de muy diversas formas, y como un término o concepto utilizado por la izquierda para describir dicho fenómeno.

Alianzas		Movimientos monotemáticos			
		Feminismo y derechos humanos	Paz	Protección del medio ambiente	Alternativo o economía -dual-
I Derecha conservadora-liberal más los nuevos movimientos	Vieja clase media (referencia positiva)	- Iniciativas contra la pornografía. - Política social para las mujeres centrada en la familia. - Reconocimiento simbólico del papel especial de las mujeres y las minorías en la sociedad	- Adopción de estrategias convencionales de defensa. - Llamamientos en favor de autonomía nacional en la política de defensa.	- Conservacionismo. - Concentración de zonas industriales más parques naturales. - Regulación del medio ambiente por medio de mecanismos de mercado (multas e incentivos).	- Apoyo a formas comunales y de autoayuda en los servicios sociales. - Desgravaciones y subvenciones para pequeñas empresas
		<i>Característica general:</i> Invocación (simbólica) de valores comunales premodernos: crítica de la burocracia y la reglamentación, de la centralización y del igualitarismo en el Estado de Bienestar			
II (Derecha conservadora-liberal más izquierda socialdemócrata, etc.)	Grupos periféricos (referencia negativa)	- Aumento de la flexibilidad y movilidad en el mercado de trabajo. - Mayor acceso de mujeres y minorías a puestos de trabajo.	- Política de defensa basada en estrategias con escenarios supranacionales y en la disuasión nuclear.	- Promoción de la protección del medio ambiente y de nuevos recursos energéticos por medio de industria de alta tecnología en crecimiento	- Promoción de empleo a tiempo parcial para grupos periféricos
		<i>Característica general:</i> Despolitización activa de los motivos de los nuevos movimientos sociales; insistencia en la ilegalidad de sus medios y en la irracionalidad/irresponsabilidad de sus objetivos.			
III (Izquierda socialdemócrata y nuevos movimientos)	Nueva clase media (referencia positiva)	- Sistemas preferenciales de cuota y vida. - Redistribución del trabajo en la producción y en el hogar.	- Propuestas (condicionales) de desarme unilateral.	- Inclusión en la política industrial de criterios de protección del medio ambiente y en relación con el Tercer Mundo.	- Apoyo a cooperativas, mercados de trabajo protegidos y -paralelos-. - Democracia económica.
		<i>Característica general:</i> Creciente compatibilidad entre las reivindicaciones de los nuevos movimientos y los intereses y planteamientos tradicionales de la clase obrera.			

Fuente: C. OFFE, o.c. p. 232

Denche y Alguacil hablan de otros movimientos sociales para otro modelo de participación y de democracia. Alberich plantea la crisis de los movimientos sociales y el asociacionismo de los años noventa; Alcazar, Camacho y Trabada analizan los movimientos sociales urbanos en la periferia social: entre la integración y la segregación. Montañés relaciona los movimientos sociales y los problemas del poder.

Un conjunto de artículos se refieren a aspectos concretos tales como la economía ecológica, los movimientos de mujeres, los espacios de conflictividad en la España rural y los planteamientos del movimiento verde, el número termina con una amplia bibliografía que debe ser completada por la que los autores citan en sus artículos.

DOCUMENTACION SOCIAL agradece a todos sus colaboradores que han hecho posible este número, especialmente a Julio Alguacil por su contribución en la discusión del esquema y contactar con autores; deja constancia que no necesariamente se identifica con las opiniones que se expresan en los artículos firmados por los autores.

Francisco Salinas Ramos
Director

La reconstrucción de las señas de identidad de los nuevos movimientos sociales

Luis Enrique Alonso
Departamento de Sociología y Antropología Social
Universidad Autónoma de Madrid

«El cambio es lo único inmutable en el mundo»

Heráclito de Efeso

«La modernidad es el movimiento más la incertidumbre»

Georges Balandier

*«La Utopía, desprovista de su carácter infinito y unitario,
pasa a escribirse con minúscula»*

Jorge Wagensberg

INTRODUCCION

Los múltiples cambios económicos y sociales que se han producido en el decenio de los años ochenta han supuesto la quiebra de muchas de las líneas de identidad, solidaridad y coherencia grupal que se habían construido trabajosamente en las sociedades occidentales a partir de la salida de la Segunda Guerra Mundial con la construcción del Estado del bienestar de carácter keynesiano y la extensión de los derechos de ciudadanía hasta el ámbito de lo social y lo económico.

La *reacción* que se ha producido ante la línea de universalización y totalización de los derechos de ciudadanía, provocada por el avance del Estado del bienestar, ha vuelto a destapar los más viejos argumentos conservadores –los que se habían puesto ya históricamente de manifiesto tanto contra la misma constitución del concepto de ciu-

dadanía, como cuando su generalización con la democracia política (1)– del desigualitarismo, el mercantilismo, la limitación de los derechos, el descompromiso social, la ciega lucha por la competencia individual, etc... La difusión social y el triunfo relativo de estos valores han puesto contra las cuerdas la cultura sociopolítica de los nuevos movimientos sociales basada precisamente en la radicalización de los derechos públicos y privados de ciudadanía a todos los niveles y en todas las circunstancias.

El «*desencanto de lo público*» (2), pronto se ha convertido en cinismo y la condición política postmoderna no aporta más que un «*ethos disgregado*» (Heller y Feher 1989), hedonista y fragmentario, incapaz de generar ni una sola virtud pública original que no fuera la trivialización de los valores consagrados en la sensibilidad moderna; valores, por cierto, todavía gran parte de ellos sin pasar más allá del estadio de proyecto inacabado (Habermas 1988).

Los movimientos sociales se han visto ante este cúmulo de circunstancias acosados, desorientados e incapaces de dar respuesta a tan difíciles retos. Las páginas que siguen exploran la situación actual, pergeñan el nuevo escenario social en el que se van a desplegar los movimientos y se preguntan, asimismo, por las nuevas estrategias de acción colectiva capaces de dar respuesta a estas cuestiones. Respuestas que tienen que ir tanto en la línea de la construcción de un nuevo proyecto de solidaridad, como en el avance de una respuesta a la mediaticización y limitación de los derechos sociales de ciudadanía.

(1) Una fascinante demostración de que los argumentos contra el Estado del bienestar keynesiano, y la política social activa asociada a él, son prácticamente los mismos que se han venido manejando desde los orígenes de la democracia moderna por los opositores reaccionarios a la generalización de todo tipo de derechos está en Hirschman (1991).

(2) Albert Hirschman (1986) establece un ciclo recurrente de *compromisos cambiantes* por el cual nos hemos asentado irremisiblemente en una etapa de lejanía y desconfianza ante lo público, así como de sustitución –cíclica y temporal si hacemos caso a Hirschman– de las conductas expresivas y colectivas por conductas individuales e instrumentales como patrón generalizado de comportamiento, parece, por tanto, que ya no debe dar ningún reparo, e incluso es de buen tono, reconocer que el egoísmo y la máxima rentabilidad son el motor de todas nuestras acciones después del desencanto –por saturación– ante lo público, lo colectivo y los proyectos solidarios que precedieron las acciones e imágenes sociales de la etapa anterior del ciclo.

1. LA DESESTRUCTURACION DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Varias han sido las causas que han provocado la fragmentación, crisis y disolución parcial de los movimientos sociales que habían surgido en las naciones occidentales avanzadas en el universo cultural, económico y social de los años sesenta.

En un principio hay que hablar del cumplimiento del ciclo lógico-temporal de los nuevos movimientos sociales surgidos en los años sesenta, cumpliendo una dinámica que anima a todo movimiento social y que va de la contrainstitución a la institucionalización (Alonso 1986, Frank y Fuentes 1989). Así parte de las propuestas discursivas de aquellos movimientos han sido recogidas por la política instituida, ya sea en forma de compromiso en los programas electorales convencionales, ya sea en forma de la creación de nuevos partidos políticos de corte más o menos alternativo, ya sea en forma de agendas e instituciones específicas del Estado social creadas para cubrir las necesidades y demandas expresadas por estos movimientos sociales específicos (Offe 1992, Rieschman 1991). Por otra parte, un contingente importante de sus efectivos humanos también empezaron a formar parte de las filas de la política oficial o de la vida profesional.

De este ciclo ha quedado una aceptación pasiva de gran parte de los valores y propuestas abstractas que en la línea *postmaterialista* o *postadquisitiva* (3) habían puesto en circulación los nuevos movi-

(3) El tema de los valores postmaterialistas ha sido introducido por la obra de Ronald Inglehart (1977, 1991) donde se refiere constantemente a la fuerza que han cobrado en las sociedades occidentales avanzadas las actitudes de autoexpresión personal, de calidad de vida, de pertenencia a la comunidad y, en general, de toda una serie de opiniones y acciones que tienden a elevarse por encima del instrumentalismo economicista (vid. Maestre 1993). Tomando como punto de partida la obra de Inglehart, Claus Offe (1988, 1992) llega a apreciar la aparición y difusión de estos nuevos valores como la construcción de un «nuevo paradigma político» no sujeto de manera absoluta a la dinámica convencional de la democracia competitiva de partidos o de la lucha económica de clases. En otra parte –(Alonso 1990)– hemos preferido denominar a este fenómeno necesidades postadquisitivas, antes que valores postmateriales, para señalar una gama de necesidades que no pueden ser satisfechas por el sistema de mercado. Una característica de estas necesidades es que tienden a ser colectivas (derechos civiles, servicios públicos, conservación de la naturaleza, reivindicación de la identidad de grupos adscriptivos –mujeres, grupos étnicos, grupos con experiencias vitales diferenciadas, etc.– propuestas de desarrollo alternativas, etc., etc.). Necesidades, pues, que son percibidas por los sujetos sociales no como grupos que cumplen una función económica –en la división del trabajo– sino como colectivos que tienen una serie particular de solidaridades y afinidades sociales.

mientos sociales. Sin embargo lo que ya resulta muy difícil de encontrar es un proyecto duradero con vocación de cierta generalidad que sea capaz de defender estos valores de una manera activa como plan conjunto de cambio social.

En este sentido parece que la *desregulación* y *flexibilización* impuesta por la economía postfordista –fragmentación económica y social (Alonso 1992a)– ha generado una *sociabilidad blanda* que ha disuelto los vínculos sociales en una grupalidad pasiva –la nueva tribalidad (Maffesoli 1988)– incapaz de generar identidades que se opongan tanto al individualismo hedonista como a la masificación comunicativa del capitalismo ultraconsumista de fin de siglo.

De esta manera, los nuevos movimientos sociales de carácter más activo y expresivo –ecologistas, pacifistas o de defensa de la sexualidad, por ejemplo– han pasado a un estado *reactivo y defensivo* (4), de dramática resistencia, casi *in extremis* a desafíos civilizatorios ante los que hay que protestar por miedo inminente de colapso irreversible de carácter ecológico, bélico o social (las protestas ante la destrucción de la capa de ozono, la Guerra del Golfo Pérsico o la marginación de los enfermos de SIDA han sido buena prueba de ello). El pesimismo de una cultura de la derrota ha sustituido al narcisismo proactivo y confiado de la cultura emancipatoria de los nuevos movimientos sociales de los sesenta y principios de los setenta (Berking 1991, Battisti 1988).

Otra gran parte de las movilizaciones se han producido como reacción a las estrategias neoliberales de privatización y desmantelamiento del Estado del bienestar. La *política social* –su defensa o incluso su realización a partir del funcionamiento de organizaciones no gubernamentales o del voluntariado social (Ascoli 1987)– ha sido, de esta mane-

(4) Es ya clásica la distinción realizada por Charles Tilly –dentro de uno de sus conocidos libros sobre el tema de la movilización colectiva (Tilly 1978)–, entre movimientos proactivos, destinados a la consecución de nuevos logros, y los movimientos reactivos, o de simple defensa de los logros ya conseguidos. Tal distinción es manejada por Jaime Pastor para estudiar el cambio de identidad de los movimientos a lo largo de estos años y establecer la diferencia que se nos presenta cuando comparamos, por ejemplo, el movimiento feminista (proactivo), de las diferentes oleadas del movimiento antarmamentista, cada vez más reactivo (Pastor 1991). Hanspeter Kriesi (1992) realiza, a su vez un interesante estudio de combinación de estas categorías como el tipo de sistema político de referencia en la aparición y desarrollo de los nuevos movimientos sociales.

ra, uno de los puntos nodales de las movilizaciones de los últimos años. Las demandas sociales de tipo general, o dirigidas al reconocimiento de las necesidades especiales de colectivos particularmente golpeados por la salida de la crisis de los setenta y el encubramiento del capitalismo especulativo ulterior, se han convertido en caballo de batalla de gran parte de las acciones colectivas recientes. Acciones defensivas, pero que además de hacernos entrever horizontes de reconstrucción de los actores sociales, nos han hecho descubrir que los nuevos movimientos sociales no sólo tenían que explorar y construir identidades basadas en utopías emancipatorias radicales, ya fueran progresivas o regresivas, de fuerte contenido cultural (Melucci 1992), sino que también surgen de situaciones de interacción cotidiana que expresaban necesidades demandas y estados de expectación concretos (Alonso 1991).

Pero, paralelamente, la identidad cultural y las energías utópicas de los nuevos movimientos sociales se han ido agotando y desgastando, tanto por el individualismo y el pragmatismo reinante en la actual cultura de consumo –atrincherada en una simple *cultura de la satisfacción* (Galbraith 1992) de los sectores más promocionistas de la sociedad–, como por la presencia de situaciones de degradación de la solidaridad que han llegado a provocar situaciones de movilización fundamentalmente particularistas. Si los movimientos sociales siempre se han planteado como procesos de reivindicación cristalizados desde identidades de sujetos sociales concretos, pero pensando la consecución de sus objetivos como una situación de mejora generalizada para el conjunto de la sociedad (Offe 1988, 1992). Por el contrario la aparición y potencial generalización de *conductas colectivas* (5) desarraigadas y poco estructuradas supone la explosión de un particularismo conflictual donde la segregación, separación o rechazo de sujetos especialmente marginados en el capitalismo de los ochenta y primeros noventa organiza situaciones difusas de movilización ultraparticularista y excluyente que poco a nada relacionadas están, si acaso muy negativamente, con cualquier avance civilizatorio.

En este ambiente se abre inmediatamente la puerta para un *repliegue social*, en el que, por una parte se produce una desmovilización y

(5) Siguiendo a Alain Touraine (1991: 10-11) podemos caracterizar aquí como conductas colectivas a aquellas movilizaciones heterónomas resultado más de la reacción hacia estímulos o manipulaciones externas que por la conciencia, representaciones o proyectos de los actores mismos.

apatía social generalizada en la que se llega a perder hasta la más mínima capacidad de acción y respuesta grupal a los desafíos colectivos, es la pérdida de la *voz* social (Hirschman 1986) y, por otra parte, se tienden a generar situaciones donde la manipulación del miedo a perder posiciones sociales y el pánico «al otro», considerado como un extraño, producen una desestructuración y desorganización del conflicto social tejiendo una red de situaciones reactivas con peligro de generalizarse: son los *antimovimientos sociales*.

2. DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES A LOS ANTIMOVIMIENTOS SOCIALES: LOS PELIGROS DE UN PARON CIVILIZATORIO

La desregulación y mercantilización extrema de los últimos años con sus secuelas de descompromiso, pragmatismo y egoísmo, convertidos en santo y seña del universo cultural de la postmodernidad, han hecho declinar las ideologías cálidas y activas en las sociedades occidentales.

Pero ante esta fría o incluso gélida cultura del descompromiso ideológico —una especie de autocomplaciente realización ciega del fin de las ideologías proclamado por la sociología conservadora norteamericana en los inicios de la era tecnocrática (Bell 1964 y 1977)— y el vacío de valores cívicos colectivos dejado por tal situación, la construcción de identidad colectiva tiende a ser generado por grupos y actores que cristalizan y hacen activos los miedo e incertidumbres actuales. En la era del, mal llamado, vacío social, donde se hace difícil la posibilidad de identificación positiva colectiva, empiezan a aparecer proyectos regresivos que tratan de rellenar tal vacío con falsas seguridades y certidumbres (Barcellona 1992).

La desmovilización y el repliegue ideológico de los ochenta ha dejado, por tanto, inerte y bajo mínimos el potencial de réplica y contestación a las nuevas ideologías calientes que explotan los miedos de una sociedad que se ha hecho egoísta y perezosa. Los *antimovimientos sociales* aparecen como nuevas movilizaciones que se alimentan del miedo y administran el pánico —como incapacidad social de encarar el futuro con esperanza y voluntad de cambio—, volviendo a configurar la figura irracional de la masa/multitud dependiente e histerizada (6).

(6) Sobre la típica multitud irreflexiva, caracterizada despectivamente —con diferentes matices y desde diferentes ángulos— en obras como las de Tarde, Le Bon, Freud, Canetti o incluso Ortega y Gasset, véase el interesante trabajo de Serge Moscovici (1981).

Tales antimovimientos sociales pueden ser caracterizados por su incapacidad para plantear un proyecto de historicidad basado en identidades reales y sujetos sociales concretos (como jóvenes, mujeres, obreros o cualquier otro de los protagonistas de los movimientos sociales nuevos o viejos), sino que toda su capacidad de movilización aparece de la estereotipación de una supuesta identidad abstractamente construida que sólo es posible mantener como agresión a lo que se considera extraño, ajeno o peligroso (Wierviorka 1992). El proceso de acción colectiva aparece así siempre mediado por la dialéctica perversa del amigo frente al enemigo, la posibilidad, entonces, de diálogo, pacto, concertación o cooperación desaparece disuelta en la agresividad básica de la propuesta movilizadora. El racismo, la xenofobia, los nacionalismos agresivos, el neopopulismo degradado y prefascista, o el resurgir directo del fascismo en sus diferentes expresiones, etc., son buena prueba de antimovimientos sin más proyectos de historicidad que la destrucción de otras identidades atrapados permanentemente en la aporía del nosotros (lo seguro, lo puro, lo respetable) frente a los otros (lo peligroso, lo contaminado, lo denigrable).

Ahora bien, la aparición de estos antimovimientos sólo puede entenderse como un proceso directamente encuadrado en los cambios de la estructura social ligados a la flexibilización del modelo de producción y acumulación postfordista. De tal manera que el asentamiento de una economía basada en la fragmentación, la segmentación y la precarización de todos los procesos productivos ha dejado, por una parte en situación de desorientación y crisis de identidad al movimiento obrero tradicional incapaz de encontrar un principio de solidaridad mecánica aglutinador, al entrar el «blue-collar» en crisis como unificador simbólico de las fuerzas del trabajo (vid. Alonso 1992 b), y por otra parte, ha roto el *radicalismo de clases medias* (Parkin 1968) que animó a los nuevos movimientos sociales: «las clases medias parecen haberse desinteresado definitivamente de todo compromiso colectivo de alcance general y haberse volcado en la búsqueda exclusiva de la felicidad privada. La descomposición del conflicto que estructuraba la sociedad parece que las ha propulsado hacia un nuevo universo, en el que el problema no puede consistir ya en ubicarse con respecto a este principio general de organización, sino sobre la escala de la estratificación social. Tan alejadas del poder como del mundo de los marginados, parecen pertenecer a una sociedad que, de momento, se define más por la participación en el consumo, por la

movilidad, por las posibilidades de ascenso y el peligro de caída. El paso de una sociedad de clases a una sociedad de estratificación y de exclusión, y el declive, también, de los nuevos movimientos sociales –en los que las clases medias participaron ampliamente en la década de los setenta–, han tenido como resultado los efectos más distintos, todos ellos ligados en mayor o menor medida a su posición relativa en la escala social. Y, entre estos efectos... la consolidación de un espacio ampliado de actitudes y conductas que tienden al racismo, o que se aproximan al mismo» (Wierviorka 1992: 213-214).

Así el signo de la época ha sido la polarización y dualización social provocada tanto por la aparición de unas nuevas capas especulativo-financieras en ascenso (favorecidas por las políticas antidistributivas de oferta proliberales), como por la creación de nuevas clases marginales, expulsadas de los mercados internos y estables de trabajo o procedentes de la inmigración legal o clandestina, integradas como subproletariado en las actividades económicas más penosas (Ortí 1992). Tal polarización ha dejado en una situación de perplejidad, replegado y sin capacidad de expresar un *proyecto solidario colectivo* a un centro social que ha tomado como modelo de conducta la despolitización, el consumo ostentoso, o la adoración envidiosa de los nuevos mitos financieros y que, a lo sumo, produce reacciones defensivas ante sus fantasmas exteriores, reacciones que inmediatamente recogen, manipulan, agigantan y devuelven grotescamente materializados los antimovimientos sociales.

3. DE LOS ANTIMOVIMIENTOS A LOS MOVIMIENTOS: LINEAS DE RECONSTRUCCION DE LA ACCION COLECTIVA

Dos fenómenos fundamentales tenemos que considerar de cara a la reconstrucción de los movimientos sociales en las sociedades occidentales actuales, en primer lugar que la estructura económica y social del capitalismo de los noventa va a crear situaciones e identidades sociales nuevas incapaces de ser analizadas en relación a modelos ya agotados, en segundo lugar y directamente ligado a lo anterior, que los nuevos movimientos sociales surgirán y deberán ser replanteados precisamente en función de un escenario gobernado por estas nuevas situaciones e identidades.

Así en primer lugar, el modelo de acumulación económica que esta cristalizando implica una fuerte transnacionalización de todo tipo de flujos y actividades productivas y reproductivas. Una fuerte extraversion hacia las semiferias avanzadas de la fabricación en serie de los productos industriales, así como la postindustrialización y rápida dispersión/reducción cuantitativa del tejido industrial en los países centrales (Alonso 1992 b) van parejos a la depresión y el hundimiento en la más absoluta miseria, olvido y ostracismo a grandísimas zonas del planeta históricamente subdesarrolladas o más recientemente deprimidas porque sus materias primas ya o tienen valor como factores de producción en la industria avanzada (7). Esta situación ha provocado, a nivel mundial, nuevas emigraciones e inmigraciones (8), descualificación y mano de obra excedente, trabajo precario, subempleo, desempleo estructural, etc., todo ello hace emerger gran cantidad de identidades sociales tremendamente débiles en las que se tiende a acumular todos los costes sociales del actual modelo de acumulación económica y que resultan difíciles de agregar a la cultura política y los intereses económicos de la clase obrera tradicional.

Situaciones como la inmigración, con sus secuelas de marginación y segregación (Sabel 1983), o cualquier otra que exprese la consolidación de subclases o situaciones de «nueva pobreza» (Dahrendorf 1990), se están convirtiendo en estructurales debido al modelo postfordista de máxima movilidad y flexibilidad en la utilización de recursos sociales y económicos (Alonso 1992 b), especialmente de la fuerza de trabajo. Situaciones que se convierten en el eje central para la reconstrucción de los nuevos movimientos sociales, ya que estos tendrán que dar respuesta tanto a los peligros de desmotivación y desmovilización del mun-

(7) Para una caracterización de la íntima relación entre el modelo capitalista de los ochenta/noventa, las migraciones a nivel mundial y el racismo como factor directamente localizado en este sistema de relaciones ver: Miles y Satzewich (1992: 9-19).

(8) Lo que Hans Magnus Enzensberger (1992) ha llamado «*la gran migración*» para recalcar que la diferencia de la situación actual con respecto al tema de la emigración no sólo es cuantitativa –pues movimientos migratorios han existido siempre y mucho más después de la Segunda Guerra Mundial hacia las zonas desarrolladas de Europa y América del Norte–, sino cualitativa pues refleja una situación de miedo y cierre social provocado por los recortes al Estado del bienestar, la pérdida del postulado del pleno empleo dentro de las políticas económicas públicas, el envejecimiento de las poblaciones occidentales y la tendencia a crear grandes bolsas de *apartheid* social como forma de garantizar la rentabilidad de la moderna economía flexible.

do del trabajo —cada vez más en peligro de producir *identidades corporativas* como resultado de la fragmentación y remercantilización ofensiva del modelo postfordista lo que rompe la posibilidad de encontrar en la clase económica la fuente única y mecánica de identidad y solidaridad (Gorz, 1988, 1992)—, como a la dificultad que tienen las infraclases, y especialmente las actuales, de dotarse de instrumentos simbólicos y organizativos para generar una identidad activa.

Es lógico, por tanto, que los actuales movimientos sociales se estén construyendo, y deban construirse, como respuesta solidaria a los anti-movimientos regresivos y autoritarios, esto es, como iniciativas ciudadanas para hacer entrar en la historia y en la sociedad a los *sujetos frágiles o débiles* (9) expulsados por la nueva articulación del capitalismo postfordista. El reconocimiento, la denuncia, y en muchos casos el primer paso para un intento de solución activa de necesidades, muchas veces extremas, que el descompromiso social, la mercantilización y empresarialización de la vida cotidiana y la privatización de parcelas del *Welfare State* han dejado fuera, se han convertido en los motivos fundamentales de movilización colectiva de los noventa.

Esto no quiere decir que buena parte de las identidades y culturas que animaron a los que ya pueden considerarse como nuevos movimientos sociales «clásicos» sigan manteniéndose de fermento movilizador fundamental, pero lo que sí ocurre es que se han producido acontecimientos que sitúan en terrenos bien diferentes el repertorio de motivos de actuación y las estrategias de acción de los movimientos actuales si los comparamos con los nuevos movimientos sociales de los sesenta.

Lo que en aquellos fue pensar las nuevas identidades no reconocidas por la política formal, en la actualidad es pensar *la alteridad negada*, lo que fue defender y construir lo privado cotidiano frente a *la colonización y juridización* de lo público (Habermas 1987: 485 ss 2ª vol.), hoy es defender lo público participativo frente a lo privado desintegrador, lo que entonces suponía *radicalizar las contradicciones del Estado del bienestar* (Alonso 1991) ahora se convierte en la reconstrucción, solidificación y avance de un Estado democrático que se construya más allá del exclusivo bienestar económico del

(9) Para una caracterización del concepto de sujetos frágiles como colectivos socialmente marginados y codificados como desviados ver Varela y Alvarez-Uría (1989).

centro social. Lo que allí fue un canto a la *nueva marginalidad* (10) hoy es, y debe ser, un grito por la *solidaridad*.

4. CONCLUSION: EL RETO DE LA SOLIDARIDAD

No es fácil abordar el problema de la alteridad (11), sin embargo es un punto crucial en una coyuntura histórica como la que estamos viviendo, donde un agresivo individualismo posesivo redivivo trata de imponer las ventajas –filosóficas, teóricas y prácticas– del egoísta homo-oeconomicus a lo que desde allí se considera el gregarismo estupidizante de lo colectivo.

Y aquí quizás lo más interesante es que el tema de los movimientos sociales nos sirve para poder romper tanto las mistificaciones individualistas que tratan de hacer de la sociedad un simple sumatorio de individuos aislados, como las de los diferentes colectivismos masificantes que tratan de ahogar al individuo en una totalidad anónima (Gurméndez 1993). Precisamente esas mistificaciones se rompen cuando hacemos entrar en juego la grupalidad como fundamento de la socialidad y la grupalidad activa no sólo se establece al tratar al grupo como simple grupo de interés egoísta, sino como grupo donde la acción colectiva es forma expresiva de reivindicar las necesidades e identidades grupales atendiendo a la transformación general de la realidad social (Pizzorno 1987, 1989).

En este sentido el tema de la solidaridad se amplía del ámbito de lo privado –la ética de la persona–, para convertirse en un elemento central de lo público –de lo político–, la creación de una comunidad

(10) Recordemos que la «nueva marginación» que desde las posturas utopistas, contraculturales y marcusianas (vid. Marcuse 1975) de los años sesenta y primeros setenta se oponía al mítico y todopoderoso «sistema» como nuevo y emancipador supersujeto –movido por un impulso de liberación prácticamente libidinal–, no era de ningún modo un ejército de desheredados sino –por el contrario– como ha recalcado Daniel Bell (1977) de manera irónica y Theodore Roszack (1976) de forma positiva– los productos más intelectualizados de las clases medias ascendentes.

(11) Sobre el problema filosófico de la alteridad, cuya reflexión se está convirtiendo en imprescindible a la luz de los acontecimientos presentes y la sensibilidad actual merece la pena introducirse en la inteligente, profunda y difícil reflexión de Paul Ricoeur (1990), sobre el tema. Su dificultad es superada por su belleza y los deslumbrante de sus propuestas.

de riesgo y un reparto más amplio y más justo de los costes sociales en un interés propio, recíproco y generalizado (Baldwin 1992: 47-77).

Además, la construcción de la solidaridad se hace crítica cuando la distancia entre «nuevos» y «viejos» movimientos sociales es cada vez más débil e indefinida, si tenemos en cuenta que la vieja identidad entre ciudadano y trabajador se está rompiendo en mil formas de empleo, desempleo, contratación y subcontratación dentro de sectores muy segmentados del mercado de trabajo, las viejas identidades y solidaridades homogéneas de clase económica pasan así por momentos de máxima inestabilidad, al perder gran parte de sus líneas de cohesión grupal (vid. Alonso 1992 b).

Estamos atravesando, por lo tanto, por un proceso de amplia diferenciación y diversificación de la estructura de clases en el curso de esta larga y dubitativa pre/postcrisis permanente (Ortí 1992). Proceso que hace que se multipliquen los problemas así como las *necesidades concretas*, llevando asociado por lo tanto, la dinámica previsible de la multiplicación de los movimientos específicos. De la capacidad actual para crear nuevos vínculos sociales y de solidaridad que sean capaces de trascender políticas sectoriales o incluso situaciones locales depende la capacidad social de intervención pública efectiva. Postulando o incluso ayudando a gestionar directamente un nuevo Estado benefactor más descentralizado surge la posibilidad de encontrar vínculos sociales cada vez más globales. ya que si bien el principio universalista estuvo en la base del moderno Estado social (Rodríguez Cabrero 1992), sin embargo al igual que la modernidad el Estado del bienestar ha sido un proyecto inacabado (Habermas 1988) a mano de las políticas neoliberales de oferta y de las disfunciones generadas en su propia marcha: burocratización, paternalismo, pasividad, descompromiso hacia él. etc. (vid. Rodríguez Cabrero 1991).

De esta manera, frente a las interpretaciones neoliberales que hablan de los riesgos de la *ciudadanía total* –desmotivación hacia el esfuerzo personal, indisciplina por exceso de derechos y democracia, sobrecarga de demandas en las instituciones políticas, crisis de gobernabilidad, etc. (12)–, lo que estamos conociendo ahora es pre-

(12) Una apretada síntesis de los argumentos liberales y neoliberales se encuentra en Harris (1989), las críticas a este tipo de discurso, que necesariamente se salen de los objetivos de este trabajo, las he realizado en Alonso (1990).

cisamente lo contrario, la estrechez y limitaciones de un concepto real de ciudadanía que cada vez deja más grupos humanos fuera, a la vez que se hacen más pasivos y acomodaticios a sus titulares efectivos (el sector medio alto y alto de la sociedad). Los movimientos sociales de los noventa tendrán que luchar para ampliar y activar los derechos de ciudadanía social –frente a los simples derechos de propiedad económica impuestos por el mercado–, a la vez que tendrán que lograr *la materialización* de estos derechos ciudadanos en todos aquellos colectivos y sujetos especialmente débiles, sojuzgados y dispersos que están siendo y serán estructurales en el nuevo capitalismo de los noventa.

Si la expresión del radicalismo de identidad de las clases medias funcionales fue el objeto central de los nuevos movimientos sociales en los años sesenta y setenta, los de los noventa, sin renunciar a los problemas de expresión de identidad, estarán situados en la lucha por el reconocimiento de la alteridad, por la recuperación de otras identidades negadas y expulsadas hacia la exterioridad económica, social y simbólica desde la sociedad interna integrada.

La dificultad está en hallar incentivos de identidad y solidaridad que sean capaces de superar la fragmentación social y la aparición de microconflictos incapaces de remontarse por encima de los intereses particularistas. De, en una palabra, pasar de la racionalidad individual a la racionalidad colectiva y del Estado de la naturaleza al Estado social (Lewin 1991). Sin embargo, tanto, por una parte, los límites, costes sociales, deslegitimidad y disfunciones que se han producido después de más de una década de hegemonía de las políticas neoliberales en las sociedades occidentales, como, por otra, la agresividad económica, ecológica y social que ha provocado la inhibición social postmoderna, hace vaticinar un cambio de signo en los compromisos sociales y abren la posibilidad de un nuevo acercamiento a lo público reconociendo las necesidades afectivas, económicas, sociales y comunicativas de una mayoría que corre el riesgo de estar marginada en diferentes grados y de diferentes formas. Esta renovación del compromiso público hace pensar que, quizás con contenidos utópicos más limitados, centrándose en temas menos espectaculares, no tan centrados en un discurso emancipatorio y más abierto a la sensibilidad de las necesidades, volvamos pronto a vivir el eterno retorno a los movimientos sociales. Pues como ha señalado Claus Offe (1988:



227-228): «La mejor forma de entender el nuevo paradigma político es como la crítica moderna de la modernización en marcha».

REFERENCIAS

- ALONSO, Luis Enrique (1986), «La mediación institucional y sus límites en el capitalismo avanzado» en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* núm. 35, pp. 63-80.
- ALONSO, Luis Enrique (1990), «Nuevas necesidades, ingobernabilidad y democracia» en AA. VV., «*Bienestar social y desarrollo de los derechos sociales*» Salamanca, Ediciones San Estebán, pp. 69-89.
- ALONSO, Luis Enrique (1991), «Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación», en Vidal-Beneyto José (ed.), «*España a debate*», Madrid, Tecnos, vol. 2 «La sociedad», pp. 71-98.
- ALONSO, Luis Enrique (1992 a), «Postfordismo, fragmentación social y crisis de los nuevos movimientos sociales» en *Sociología del Trabajo* núm 16, pp. 119-143.
- ALONSO, Luis Enrique (1992 b), «Postfordismo y estado intervencionista», en AA. VV., «*La sociedad de la desigualdad*», Donostia, Gakoa, pp. 191-218.
- ASCOLI, Ugo, «Estado de bienestar y acción voluntaria», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 38, pp. 119-162.
- BALDWIN, Peter (1992), «*La política de la solidaridad social*», Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- BARCELONA, Pietro (1992), «*Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*», Madrid, Trotta.
- BATTISTI, Francesco (1988), «Il carattere difensivo del movimenti collettivi negli anni '80», en Bartocci Enzo (ed.), «*Mutamento e conflitto nella società neo-industriale*», Milán, Franco Angeli. pp. 209-212.
- BELL, Daniel (1964), «*El fin de las ideologías*», Madrid, Tecnos.
- BELL, Daniel (1977), «*Las contradicciones culturales del capitalismo*», Madrid, Alianza.
- BERKING, Helmuth (1991), «Los movimientos de protesta, ¿Instancia civilizatoria en el proceso de modernización?» en *Debats* núms. 35/36, pp. 24-29.
- DAHRENDORF, Ralf (1990), «*El conflicto social moderno*», Madrid, Mondadori.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus (1992), «*La gran migración*», Barcelona, Anagrama.

- FRANK, André G. y FUENTES, Marta (1989) «Diez tesis acerca de los movimientos sociales», en *Revista Mexicana de Sociología* núm. 4, pp. 21-43.
- GALBRAITH, John Kenneth (1992), *«La cultura de la satisfacción»*, Barcelona, Ariel.
- GORZ, André, (1988), *«Métamorphoses du travail quête du sens. Critique de la raison économique»*, París, Galilée.
- GORZ, André, (1992), «La declinante relevancia del trabajo y el auge de los valores post-económicos» en *«El socialismo del futuro»* núm. 6, pp. 25-33.
- GURMÉNDEZ, Carlos (1993), *«El yo y el nosotros». «Egoísmo y altruismo»*, Madrid, Temas de Hoy.
- HABERMAS, Jürgen (1987), *«Teoría de la acción comunicativa»*, Madrid, Taurus, 2 vols.
- HABERMAS, Jürgen (1988), *«Ensayos políticos»*, Barcelona, Península.
- HARRIS, Ralph (1989), *«Más allá del Estado del bienestar»*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos.
- HELLER, Agnes y FEHER, Ferenc, (1989), *«Políticas de la postmodernidad»*, Barcelona, Península.
- HIRSCHMAN, Albert O. (1986), *«Interés privado y acción pública»*, México, Fondo de Cultura Económica.
- HIRSCHMAN, Albert O. (1991), *«Retóricas de la intransigencia»*, México, Fondo de Cultura Económica.
- INGLEHART, Ronald (1977), *«The silent revolution»*, Princeton, Princeton University Press.
- INGLEHART, Ronald (1991), *«El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas»*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- KRIESI, Hanspeter (1992), «El contexto político de los nuevos movimientos sociales en Europa Occidental», en Benedicto Jorge y Reinares Fernando (eds.), *«Las transformaciones de lo político»*, Madrid, Alianza, pp. 115-157.
- LEWIN, Leif (1991), *«Self interest and public interest in western politics»*, Nueva York, Oxford University Press.
- MAESTRE, Agapito (1993), «Cambio cultural y político», en *Claves* núm. 29, pp. 68-72.
- MAFFESOLI, Michel (1988), *«Le temps des tribus»*, París, Méridiens Klincksieck.
- MARCUSE, Hervert (1975), *«Un ensayo sobre la liberación»*, México, Joaquín Mortiz.

- MELUCCI, Alberto (1992), «Liberation or meaning? Social movements culture and democracy» en Pieterse Jan N. *«Emancipations. Modern and postmodern»*, Londres, Sage, pp. 43-78.
- MILES, Robert y SATZEWICH, Victor (1992), «Capitalismo, contemporáneo, migraciones y racismo»: en *Alfoz* núms. 91-92, pp. 9-19.
- MOSCOVICI, (1981) Serge, *«L'âge des foules»* París, Fayard.
- OFFE, Claus, (1988) *«Partidos políticos y nuevos movimientos sociales»*, Madrid, Editorial Sistema.
- OFFE, Claus (1992), *«La gestión política»* Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- ORTI, Alfonso (1992), «Para una teoría de la sociedad de clases medias de los ochenta» en *Documentación Social* núm. 88, pp. 209-234.
- PARKIN, Frank (1968), *«Middle class radicalism»*, Manchester, Manchester University Press.
- PASTOR, Jaime (1991), «Los "nuevos" movimientos sociales y la acción política» en *Imprecór*, núm. 84, pp. I-XII.
- PIZZORNO, Alessandro (1987), «Considerazioni sulle teorie dei movimenti sociali», en *Problemi del Socialismo* núm. 12, pp. 11-27.
- PIZZORNO, Alessandro (1989), «Algún otro tipo de alteridad: una crítica de las teorías de la elección racional», en *Sistema* núm. 88, pp. 27-42.
- RIECHMANN, Jorge (1991), *«¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y Partidos verdes en Holanda, Alemania y Francia»*, Madrid, Revolución.
- RODRIGUEZ CABRERO, Gregorio (1991), «Estado de bienestar y sociedad de bienestar» en RODRIGUEZ CABRERO, Gregorio (ed.), *«Estado, privatización y bienestar»*, Barcelona, Icaria.
- RODRIGUEZ CABRERO, Gregorio (1992), «Fundamentos teóricos de la política social» en Moreno, Luis y Pérez Yruela, Manuel *«Política social y Estado del Bienestar»*, Madrid, Ministerio de asuntos sociales, pp. 21-44.
- ROSANVALLON, Pierre (1985), *«La crise de L'Etat-providence»*, París, Seuil, 2ª edición ampliada.
- SABEL, CH. F. (1983) «Los trabajadores marginales en la sociedad industrial», en Piore M. J. (Ed.), *«Paro e inflación»*, Madrid, Alianza pp. 225-245.
- RICOEUR, Paul (1990), *«Sooi-même comme un autre»*, París, Seuil.
- ROSZAK, Theodore (1970), *«El nacimiento de una contracultura»*, Barcelona, Kairós.

- STAME, Federico (1985), «La crisis de la izquierda y las nuevas identidades sociales», en *Debats* núm. 14, pp. 26-33.
- TILLY, Charles (1978), *«From mobilization to revolution»* Reading (Mass.), Addison Wesley.
- TOURAINE, Alain (1991), *«Los movimientos sociales»*, Buenos Aires, Almagesto.
- VARELA, Julia y ALVAREZ-URIA, Fernando (1989), *«Sujetos frágiles»* Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- WIERVIORKA, Michel (1992). *«El espacio del racismo»*, Barcelona, Paidós Ibérica.



El sentido de los movimientos sociales en la actualidad

Tomás R. Villasanté,
Profesor Titular.
Departamento Ecología Humana y Población.
Facultad de C.P. y Sociología.
Universidad Complutense Madrid.

A. LOS PLANTEAMIENTOS Y PARADIGMAS

Sobre los movimientos populares se han venido planteando diversos análisis y prácticas, que en suma tienen que ver con sus resultados. *Desde* los movimientos populares se han desarrollado prácticas y análisis que tienen que ver también con sus resultados. En uno y otro caso *el problema de la comunicación suele estar en el centro de la cuestión. Tanto los problemas internos de comunicación popular, como las relaciones con los poderes establecidos, como la comunicación hacia la sociedad en general.* La comunicación popular sólo nos parece un problema de técnicas sociales en la medida en que se enmarque en su aspecto más amplio: el carácter propio de cada movimiento. Para situar lo que tratamos de decir vamos primero a repasar los enfoques que rondan a los movimientos populares para plantear una metodología más integrada de abordarlos, y situar dónde queda la comunicación dentro de ese marco. Y en segundo lugar, vamos a ejemplificar el interior de los procesos comunicativos de los movimientos (internos y externos), precisando algunas investigaciones concretas que hemos podido realizar tanto en Latinoamérica como en la Península.

Varios planteamientos se desarrollan sobre los movimientos sociales, y algunos claramente contrapuestos. Un rápido balance nos da algunos aspectos interesantes a rescatar y otros donde los movimientos deben hacerse sería autocrítica. Veamos algunos casos.

1. *Del populismo a lo neo-liberal:* Nos encontramos que las antiguas hegemonías de clientelismos que mantenían las clases dominantes

han tenido que cambiar partes importantes de sus métodos, y así ahora aparecen nuevas formas de penetración cultural de los sistemas dominantes mundiales a través de algunas sectas religiosas, de algunas ONG's, del «retorno de una sociedad civil» neo-liberal, etc. Se trata de echarle la culpa a los pobres de su pobreza una vez más, y plantearles *que ellos mismo resuelvan sus problemas asistenciales, pero sin medios*, y en todo caso desde una visión tecnocrática para corregir las disfunciones que se presentan.

2. Sobre todo desde Europa, en los últimos 20 años, se han desarrollado una serie de teorías críticas con lo anterior, que tratan de pasar de la crítica académica a *la Acción Comunicativa: Prestigiosos autores* desarrollan teorizaciones sobre la acción, los recursos más racionales, lo comunicativo, etc., hasta *hacer numerosas tipologías de movimientos*, y cómo unos completan o modernizan mejor el sistema, marcando unos modelos dentro de los cuales estos movimientos pueden desarrollar mejor unas premisas de participación, independencia, etc. Esta posición tiene la ventaja de defender a los movimientos de algunos manejos, pero les reduce a otras limitaciones.

3. En los sectores avanzados de la Iglesia latinoamericana, y en núcleos pedagógicos avanzados se plantearon *las líneas de Investigación-acción, la «dialogica» con los sectores populares*, en un esfuerzo muy comprometido con las bases sociales. Es un trabajo de gran calado, que algunos líderes ahora están recogiendo, y bastantes movimientos, donde la diferencia entre sujeto (investigador) y objeto (investigado) se rompe, precisamente porque se reconocen las aportaciones de las bases sociales que no se limitan a ser objetos pasivos de los movimientos o de los planteamientos. Quizás algunos se han pasado al mitificar una ciencia popular o un basismo, donde es positivo todo lo que vienen del pueblo, como si no existiesen fenómenos alienantes, etc. Pero en todo caso *los planteamientos pedagógicos liberadores están dando muchos resultados*, contra la dominación de los sistemas de poderes vigentes. *Y la comunicación, descodificación y codificación popular está en el centro del paradigma.*

4. *De la Revolución se ha pasado a lo Popular.* En sectores marxistas hacía tiempo que se venían poniendo en cuestión muchos de los supuestos del «socialismo real», y ahora la comunicación burocrática ha quedado definitivamente desenmascarada. Desde distintas posiciones y militancias partidarias las llamadas «vanguardias» se replan-

tean la cuestión del poder. Ahora se trata de Proyectos populares y democráticos, donde la participación popular y la comunicación ya no pueden ser las consignas o la agitación de hace años. Nos parece interesante que se siga recordando que *la lucha de clases no ha desaparecido, ni la explotación y que incluso se incrementa por otros métodos; pero no nos parece tan acertado que se siga cuestionando solamente el papel de Estado como lo central*, cuando el sistema de poderes transnacionales, comunicativos, locales, sectoriales, etc., es tan complejo.

5. Desde los «nuevos» movimientos sociales (mujer, ecologistas, etc.) y algunos planteamientos europeos minoritarios (libertarios, situacionistas, socioanálisis, etc.) se ha entrado en una crítica profunda de la cotidianeidad. Hay aquí una reflexión importante y unas prácticas grupales y de redes de iniciativas de bastante potencialidad. *Frente a los poderes se desarrollan las «potencias» del derecho a la diferencia (género, etnia, etc.), de alternativas «blandas» o adaptables a la calidad de vida de cada sector. Y así se han ido levantando unas formas culturales que socaban la cotidianeidad, en una especie de revolución tranquila de mujeres por su vida, y de colectivos con otras formas vitales, que están sorprendiendo, a pesar de su fragmentación y hasta desunión, a la comunicación dominante con formas alternativas y populares.*

6. En el tema de las culturas populares el concepto de «nacional-popular» ha entrado también en crisis, porque tales identidades hoy ya no significan lo que hace algunas décadas. Hoy asistimos a neogramscismos o a *constructivismos sociales a partir de fenómenos culturales como son la popularización de músicas (salsa, rock, etc.) con raíces en festivales de barrio: o la emergencia de formas religiosas poco consideradas hasta ahora (iglesias de base, cardomblé, vudú, etc.); o incluso bases de economías informales que generan artesanías y otros elementos culturales poco tenidos en cuenta antes. Hay una recreación de la comunicación popular sobre otras bases de hegemonía cultural*, construcciones sociales de profundas raíces en latinoamérica, aunque con difíciles articulaciones hasta el momento.

7. En bastantes de nuestros países hemos vivido, o estamos viviendo, algún tipo de transición del autoritarismo a una democracia formal, y en estos casos los movimientos populares sufren cambios importantes. Esto permite un *análisis «desde dentro» de los fenómenos comu-*

nicativos, de rupturas de lo cotidiano, de los bloques sociales de apoyo, del constructivismo de identidades, voluntades colectivas y fuerzas socio-políticas, etc. Nosotros hemos partido del "análisis de redes" y "conjuntos de acción" para demostrar la potencialidad interna, y de las redes, para poder alcanzar horizontes alternativos, no sólo en la comunicación autoeducativa, sino también en el conjunto de la sociedad y su transformación.

B. LAS SUBJETIVIDADES POPULARES

En no pocos autores de cierta raíz, desde Baudrillard hasta nuestro I. Gómez de Liaño, pasando por G. Vatimo, estos temas de lo popular son juegos de máscaras o caretas; están presentes en sus dimensiones de la actual manipulación del poder sobre la comunicación. La «mentira social» de Liaño descubre que tanto los sistemas «gestionistas» como los «populistas» de la sociedad, *usan la irracionalidad como elemento movilizador de las conductas*, que todo se transforma en espectáculo. Y para ello unos parten de Bruno o de Nietzsche, y otros de Pareto o de Sorel. *Pero lo popular y carnavalesco por dentro de los movimientos es otra cosa.* Con Eugenio Trias: «es una filosofía carnavalesca la que propongo: liberación de todas las máscaras y disfraces que reprimimos, conversión de la vida en común en una fabulosa mascarada... filosofía de la disolución de la persona humana, una filosofía que propone como alternativa el carnaval ...Cap. 1. El Loco tiene la Palabra». Como Foucault prefiere esto al «sueño dogmático del que se encamina por la segura senda que conduce a la verdad bien redonda» «Asumir la relatividad del saber,... trocar ese disfraz solemne y severo en un disfraz carnavalesco...porque no hay posibilidad de averiguar la verdad última». Nietzsche señala que «la razón es una máscara», y Trias que «la filosofía es el Alka-Seltzer del espíritu». Pero «Todo lo que es profundo ama el disfraz...Todo espíritu profundo tiene necesidad de una máscara» (Nietzsche).

En esta línea de trabajo hemos hecho trabajos sociológicos en barrios de ciudades de la península (Madrid, Andalucía, País Vasco) y de Latinoamérica (Brasil, Venezuela, Colombia, Argentina, Chile, Perú, Uruguay, etc.) y nos encontramos con que la construcción social de esas máscaras es plural. Cada uno está en bastantes máscaras en bastantes redes diferenciadas de comportamiento (trabajo, familia, ami-

Planteamientos	ORIGEN ¿Desde dónde?	TEORIA/METODOS ¿por qué?	METODO/TECNICAS ¿cómo?	PRACTICA/ETICA ¿para qué/quien	PARADIGMAS ¿hacia dónde?	BALANCE ¿qué sacamos?
1.-Del Populismo a lo Neo-liberal	Crisis de los clientelismos y penetración transnacional nueva	Populismos. Retorno de la "sociedad civil".	Disfunciones del sistema. Auto-asistenciales.	Reforzar el sistema de poderes de dominación.	Dependencia transnacional y modernización	Miopia tecnocrática. Caciquismo tecnológico
2.-De la Academia a la acción comunicativa.	Crisis universitaria del 68 y consecuencias "euros".	Recursos racionales. Acción social democrática.	Tipologías de movimientos. Modernización.	Completar. Compensar en el sistema.	Autolimitados dentro del modelo.	Sin manejos. Modelo Auto-limitante.
3.-De la Participación a la Dialógica.	Crisis de la Iglesia Latina y Comunidades de base.	Investigación-Acción-Participada. Teología de la Liberación.	Compromiso. Dialógica con sectores populares.	Basismo. Carisma de líderes.	Nacionalismos anti-imperialistas.	Superación de sujeto-objeto. Mitificación popular
4.-De la Revolución a lo Popular	Crisis de los marxismos y los sindicalismos.	Marxismos, y Leninismos. Eurocomunismo.	Militancia. Niveles e instancias de poder.	Organización de masas. Vanguardias y unidad de acción.	Proyectos populares y democráticos.	Clases y ruptura social. Sólo Estado.
5.-De lo Libertario a lo Rizomático.	Crisis de los "nuevos" movimientos (mujer, ecologistas, etc).	Situacionistas. Socioanálisis. Foucaultianos.	Autocrítica cotidianeidad. Liberación grupal.	Iniciativas de Colectivas en Redes.	Derechos a las diferencias y alternativas "blandas".	Potencia y Poderes. Fragmentación.
6.-De lo Nacional-popular a lo Constructivista.	Crisis de las identidades culturales establecidas.	Constructivismo Neo-gransciano.	Potencialidad de las músicas, religiones, etc.	Emergencia de la Sociedad civil de base informal.	Recreación de otra hegemonía cultural.	Emergencia cultural. Poca articulación.
7.-De lo holístico a lo radical.	Crisis de movimientos en algunas transiciones.	Bloques Sociales e Identidades. Alteractivas.	Redes y conjuntos de acción. Voluntad colectiva y Fuerza.	Ruptura de lo cotidiano. Movimientos desde dentro.	Campo de potencialidades y Horizontes populares.	Potencia interna. Redes de Alternativas.

C. EL ESTILO ALTERACTIVO

Pero la relación con el sistema de poderes es algo más complejo que la metáfora de «matar al padre» sicoanalítica. Cada subjetividad no sólo tiene una conducta diferenciada de las otras, sino que ella misma va cambiando, incluso dentro de una misma acción continuada, pasando de unas formas a otras. Y precisamente para que estas «conductas» y estos «conjuntos de acción» del tejido social no queden sin ejemplos, es por lo que ofrecemos un cuadro con diferentes casos concretos de la vida real. Este cuadro hay que entenderlo como un esquema abierto de posibilidades, donde es muy fácil para la subjetividad popular pasar de unos cuadros a otros, contiguos o no. No es un cuadro valorativo, pues no hay conductas buenas o malas, ya que no hay «esencialismos» en lo popular. Sólo hay combinaciones de conductas y conjuntos que hacen avanzar o retroceder a cada subjetividad según sus fines.

Lo que tratamos de aportar es el poder salir de las dicotomías simplistas y unilaterales. *Frente a los dictados del sistema de poderes, con que se reproduce la sociedad, caben varias respuestas, y también varias preguntas a sus demandas. No sólo se trata de contestar Si (Conversa) o No (Perversa) a lo que se dicta, sino que cabe también preguntar por qué hay que hacer tal dictado (Suversiva), o incluso cuestionar el dictado haciéndolo, tan al pie de la letra, que se muestre lo ridículo que es el sistema reproductor (Reversiva).* Por los ejemplos se puede ver que la Reversiva no está tan lejos de la Conversa, y que hay ejemplos posibles para todos los conjuntos.

Los conjuntos son también la combinatoria más sencilla de situaciones tan complejas y; como cuando se da el aislamiento de suma de subjetividades contra los poderes cambiantes. Tanto cuando se producen «*clientelismos por suma de los poderes (+) con otras subjetividades: o la desconexión de todos: tampoco tratamos de hacer una graduación, sino mostrar sus potencialidades.* Las subjetividades o máscaras van cambiando, saltando según las acciones prácticas, las relaciones establecidas, sus densidades o sus desconexiones. Es cuestión de aplicar a cada «totalidad concreta» estos esquemas para ver en qué plano se mueven los grupos animadores, y si sus subjetividades están abiertas a saltar a otros planos de conductas y de acción, aprendiendo de la realidad, y mejorando por la práctica su concepción subjetiva.

Conductas Conjuntos	CONVERSAS "Si" (respuesta a los dictados) "NO" (pero si) SERIA FORMAL	PERVERSAS "Ni Si, Ni No" Preguntas a los dictados)pero No"	SUBVERSIVAS "Ni Si, Ni No" Preguntas a los dictados)pero No"	REVERSIVAS "Si, Ni No" Preguntas a los dictados)pero No"
			IRONICA	IIUMORISTICA
Desconexión AUTO-AISLADOS (Poderes/Grupos/ /Comunicadores.)	Pandillas de jóvenes que no cuestionan nada, y "pasan" adaptándose al sistema.	Asociaciones que critican al poder, y a la gente, pues creen que nadie les entiende.	Pandillas de jóvenes que se rien de todo, y desestabilizan, no colaborando.	Trabajadores sociales cumplidores, pero críticos de su propio papel.
Acción GESTIONISTA (poderes+grupos/ /Comunicadores)	Comerciantes que negocian la protec- ción policial y sub- venciones.	Asociaciones en las comisiones de parti- cipación, como oposición que bloquea al poder.	Asociación que paraliza a una gran inmobiliaria con denuncias jurídicas y de prensa.	Ecologistas que ges- tionan denuncias contra la Adminis- tración que no cumple la Ley.
Acción POPULISTA (Poderes+Comuni- cadores/Grupos)	Dirigente que reparte lo que da el poder, desde su papel jerár- quico.	Acción violenta y aislada, que inter- preta los deseos de la gente.	Líder feminista que denuncia el machis- mo contra las amas de casa.	Cura que hace cum- plir la Ley anti-droga a policías implicados.
Acción CIUDADANISTA (Grupos+Comuni- cadores/Poderes).	Movimiento de mujeres contra la droga, y piquetes ciudadanos.	Movilización de indignación radical por subida de precios o por que- darse sin vivienda.	Movimiento para la recuperación de cuarteles, para acti- vidades alternativas.	Movilización para dar clases en un descam- pado, o plantar árboles, como denun- cia de las carencias

Como con los carnavales y tantas manifestaciones populares hay elementos de sorpresa, y grotescos, muy interesantes. Pero también se podría concluir que todo vale en la comunicación popular, y desde luego no es esa nuestra pretensión. Vista esta versatilidad debemos *delimitar los «estilos», sobre todo aquello que nos interesan más, que son lo de «alter-acción»* (M. Lizcano). La alter-acción se mueve en el cuadro hacia abajo y hacia la derecha, frente a lo patriarcal que reproduce prioritariamente respuestas y desconexiones o acciones de poderes (T.V., Administración, etc.). Estos estilos se mezclan y los propios movimientos no los acaban de distinguir pero su reiteración práctica va asentando un estilo u otro, y eso se puede ir constatando cuando la gente se vuelve «contestona» (niños) o «contestataria» (movimientos), frente a los contenidos que se les proponen. Lo que nos interesa, de lo que se comunica, no son las reivindicaciones escritas, ni lo que se dice explícitamente, tanto como las prácticas y los estilos de cómo se habla o escribe. *Es la forma y el contexto tanto o más que el texto de lo comunicado.*

La alteracción es la acción con otros (alter). *Además de la acción-otra, es accionar con otros, colectivamente.* Y esto genera en el plano de los afectos y del sentirse solidarios (incluso por motivos banales) una dimensión autoemancipadora muy importante. Romper una cotidianeidad, salir de casa a otros lugares, *transgredir el miedo reiterante*, se puede hacer muchas veces gracias a la compañía del grupo (de la «fratria»). La autovaloración, la autoestima, el atreverse a comunicar por canales nuevos, arranca no pocas veces de impulsos colectivos, de experiencias con otros, de alter-acción. Ejemplos ponemos en el cuadro de referencia, pero puede bastarnos con el de las «madres contra la droga» o por «el vaso de leche» (según ciudades) cuya potencialidad va mucho más allá de los contenidos de afirmación vital que manifiestan.

Porque *los movimientos, aunque sea a pequeña escala, se mueven por definición.* Es decir, que hoy están en estas prácticas ciudadanistas y de respuestas, y mañana están en otros conjuntos de acción, haciéndole preguntas a los poderes; tanto hacen prácticas aisladas que practican el «Si, pero No» o el «Ni si, ni no», como pueden sumarse a otras en movilizaciones puntuales, o sentirse miembros de un amplio movimiento popular. Esto es muy importante porque se suele analizar estos fenómenos como si de los partidos clá-

sicos se tratara. Y como estos se definen por un programa y una ideología determinada, incluso unos líderes y símbolos referentes fijos, pues los movimientos y su comunicación no encajan para nada con tales permanencias de contenidos o componentes. El estilo de alteración de los movimientos es lo opuesto a esa «forma-partido», aunque algunos acaben institucionalizándose en asociaciones. Pero entonces serán instituciones y no movimientos, que siempre es algo más amplio que las asociaciones que lo componen. Los partidos por ejemplo suelen estar en las reglas del juego político establecido, mientras que *el estilo alteractivo trata de despistar y sorprender a los poderes, sorprender a la estadística censal o de los votos, llamar la atención de los medios informativos por su originalidad, preferentemente hacer preguntas con sus acciones más que responder dentro del juego establecido.*

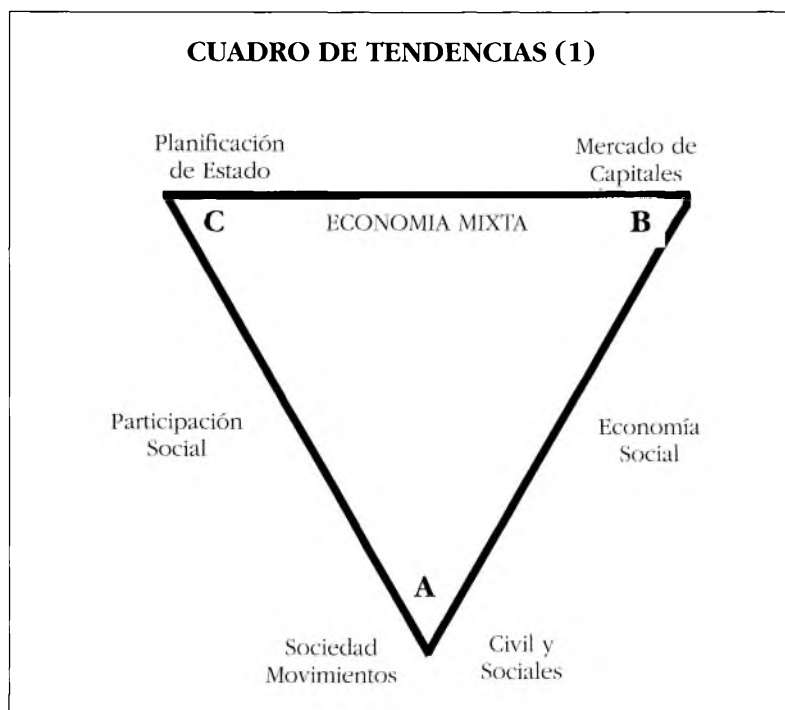
Este elogio de lo diferencial y versátil de los estilos alteractivos frente a los miedos patriarcales insuflados desde los poderes (T.V., Administraciones, etc.) no nos puede hacer desconocer que los poderes y sus imágenes referentes existen y tienen la hegemonía de la sociedad. Con lo que los ejercicios de los carnavales, de los conjuntos de alteración o las conductas «preguntonas» o contestatarias, acaban por ser manejadas y reconducidas por el sistema de poderes las más de las veces. Sólo cuando se dan una serie de circunstancias añadidas a las prácticas que estamos comentando entonces se da uno de esos saltos históricos que a veces parecen sorprendernos. O dicho en otros términos, *esta parte de la comunicación interna y externa es sólo uno de los pies donde debe apoyarse la acción popular.* De nada sirve conocer y practicar todo esto sin unas condiciones estructurales favorables o sin un proyecto tensionador hacia el futuro que articule «imaginarios» alternativos. Vamos a ver los análisis y contextos de los movimientos en seguida, y es porque está muy bien el micro-análisis de los comportamientos, pero siempre que lo entendamos dentro de un panorama más amplio. Panorama donde *los medios comunicativos se empeñan en presentarnos que sólo hay un modelo de referencia, un estilo integrador de los poderes, y parecen olvidar aquellos otros imaginarios que animan a muchos voluntariados en todos los rincones del planeta,* aquellos imaginarios alternativos comunicados con escasos medios, pero de gran contenido ético y eficaces, al menos en las bases.

D. TENDENCIAS DEL DESARROLLO Y CONTRADICCIONES

El tema del desarrollo (sostenible, endógeno, integral, etc.) debemos inscribirlo dentro de una reflexión amplia, metiéndonos en toda la crisis de postulados y de modelos que este fin de siglo nos obliga a discutir. Lo que quiero decir hace referencia a tres tipos de experiencias, que he vivido en los últimos años. Es decir, no se trata solo de una reflexión universitaria, sino las aportaciones a un debate desde algunas investigaciones empíricas realizadas o en marcha; y por otro lado numerosos debates con movimientos sociales y técnicos de desarrollo. Colectivamente investigamos, y criticamos, la mayor operación de *realojo de vivienda periférica* de Europa (28 Barrios de remodelación de Madrid) en los años 80; estamos investigando *6 áreas metropolitanas de Latinoamérica* (Bogotá, Caracas, Salvador, Buenos Aires, Santiago y Lima) y los potenciales de sus asociaciones de base; y en Andalucía, Extremadura y ahora en Madrid (Villaverde y Usera) planteamos *Programas de Actuación Integrales para un desarrollo local*, con desiguales resultados, pero siempre intentando enmarcar cada desarrollo particular en las grandes líneas tendenciales en que vivimos globalmente.

He mantenido debates con movimientos y profesionales en más de 40 ciudades de la península, y quiero recordar que, en no pocos de ellos, he mantenido tesis muy discutibles o no suficientemente claras, en el sentido de que determinadas posiciones sobre los «modelos alternativos de desarrollo» pueden confundir gravemente a los propios protagonistas. Por eso quiero aquí criticar un posicionamiento que considero claramente insuficiente, y posiblemente mistificador, sobre la emergencia de la sociedad civil y sus efectos correctores ante el mercado y el estado. La tesis que considero discutible o al menos insuficiente es aquella que Mark Nerfin, y otros autores, han planteado: ante las pretensiones de planificaciones burocráticas del estado o ante los beneficios pretendidos por el mercado, hay un «tercer sistema», o un tercer sector, área, o polo de referencia, que es la propia sociedad civil. Por ejemplo a través del voluntariado, de la economía social, del asociacionismo de todo tipo, emergen nuevas formas que contribuyen a corregir las disfunciones que muestran los polos citados hasta ahora. Es como si hubiese un triángulo que rompe la unilateralidad entre dos posiciones (estado-mercado) y mete también la participación social y la economía social. (ver Cuadro de Tendencias 1).

CUADRO DE TENDENCIAS (1)



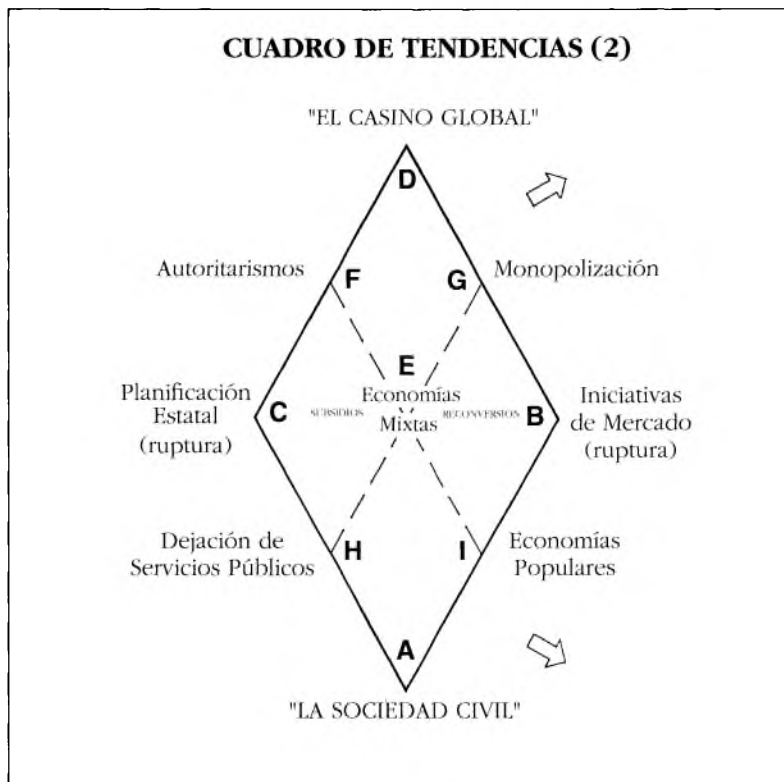
Y ¡claro!, que algo de esto está sucediendo, pero al ser una parte de la verdad nada más, parecería (por ejemplo a escala local) que articulando un desarrollo sobre estos tres polos se puede llegar a los objetivos que se proponga esa sociedad concreta. Desarrollando ideas (gráficos también) de Johan Galtung creo que el panorama es un poco más complejo, y junto a estas tres posiciones reconocibles A-Sociedad Civil, B-Iniciativas de Mercado, y C-Planificación Estatal, hay otras muy poderosas a tener en cuenta. La D-«El Casino Global» (tal como la denomina Hazel Henderson) significa el mundo de las grandes finanzas transnacionales que representan los grandes bancos, fondos internacionales, tráfico e inversiones «negros» y «blancos» que alimentan el dorado productivismo, cuyo ejemplo paradigmático sería el modelo japonés. El punto E-Economías mixtas es sin duda el modelo más difundido entre la mayoría de los países, en unos casos más cerca del mercado y en otros con mayor planificación estatal. Pero en realidad

los polos B-Mercado y C-Planificación no existen puramente en ningún sitio, y más aún, están en profundas crisis.

La crisis de la planificación estatal se venía repitiendo desde hace tiempo, pero —que duda cabe— que el derrumbe del «socialismo real» ha acabado de ponerla de manifiesto. Y no sólo en esos países, sino en aquellos gobernados por social-democracias, o nacionalismos, los problemas de burocratización y de ineficiencia son también patentes (deudas externas, déficits públicos, etc.). Junto a estas rupturas de lo estatal nos encontramos también con rupturas del mercado. Desde el «crack de 1929» realmente se sabe a donde nos lleva un libre mercado en sentido puro. Hoy realmente, incluso los neo-liberales se cuidan mucho de buscar un proteccionismo estratégico, y en determinados países recurren a algunos elementos estatales como fundamentales para poder desarrollar su productivismo. El modelo japonés no se puede entender sin el sistema educativo y competitivo, sin determinados proteccionismos, al igual que otros modelos neo-liberales no se han dado más que en sistemas muy autoritarios (Chile, etc.).

El mercado, tanto mundial como el de una ciudad, se ha ido fraccionando en dos tipos muy diferentes de iniciativas. Por un lado está la tendencia a la monopolización, que ya ha sobrepasado el ámbito de los estados, y por otro están las economías populares que se mantienen en las grandes áreas metropolitanas o en comarcas rurales. *Por un lado la «ciudad global», por otro los «mercadillos»,* como dos polos de la dualización de tantas economías. Cuando hoy se habla de «libre mercado» frente a los modelos de planificación realmente se meten en el mismo saco cosas tan dispares y rupturas tan profundas de nuestras realidades, que parece pura cuestión terminológica los juegos de palabras que se hacen. *La ruptura del polo C-Estado* está llevando también a situaciones duales. Por un lado *dejación de los servicios públicos para que los asuma la sociedad civil,* y por otro *aumento de los autoritarismos* (no ajenos a economías muy militarizadas).

El eje horizontal entre Planificación y Mercado, (que nos ha llevado todo el siglo XX de polémicas, y políticas sobre subsidios y sobre reconversiones) ahora parece que ya no es la cuestión central. Pero tampoco su complementación con la sociedad civil (aún presos de tal esquema), sino el eje vertical entre las grandes finanzas globales y las sociedades civiles locales. Digámoslo provocativamente: ya se confunde izquierda y derecha; y ahora el problema son los de abajo



contra lo de arriba. Pienso que muchos de los que hemos hecho referencia al esquema triangular (Estado, Mercado, Ciudadanía) en el fondo, y en la práctica, nos tapamos con esta otra realidad más compleja, donde determinados elementos del mercado y del estado están en perfecta convivencia, como modelo financiero y productivista actual. En los cuadros que presento trato de remarcar que hoy la principal problemática no está en la complementariedad del Estado o del Mercado, sino en la confrontación desde los ámbitos de una sociedad civil adulta contra los modelos mundiales de despilfarros y tecnocracias. (Ver Cuadros de Tendencias 2 y 3).

Las rupturas del eje C-B facilitan la existencia de espacios de relaciones muy diferenciados. Por un lado hay una economía mundiali-

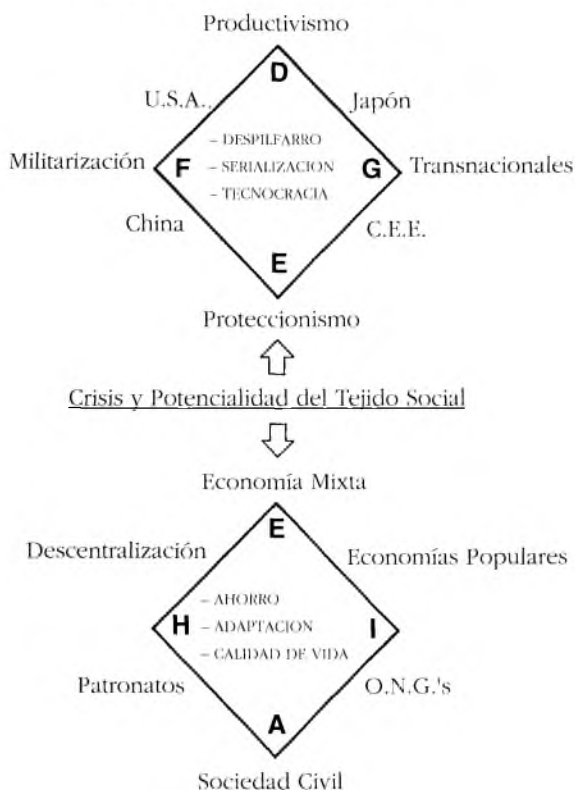
zada entre el proteccionismo, las transnacionales, el productivismo y la militarización (cuyo paradigma podría ser la Guerra del Golfo, por ejemplo); y por otro lado están esas economías populares, las ONG's, la descentralización y los patronatos, y las asociaciones de todo tipo para poder sobrevivir en las grandes metrópolis, especialmente las de las zonas periféricas de la economía mundializada. Esta crisis lo es entre un modelo dominante y sus consecuencias, y otros modelos dispersos, que tiene ciertas potencialidades. No se trata de justificar un modelo dominante en el que un 20% de la población consume un 80% de los bienes y servicios, sino de criticarlo, y por eso nos afanamos en encontrar en otras formas actuales algún tipo de potencialidad alternativa. De los países dominantes sólo podemos constatar el despilfarro productivo ya que se valoran las materias primas y recursos por lo que cuestan monetariamente y no por lo que quede para después. No hay criterios de ahorro o de energías renovables, por lo que se despilfarra con el único objetivo de la máxima ganancia ahora.

Como consecuencia, esto nos lleva a una serialización de las calidades, que unifica mercados, y donde el producto duradero y adaptado a cada circunstancia, o clima concreto, cada vez aparece como algo exótico en esta mundialización. Se vende lo «lighth» al consumo rápido de quien puede, para en seguida meterle en otro consumo más nuevo aún. La técnica cada vez más se convierte así en tecnocracia, en dominio de los nuevos productos, de las nuevas técnicas, no solo de elementos de producción, sino sobre todo de cómo vender, de cómo manejar a los consumidores, crear necesidades, hacerles elegir un coche, un representante, o tener un respeto supersticioso por el oculto mundo de las tecnologías. Así florecen en este modelo todo tipo de corporativismos, entre ellos algunos que querrían hacerse pasar por expresiones de la sociedad civil. Y aquí puede surgir alguna de las confusiones.

E. UN CAMPO DE POTENCIALIDADES ALTERNATIVAS (EJEMPLOS)

No es oro todo lo que reluce en el otro «rombo», en el campo o área de las potencialidades. Hay tendencias entre los «de abajo» que se van imponiendo, aunque no siempre. Veamos algunas positivas,

CUADRO DE TENDENCIAS (3)



por ejemplo, está el ahorro como algo a lo que hay que recurrir en las economías populares. *El ahorro energético* (sobre todo con tecnologías apropiadas) es uno de los recursos energéticos de un inmediato futuro para todos. Cuando avanzamos unas *adaptaciones a las cualidades diferentes de cada circunstancia* local no sólo ahorramos, sino que también ganamos en calidad de vida. El trabajo artesanal es muy caro, y en muchos casos se hace sólo para turistas o así, pero (¿qué duda cabe?) puede encerrar unas cualidades no logradas por la serialización: por ejemplo, en la agricultura biológica frente a la agri-

cultura química habitual en nuestra alimentación. Eso marca diferencias importantes en calidad de vida. Naturalmente si *medimos la «calidad» por la salud o la cultura, y no como «nivel» de vida medido en renta familiar o en producto bruto de un área*. Estas potencialidades están hoy muy dispersas, y no tiene conciencia la sociedad civil de que conformen un campo propio, y menos que se enfrente con el campo dominante. Claro que hay contradicciones en numerosos sucesos cotidianos, pero casi nadie los analiza desde esta óptica.

Tanto para un desarrollo local como a escala global, o en ámbitos intermedios, nos encontramos con problemas muy semejantes. Y, en cualquier caso, los ámbitos más locales no pueden hacerse ilusiones de desarrollo sin tener en cuenta que hay otro modelo de desarrollo, que desde arriba impone otras reglas. Esto no quiere decir que no hay experimentos muy valiosos y que algunos nos den esperanzas de transformaciones interesantes. Partiendo tanto de este análisis de vías alternativas, como de algunas experiencias, es preciso avanzar algunas formulaciones donde encuadrar nuestras potencialidades. Presento cuatro ejemplos de construcciones de tipo económico, de comunicación, y tipo socio-político, e ideológicas. Es posible pensar estos campos de potencialidades en modelos teóricos, pero es preferible referirlos a ejemplo en realización, como aquí trato de exponer.

Cuando en el punto H se plantean Patronatos entre una Administración y un voluntariado ciudadano, estoy pensando en algo muy concreto: la realización de *40.000 viviendas, entre vecinos y la administración, en 28 barrios de Madrid de 1979 a 1986*. Viviendas a menos del 10% del salario de la familia, de buenas calidades y en los barrios donde antes había chabolas. Administraciones posteriores han sido incapaces de hacer un programa de viviendas que alcance ni a la mitad, e incluso han tratado de olvidar tal ejemplo. Pero ha quedado demostrado que es posible, incluso con los fallos que nuestro equipo de estudios detectó y publicamos. También queda demostrado que determinadas lógicas del Estado, que siempre se dice muy social, en realidad son caridad individualizada hacia cada usuario, de sus servicios, y al que luego, individualmente también, se le pide su voto. Hay una lógica del Estado hacia cada individuo aislado para tratarlos como una suma en una masa. Mientras que en experiencias de este tipo por barrios y colectivos de iniciativas, se demuestra que ser

ciudadanos es otra cosa. Es decir, participar colectivamente a través del voluntariado en programas adaptados a cada caso concreto, buscando además calidades adecuadas a cada situación particular, pero no sólo individual. La lógica asociativa va más allá que la lógica de la individualización (contra la que tiene que luchar): como entiende el estado quien sólo cree en el sufragio universal y sus servicios paternalistas. (Ver Cuadros de Potencialidades)

CUADRO DE POTENCIALIDADES (1)

Económicas



Relaciones de Comunicación



CUADRO DE POTENCIALIDADES (2)

Reformas Democráticas



Ideológicas



También se pueden poner ejemplos de cooperativas de producción o de consumo que superan la fragmentación de las economías populares, en cuanto se desarrollan como «emprendedores» (más que como empresarios clásicos) algunas personas que demuestran esa capacidad. En un estudio de Enrique del Río (Pro-empleo) se afirma que la mayor parte de los *casos estudiados de emprendedores antes habían tenido una buena experiencia en asociaciones de voluntariado* diversas. La sociedad civil va teniendo sus escuelas de gestión popu-

lar que demuestran ser muchas veces más eficaces que el adoctrinamiento escolar. Y se podrá decir que en el actual mercado muchas de estas empresas o sucumben o bien se convierten en empresas de gran capital cuyos fines sociales a veces es difícil de justificar, y esto es cierto. Pero que duda cabe que la implicación que suponen de sus miembros en esta sociedad que no les da muchas facilidades, les permite en determinados casos tener éxitos dignos de estudio. Y esa es nuestra tarea.

En el Cuadro de Comunicación se plantea el problema del aislamiento de muchas experiencias (en algunos casos de Desarrollo Sostenible), que acaban sucumbiendo por falta de apoyo, de conocimiento con otras realidades, de visión de conjunto que permita cierta autovaloración. Una buena red de comunicación entre ciudades de distintas partes del mundo, o de *ONG's de distintos países, se demuestra mucho más eficaz que todas las burocracias estatales de ayuda al desarrollo*. Hay suficiente número de experiencias en todo el mundo que confirman sobradamente esta perspectiva, aun cuando no son muy conocidas como la de Villa El Salvador (barrio autogestionario de 300.000 h. en Lima). Cuando se han podido hacer experiencias de radios y T.V. locales, con directa participación popular han tenido una audiencia respetable, y hay también muchas experiencias *ejemplares, por lo mismo, de Planificación Integrada*. Lo que pasa es que , por ejemplo, en Latinoamérica es *difícil que se conozcan tales iniciativas alternativas más allá de lo local*, y aun en la propia Europa. Uno de los grandes problemas de nuestra época es que sólo parece existir lo que dictan las agencias de noticias transnacionales (de nuevo la guerra del Golfo resulta paradigmática).

Es positivo que en muchos países y en administraciones locales sea cada vez más proporcional la representatividad política. Pero reducir a un sistema de votación partidaria toda la legitimación parece un gran reduccionismo: Pues por un lado lleva a grandes mayorías de los votantes a abstenerse; y a otros los lleva a descargar toda su ciudadanía en unos profesionales de la política, en quienes tampoco parece que tengan más confianza que la de un mal menor. Para corregir estos reduccionismos de la democracia, debe reconocerse también la *legitimidad de otras votaciones que también se dan en la sociedad*, por ejemplo entre los profesionales de tal trabajo, o entre los asociados para tales iniciativas sociales, o incluso entre las empresas impli-

cadadas en el desarrollo de ese territorio. En una sociedad con desigualdades, y diferencias, muy marcadas se debe potenciar la participación democrática, y la implicación en tareas sociales, sobre todo de aquellas minorías, o incluso mayorías que tienen más difícil una presencia pública de sus voces o derechos (mujeres, jóvenes, defensa de la naturaleza, minorías culturales, etc.)

La crisis de las ideologías y los partidos tradicionales es paralela al florecimiento de nuevos movimientos sociales, y más recientemente socio-políticos, donde se definen experiencias renovadoras y muy creativas. Por ejemplo, *redes de movimientos y colectivos donde pueden convivir* (y convocar en torno a una mesa o a movilizaciones ciudadanas) desde socialdemócratas sindicalistas hasta alternativos ecologistas, o desde comunistas críticos hasta nacionalistas más o menos radicales. Los replanteamientos ideológicos se definen hoy: más en torno a si se está en el modelo productivista dominante o si se está en el alternativo de base, que por lo que se entendía por derechas o izquierdas antes (vease los calificativos tan confusos de la prensa sobre los personajes de la Europa del este). Dado que nadie puede decir la verdad es mía, será bueno que nos acostumbremos a convivir en un campo de potencialidades ideológicas plurales, aunque enfrentadas al modelo productivista.

REFERENCIAS

- 1.— Sobre unas posiciones éticas y epistémicas para tomar posición con los movimientos sociales contra el productivismo despilfarrador y cosificante.
- K. MARX. *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos*. Grijalbo. México 1970.
- Paulo FREIRE. *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI. Madrid 1975.
- Jesús IBÁÑEZ (y otros). *Nuevos avances en la investigación social*. Anthropos. Barcelona 1990.
- Eugenio TRIAS. *Filosofía y carnaval*. Anagrama. Barcelona 1970.
- Carmen ELEJABEITIA. *Liberalismo, marxismo y feminismo*. Anthropos. Barcelona 1987.
- L. MARTIN SANTOS. *Diez lecciones de metodología*. Akal. Madrid 1991.
- Benoit MANDELBROT. *Los objetos fractales*. Tusquets. Barcelona 1987.
- ILICH, CAPRA. SCHUMACHER, BOOKING, etc. *Ecofilosofías*. Integral. Barcelona 1984.

2.— Para las construcciones de bloques sociales a partir de las fracciones socio-económicas y las necesidades planteadas o programadas como tales.

F. ENGELS. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Akal. Madrid 1976.

D. MORRIS y K. HESS. *El poder del vecindario*. G. Gili. Barcelona.

M. SACRISTAN. *Pacifismo, Ecología y Política alternativa*. Icaria. Barcelona 1987.

LIPIETZ, TOPALOV, GUNDER FRANK, VILLASANTE. *Tentativas*. Alfoz, 54-55. Madrid 1988.

Hugo ZEMELMAN. *Los horizontes de la razón*. Anthropos. Barcelona 1992.

J.L. CORAGGIO. *Ciudades sin rumbo*. Ciudad. Quito 1991.

C.N. FERREIRA DOS SANTOS. *Movimientos Urbanos no Rio de Janeiro*. Zahar. Rio de Janeiro 1981.

Oscar NÚÑEZ. *Innovaciones democrático-culturales del movimiento urbano popular*. Universidad Autónoma de México. México 1990.

3.— Sobre redes sociales, conjuntos de acción y estilos emancipadores, para la superación del patriarcalismo y autoritarismo del sistema de poderes.

C. LEVY-STRAUSS. *El pensamiento salvaje*. Fondo de Cultura Económica. México 1984.

W. REICH y I.A. CARUSO. *Psicoanálisis y sociedad*. Anagrama. Barcelona 1971.

H. MARCUSE. *L'Homme unidimensionel*. Editions du Minuit. París 1968 (hay traducción española, y también de Eros y Civilización).

M. FOUCAULT (y otros) *Espacios de poder*. La Piqueta. Madrid.

WOLF, Mitchell, etc. *Antropología social de las sociedades complejas*. Alianza. Madrid 1970.

M. BAJTIN. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Barral. Barcelona 1971.

S. MOSCOVICI (y otros). *La influencia social del inconsciente*. Anthropos. Barcelona 1991.

M. MAFFESOLI (prólogo J. IBÁÑEZ). *El tiempo de las tribus*. Icaria 1990.

4.— Para construir campos de potencialidades alternativas con calidad de vida, y adaptadas y negociadas mediante la implicación en la investigación-acción-participada.

G. LAPASSADE. *Grupos, organizaciones e Instituciones*. GEDISA. Barcelona 1985.

- Johan GALTUNG. *Hay alternativas*. Tecnos. Madrid 1984.
- M. NERFIN. *Ni príncipe, ni mercader: ciudadano*. Socialismo y Participación. Lima 1988.
- O. FALS BORDA, C.R. Brandao. *Investigación participativa*. Banda Oriental. Montevideo 1986.
- P. DEMO. *Investigación participante: mito y realidad*. Kapelusz. Buenos Aires 1985.
- Carlos NÚÑEZ. *Educar para transformar, transformar para educar*. Alforja. S. José Costa Rica 1989.
- J. RIECHMAN. *¿Problemas con los frenos de emergencia?* Revolución. Madrid 1991.
- C. ANTUNES, F.O. WOLF (y otros). *Manifiesto Ecosocialista*. La Catarata. Madrid 1991.
- 5.— Intentos para la construcción de metodologías-espacios que caminen hacia prácticas creativas, desde los movimientos sociales emancipadores.
- T.R. VILLASANTE. *Los vecinos en la calle. Una alternativa a la ciudad de los monopolios*. Ed. de la Torre. Madrid 1976.
- *Comunidades locales. Análisis, movimientos y alternativas*. IEAL. Madrid 1984.
- *De quien es la iniciativa en el desarrollo sociocomunitario*. Popular. Madrid 1991.
- *Movimiento ciudadano e iniciativas populares*. HOAC. Madrid 1991.
- T.R. VILLASANTE y L.G. TAMARIT. *Hacia una ciudad habitable*. Miraguano. Madrid 1982.
- T.R. VILLASANTE y otros. *Retrato de chabolista con piso*. Alfoz-SGV-IVIMA. Madrid 1989.
- *Salida asociativa y ciudadana*. FACMUM-2. Madrid 1990.

La estructura social y los movimientos sociales

Ignacio Fernández de Castro

Quizá se trate de una relación dialéctica, del «ojo» del huracán que con nombre de mujer, Europa, se pasea sembrando incertidumbre por el último decenio inconcluso de nuestra Historia.

QUIZA, DESPUES DE TODO, NO SEA NADA

Estructura y movimiento, la lógica del ascensor en el edificio de 20 plantas, del AVE que uno por la vía férrea Madrid y Sevilla, de la fiscalidad y de los gastos sociales para arbitrar sin riesgo el movimiento de lo imprescindible para los que se encuentran bajo mínimos desde los excedentes excesivos de los que viven sobre máximos, de la «igualdad de oportunidades» de las estructuras educativas que encarrilan, sobre una equidad objetiva, la movilidad ascendente de las poblaciones, de los procesos electorales para el movimiento de los políticos por la cucaña del poder, del mercado para el movimiento de las mercancías, de la fuerza de trabajo y de los capitales. Movimientos estructurados. La armonía de las gravitaciones compensadas.

NADA DE NADA EN EL ORDEN DIALECTICO

Estructura y movimientos, la lógica de las agencias para la organización de los viajes, de los partidos políticos para ir desde la oposición al poder, de los sindicatos para el movimiento de las plusvalías, de las asociaciones ciudadanas para la ubicación de los semáforos, de las cárceles, de los centros para la rehabilitación de drogodependientes, de las viviendas para el asentamiento e integración de los gitanos, de las asociaciones de padres de alumnos para organizar las



actividades extraescolares, de las asociaciones ecologistas para el movimiento de los residuos contaminados/contaminantes y para la reproducción/conservación de las especies en peligro de extinción y de los espacios naturales, de las múltiples asociaciones, en fin, en las que se estructura la participación de los ciudadanos en el poder, participación que desde el poder se les atribuye para que conformen el entramado estructural de la sociedad civil en su relación con el Estado. Estructura de movimientos. Armonía de gravitaciones compensadas.

NADA DE NADA EN EL ORDEN DIALECTICO

Quizá, sin embargo y pese a todo, algo se mueve escapando al movimiento estructurado.

El poder que se atribuye no colma por completo el vacío que ha dejado el poder expropiado, ni siquiera los fondos mejor dotados sobre los que descansan los mejores planes para segurar una vejez privilegiada, logran suprimir la angustia del progresivo agotamiento de una vida que sólo ha sido representada.

El orden dialéctico preside el movimiento que nace de la contradicción que se salva con la afirmación de uno mismo frente al medio, coincide con el proceso de conocimiento pleno:

- Significación del medio desde sí para representarlo como el escenario de la vida.
- Trabajo simbólico sobre esta representación para la producción del proyecto también simbólico de su transformación en un escenario mejor para sobrevivir/vivir.
- Plan de un trabajo sobre el medio para la realización del proyecto.
- Trabajo de acuerdo con el plan, comportamientos transformadores del medio para salvar la contradicción dialéctica con el medio y así vivir.

El conocimiento pleno es la capacidad que distingue a la especie humana de las demás especies vivas, es la actualización de su poder virtual de ser libre. Del ejercicio de este poder nace, o puede nacer,

el acuerdo y la sociabilidad, de su expropiación surge y se alimenta el poder social, la dominación y la explotación, que se mantiene y perpetua por el arbitrio de la atribución desigual desde el poder expropiador de ese mismo poder entre los miembros de la sociedad para que al ejercerlo ajusten sus comportamientos a la representación del rol social que se les asigna.

La contradicción de los miembros de una sociedad organizada sobre la concentración del poder expropiado y su posterior atribución frente al medio sistémico en el que viven, se desplaza al interior del sistema entre sus distintos subsistemas y a la relación entre sistemas sociales.

La vida de los individuos de la especie transcurre, se realiza, en la representación y sólo allí se organizan para moverse y se mueven. A partir del poder que les es atribuido organizan su actividad social, crean asociaciones, sindicatos y partidos, estructuran la sociedad civil, y asumen como suyas las contradicciones sistémicas entre los roles y las distintas posiciones sociales, aparecen las batallas electorales, las acciones reivindicativas y la lucha de clases. También asumen como suyas las contradicciones entre los sistemas sociales y si es preciso mueren por la patria en guerras o se agotan en hazañas inútiles.

Quizá, sin embargo pese a todo, algo se mueve escapando al movimiento estructurado.

APENAS ES NADA, PERO ES ALGO

1. La expropiación y la atribución del poder

El poder del que se trata es aquel que permite a quienes lo ejercen transformar el medio para que sirva a la satisfacción de sus necesidades y así a su costa poder sobrevivir. Es el poder constituyente del «ser», solución dialéctica de la unidad/continuidad precedente en la que el ser todavía no es «ser» y el medio todavía no es «medio». Es un acto de conocimiento, de significación como «medio de vida» de todo lo que no es «el que significa» y que así se constituye en «el ser que vive», afirmación que resuelve sobre el dos contradictorio la negación descubierta de la unidad anterior y que, sin embargo, tiende a

reponer la unidad sobre el «uno mismo», único existente. Más tarde aparece el «otro», el que no puede ser consumido, y la sociabilidad, como solución dialéctica en el «nosotros» de la inevitable y a la vez «imposible», (para que sobreviva el ser), dualidad.

El poder que se expropia y se atribuye es, pues, el constituyente del «ser», y el proceso de expropiación/atribución tiene que ver con el «nosotros», con la nueva unidad fundante de la sociedad que impone al que vive la aparición del «otro» en el medio en el que vive, ese otro que no puede ser consumido y que, por ello, hace imposible resolver sobre el «uno mismo» (el que vive y el medio del que vive) la dualidad o contradicción dialéctica entre el «ser» y el «medio».

Todo pasa en el mundo simbólico de la representación y de su «registro» en la realidad material. La «estructura social» es el resultado de este proceso de representación simbólica y de su registro. La estructura es como es, pero pudo ser de otra forma y puede ser de otra manera, sustenta y sostiene una unidad, un «nosotros» mayestático, que, sin embargo, internamente es negada desde la huella del «ser» que sigue buscando su resolución dialéctica.

El «contrato social» sobre el que se sostiene la democracia, un «nosotros» que se pretende constituido por un consenso libremente asumido por los miembros de la sociedad, oculta en su representación la barbarie que se mantiene desde sus orígenes, oculta la dura historia de la privatización del medio, una atribución de poder que conlleva la expropiación general del poder constituyente del ser, tanto a los excluidos del medio por la privatización, como a los favorecidos por la atribución de poder sobre el medio privatizado.

El «nos» mayestático del tirano, de todo tirano, basado en la ocupación y apropiación del medio en el y del que vive una población (sea el patrimonio de una familia, una fábrica o un Estado), desaparecido el tirano, expropiado (destronado) éste de su poder personal y arbitrario, por el desarrollo de la democracia, ha permanecido en la estructura social y, sin cambiar su carácter privatizador y excluyente, ese mismo poder tiránico, legitimado por el mismo «nos» mayestático que se arrebató al tirano y que ahora reside en el Estado de Derecho, es atribuido a quienes ocupen las posiciones estructurales sobre el que se organiza el funcionamiento del sistema social.

La democracia avanza sobre una estructura social cuyos orígenes turbios (la privatización que conlleva la expropiación del poder constituyente del ser) se mantienen y se legitiman sobre la objetividad que impone su persistencia y sobre la sustitución de la arbitrariedad subjetiva del tirano desaparecido por la objetividad producida por su registro material en la estructura. Avanza principalmente sobre la democratización de los mecanismos de acceso a las posiciones que tienen un poder atribuido sobre el medio (la igualdad de oportunidades) y, en una medida mucho más modesta, igualando los poderes que se atribuyen a las distintas posiciones cuya jerarquía, sin embargo, se mantiene. Avanza, pero, sin modificar los efectos de la catástrofe esencial de la expropiación generalizada del «ser» por la forma concreta en la que se constituyó históricamente el «nosotros» (el mecanismo complejo de la expropiación/atribución).

A partir del momento en el que «el que vive» rompe la unidad conflictiva de su universo por ese conocimiento en el que se constituye como «ser» que le permite significar de «medio» en el que él vive a todo cuanto no es «él», y que termina resolviendo la contradicción dialéctica de la dualidad de contrarios producida por la aparición de su «ser» sobre el «uno mismo» (el medo deja de serlo para ser la prolongación de sí: proceso de apropiación), la totalidad del proceso de la conformación del «nosotros» que provoca la aparición del «otro», históricamente se asienta no sobre un «nosotros», o pluralidad de los «seres» que viven sobre y del mismo medio, constituido sobre el acuerdo cooperativo para aunar y multiplicar las capacidades o poderes individuales y así transformar el medio y construir un «nosotros mismos» por su transformación y apropiación colectiva, sino sobre la ley del más fuerte que se apropia del medio común o, lo que es lo mismo, expropia y excluye a todos cuantos sobre ese medio viven, les niega su condición de «ser» (que no olvidemos nace de la significación del medio, como el medio del que vive el que vive), para utilizarlos, utilizar su capacidad de ser en su propio provecho a cambio de ser él y no el medio apropiado el que los mantiene en vida como partes, partes lo mismo que el medio apropiado, partes del «uno mismo» que les ha excluido del medio que él ha privatizado.

Así el «nos» mayestático del tirano es el primer reconocimiento «democrático» de la presencia del «otro» en el «uno mismo» que ha construido y es también el anuncio de la cadena de atribuciones de poder a los súbditos desde el poder que les ha expropiado.

Un punto clave de ese largo proceso de democratización que ahí se inicia, es que desde antes, desde sus orígenes en los confines de la barbarie, el medio dejó de ser el medio del que se vive y que permite por ello la constitución del «ser», para ser el «uno mismo» del tirano (por su privatización y transformación) así, el ser constituyente excluido y expropiado de ese medio, pasa a ser un «ser constituido» por la atribución del poder que comporta la posición que ocupa en un «uno mismo» que incluye el medio y que no es el suyo, el que él mismo construiría sin su negada o mediada relación con el medio en el que de todas formas vive.

Hoy, en las sociedades actuales democráticas en las que el tirano ha desaparecido, pero en las que el «nos» mayestático continua y se extiende a todos aquellos que ocupan o pretenden altas posiciones jerárquicas de poder en la estructura del sistema, y en las que las privatizaciones del medio han objetivado la multiplicación generalizada de los «unos mismos» producidos por las atribuciones de poder privado que otorga la propiedad privada sobre parcelas del medio que el sistema reconoce, se constata la persistencia de la barbarie en ese punto clave, y del «ser» sólo se percibe, y sólo alguna vez, su huella.

2. Lo privado y lo público

El sentido que en este trabajo se da al par axiológico público/privado no coincide con exactitud con el que generalmente se utiliza en la ciencia jurídica al calificar la titularidad de los bienes, de los derechos y de los «entes» jurídicos.

La «privatización», en principio y tal como aquí se entiende, es la consecuencia o el efecto de la relación del «ser» (el que vive) con el «medio» (de lo que vive el que vive) cuando esta relación, en principio dual y contradictoria, se resuelve en la constitución simbólica del «uno mismo», una nueva unidad/continuidad en la que el «medio» ha dejado de serlo para ser la prolongación del «ser», el «ahí» donde éste se reconoce.

El «medio» convertido así en el «uno mismo» del «ser» que lo privatiza (lo transforma en sí) es privado a y para todos los demás, para los «otros», es el «otro», el que no se puede consumir por los demás seres semejantes.

Lo público es un concepto de segundo orden, ya que en el primer orden, donde está colocado el movimiento de privatización descrito, podría únicamente ser constituido por todo aquello que no ha sido significado como «medio», lo desconocido, puesto que la privatización coincide con el acto de conocer en sentido pleno.

El segundo orden en esta reflexión está unido a la presencia del «otro», el que no puede ser consumido, el semejante que no es «medio» para el «ser» que así lo significa y que, por ello, no puede ser privatizado, una nueva dualidad contradictoria que sólo puede resolverse sobre el «nosotros», y, en este segundo orden, lo privado y lo público adquieren una nueva significación.

Cuando sobre un medio vive una población (una familia, una tribu, el conjunto de ciudadanos de un Estado), las relaciones entre los pobladores, de cada uno de ellos con el «otro» y de estos y de cada uno de ellos con el medio, relaciones duales y contradictorias (dialécticas), tienden también a resolverse en una nueva unidad. Las posibilidades son múltiples y entre ellas seleccionamos por su operatividad reflexiva las siguientes:

— El «nosotros mismos» o conformación de una unidad plural de seres que, enfrentados con el medio que les es común, se ponen previamente de acuerdo para significarlo así (de medio común: público) y transformarlo para que todos, sin ninguna exclusión ni privilegio, puedan vivir en él y de él, estableciendo por consenso las reglas para la privatización de su uso y de sus frutos y conseguir así que cada uno pueda conformar su «uno mismo» sin privar a los demás de la misma posibilidad.

— El «nos» mayestático del tirano, de quien dentro de esa población, prevaleciéndose de la fuerza o de la astucia, privatiza para sí el medio, en principio común, expropiando a todos los demás de su posibilidad de «ser», dejándolos así a su merced para que trabajen para él a cambio de mantenerlos vivos. El «rol» que les asigna es su única posibilidad de «ser», y en la vida que les otorga (alimentos, vivienda, retribución, o en el uso exclusivo de parcelas del medio común) tienen la única posibilidad de reconocerse como «uno mismo».

En esta segunda resolución de la dualidad sobre la unidad que conforma el «nos» mayestático, aparece lo que puede llegar a ser (en

la tercera solución) un nuevo sentido de lo público y de lo privado pero que en ésta se representa en los dos modos de apropiación o privatización: la soberanía (que prefigura lo público) que comprende la totalidad del medio y que es la privatización del tirano, la que concentra en él todo el poder de «ser» de sus súbditos, y la relación de estos con los bienes que les atribuye el tirano para que puedan seguir viviendo siempre que sus comportamientos sean los que corresponden al «rol» que se les ha asignado (un nuevo concepto de lo privado ya que se excluye de los mismos a todos los demás, aunque, en definitiva, el tirano conserve sobre los mismos la soberanía o su especial privatización).

— El «nosotros» objetivado en la Ley. La tercera resolución de la dualidad es la que corresponde a las sociedades modernas democráticas en las que el soberano/tirano ha desaparecido sustituido por el Estado de Derecho. Se trata, desde luego, de la sanción que otorga la Ley al registro que hizo en la realidad (en el medio en principio común a toda la población de que se trate, pero del que fueron expropiados por el tirano) el ejercicio de la soberanía del tirano. La sanción legal de lo objetivo (la subjetividad del tirano objetivada por su registro en la realidad), que implica la conversión en «público» de todo cuanto alcanzaba su soberanía, estructura objetiva de base del sistema que así aparece; y la conversión en «privado» de todo aquello que el tirano otorgó en concepto de privatizado (excluyente a los demás) a los súbditos para que siguieran desempeñando los roles asignados.

Sobre esta tercera solución se sitúa la reflexión que sigue sobre lo público y lo privado.

En primer lugar, hay que señalar que la totalidad del «medio» en el que vive y del que vive la población está privatizado. Esto es, ha dejado de ser «el medio en el que vive y del que vive» el «ser» y sobre el que el «ser» se constituye y termina conformando el «uno mismo» y reconociéndose en él mediante el mecanismo de su conocimiento pleno.

El medio objetivamente se ha convertido en la estructura material de un sistema social y es este sistema el que hace vivir a la población que lo anima, algo muy distinto a que el medio sea un sistema, sistema del que vive y en el que vive una población que para vivirlo ha conformado por consenso un sistema social de relaciones entre

sus miembros capaz de producir, por el conocimiento pleno y siempre renovado del sistema/medio, el «nosotros mismos» en el que todos ellos se reconocen como el plural constituido por el acuerdo al que han llegado para poder vivir en el medio común.

El funcionamiento (la animación por la población) de la estructura material del sistema en las sociedades democráticas está organizado desde la posición del tirano, pero colocando las funciones de dominación de éste y desde su destronamiento como funciones sistémicas, que pierden así su carácter subjetivo y arbitrario.

Lo público en la democracia es el «uno mismo» del tirano reconvertido en Estado, su «nos» mayestático tiene aquí la legitimación expresa del «pueblo soberano» y el mecanismo de la elección de los representantes que ocupen las posiciones que en el sistema ha dejado vacantes el tirano, para que desde allí realicen sus funciones o el ejercicio de la soberanía.

Lo privado en estas sociedades nace de la reconversión en sistema de las atribuciones y de los privilegios relativos que reconoció/otorgó el tirano a sus súbditos para que le sirvieran, premios a los servicios prestados. El cambio en este caso se produce por su objetivación como sistema en el que su relación con la «soberanía», ésta misma objetivada en lo público, deja de ser una relación sometida a la arbitrariedad, para fijarse en posiciones estructurales desde las que la población anima el funcionamiento del sistema, posiciones reconocidas y protegidas por la Ley y sometidas a ésta. Los mecanismos de acceso a las posiciones sistémicas privadas también han variado al afirmarse en el Estado de Derecho la herencia y las reglas y leyes del mercado.

3. Los movimientos sociales

Los mecanismos de apropiación del medio y de expropiación a los miembros de la población de su capacidad (poder virtual de conocer el medio en el que vive) de constituirse en «uno mismo», y la atribución arbitraria del poder expropiado entre los mismos, que acompañan a la aparición del tirano, y su conversión sistémica u objetivación en la estructura en términos de público y privado por la desaparición del tirano en las sociedades democráticas o Estados de Derecho,

constituyen los sistemas sociales tal como hoy aparecen y en los que hay que situar a los «movimientos sociales» como objeto de reflexión.

La estructura del sistema conserva para su funcionamiento el antropomorfismo del «tirano». La jerarquía y la división del trabajo, tal como hoy las constatamos y las reconocemos por su eficacia de funcionamiento, denuncian los orígenes de la organización sistémica y su permanencia por su registro material.

El sistema se estructura sobre funciones jerarquizadas y especializadas y estas funciones conforman órganos o subsistemas y posiciones sociales de la población, ellas mismas jerarquizadas y especializadas. En cada una de las posiciones sistémicas se ha objetivado el poder potencial que se les ha atribuido para que su ejercicio o animación por quien ocupa esa posición haga funcionar el sistema y también la asignación (atribución), a quien lo anima realizando los comportamientos sistémicos previstos, del poder virtual «privado» en su disposición, de un equivalente de riqueza relacionado en su cuantía con la jerarquía de la posición social y sistémica que ocupa y con los bienes cuya propiedad privada tiene reconocidos por el sistema.

Esta estructura sistémica basada en la jerarquía y en las atribuciones desiguales de poder conlleva contradicciones y antagonismos entre los distintos subsistemas que lo conforman y entre las distintas posiciones estructurales. Las contradicciones y antagonismos estructurales hacen aparecer movimientos sociales, organizaciones de partes de la población situadas en la misma posición para defenderla, para reivindicar para ellas mayores atribuciones de poder, o para alcanzar posiciones y atribuciones de las que se ven excluidas o discriminadas.

En las sociedades democráticas, el Estado, sobre el que se configura la estructura básica, añade a las atribuciones que otorgó a sus súbditos el tirano desaparecido y que han quedado registradas en su estructura, nuevas atribuciones de poder a los ciudadanos, la mayor parte de ellas históricamente han sido conquistadas por estos en sus luchas organizadas. El derecho a asociarse para la defensa de sus intereses, de manifestarse o el de la huelga por las asociaciones profesionales, permiten, entre otras, la construcción de un entramado estructural constituyente de la «Sociedad Civil» paralelo a la estructura en que se ha registrado la soberanía un entramado con el que el sistema resuelve el problema de las relaciones entre cada uno de sus miem-

bros con la organización o estructura del poder soberano y con el que busca suturar la contradicción, en la práctica insoluble, entre el «nos mayestático» del «soberano» desaparecido pero registrado, y el pueblo al que se le reconoce «soberano» y cauce posible para la conformación de los «nosotros mismos» de los ciudadanos, que de esta forma, en definitiva, legitima el poder político (el «nos» mayestático).

La sociedad civil y los movimientos sociales constituyentes de su estructura compleja, permiten resolver en la representación y por la «representación» lo imposible.

La estructura jerárquica especializada de la soberanía donde el tirano desaparecido se ha registrado aguarda en «vacío» la energía/poder que la ponga en funcionamiento, los ciudadanos donde ese poder reside se organizan para que ese poder virtual que puede ejercerse desde las posiciones estructurales de la soberanía lo ejerzan «sus» representantes, y los eligen y aun pueden controlarlos a través de los movimientos sociales para que al ejercerlo se atengan a las atribuciones que a cada uno de las posiciones estructurales les corresponden. Los representantes acumulan el poder soberano de los ciudadanos que representan, pero el poder que ejercen es el atribuido a la posición que ocupan. La expropiación de poder se ha realizado «limpiamente» y su ejercicio, una vez en la cúspide, desciende por atribución por la estructura jerárquica y especializada hasta llegar a todos los ciudadanos a los que se les otorga el poder de asociarse y elegir a sus representantes.

Es evidente que esta conformación de la vida del «tirano» objetivamente registrado, lo modifica, lentamente, pero lo modifica. Que las contradicciones internas del sistema, asumidas por las asociaciones y los movimientos ciudadanos, permiten la modificación en las atribuciones de poder. Que lentamente la pirámide se transforme en rombo y que éste se achate, pero es el sistema el que vive y los ciudadanos los que le hacen vivir aportándole su poder y su energía.

La cuestión de fondo, o el fondo del problema donde se agita la virtualidad de los movimientos sociales, esa potencialidad que en ellos descubre el optimismo del pensamiento dialéctico y que antes se puso en la «clase obrera», está en la persistencia en nuestras sociedades de la huella del «ser» y de la tensión en que se sitúa frente al medio del que se distingue para constituirse, una tensión que busca resolverse en el encuentro con el «otro» sobre un «nosotros» constituyente de una

sociabilidad/movimiento que niega la privatización excluyente porque se despliega, mediante el conocimiento pleno, sobre el uso y el fruto de lo que se reconoce como el medio común del que vive para conformar el «nosotros mismos» y así reconocerse como un colectivo de personas libres.

4. Una utopía: los movimientos sociales alternativos

Sobre todo lo dicho puede pensarse la utopía y aún el camino para su registro.

La utopía de una sociedad de humanos en la que el rastro del tirano, que todavía permanece registrado en la estructura, haya desaparecido, señala el camino y aún la configuración de los movimientos sociales alternativos.

— El sistema social en el orden de la representación tiene que ser significado como el medio en el que vive y del que vive la población y del que se distingue, separa y, por ello y por el acto mismo de la significación, se constituye, en el orden de la representación, en ser/libre (separado del continuo) el que la significa.

— Este primer movimiento que transcurre en el orden de la representación (toma de conciencia), plantea la cuestión del sujeto que significa o del nacimiento del «ser», el arduo problema de que en el orden sistémico, el que significa es el sistema, y la población acepta y se organiza (los movimientos sociales aun los que se pretenden alternativos que se organizan para combatir el sistema) según la significación que el sistema le otorga, la que corresponde a la posición que en el mismo ocupa.

— Supuesto que se realiza por cada miembro de la población el primer movimiento (toma de conciencia de «ser») y significado desde allí el sistema social de medio, establecida la dualidad dialéctica entre el ser y el medio, el segundo movimiento es el que provoca el reconocimiento del «otro» que se distingue del medio en que no puede ser consumido y que como «semejante» es un «ser» que vive en y del mismo medio que el que significa.

— Todavía en el orden de la representación se plantean dos problemas. El primero, la tensión del «ser» con el medio no puede resol-

verse sobre el «uno mismo» ya que individualmente el medio significado no puede ser conocido plenamente (incluye su transformación) por el «ser», éste no tiene el poder bastante para hacerlo. El segundo, la presencia reconocida, significada, del «otro» que no puede ser eliminado o sometido por su condición de semejante.

Los dos problemas fuerzan el segundo movimiento en el orden de la representación, ese consenso o acuerdo para la conformación de un «nosotros», la organización simétrica, rizomática, cooperativa y solidaria (movimientos sociales alternativos) para enfrentarse con la dualidad de los seres y el medio tratando de resolverla sobre el «nosotros mismos» a través del tercer movimiento, movimiento de transformación del medio o registro en él del «nosotros» constituido.

— Resuelto el segundo movimiento en el orden de la representación con la conformación del «nosotros» (la dificultad mayor es, desde luego, los «nosotros» sistémicos preexistentes), el siguiente, que concluye con el registro, es el conocimiento pleno, tal como lo hemos definido, del sistema que se ha significado como medio por ese «nosotros» previamente constituido para la permanente producción del «nosotros mismos» en el que pueda reconocerse no sólo la población en su conjunto, sino cada uno de sus miembros.

Sobre este esquema los movimientos sociales hoy existentes tendrían, pienso, que plantearse una reflexión sobre sí mismos sobre sus organizaciones y sobre sus objetivos, si pretenden, como parece en algunos de ellos, asumir la condición de «alternativos».

La huella del «ser» y el rastro del «tirano» pueden encontrarse si se pone uno a ello.



Los movimientos sociales, de la esperanza al desconcierto

Carlos Verdaguier

«Una ecosofía de nuevo cuño, a la vez práctica y especulativa, ético-política y estética, debe reemplazar a las antiguas formas de compromiso religioso, político, asociativo...»

FELIX GUATTARI
«Las tres ecologías»

A lo largo de la presente reflexión, se han considerado los movimientos sociales desde una doble perspectiva: como un fenómeno social contradictorio y heterogéneo que se manifiesta de muy diversas formas, y como un término o concepto utilizado por la izquierda para tratar de describir dicho fenómeno sin renunciar a las categorías esenciales propias del pensamiento «emancipador» occidental.

El hilo conductor de la primera parte es la constatación de que se ha producido una quiebra fundamental y definitiva en los referentes que servían hasta ahora para explicar los movimientos sociales como fenómeno social. La proposición esencial contenida en las otras dos partes es que un momento de desconcierto como es el presente puede ofrecer una oportunidad inigualable para llevar a cabo un proceso de contrastación, de ruptura de códigos, de ampliación de perspectivas por parte de todos aquellos que consideran imprescindible una «reestructuración orgánica de la sociedad» (Martín Buber).

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES: BREVE HISTORIA DE UNA IDEA

El concepto de «movimientos sociales» se fue gestando tal como se usa actualmente a lo largo de los años setenta, y su consolidación corrió pareja con el fracaso de las formas organizativas tradicionales

del movimiento obrero en su objetivo declarado de destruir el capitalismo, al haberse convertido en mecanismos de corrección del mismo, y con el desprestigio definitivo del «socialismo real» como opción deseable por parte de quienes anhelaban una transformación social. Ambos procesos se hicieron patentes a partir del mayo francés, y darían carta de naturaleza a la denominada vagamente Nueva Izquierda, en oposición tanto a la izquierda socialdemócrata como a la izquierda heredera del bolchevismo en todas sus formas.

En dicho concepto confluyen los planteamientos teóricos espontaneístas y anti-partidistas de la izquierda no marxista y del marxismo heterodoxo (Luxemburgo, Korsch, Pannekoek, Castoriadis, Lefebvre, la Internacional Situacionista, etc.) así como las experiencias históricas producidas durante los años cincuenta y sesenta de «desbordamiento» de las autoproclamadas vanguardias revolucionarias tanto por parte del movimiento obrero tradicional como de sectores cada vez más alejados del mismo. Tampoco es ajeno como concepto a los fenómenos de organización social producidos durante estos años principalmente en torno a la guerra de Vietnam y a los conflictos raciales en los Estados Unidos, donde el poco arraigo del comunismo al estilo europeo propició la aparición de movimientos de contestación más pragmáticos y descentralizados, e incluso «despolitizados», muy acordes con las formas tradicionales de asociacionismo anglosajón.

Todo este cúmulo de fenómenos, unido al incuestionable anhelo de una teoría global de la historia y la sociedad, ante la paulatina pérdida de potencia del marxismo como herramienta capaz de cumplir esa función, es lo que lleva a la sociología política de izquierdas europea a acuñar el término de «movimientos sociales», con el que se busca englobar toda una plétora de fenómenos de muy diversa índole.

La aparición del término puede interpretarse así como un intento de «aggiornamento» del modelo de interpretación de la sociedad y de los fenómenos de transformación social que ha regido todos los planteamientos teóricos desde la consolidación del socialismo «científico» a partir de la Segunda Internacional. En este sentido, el concepto sería el heredero directo del concepto de «movimiento obrero» y su implantación no buscaría sino preservar desde el punto de vista teórico dos paradigmas consustanciales a dicho modelo interpretativo:

— La concepción de la transformación social como un proceso lineal, sujeto a la ley de la causalidad y, por tanto, susceptible de ser «explicado» mediante su reducción a leyes de segundo rango, siguiendo el modelo de la mecánica newtoniana. Esta concepción de la transformación social está en estrecha relación con el concepto racionalista de «progreso», base de toda la ideología de la modernidad.

— La creencia en un «sujeto de la transformación social» o sector de la sociedad cuyas «condiciones objetivas» lo sitúan en una posición privilegiada para convertirse en el «motor» de dicha transformación social, siempre que sea capaz de dotarse de una teoría global de lo social que le permita desvelar las claves de dicha transformación.

El término «movimientos sociales», sin embargo, nunca ha podido ser objeto de una definición unívoca y «objetiva» como es el caso del movimiento obrero y, al quedarse en una mera extrapolación del mismo, ha estado siempre sumido en la ambigüedad. Esto ha obligado a utilizarlo de forma extensiva, casi taxonómica, aplicándolo a aquellos fenómenos sociales que pudieran tener en común el carácter de «movimiento», en el sentido de «voluntad de transformación social». Así, se habla de movimiento ecologista, movimiento feminista, movimiento pacifista, términos todos que podrían describir fenómenos sociales de la misma índole, es decir, conjuntos diversos de experiencias, teorías y agrupamientos sociales en torno a determinadas ideas-fuerza. Pero también se habla de movimiento campesino y de movimiento estudiantil, definidos, al igual que en el caso del movimiento obrero, por el papel social de sus protagonistas; de movimiento ciudadano o vecinal y de movimiento «squatter», en el que la categorización se refiere al espacio físico en el que se da el proceso social; etcétera.

Sin embargo, y paradójicamente, parece que esta misma ambigüedad es la que ha permitido alimentar la esperanza en un nuevo sujeto de transformación, por mucho que el juego de muñecas rusas en que se convierte el análisis de la realidad a partir de la perspectiva de los movimientos sociales, complique enormemente la elaboración de la anhelada teoría global.

En cualquier caso, lo que sí parecía medianamente claro durante los años setenta desde el punto de vista político, era la estrategia a adoptar ante aquella reestructuración aparentemente nueva de la dinámica social: Para los partidos de la izquierda parlamentaria, que

ya habían asumido el concepto, los movimientos sociales podían convertirse en fuente de votantes, asumiendo algunas de sus reivindicaciones básicas, aunque fuera únicamente sobre el papel. Para los partidos y organizaciones extraparlamentarias eran principalmente foros en los que había que «intervenir», concebidos como canteras que habrían de proveerles de militantes fogueados en la lucha social.

Por otra parte, el concepto de movimientos sociales, impregnado de matices libertarios, de resonancias de «espontaneidad revolucionaria» y acción directa, permitía alimentar las esperanzas «insurreccionales» del anarquismo. Y a este respecto, no cabe duda que la propia historia parecía dar razón a los planteamientos más organicistas que mecanicistas del movimiento libertario, que ya en su mismo nombre revelaba una vocación globalizadora de todos los demás movimientos, heredera de los planteamientos de los «socialistas utópicos» y de la Primera Internacional. Este conjunto de ideas, muchas de las cuales se han ido generalizando posteriormente, podrían haber jugado un papel aglutinador y vivificador en un momento clave como fueron los años setenta y principios de los ochenta, pero los aspectos más dogmáticos y mesiánicos del anarquismo como ideología impidieron que cumpliera plenamente esa función.

Durante estos años de crisis económica se produce en Europa una auténtica eclosión de fenómenos sociales que parecen confirmar las esperanzas en la existencia de un conglomerado de movimientos que, con una dinámica común, podrían tomar el relevo del movimiento obrero como «sujeto revolucionario». Proliferan las respuestas colectivas, organizadas y no organizadas, los foros de debate, los medios de expresión, las agrupaciones de toda índole...

La fulgurante consolidación del movimiento verde en Alemania supone el culmen de estas esperanzas. La fuerza arrolladora de esta formación ejerce sobre la izquierda europea una fascinación no exenta de cierta perplejidad: el movimiento verde alemán, en su dinámica, parece dar la razón a todas y a ninguna de las corrientes que en aquel momento participan en el debate de la izquierda europea: su presencia se hace patente al mismo tiempo en la calle y en el parlamento, es electoralista y asambleísta, anticapitalista e interclasista, toma sus ideas indistintamente del marxismo, del anarquismo, del humanismo y del cristianismo, pone sobre el tapete como cuestión pri-

mordial las relaciones Norte-Sur e incorpora a su discurso teórico una plétora de conocimientos científicos al socaire de la visión ecológica de la realidad, aportando una nueva dimensión al debate ideológico. No está de más recordar que este fenómeno social se produce en un país en el que la oposición armada al estado, como expresión máxima de la estrategia de una «vanguardia» separada del cuerpo social, ha demostrado su futilidad. No cabe duda de que la experiencia del movimiento verde alemán es de las de mayor madurez y alcance político dentro de esta segunda mitad de siglo, y aún tiene mucho que aportar como tal experiencia, pero el desarrollo posterior de la misma no hace sino confirmar el callejón sin salida con el que se enfrenta una parte de la izquierda europea.

Simultáneamente a la consolidación del movimiento verde alemán, las movilizaciones en el resto de Europa proliferan y adoptan los aspectos más diversos: la experiencia de «Solidaridad» en Polonia parece apuntar hacia una salida «progresista» para los países del bloque oriental. Sin embargo, el papel de la Iglesia Católica en dicha experiencia revela ya que no se pueden aplicar de forma simplista los mismo esquemas que al otro lado del «telón de acero»; los movimientos nacionalistas europeos se separan cada vez más de los planteamientos socialistas que habían abrazado durante un par de décadas, y adquieren ribetes cada vez más autoritarios y estatalistas, confiando cada vez más en la lucha armada como instrumento político; y, dentro de otro orden de cosas, proliferan las sectas de todo tipo, e incluso algunos equipos de fútbol y grupos de música parecen aglutinar en torno suyo a muchas más seguidores que cualquier reivindicación social.

En el Sur, mientras tanto, el panorama está cada vez menos claro. En aquellos países donde no son las dictaduras las que restringen las posibilidades de participación social, es la miseria la que reduce a una lucha desesperada por la subsistencia amplios sectores de la sociedad. En estas sociedades profundamente dualizadas y desgarradas, no queda mucho espacio para los movimientos sociales en el sentido que se le da en el Norte al término. Aún así, a principios de los años ochenta, es en el Sur donde se van produciendo muchas de las experiencias más renovadoras de resistencia y participación social, muchas de ellas relacionadas, y no accidentalmente, con aspectos ecológicos: el movimiento de mujeres Chipko de la India, la lucha de los seringueiros de Brasil, etc.

Sin embargo, es la aparición del movimiento integrista islámico, que había de conducir al triunfo de la revolución iraní contra el Sha y extenderse como un reguero ideológico por todo el mundo árabe a principios de la pasada década, el fenómeno que más iba a hacer tambalearse muchos de los conceptos esgrimidos por la izquierda occidental. El primero de ellos, naturalmente, el de movimientos sociales. Este movimiento parecía no encajar dentro de ninguna de las categorías taxonómicas existentes y puso en evidencia que la denominada izquierda no escapaba ni mucho menos al discurso etnocentrista imperante en el Norte.

En un esfuerzo por evitar su colapso definitivo, se multiplican las categorizaciones, se buscan las pautas y criterios para distinguir los movimientos sociales progresistas de los que no lo son y se aplican con ahínco el microscopio y el bisturí a la realidad social a la búsqueda del «sujeto de la transformación social» perdido. Mientras tanto, el capitalismo se ha recuperado, a expensas del Tercer Mundo, y sus exégetas, que han conseguido cambiarle el nombre por el de «economía de mercado», se alborozan ante el inminente «fin de las ideologías». Los adalides de la izquierda «desencantada» se unen al coro y contribuyen al mismo con un remedo de pensamiento, construido aceleradamente a base de materiales de desecho, la denominada filosofía posmoderna. Este alborozo es más bien fugaz y, en menos de una década, hasta los más vocingleros de entonces niegan haber sido partícipes del mismo.

A partir de 1989, con el aplastamiento del contradictorio movimiento estudiantil chino en la plaza de Tiannamen, el vertiginoso desmoronamiento del bloque socialista y, sobre todo, la Guerra del Petróleo, se va produciendo la paulatina y definitiva quiebra de muchas de las certidumbres teóricas de la izquierda occidental. Las luchas intertribales en Sudáfrica, las organizaciones guerrilleras como Sendero Luminoso o el ejército de Charles Taylor echan por tierra mucha de las concepciones más simplistas de los procesos de transformación social en el Sur; lo mismo ocurre con las sangrientas guerras civiles en la antigua Yugoslavia y la antigua Unión Soviética con respecto a las elucubraciones teóricas de los setenta sobre los movimientos nacionalistas; y así podrían seguir multiplicándose los ejemplos de procesos sociales que hacen palpable la insuficiencia de las herramientas hasta ahora utilizadas para analizar la realidad social por quienes pretendían transformarla.

SUPERAR LOS LENGUAJES CERRADOS PARA SALIR DE LA PERPLEJIDAD

A un nivel global, esta quiebra de referentes puede entenderse como una manifestación más de la crisis ideológica que aqueja a todo el pensamiento occidental tras la dislocación de un orden mundial basado en el equilibrio de bloques. Sin embargo, puede ser más revelador a la hora de buscar salidas a la perplejidad darle la vuelta a dicha proposición y considerar el conjunto de procesos que han llevado, entre otras cosas, a dicha dislocación, como el resultado y el síntoma de una crisis profunda en la forma de ver, interpretar y codificar el mundo impuesta desde occidente.

Uno de los rasgos más representativos de esta «lectura» del mundo es la hipertrofia de una forma de conocimiento basada en el desmenuzamiento de la realidad. Detrás de esta concepción se halla otro de los paradigmas fundamentales del pensamiento occidental, junto con la ley de la casualidad: el todo es igual a la suma de las partes. Esta proposición es causa de un estallido del conocimiento, y de una acelerada fragmentación y atomización del mismo en infinidad de parcelas especializadas, de disciplinas, cada una de ellas generadora de un lenguaje cerrado y, sin embargo, cada una de ellas con pretensiones de globalidad.

Este es un proceso del que no ha librado, ni mucho menos, la izquierda a la hora de interpretar lo social y ofrecer propuestas para su transformación. A medida que se iba institucionalizando de una forma u otra, ya fuera configurándose en organizaciones políticas, entrando a formar parte del poder o constituyéndose en poder, el pensamiento emancipador ha ido estrechando sus perspectivas y desprendiéndose de todo un bagaje rico y creativo de formas de ver el mundo que le eran consustanciales. Dichas formas de ver el mundo, de interpretarlo y de transformarlo han ido a su vez cristalizando en otros pensamientos y lenguajes cerrados.

La sociología de izquierdas se ha centrado en aquellos fenómenos que pueden generar «movimiento» en el plano de lo social, es decir, aquellos fenómenos perceptibles a corto plazo, mensurables de alguna forma, reductibles a algún esquema de representación política, des-cuidando todos aquellos que se refieren a la mente o al individuo, a los terrenos del placer y el deseo, de los sueños y de la muerte, del

dolor y el miedo. Después de setenta años, la izquierda aún no ha sabido incorporar a su práctica los ingentes conocimientos que ya se poseen sobre el funcionamiento de la mente y sobre el «imaginario social» (Cornelius Castoriadis).

Desde este punto de vista, el fracaso evidente de los procesos emancipadores globales ya no se leería únicamente como el producto de una batalla desigual entre fuerzas contrapuestas (en este sentido, es interesante recordar lo impregnado de vocabulario bélico que ha estado siempre el lenguaje emancipador: vanguardia, estrategia, lucha...), sino también como el resultado de la incapacidad por parte de los sectores que se han erigido en representantes de las mayorías sociales tanto de saber proveerse de instrumentos de conocimiento adecuados como de conectar con las pulsiones y las inquietudes más profundas del ser humano. En definitiva, los planteamientos predominantes que consideraban la transformación social como solamente una cuestión de cambio de poder o de mejor distribución de la riqueza han hecho que la izquierda se haya visto arrastrada en la debacle del pensamiento occidental. De alguna manera, estaba defendiendo la misma forma de ver el mundo que había dado lugar al modelo de poder y de distribución de la riqueza al que decía combatir.

A pesar de la fragmentación dominante, el pensamiento «abierto» no ha desaparecido, y se ha ido generando en las periferias de esas mismas disciplinas e ideologías cerradas, en los márgenes y flecos del tejido supuestamente bien urdido de las mismas, dando lugar a nuevas perspectivas.

La salida a la perplejidad, a la situación de bloqueo mental en que se encuentra el pensamiento occidental ante la explosión de la realidad en toda su complejidad, no está, pues, en elaborar una nueva teoría global, omnicomprensiva, que incorpore mediante las correspondientes etiquetas todos los nuevos fenómenos y que genere, en suma, un nuevo lenguaje cerrado y tautológico. Por el contrario, se cifra en la superación de dichos lenguajes cerrados desde dentro de ellos mismos, saltándoles las costuras, haciendo hincapié en lo que los relaciona, no en lo que los separa. Para hacer frente a la complejidad, no se pueden usar instrumentos simplificadores, sino que hay que aplicar múltiples instrumentos simultáneamente. La clave ya no está en los aspectos parciales de la realidad que cada uno de esos instrumentos nos revela, sino en las relaciones entre esos aspectos parciales, y es de esa cambiante red de relaciones de donde puede surgir una visión más global.

Para expresarlo por medio de dos proposiciones complementarias, hay que ser conscientes al mismo tiempo de que «el mapa no es el territorio» (Alfred Korzybski; o, tal como lo expresa Gregory Bateson: «el hombre no es la cosa designada») y de que «el medio es el mensaje» (Marshall, McLuhan). Se trata, por tanto, de usar muchos mapas, teniendo en cuenta a la vez que los mapas constituyen en sí mismos nuevas realidades parciales.

DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES A LAS REDES INFORMALES

Dentro de la doble perspectiva desde la que hemos considerado los movimientos sociales, hemos aprovechado su faceta de concepto para ahondar en la insuficiencia de las herramientas hasta ahora empleadas por el pensamiento «emancipador» dominante para tratar de entender y de incidir sobre lo social; es necesario recalcar que dicha constatación no debe convertirse en una declaración de impotencia ni en un elogio «posmoderno» del eclecticismo y de la imposibilidad última de conocer, sino en una ocasión para tomar consciencia de que cualquier cambio social trascendente lleva siempre aparejado, ante todo, una transformación en la forma de «leer el mundo» (Paulo Freire).

En esta última parte, se consideran los movimientos sociales desde la otra perspectiva, como un conjunto de fenómenos sociales heterogéneos, para tratar de dilucidar qué nuevos puntos de vista nos ofrecen de cara al objetivo de entender y transformar la sociedad.

En ese sentido, quizás sea más revelador considerar estos fenómenos desde la perspectiva de las «ideas-fuerza» y de los «conflictos» o «vacíos» que los han generado.

Así pues, más que hablar del movimiento ecologista, el movimiento feminista o el movimiento pacifista, por nombrar los tres que suelen agruparse como pertenecientes a una misma «familia», habría que referirse a las ideas-fuerza que han guiado el conjunto variopinto de manifestaciones (formaciones políticas, obras literarias y artísticas, movilizaciones puntuales, instituciones, actitudes individuales, etc) que se engloban en cada caso bajo la etiqueta de «movimiento»: la «igualdad entre el hombre y la mujer», la «igualdad entre las razas», la «armonía del hombre con la naturaleza», el «rechazo de la violencia».

Hay otras ideas-fuerza, como la «necesidad de pertenencia del individuo a un ente colectivo», o el «anhelo de trascendencia» cuyas manifestaciones se solapan a menudo y, en general, son mucho más heterogéneas. Tanto los nacionalismos como los movimientos religiosos pueden interpretarse desde esta perspectiva.

En el caso de los grandes movimientos globales, su carácter ideológico permite también interpretarlos desde el punto de vista de las ideas-fuerza que los conforman: «propiedad colectiva de las riquezas», «oposición a toda forma de poder constituido», «el amor como fuerza transformadora»: y también: «la autoridad como principio máximo», «la superioridad racial» etcétera. Toda idea-fuerza genera su contraria y, en determinados momentos históricos, son éstas las que han producido expresiones sociales de mayor envergadura.

Estas ideas-fuerzas pertenecen a categorías y niveles de la realidad diferentes y, por tanto, la comprensión de los fenómenos sociales asociados a las mismas requiere el uso de instrumentos de conocimientos diversos. La riqueza de solapes, impregnaciones e interpenetraciones que se producen entre las mismas no es sino una manifestación de la complejidad de relaciones entre la naturaleza, la sociedad y la mente.

En el campo de lo político, la aparición de movimientos autónomos asociados a muchas de estas ideas no indica sino el abandono o la ignorancia de las mismas por parte de las formas organizativas tradicionales de «lo político», que no las incorporan sino a partir del momento en que pueden servir a los intereses propios de dichas formas organizativas, y siempre convenientemente codificadas para adecuarlas a las reglas del juego político.

Hay otro conjunto de fenómenos que suelen englobarse también bajo la etiqueta de movimientos sociales y que no responden a ideas-fuerza, sino a conflictos y vacíos en áreas específicas de la realidad, ya sea la del espacio físico (movimiento ciudadano, movimiento «squatter») o la de la actividad productiva (movimiento obrero, estudiantil, campesino...), en cuya expresión social pueden intervenir o no cualquiera de las ideas-fuerza. Dentro de este conjunto de fenómenos se podrían incluir también todos aquellos que se producen dentro del área difusa de lo «espectacular» en relación con el entorno urbano (tribus urbanas, «hooligans», fans, etc), en los cuales confluyen tan-

to la «necesidad de pertenencia a un ente colectivo» como el vacío de cultura participativa en las grandes metrópolis.

Considerados bajo este enfoque los movimientos sociales, se hacen patentes dos conclusiones:

— La primera, que no tiene sentido hablar de «viejos y nuevos» movimientos sociales. Cualquiera de las ideas-fuerza que hemos nombrado puede ser rastreada a lo largo de la historia, y en todo momento encontraremos que, en torno a la misma, se han producido formaciones sociales y culturales, obras de arte y de pensamiento, actitudes individuales, etc. En ese sentido, no basta más que repasar la historiografía de cualquiera de tales movimientos o ideologías: el fascismo no sólo se «reconocía» en el imperialismo romano, sino que tenía realmente muchas ideas-fuerza en común con él; se pueden encontrar auténticas expresiones de «comunismo» primitivo en movimientos campesinos medievales; la lucha de Espartaco ha sido para los anarquistas siempre una demostración de que la Idea es imperecedera. Y lo mismo puede decirse de cualquier de las demás ideas-fuerza, ecologistas, feministas o pacifistas.

Lo que sí se han producido son separaciones y divergencias entre ideas-fuerza que, en determinado momento, han estado unidas o cercanas. Un ejemplo de esto es la divergencia que produjo entre las corrientes dominantes «socialistas» y los planteamientos «proto-ecologistas», que en un principio habían confluido en las propuestas del mal llamado socialismo primitivo o utópico, algunas de cuyas soluciones sólo hoy comienzan a ser consideradas en toda su importancia.

Con respecto a los movimientos generados en torno a conflictos, la constatación de que, con la aparición de nuevos problemas y nuevas actividades sociales, se generan movimientos «nuevos» es equivalente a la afirmación de que cada nuevo sector social que aparece trata siempre de mejorar sus condiciones de vida dentro del modelo productivo, dotándose para ello de los instrumentos que tiene a su alcance, sean nuevos o no. En ese sentido, está clara la aparición de nuevos movimientos en el Sur producidos al socaire de una división internacional del trabajo al servicio de la «economía-mundo», que genera un «nuevo» tipo de super-explotación y una aguda degradación ecológica.

— La segunda conclusión es que ninguna de estas ideas-fuerza, ni ningún conflicto en torno a un tema o actividad específica puede producir, por sí solo, un cambio en el modo de ver el mundo, o dicho de otro modo, ningún «movimiento social» por sí solo tiene capacidad de generar una transformación social a nivel global. Y, por supuesto, tampoco la tiene una mera «suma» de dichas ideas o movimientos. Lo que sí puede afirmarse es que algunas de estas ideas-fuerzas parecen tener un mayor grado de «transversalidad», una mayor capacidad de producir asociaciones espontáneas con otras ideas, dando lugar a conexiones entre los movimientos generados por las mismas. En cualquier caso, cada una de estas ideas mantiene siempre un grado de «autonomía», al margen de su capacidad de conexión transversal. Esto está especialmente claro en el caso del «ecologismo»: una idea como la «armonía entre el hombre y la naturaleza» puede generar desde agrupaciones conservacionistas de carácter marcadamente reaccionario hasta planteamientos místico-religiosos al modo de la «deep ecology», desde planteamientos radicales extraparlamentarios hasta partidos verdes institucionalizados, desde quienes hablan de que la ideología verde está «más allá de la derecha y la izquierda» hasta quienes propugnan una alternativa eco-socialista. La confusión aparece cuando todo esto se engloba dentro del vago término descriptivo de «movimiento ecologista».

Con respecto a los movimientos generados en torno a conflictos por sectores específicos de la sociedad, la historia ha demostrado que las expectativas de Marx con respecto al papel que había de cumplir el proletariado como motor de la transformación social, realizadas en base a una trasposición mecanicista del papel que había cumplido la burguesía, estaban basadas en una visión de la realidad firmemente atada al espíritu de su época, una visión que había pasado por alto demasiados aspectos de crucial importancia. Ya hemos visto cómo la trasposición de este concepto de «sujeto de la transformación social» al campo de los movimientos sociales no ha contribuido sino a incrementar la perplejidad.

Estas conclusiones, por supuesto, no invalidan la importancia de ese conjunto de fenómenos sobre el que se ha encajado la plantilla de los movimientos sociales, pero puede ayudar a situar muchos de ellos en su justa perspectiva, y pueden ayudar a reinterpretar muchos fenómenos particulares. Un ejemplo palpable de esto es la visión que

tiende a meter en el mismo saco, a considerar siempre «casadas» ideológicamente algunas de estas ideas-fuerza entre sí. De esta forma, se considera «incoherente» que una votante de un partido de derechas pueda estar a favor del aborto, que un cristiano militante en una formación comunista, o que un grupo de extrema derecha pueda declararse ecologista. Este tipo de actitudes individuales, bajo las anteojeras de «lo social» tienden a considerarse excepciones, cuando el microscopio de «lo mental» nos puede dar las claves para entender que realmente el cerebro humano es mucho más complejo en su funcionamiento y que ese tipo de procesos son la norma más que la excepción. Estamos de nuevo ante el error de creer que el todo es la suma de las partes.

Una perspectiva como ésta de los fenómenos sociales nos permite entender de una forma diferente la tarea de la transformación social. Ya no se trata tanto de detectar cual es el fenómeno, la idea o el sector social que «posee» la capacidad de transformación de lo social, sino de llevar a cabo un proceso de «elección continua» individual y colectiva entre aquellas manifestaciones de lo social que más corresponden a nuestros anhelos de transformación social, contribuyendo a su extensión con toda la gama de instrumentos disponibles.

Desde este enfoque global vamos a contemplar ahora ese conjunto vivo y cambiante de fenómenos heterogéneos que se han venido en llamar movimientos sociales, nuevos o no, para tratar de buscar en ellos aquellos síntomas, claves y criterios comunes, que han aflorado en el pensamiento y la práctica social al margen de los cauces institucionalizados, «eligiendo» los que más responden a la visión de la transformación social descrita en estas reflexiones.

— En primer lugar, una concepción holística de la realidad, en la que el hombre se considera parte indisoluble de la naturaleza, unido a la suerte de la misma. Una atención especial a los flujos de materia y energía entre sociedad humana y naturaleza, expresados a través del concepto de entropía. Un replanteamiento del concepto de «necesidades humanas» en función de los recursos del planeta. Rechazo de los conceptos de crecimiento y progreso entendidos como consumo creciente de recursos.

— Concepción de la transformación social no como un momento, sino como un proceso, como una forma de corrección continua



de rumbo por medio de aquellas ideas que, en sí mismas, poseen un «embrión de armonización» del hombre consigo mismo y con la naturaleza.

— Énfasis en el conocimiento como herramienta de transformación, no limitado al pensamiento científico. Revalorización de los aspectos positivos de la duda, la incertidumbre, la perplejidad y la contradicción como acicates para el conocimiento. Constatación de que «dos descripciones de un mismo fenómeno son siempre mejor que una sola» (Gregory Bateson).

— En relación con lo anterior, ya no se trata de buscar teorías globales ni sujetos históricos de transformación, sino vías de impregnación de las ideas transformadoras al cuerpo social.

— Constatación de que no existe una «solución» única para cada «problema», ni una sola vía de transformación social. Fomento de la diversidad.

— Revalorización de la ética como criterio de análisis y proposición.

— Rechazo de la violencia como forma de transformación. Constatación de que el uso de la misma no favorece nunca los cambios en la forma de ver el mundo. Concepción defensiva antes que ofensiva. Concepción de la «radicalidad» como ruptura de códigos, como decodificación de lenguajes cerrados, no como creación de lenguajes «radicales». Énfasis en el diálogo.

— En relación con la lucha contra una injusticia concreta, se busca no crear una nueva injusticia en otro plano de la realidad. Revalorización del contenido de las movilizaciones frente a la magnitud de las movilizaciones mismas. Coherencia de fines y medios.

— Contra las «fuerzas oscuras» (racismo, xenofobia, brutalidad), la principal herramienta para combatirlas es la aportación de claves para entenderlas, frente al énfasis que siempre se ha hecho en simplemente «destruirlas». Constatación de que todo individuo y toda colectividad lleva siempre dentro la posibilidad de generar tales fuerzas negativas.

— Una visión de lo social más «biológica», que lo concibe como un magma mucho más rico, en el que las ideas se comunican por impregnación, por ósmosis, por medio de conexiones fluidas, en con-

traposición con la visión mecanicista de conjunto de piezas interconectadas con vías unívocas de comunicación.

— La concepción «organizativa» que se genera es la de una maraña de redes interconectadas, dinámicas, un tejido vivo en el que cobran más importancia los vínculos que las barreras, las interconexiones que las separaciones, en el que, frente al énfasis tradicional en todas las dinámicas de transformación social de delimitar territorios, crear frentes, abrir brechas, se fomenta una dinámica de contagio y copulación entre las ideas y las experiencias. No se trata de hacer coincidir objetivos a la fuerza, sino de crear las suficientes redes de relación para que se puedan producir tales confluencias. No se trata de fomentar unas formas de participación social frente a otras, sino de buscar en cada momento las formas de vinculación más adecuadas. Un tejido vivo es el que se dota de organizaciones propias para las funciones más diversas.

— La constatación de que el concepto de «eficacia» a corto plazo aplicado a cualquier organización humana conduce a la división de funciones y a la jerarquización. Se trata de buscar el equilibrio entre la eficacia, la reflexión y la participación, de potenciar la función «didáctica» del grupo.

— Una nueva concepción del individuo en su relación consigo mismo y con el grupo. Frente al determinismo social y el activismo, una revalorización del papel transformador de la voluntad individual guiada por una «visión propia del mundo». Revaloración del deseo y del placer. «Feminización» de la sociedad (Ramón Fdez Durán).

— En relación con lo anterior, la conciencia de la imbricación entre las instituciones, la sociedad civil y los organismos profesionalizados de participación política (sindicatos, partidos) hace que cobre especial importancia la función del individuo como sujeto de transformación. Responsabilidad individual de los profesionales.

— En el campo de la comunicación, una revalorización del papel de las formas de comunicación oral tradicionales (conversión, tertulia, conferencia). Fomento de los nuevos instrumentos tecnológicos de comunicación interpersonal para la creación de redes no institucionalizadas al margen de los usos impuestos por el mercado.

— Respecto a las relaciones Norte-Sur, reconocimiento de la autonomía en las formas de conocimiento, comunicación y organización

del Sur para la transformación social. En este sentido, existe la tentación de considerar a las «capas oprimidas» del Sur como nuevo sujeto de transformación social, pero es una tentación a evitar. Aunque puede que los flujos transformadores más creativos provengan del Sur, sólo pueden fructificar si al mismo tiempo se produce en el Norte una dinámica global que lo favorezca, que conduzca de algún modo a ese necesario «giro copernicano en la escala de valores dominante» (Antonio Estevan). Las tareas que se imponen a uno y otro lado de la brecha son muy diferentes, y por tanto lo serán también las formas de organización y de comunicación adoptadas, por mucho que se compartan las ideas-fuerza transformadoras.

La que antecede es sólo una lectura incompleta y conscientemente parcial (política, por tanto) del conjunto de aportaciones de ese conjunto de fenómenos sociales en el que se han centrado estas reflexiones.

La tarea a la que se enfrentan las llamadas ciencias sociales es la de ampliar sus vías de diálogo entre sí y con las demás ciencias y formas de conocimiento, y ofrecer nuevas herramientas para descubrir tanto en la historia como en la realidad social aquellos aspectos que contribuyan a una visión más rica del magma social, en la convicción de que la difusión libre del pensamiento y el conocimiento es la vacuna más segura contra los peligros de la degradación del entorno social y físico y el triunfo de las muy reales fuerzas oscuras.

REFERENCIAS

- ANTUNES, JUQUIN, KEMP, STENGERS, TELKÄMPFER, WOLF (1990): *Por una alternativa Verde en Europa* - Manifiesto ecosocialista. «Mientras Tanto», nº 41 Abril, 1990.
- BAHRO, Rudolf (1979-1982): *Socialism and Survival*. Heretic Books London, October, 1982.
- BATESON, Gregory (1972): *Pasos hacia una ecología de la mente*. Planeta - Carlos Lohlé Buenos Aires 1991.
- (1979): *Mind and Nature. A Necessary Unity*. Bantam Books, Nueva York, 1988.
- BAUDRILLARD, Jean (1989): *La transparencia del mal*. Anagrama, Barcelona, 1990.

- BUBER, Martín (1950): *Caminos de utopía*. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1987.
- CASTORIADIS, Cornelius (1975): *L'Institution Imaginaire de la Société*. Editions Le Seuil, París, 1975.
- ESTEVEAN, Antonio (1991): *Adiós al Tercer Mundo*. «Economía y Sociedad» n.º 5, Madrid, Marzo, 1991.
- FERNANDEZ DURAN, Ramón (1993): *La explosión del desorden*. Editorial Fundamentos, Madrid, Abril, 1993.
- FREIRE, Paulo (1975): *Acción cultural para la libertad*. Tierra Nueva, Buenos Aires, 1975.
- GUATTARI, Felix (1977): *La revolution moléculaire*. 10/18, París, 1980
- (1989): *Les trois écologies*. Editions Galilée, París, 1989.
- GUNDER FRANK, André FUENTES, Marta: *Diez Tesis sobre los movimientos sociales*. «Alfoz» n.º 54 - 55, Madrid, 1988.
- MARTINEZ ALIER, Joan (1988-1991): *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Icaria, Barcelona, 1992.
- MESTIER, Albert: *Participación social y cambio social*. Monte Avila Editores, Caracas/Venezuela, 1971.



Otros movimientos sociales para otro modelo participativo y otra democracia

Concha Denche
Julio Alguacil
Sociólogos

«Lo que queda al margen del sistema formal está destinado a volver continuamente, a plantearse como problema. De nosotros depende no tratar como “irracional” todo lo que no es “calculable”».

PIETRO BARCELLONA
«Postmodernidad y Comunidad»

Adentrarse, una vez más, en la reflexión sobre la participación, la democracia y los movimientos sociales, conlleva siempre una notable dosis de incertidumbre, ya que nunca se tiene la certeza de rebasar el umbral del tedio, de lo ocioso, en la medida que a ese respecto se ha dicho ya casi todo aunque todos los indicios señalan en la dirección de que aún queda mucho por decir.

Cabe suponer entonces, en buena lógica, que la génesis del problema radica precisamente en ese desajuste definitorio de una práctica de mucho decir y poco hacer. Reinventar lo inventado (que no agotado) lleva en sí mismo un desafío: incidir en el tema desvelando códigos y claves, de esa tarea digna de una Penélope próxima y cotidiana que teje incesante sus urdimbres de vínculos, referentes, contextos y comportamientos sociales.

La participación, concepto manido como pocos, suele entenderse como un ornato, una formalidad, que antes expresa declaraciones de intenciones, que alude a puesta en marcha de procesos transversales acerca de la sociabilidad, que penetra las comunidades de parte a parte.

Por ello resulta obligado afirmar de la participación que es una semántica (dice del quehacer social y comunitario) y una pragmática (plasma formas de hacer) configurante de aquella secuencia en que a cada certeza le sigue un interrogante, lo que viene a situarnos en el epicentro de una historia interminable.

LA PARTICIPACION ¿UNA ENTELEQUIA?

Es este un concepto de uso (¿quizás abuso?) corriente que se ha ido vaciando de contenido pasando a convertirse en una asignatura pendiente en nuestro sistema democrático, ya que si bien se ha reconocido y legislado (se ha legalizado su acción pero no se ha legitimado su práctica), la evidencia muestra la insuficiencia de un procedimiento que se cercena al no haber desarrollado apenas, los mecanismos y soportes materiales para que se hagan efectivos los procesos de participación.

Hay muy variadas formas de entender la participación, dependiendo del lugar que se ocupe respecto a la gestión de la ciudad; y por supuesto, de otros aspectos más ideológicos y subjetivos.

Puede hablarse con toda propiedad de un corolario de comprensiones del hecho participativo:

- Existe una probada tendencia cuanto más arriba se está en la jerarquía administrativa, a tener menos interés por delegar decisiones entendiéndose la participación como mera información de las actuaciones administrativas. Así la comunicación social entendida exclusivamente como información sólo materializa mensajes que circulan en una sola dirección, sin posibilidad de respuestas por el receptor. El resultado de esta práctica es tan restringido que la participación ciudadana se ha reducido finalmente al mecanismo del voto cada cuatro años.

- El tratamiento de la participación se escinde en polos antitéticos abocados al no encuentro, o si se prefiere al encontranazo en el punto de conflicto: la mística vecinal y la rigidez administrativa contraponen en sus apriorismos valorativos épica y trámite, restando credibilidad al hecho, encajonándolo.

- Al enunciar el término participar se tiende a inferirle un carácter de exclusividad, se vincula habitualmente al campo asociativo for-

mal lo que acarrea no pocas distorsiones, tanto por lo que no contempla (el amplio espectro de lo informal) como por la incidencia de ello en un contexto de desenvolvimiento marcado por la disociación acusada entre las instancias de lo político y lo social.

– La participación remite a un doble enunciado, desde el plano de la gestión-administración local viene connotado por la significación «dar-información-a-la-ciudadanía-» (en una trayectoria unidireccional arriba/abajo de circulación), mientras que desde el plano vecinal-asociativo viene a significar «dar-tramitar-quejas» (en una trayectoria unidireccional de sentido inverso al anterior, abajo/arriba).

Ello compone un eje de desencuentro que contribuye a desvirtuar el que debiera ser un eficaz mecanismo de intermediación y dinamización social.

La participación en el contexto de una sociedad profundamente hilemórfica, que separa nítidamente los procesos de ejecución de los de decisión, resulta un instrumento bivalente que igualmente actúa como eficaz mecanismo de integración, como adquiere visos de útil modificador de pautas sociales y políticas.

Sirve precisamente por su vigencia, la definición acuñada por Christopher Alexander respecto a la participación, a la que designa como «cualquier tipo de proceso a través del cual los usuarios ayudan a diseñar su medio ambiente».

Descomponiendo el término Participación, puede hallarse una doble articulación de significados: ser-partícipe-de y tomar-parte-en. Ambos delimitan y componen un mecanismo de precisión (no siempre sincronizado y perceptible).

En la primera acepción tendremos:

Ser-partícipe-de: Recibir atención/prestación
Disponer de un servicio.

En clara alusión a mecanismo de *integración*.

En el segundo caso:

Tomar-parte-en: Capacidad colectiva para promover iniciativas dinamizadoras de la vida social.

Que refiere el aspecto de *profundización* de la práctica participativa.

Rechazando cualquier reduccionismo simplista, encontraremos que la implicación y reconocimiento vecinal o ciudadano en las instituciones y canales habilitados para encauzar la vida social y política, alude al nivel de satisfacción de la demanda cotidiana: Ser perceptor de un servicio adecuado para el vecino-usuario, que de este modo se siente inmerso en un engranaje, acercar gestión al ciudadano, ha de medirse en pie de igualdad con la disposición o capacidad grupal para promover iniciativas que incorporar al discurrir del universo social, en una multiplicidad de procesos que tienden a permeabilizarlo.

La participación en su vertiente más integradora (funcionalismo tecnocrático) circunscribe su significado al referente del consenso ficticio, de cuya consecuencia resulta un repliegue a los requerimientos de la acción política institucional (disolución del conflicto). Si por el contrario se circunscribe al referente de la efectiva exclusión de los circuitos y servicios que la administración del poder debe procurar a los administrados, hallaremos una dimensión en absoluto desdeñable: aquella que insta a procurar servicios y materializar derechos, aspiración legítima y no consumada para amplios segmentos de la ciudadanía.

Esta noción referida a los ciudadanos ha de ser incorporada de pleno derecho, ya que sólo la inmersión en el mecanismo socio-comunitario se revela como excelente antídoto contra olvidos y exclusiones institucionales, sobre cuyo descrédito se propician actitudes y tentaciones populistas redentoras.

La práctica participativa que auna estas dos visiones, conlleva un carácter integral, que no solo rebaja prevalencias (valora cada una de ellas en su importancia) sino que se orienta a igualar instancias que hasta hoy han hecho de su diferenciación y tratamiento un punto definitorio (funcionarización de los servicios y recelos de las iniciativas).

La participación en sentido integral expresa tanto inducción de contenidos, como establecimiento de gradientes participativos acorde a una panoplia de posibilidades, que ha de tener en cuenta las coordenadas de los movimientos sociales, sus necesidades y los referentes implícitos. Antes que hablar de relevancias habría que hacer mención a la complementación que subyace en los diferentes umbrales participativos. Se constata en efecto, la existencia de distintos gra-

dientes y disposiciones en la participación que irían en un amplio abanico desde ser el receptor de un servicio, hasta la incorporación voluntaria en temas de gestión compartida con las instituciones.

La participación es dinámica en sí misma, e invita a abordar las reglas de su propia dinamicidad, optimizando así recursos humanos, disposiciones y posibilidades de intervención en una secuencia que se proyecta hacia el futuro.

Si la participación se concreta hasta aparecer como un mecanismo con entidad de tal, sugerente catalizador de la realidad social, huelga preguntar ¿participar para qué?. Lo sustantivo será entonces el ejercicio práctico de profundización democrática y la plasmación de un socializador colectivo que no se circunscribe únicamente al conflicto con la administración.

Participar es un término polisémico que auna significados:

- De comunicación transversal – Informar.
- De implicación polivalente – Integrar/Profundizar la implicación.
- De comprensión formal/informal – Redes y Cauces relacionales.

En el contexto actual enunciar participación supone instalarse en la dimensión de una triple confluencia que articula la réplica a la visión de irrupción/invitación: descentralización + capacidad de gestión + capacidad de decisión.

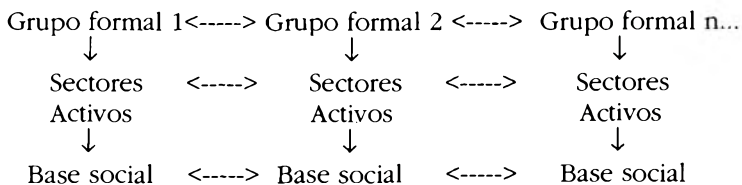
Ahora bien, si partimos de contextos previos habría que decir que persiste una cierta desconexión entre lo institucional y los grupos animadores ciudadanos, así como una desconexión entre éstos y los sectores activos vecinales. Se han perdido referentes en un proceso histórico de rápidos cambios sociales y políticos, que en gran medida se han traducido en una, también, pérdida de la cultura participativa en las ciudades y no porque no se quiera participar, sino que muchas veces los ciudadanos ya no saben cómo canalizar sus aspiraciones e inquietudes, manifestando persistentes su impotencia y desconfianza respecto a las ofertas institucionales y también de las asociativas. Se hace necesario, por tanto, redescubrir nuevos retos y potencialidades si no que queremos acrecentar las distancias entre dirigentes y ciudadanos.

LA ADAPTACION DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES A LOS CONTEXTOS CAMBIANTES

Independientemente de los modelos y contextos que mediatizan las formas y contenidos de los movimientos sociales, nos interesa en primer lugar y especialmente, acotarlos, pensando en redes y en tejidos. Los MM. SS. son diversos por muy distintos motivos (contenidos, temáticas, objetivos, formas organizativas, actitudes, intensidad y extensidad del movimiento etc.), pero sólo los consideramos como tales movimientos cuando se hace consustancial lo formal y lo informal, lo irracional y lo racional, lo medible y lo inmensurable.

No podemos confundir, como se hace en ocasiones, el asociacionismo y los movimientos sociales, no son lo mismo. Una asociación puede encontrarse autoaislada en su contexto social, por impotencia o por vocación. Mientras que un movimiento social es tal porque es un sistema de comunicación en acción, es decir, porque establece una fluidez de mensajes a través de una estructura de red, donde distintos grupos formales en consonancia hacen la vez de nudos de conexión, de salida y de entrada de información que se derivan en actitudes y se resuelven en momentos álgidos de movilización y/o en procesos de desarrollo comunitario.

Así, un movimiento social se proyecta en un «conjunto de acción» en determinados momentos y ciclos contextuales en el que la comunicación («dar forma a», el «informar-informarse de», confusión entre el receptor y el emisor) fluye horizontalmente y verticalmente en una estructura de niveles de conciencia.



Una estructura del tejido social (1) caracterizada por la fluidez comunicacional puede ser mediatizada por los contextos sociales y económicos, y por tanto, deben adaptarse muy rápidamente a los cambios sociales para mantener una condición de potencia, de conexión y confusión entre los distintos niveles de conciencia. Así desde una lectura histórica algunos autores (2) apuntan un comportamiento cíclico de los movimientos sociales «se debilitan en número y poder durante los períodos de auge económico y reavivan durante períodos de recesión económica». Ese debilitamiento o reavivamiento no son sino procesos de rupturas y desconexiones en las propias estructuras del tejido social imbuidas, en nuestro sistema social, por unos rápidos cambios contextuales que han provocado una acumulación de inadecuaciones para el conflicto, pero que también sugieren adaptaciones de los movimientos sociales a nuevas problemáticas encaminándose hacia otros modelos de participación social.

Haciendo un breve repaso por el rápido proceso evolutivo podemos comprobar como en apenas dos décadas se han sucedido distintos escenarios sociales, que han procurado distintos modelos participativos y contenidos de los movimientos sociales. Ello ha procurado en ese período una pérdida de referentes, pero también posibilita una rica reflexión sobre las experiencias de los movimientos sociales y sobre los nuevos retos que les esperan y deben afrontar.

En un primer período predemocrático (hasta 1977) los movimientos sociales irrumpen en el escenario político de forma ofensiva y virulenta, con un fuerte contenido ofensivo y político-reivindicativo dirigido a satisfacer necesidades y déficits urbanos de corte material, en un contexto de aguda crisis urbana. Hay unas experiencias muy significativas (lucha por la vivienda, equipamientos, servicios, etc.) y un desarrollo pedagógico en el participar ciudadano que se desaprovecha en períodos posteriores.

(1) Referente a la estructura del tejido social y los distintos niveles de conciencia ver: T.R. VILLASANTE, J. ALGUACIL, C. DENCHE Y OTROS. «*Retrato de chabolista con piso. Análisis de redes sociales en la Remodelación de Barrios de Madrid*». Madrid, Cuadernos de Vivienda. Edit. Alfoz/IVIMA/SGV, 1989.

(2) M. FUENTES, A.G. FRANK. *Diez tesis acerca de los movimientos sociales*. Rev. Alfoz nº 54/55.

Posteriormente el desenvolvimiento en un marco democrático ofrece un nuevo marco legal que canaliza y reglamenta la participación. Se produce un traspase de líderes ciudadanos hacia las instituciones (aparatos de partidos y administraciones) y se generan expectativas ficticias, que van derivando hacia una pérdida de referentes y sentidos a la propia existencia de las iniciativas ciudadanas. Ello se retroalimenta en el propio proceso de crisis económica que provoca el inicio de una profunda polarización social y una descomposición de los movimientos urbanos tradicionales.

Sin haber superado todos los elementos que venían a definir la crisis urbana y económica aparecen nuevos aspectos acumulativos que vienen a definir una crisis en cascada sin precedentes: Crisis urbana, crisis económica social y ecológica de la ciudad que viene a crear nuevas condiciones. El estancamiento del modelo reivindicativo y la emergencia de modelos autovalorativos, se manifiesta más claramente en las dificultades generacionales y desconexión entre los intereses y valores de los más jóvenes y las ofertas institucionales y asociativas de corte tradicional u oficialista.

Frente a la descomposición de los movimientos sociales y el tejido asociativo tradicional, se contraponen en la etapa de repliegue de aquellos, una nueva etapa de fraccionamiento y dispersión con criterios más espontaneístas y localistas. En la actual coyuntura la atomización que prometía una reformulación, parece que imposibilita la articulación de una respuesta a la crisis civilizatoria que supere la obsolescencia de la oposición derecha/izquierda.

Superar las nuevas dificultades significa afrontar nuevos retos que vayan más allá de las prácticas de la confrontación social, pero que sobre todo, superen las prácticas que se derivan del modelo de participación por invitación: en un hacer de los movimientos sociales convidados de piedra en las instituciones. Ambas estrategias hoy pueden ser producto o motivo de frustraciones sociales que retroalimentan la propia desvertebración social y la devaluación del sistema democrático. Por otro lado, la fragmentación de la estructura social favorece el surgimiento de sentimientos de victimación y vulnerabilidad social que bien se pueden materializar en movimientos populistas e insolidarios.

CONTEXTOS DE CRISIS	MODELOS DE PARTICIPACION	CONTENIDOS Y ACTITUDES
Crisis Urbana	Participación por irrupción	Reivindicativo ofensivo
Crisis económica	Participación por invitación	Repliegue defensivo
Crisis social	Desencanto y Recomposición	Resistencia defensiva
Crisis ecológica acumulación en una crisis civilizatoria	Participación por cogestión y alter-acción	Autovaloración atomizada por sectores

ESTRUCTURA SOCIAL

ESTRUCTURA DEL TEJIDO SOCIAL(*)

Contradicción
fundamental:
capital trabajo

Conexión entre GF
y SA

El ascenso y
modelo emergente
de las clases
medias

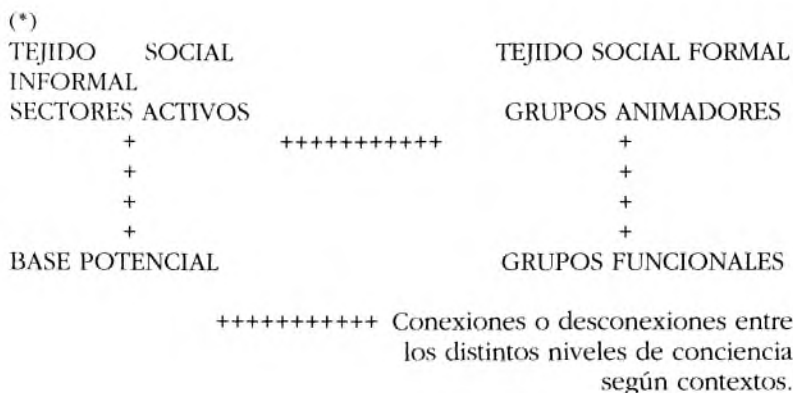
Conexión entre GF
y administración
desconexión de
los GF de los SA

Polarización
social

Cierta
desconexión entre
los SA y la BP

Fragmentación

Multiplicidad de
redes sociales
por sectores



LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO PARADIGMA EN OTRA DEMOCRACIA

En la presente situación los proyectos políticos van perdiendo su carácter transformador-moralizador de la vida público social y se revisiten como comportamiento proveedor un acomodado *modus vivendi*, una escapatório personal a una realidad a la que no se dan posibilidades de cambios profundos. Ello se traduce en una saturación de lo político, (que deja de ser percibido como desembocadura de lo social) en una crisis de los valores democráticos que deviene de una desconfianza y alejamiento de los ciudadanos de todo lo que lleva la etiqueta de institucional e instituido. Lo que remite a un replanteamiento, en un sentido de fortalecimiento, de los movimientos sociales como potenciales mediadores sociales entre un Estado éticamente «débil» y una base social cada vez más victimizada.

La devaluación del sistema democrático en un contexto de valores postmodernos, pasa por la reinención de la vertebración del tejido social. En la postmodernidad lejos de perderse, la sociabilidad persiste (3), y se desarrolla una grupalidad relacional que se hace exclusiva, y que por tanto parece superar el concepto de clase social o blo-

(3) M. MAFFESOLI, «*El tiempo de las tribus*». Edit. Karia, 1990.

que social con pretensiones de transformar lo global, para incidir más en transformaciones parciales de la vida social, más locales, más temáticas, y por tanto más controlables. Hay pues una persistencia y una dispersión de unas iniciativas «invisibles», de unas estructuras informales que se traduce en unos movimientos sociales atomizados y en cierta medida autoaislados en función de intereses y objetivos sectoriales y temáticos.

Las pequeñas iniciativas autovaloradas en sí mismas, autoaisladas, son también más vulnerables frente al sistema democrático formal que imprime una rigidez normativa que les excluye. «En la democracia liberaldemocrática —dice Pietro Barcellona (4)— está implícita la renuncia a reconocer las contradicciones incompatibles; así como las discontinuidades que impongan la ruptura de la pura equivalencia...» y son precisamente las iniciativas de los movimientos sociales las que producen de una manera u otra una «discontinuidad» en el orden formal preexistente.

Pero no sólo desde las nuevas condiciones contextuales se pueden vislumbrar las dificultades de desarrollo de los movimientos, sino que también desde ahí se pueden resituar los nuevos retos y potencialidades de los movimientos sociales. Así retomando la propia naturaleza de los movimientos (considerados como portadores de los mecanismos para la superación de la explotación), desde perspectivas y contenidos heterogéneos del concepto de explotación, tal y como desarrolla Jesús Ibañez (5), remiten a nuevos factores que vienen a definir lo que se han dado en llamar viejos y nuevos movimientos sociales:

— Superación de la explotación del hombre por el hombre (de unas partes por otras del organismo). Marco económico. Carácter cen-

(4) PIETRO BARCELLONA. *Postmodernidad y Comunidad. El regreso de la vinculación social*. Edit. Trotta. Madrid, 1992.

(5) JESÚS IBÁÑEZ. *El regreso del Sujeto*. Edit. Merinda. Santiago de Chile, 1991.

Considera tres tipos de explotación:

- 1.— Explotación del medio o contexto o ecosistema por el organismo o texto o sistema (explotación de la naturaleza por el hombre).
- 2.— Explotación transitiva de unas por otras partes del organismo o texto o sistema (explotación del hombre por el hombre).
- 3.— Explotación reflexiva del organismo o texto o sistema por sí mismo (autoexplotación).

tral y tradicional de la contradicción capital/trabajo que imprime una alternativa superadora abstracta y global.

— Superación de la explotación del ecosistema (límites del crecimiento). Marco ecológico. La contradicción hombre naturaleza ofrece un nuevo marco en el que se desliga la defensa del medioambiente de la del hombre y a la vez se conjuga la defensa del ecosistema como soporte de los sistemas humanos.

— Superación de la explotación reflexiva del organismo o sistema por sí mismo (autoexplotación). Marco cultural. Emergencia de los derechos civiles y la democracia participada en un contexto creciente de multiplicidad cultural, reconocimiento y respeto a las diferencias y consolidación de la idea de construir una sociedad basada en la tolerancia y la solidaridad.

Desde la reflexión del concepto de explotación se puede explicar la fragmentación de los movimientos como un enriquecimiento complejizado, que en el fondo proviene de una adaptación a las diferentes necesidades y sensibilidades emancipatorias. De alguna forma, ello viene a superar la abstracción de la transformación global indeterminada para pasar a plantearse pequeños espacios de autonomía hiperdeterminados, desde donde tampoco parece posible unificar y consolidar un modelo de alter-acción (capacidad para crear alternativas nuevas dando forma a los conflictos).

No obstante, «partiendo de la premisa de que una sociedad que no quiera precipitarse en la anomia, esto es, en la creciente ausencia de compromiso con las normas y las responsabilidades colectivas, ha de permitir que todas tengan «un espacio en la sociedad» (que también los desempleados, los marginados, y las diversas subclases tengan algo que aportar a cambio de la aceptación de los vínculos sociales)» (6). Aparece una oportunidad para encontrar o reinventar los espacios de confluencia y solapados de las temáticas particulares, de autoapoyo, donde se rompa el descompromiso entre conflictos, en un sistema que tarde o temprano necesitará de intermediarios sociales con proyectos autónomos capaces de vehicular las aspiraciones sociales. Pero también se deriva de todo ello, la necesidad de inter-

(6) PIETRO BARCELLONA. *Ibidem* pág. 133, 1992.

venir en conjunción en los procedimientos, definiendo y potenciando nuevos modelos participativos de cogestión y de autogestión en un «ser consciente» de que son los movimientos los que tienen que alterar con la acción, dar forma a, construir un tercer sistema.

Desde esos contextos cambiantes ciertamente aparecen nuevos retos y desde ambos se reinventanseudoparadigmas que desde pensamientos globales se concretan en actuaciones de control y autonomía local. Cabe preguntarse si los movimientos sociales tienen capacidad para recrearse como paradigma en si mismos.

En el sistema social puede hoy hablarse de tres sistemas (7) o escenarios que se entrecruzan y que deben contemplarse a la hora de explicar la realidad social:

- El sistema del mercado o business donde se trata de producir para conseguir un salario en unos trabajos heterogéneos que tanto por tecnología como por conciencia social, nos sitúan ante el problema de la reducción y distribución del trabajo.

- El sistema del Príncipe o escenario convencional del Estado, donde redistribución alude a un sistema representativo basado en la delegación.

- El sistema ciudadano o escenario autónomo o alternativo donde organizaciones no gubernamentales tratan de desarrollar sus propias iniciativas en tiempos y espacios disponibles, al mismo tiempo que tratan de controlar que el capital y el Estado reduzcan sus imposiciones oponiendo a la lógica de la sociedad civil.

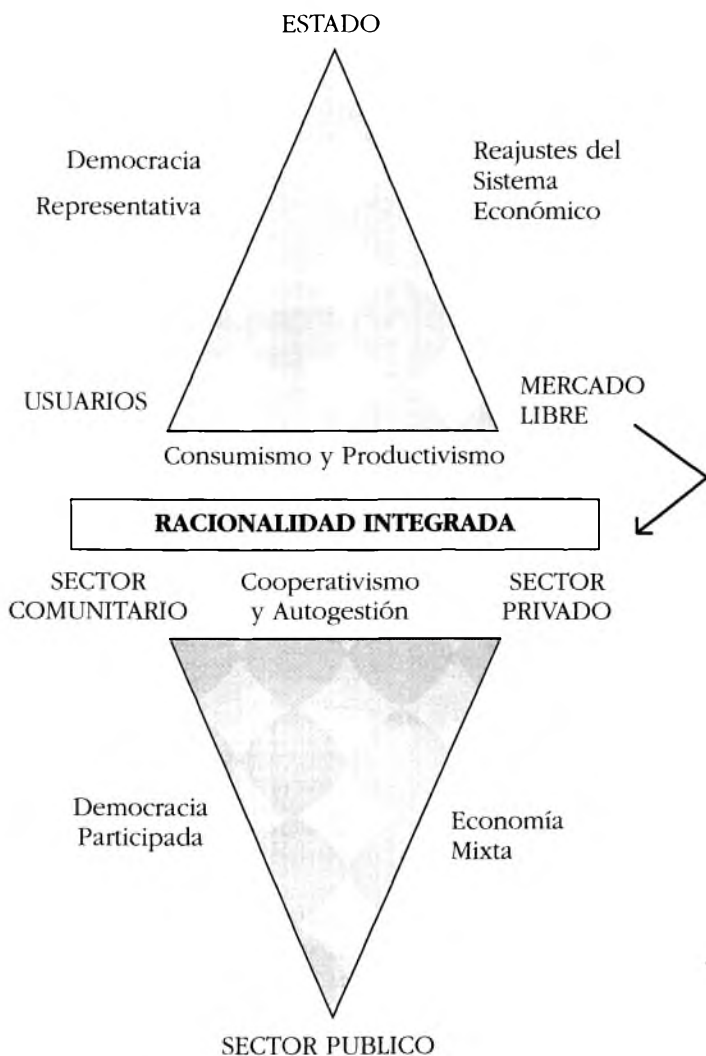
Este tercer sistema enfrenta la noción de potencia al poder detentado por los otros dos sistemas. Gráficamente lo podemos representar por medio de dos trilogías sobre la Racionalidad Separada y la Racionalidad Integrada (8).

La alternativa a desarrollar sería más desde la racionalidad integrada (economía –rojo–, ecología –verde–, antropología –morado–) e integral dando la vuelta al esquema:

(7) Entre otros autores MARC NERFIN, «*Ni Príncipe, ni Mercader, Ciudadano: Una introducción al Tercer Sistema*», Rev. Socialismo y participación nº 41.

(8) En el sentido que propone T. R.-VILLASANTE, «*Espacio, cotidianeidad, saber y poder*», Rev. Alfoz nº 21/22, 1985

RACIONALIDAD SEPARADA



1. Eje Sector Privado-Sector Público: En este eje se inscriben iniciativas de economía social, pequeñas estructuras, sectores invisibles, que contraponen lo que J. Galtung (9) ha dado en llamar el sistema Beta (pequeñas iniciativas autogestionadas) y el sistema Alfa (grandes estructuras económicas sin posibilidad de control social).

2. Eje Sector Público-Sector Comunitario: La profundización de la democracia y los canales de participación, lo que viene a significar una descentralización y desconcentración política efectiva que genere autorresponsabilidades ciudadanas y capacidad de toma de decisiones. Confluencia y equilibrio de la democracia representativa con la democracia directa.

3. Eje Sector Privado-Sector Comunitario: Democratización del mundo laboral. Desarrollo del cooperativismo. Redistribución del trabajo y de las rentas. El ocio frente al paro.

Pues bien, siendo estos los mimbres se hace preciso empezar a entretejer el cesto de abordar los nuevos retos planteados, en contexto y objetivos para los movimientos sociales.

Hablamos de acción, de reformulación y capacidad de respuesta, o sea, estamos refiriendo mecanismos generadores-inductores de cambio social, de réplica a un sistema, hablamos en definitiva de filosofía, de ética y estética de la transformación como proceso y premisa.

Desde la resituación de conflictos, actores y contenidos, hemos de apostillar los nuevos significados que acotan y definen la redistribución como perspectiva y umbral para la emancipación. Frente a la comprensión unívoca de redistribución, en sentido *económico*, referencia de la contradicción capital/trabajo, hay que contraponer una efectiva redistribución del trabajo (socialmente útil y necesario). La referencia de la renta y el plusvalor pasarán a ser una parte del todo, no el todo mismo.

En segundo lugar, redistribución *política y cultural*, lugar de emergencia del substrato ciudadano, espacio de confluencia de la acción

(9) J. GALTUNG. *«El desarrollo, el medio ambiente y la tecnología. Hacia una tecnología autónoma»*. UNCTAD y Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.

social, los derechos civiles y cualesquiera de las múltiples manifestaciones de lo informal. Alude a desacralización de la instancia política y sus protocolos representativistas, apuntando a la participación como impregnación en el cuerpo social.

En tercer término, redistribución en la dimensión *ecológica*, lo que hace referencia a liberar el término de su exclusiva connotación economicista. Ligado hasta ahora al campo de la relación/depredación hombre-medio ambiente, se mediatiza su alcance real por criterios de eficacia, rentabilidad y productivismo, haciendo de tal modo que el logro de cotas de progreso se acomete mediante un proceso sistemático de desigualdad y expolio de los recursos.

El campo de lo ecológico constituye un excelente indicador de los límites y costes del progreso concebido en una determinada dirección, expresa un disproducto: lo que se destruye (acaso irreversiblemente) al producir.

Junto a estas líneas de incursión a las que los movimientos sociales no pueden seguir ajenas, le llega el turno a la reformulación del concepto democracia que ha experimentado una universalización espectacular. Espectacular por cuanto el término ha devenido en talismán o patente de corso, un estado o condición bueno en sí mismo a lo que parece, que ha hecho de su bondad su predicamento o a la inversa, previo vaciamiento de su contenido. Sólo así cabe explicarse su validez en cualquier coordenada (oriente-occidente) y en idénticos términos, o el celo por parte de los detentadores del substrato democrático por imponerlo ya sea mediante invasiones o acciones beligerantes.

Esa noción de la democracia como alternancia y representación resulta la sacralización de un rito, cuyo substrato es el de legitimar un estado de cosas, pero se trata de retomar en el término una práctica, aquella que le da nombre: poder del pueblo o de los ciudadanos, de lo contrario estaremos convirtiendo una aspiración en simple fetiche. Todos estos enunciados se inscriben a su vez en el ámbito de recuperación de la ideología como instrumento emancipador, que sintetiza y expresa aspiraciones de cambio social en base a una interpretación del mundo.

Cuando más se habla del hundimiento de las ideologías, es necesario mostrar la imprecisión de la afirmación: la no-ideología explíci-



ta es en sí misma una interpretación del cosmos y el orden social (aunque sea para perpetuar lo existente) y de otro lado, es más exacto hablar de pérdida de la confrontación entre bloques ideológicos (por extinción del que se decía alternativa).

Frente al paradigma ideológico al uso, encontramos para contraponer rigidez y fracaso por un lado y dispersión molecular en la fragmentación por otro, hechos que vienen a plantear la inaplazable tarea de amalgamar una cosmovisión que supere, el inmovilismo de sus enunciados y acuñe desde la dinámica y la relación dialéctica una orientación al paradigma del cambio.



La crisis de los movimientos sociales y el asociacionismo de los años noventa

Tomás Alberich
Sociólogo

1. INTRODUCCION

Desde principios de los años setenta se desarrollan en España diferentes movilizaciones, especialmente en las grandes ciudades, con contenidos no sólo políticos (por la democracia) y sindicales, sino también urbanos, que son protagonizadas por lo que se denominó «movimiento ciudadano» (dado que su principal protagonista fueron las Asociaciones de Vecinos de las ciudades). También se ha utilizada el término, más genérico, de «movimientos sociales urbanos» o «nuevos movimientos sociales», que incluiría a otros: juvenil, de estudiantes, de mujeres,...

En 1977 se realizan las primeras elecciones generales democráticas y en 1979 las elecciones municipales. Algunos de los dirigentes de los movimientos sociales y, especialmente, del movimiento ciudadano, pasaron a ocupar tareas de responsabilidad administrativa o de gobierno: parte de los alcaldes, concejales y cargos de las nuevas administraciones salieron de dichos movimientos.

A partir de 1980 ya se comienza a hablar de crisis del movimiento ciudadano, utilizando como argumento más generalizado el que dicha crisis está motivada, fundamentalmente, por el «descabezamiento» que sufrió dicho movimiento.

Hay, por lo tanto, dos ideas que han quedado instaladas en la memoria colectiva de dichos movimientos y, en general, en buena parte del pensamiento social:

– *A partir de 1980 los movimientos sociales entran en un proceso de crisis irreversible en nuestro país.*

– *La causa desencadenante de dicha crisis es el abandono de las asociaciones por parte de sus dirigentes, que se incorporan a tareas predominantemente «políticas».* Paralelamente, se teoriza desde algunos ámbitos, sobre la no necesidad de las asociaciones, al existir nuevos órganos democráticos representativos que pueden solucionar los problemas de los ciudadanos.

A continuación expondré un breve análisis de por qué opino que las dos tesis son incorrectas: el utilizar, sin más, el término «crisis» y más aún «crisis irreversible» y también la causa fundamental citada, «abandono de los dirigentes», para explicar dicha crisis.

2. SOBRE LA CRISIS

Evolución de los movimientos:

1. Década del auge (70/79)
2. Década de crisis (80/89)
3. Reestructuración (87/92). Reformulación, reconversión.

Más que de «crisis de los movimientos sociales» hay que hablar de crisis del movimiento ciudadano, especialmente del movimiento ciudadano de las grandes ciudades (Madrid, Barcelona, País Vasco, ...). Las opiniones recogidas en diferentes obras y publicaciones, artículos de prensa..., están de acuerdo en que la crisis comienza hacia el año 79 y está generalizada en el 82, perdurando en toda la década.

Los nuevos movimientos que surgen públicamente precisamente en la década de los ochenta, como el ecologista y, en parte, el feminista, aparecen con nuevas formulaciones y en la actualidad mantienen una presencia importante (diferente ha sido la evolución del movimiento pacifista, que ha estado ligado en nuestro país a movilizaciones puntuales por temas concretos: OTAN, guerra del Golfo).

Según nuestra opinión, hacia el 87/88, el movimiento ciudadano y otros movimientos sociales han comenzado una nueva época, se han «reconvertido», o al menos comienza su reestructuración, en cuanto a cambio de algunos de sus objetivos fundamentales y a sus formas de actuación.

Estas tres «fases» citadas coinciden, a nivel político, con:

1.^a Primeras elecciones municipales democráticas y victoria de la izquierda en los ayuntamientos. (1979, comienzo de la crisis)

2.^a Victoria del PSOE en las generales, generalización de las mayorías absolutas (1982-83) y del modelo socialdemócrata como hegemónico, desaparición de los partidos de la izquierda radical y crisis de los comunistas. (profundización/década de crisis)

3.^a Pérdida de mayorías absolutas municipales (1987), nuevos reglamentos de participación ciudadana, nuevos planteamientos desde la izquierda y nuevos problemas sociales (nuevos movimientos/reconversión de los ya clásicos: ciudadano, juvenil, cultural).

Antes de seguir con el análisis de la evolución de los movimientos, veamos que entendemos por el término crisis.

1. Hubo crisis en cuanto a:

– Pérdida de parte de las pequeñas parcelas de poder que el Movimiento Ciudadano tenía. En cuanto a que (antes de la «crisis») algunas esferas de la Administración le tenían en cuenta para sus actuaciones: le consultaban.

– Pérdida de parte de los afiliados. De las entrevistas realizadas, a dirigentes de asociaciones, se deduce que hubo un descenso constante del número de socios en la mayoría.

– Como consecuencia de las dos anteriores: pérdida de parte de la capacidad de organización y movilización ciudadana. Sobre todo pérdida de importancia política: de aparecer y ser reconocidos, en la Administración y en los medios de comunicación, como interlocutores políticos representativos. Los medios se orientan a dedicar sus mayores espacios a la nueva «vida política» del país.

2. No se da crisis en cuanto a número de asociaciones que, al contrario, crece constantemente y además apenas existen datos sobre asociaciones que cierren. Se da un aumento constante en el número anual de las registradas. Además, como veremos, se produce una gran pluralidad y diversidad de nuevas asociaciones. Aunque no hay datos fiables, el número total de socios al conjunto de entidades no parece disminuir sino, al contrario, aumentar constantemente.

Tampoco se da crisis en cuanto al prestigio de las asociaciones, especialmente a nivel micro, de cada comunidad.

Por ello, sería más ajustado hablar de crisis política o del reconocimiento y protagonismo político de los movimientos sociales (que es real) más que de crisis en general. Crisis de los movimientos sociales con contenido más sociopolítico y no del asociacionismo.

3. ASOCIACIONISMO VERSUS MOVIMIENTOS SOCIALES

El concepto de Movimiento social

Parece necesario realizar una breve introducción conceptual, para evitar las confusiones habituales al utilizar estos términos.

Nuestra definición es: *MOVIMIENTO SOCIAL ES UN GRUPO DE PERSONAS QUE REALIZA UNA ACCION COLECTIVA FRENTE AL APARATO INSTITUCIONAL.*

Entendiendo «frente al aparato institucional» de una forma amplia, en el sentido de subrayar su *independencia*, y también en el sentido de querer ser alternativa o aspirar a desarrollar otros valores. Es decir, no solamente lo que plantea como conflicto explícito, sino también lo implícito, lo que puede llegar a serlo, y la carga de «potencialidad» que tiene.

Además entendiendo «aparato institucional» no sólo como público sino también como privado o mixto. Por ejemplo, un movimiento social que se enfrenta a la instalación de un hipermercado, o de una industria contaminante, está en contra de los intereses de una multinacional, pero también se está enfrentando a la institución o normativa que permite esta instalación.

Si ese grupo de personas está organizado de una forma estable hablaremos de ASOCIACION y, por lo tanto, podremos hablar de asociacionismo. A su vez, podemos distinguir, dentro del asociacionismo, los colectivos formales y los informales (asociaciones legalizadas –registradas–, o no).

Entendemos, por tanto que las ASOCIACIONES son *agrupaciones de personas constituidas para realizar una actividad colectiva, de una forma estable, sin ánimo de lucro e independientes*, al menos formalmente, del Estado y de los partidos políticos.

De lo anterior se deduce que:

Puede existir ASOCIACION Y ASOCIACIONISMO SIN QUE EXISTA MOVIMIENTO SOCIAL. Este es el caso de las agrupaciones de personas que, constituidas efectivamente en asociaciones y realizando actividades estables (ya sean colectivos legalizados o no), *NO* realizan una acción colectiva frente al aparato institucional, ni se plantean dicha posibilidad.

Puede existir MOVIMIENTO SOCIAL SIN QUE EXISTAN ASOCIACIONES. Este es el caso de «las acciones concretas derivadas o ligadas a un conflicto específico».

Muchas asociaciones las podemos considerar como fruto de la CRISTALIZACION de un movimiento social. En nuestra historia reciente, en los años setenta, prácticamente todo movimiento asociativo era un movimiento social: se enfrentaba inevitablemente al «poder», dada la situación política. En la actualidad los conceptos estarían diferenciados: muchas asociaciones (incluso grandes, estatales, ONGs, ...) se plantean para realizar una actividad «social» o como punto de encuentro..., (pensemos en asociaciones que dan un servicio, algunas de consumidores, deportivas, Cruz Roja, ...) vertebran la sociedad civil pero no desean ser «movimientos sociales»; como sí lo son el ecologista, el sindical, ... Y muchas asociaciones actúan como movimientos, o no, según las circunstancias: Asociaciones de Vecinos, APAS, socioculturales, de solidaridad internacional...

Ahí está precisamente lo positivo y lo negativo de las organizaciones de la sociedad civil: son permeables a la vida real, unas veces realizarán actuaciones de «derechas» y otras veces de «izquierdas», incluso hay muchas movilizaciones con contenidos que suman a la vez aspectos de cambio y conservadores (por ejemplo, una movilización que denuncia la situación de marginación de un barrio pero a la vez es insolidaria con las minorías). En este sentido se hace más necesaria la existencia de coordinadoras, federaciones y redes de comunicación que den una visión global de los problemas, para que las actuaciones de los movimientos no se queden en el localismo y corporativismo de cada grupo social.

Siguiendo a Mark Nerfin, podemos indicar que nuestra sociedad se estructura en tres estados: la economía privada, el Estado y la sociedad civil, que se organiza, según nuestra definición, en asociaciones

y/o movimientos sociales. Los dos primeros están entrelazados (hasta el punto que a veces es difícil distinguirlos), pero también el tercero es dependiente, en buena parte, de los otros dos.

4. LA CRISIS POLITICA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN LOS AÑOS OCHENTA

Las causas de la crisis serían factores internos y externos:

Internos: Por ejemplo, la falta de perspectivas políticas de situarse como Dualidad de Poder, falta de participación interna, ...

Externos: El Poder existente las tiene como enemigo o, al menos, las considera como competencia política o poco fiables.
Políticas de Participación = Aburrimiento, desde los Ayuntamientos y la Administración. Crisis económica general que produce una crisis social.

Según Sánchez-Casas «...Se hizo un traslado de líderes de instituciones de base a instituciones del aparato, sin que ello respondiera a una inserción del movimiento ciudadano en una dinámica de dualidad de poder. (...) Ello así, *los líderes instalados en las instituciones no llevaron a ellas la lógica y los intereses del movimiento ciudadano, sino los intereses de los partidos políticos, y ello cuando no llevaron los intereses de poder personal, que pronto confluyeron con los de la institución como aparato en un proceso de «funcionarización del líder»*, cuya nueva situación le colocaba en un «estatus» socio-económico mucho más ventajoso que aquel que le proporcionaba su anterior actividad laboral o profesional».

Considero que las causas más importantes de la crisis política de los movimientos sociales en la década de los ochenta, han sido, al menos, las doce que se citan a continuación:

1. ABANDONO DE LAS ASOCIACIONES

PARTE DE LOS CUADROS, SE VAN DE LAS ASOCIACIONES PARA TRABAJAR EN LA ADMINISTRACION. ABANDONO FISICO E IDEOLOGICO: SE FUERON Y MAYORITARIAMENTE LLEVARON

A LAS INSTITUCIONES, NO LOS INTERESES DE LOS MOVIMIENTOS, SI NO LOS DE LOS PARTIDOS Y LOS PERSONALES. También hay abandono hacia la economía privada: parte de los dirigentes y de los equipos técnicos que colaboraban con asociaciones pasan a dedicarse a su trabajo, a su labor profesional. (Tampoco desde los movimientos se supo crear nuevas formas de relación con los profesionales).

La crisis económica y sus posteriores consecuencias, la crisis social, que comienzan a finales de los setenta («crisis en cascada»: paro–marginación–drogadicción–criminalización...) inciden en una privatización/individualismo (cuando hay que dedicarse a «buscarse la vida» no se tiene tiempo para la solidaridad, ni para actividades altruistas).

2. EN GENERAL (tanto de los miembros de asociaciones como de los de la Administración):

SECTARISMO POLITICO: TRABAJAR SOLO POR INTERESES POLITICOS INMEDIATOS. POLITIZACION QUE SE CONVIERTE EN PARTIDIZACION.

– POR PARTE DE LA ADMINISTRACION:

3. FALTA DE RECONOCIMIENTO PUBLICO Y DE INTERESES HACIA EL ASOCIACIONISMO. Ver a los movimientos como competidores.

4. TEMOR A SER CONTROLADOS. Creación de Reglamentos para controlar y encorsetar a los movimientos. Ineficacia de la participación creada: aburrimiento.

– POR EL PROPIO MOVIMIENTO:

5. FALTA DE nuevos horizontes globales. No saber trabajar para situarse como dualidad de poder en lo concreto.

6. DESCONFIANZA RADICAL HACIA TODO PODER PUBLICO: *la política del no*. Imagen simple de la Administración que bascula entre sólo relacionarse con ella para conseguir subvenciones económicas y/o considerar negativo todo lo que venga del «poder». No desarrollar un aprendizaje del consenso y de la negociación sin pérdida de la independencia.

7. CREER QUE LA DEMOCRACIA LO RESOLVERIA TODO (esto provoca el llamado «desencanto»).

8. DEBILIDADES:

DEBILIDAD NUMERICA DE LOS AFILIADOS A ASOCIACIONES ligadas a movimientos sociales respecto al ámbito europeo.

FALTA DE RECURSOS MATERIALES (infraestructuras, autofinanciación,...)

FALTA DE RECURSOS HUMANOS (personas con formación,...)

9. INADECUACION DE FORMAS Y CONTENIDOS A LAS NUEVAS CIRCUNSTANCIAS POLITICAS (DEMOCRACIA POLITICA REPRESENTATIVA FORMAL, IMPORTANCIA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION,...)

10. ORGANIZACION Y FUNCIONAMIENTO INTERNO NO PARTICIPATIVOS, en parte de las asociaciones.

– FACTORES SOCIALES:

11. FALTA DE RECONOCIMIENTO SOCIAL DEL TRABAJO VOLUNTARIO (NO REMUNERADO).

12. DIFERENCIA DE LA MENTALIDAD ESPAÑOLA CON LA DE OTROS PAISES (EL TRABAJO SOCIAL LO DEBE HACER LA ADMINISTRACION).

Una de las consecuencias de la crisis fue la ruptura en el bloque social, formado por la suma de los Grupos Formales más los Sectores Activos y la Base Potencial. Los Sectores Activos continúan en gran parte de los movimientos, pero éstos y la Base Potencial cada vez ven más a los dirigentes (Grupos Formales) como parte del aparato institucional.

5. EL ASOCIACIONISMO DE LOS AÑOS NOVENTA

Es un hecho cierto que, a finales de los años ochenta, factores internos y externos han influido para el aumento del número de asociaciones:

– La política de subvenciones de las administraciones ha favorecido el minifundismo asociativo, a más asociaciones más posibilidad de conseguir subvención.



– La desconfianza hacia las grandes organizaciones (burocratizadas) también ha favorecido la formación de asociaciones pequeñas, más controlables por los afiliados, para objetivos concretos: cortos en el tiempo y en el espacio.

También a finales de los ochenta se van produciendo diversos cambios sociales en nuestro país: a nivel político pérdida de las mayorías absolutas. A nivel social y personal, en muchos grupos dirigentes («cuadros» sociales) se produce un creciente desencanto de la experiencia del poder, desprestigio creciente de la política, y desconfianza de que desde la Administración se puedan resolver los problemas de la sociedad. Se buscan nuevas formas de relacionarse con los movimientos o nuevos movimientos. A veces se producen unas relaciones más profesionalizadas.

Los movimientos también superan una etapa de enorme fragmentación, buscando nuevas formas de relación, coordinación y profesionalización (surgen nuevas federaciones y plataformas); se plantea una relación diferente con la Administración, «desdramatizada»: no son mis enemigos pero tampoco estoy dispuesto a ser «mano de obra barata»; a la vez que tienen más fuerza los nuevos movimientos (ecologistas, de solidaridad con el tercer mundo,... –Greenpeace, Médicos sin fronteras...).

Los aspectos cuantitativos del asociacionismo

Tenemos que tener en cuenta que no existen estudios globales, mínimamente rigurosos, a nivel del Estado español, sobre la situación del asociacionismo y de los movimientos sociales, su evolución, sus cifras de afiliados, sus campos de influencia, etc. Sí existen análisis cualitativos sobre movimientos concretos.

De las definiciones utilizadas se deduce que para realizar un estudio de las características del Asociacionismo del Estado tendremos en cuenta que:

1. NO CONSIDERAMOS A:

– Cualquier organización de afiliación obligatoria: colegios profesionales, ...Esto que parece evidente, en el análisis práctico es más complicado, cuando, por ejemplo, hay asociaciones «casi» obligatorias (es el caso de algunas APAs: hay colegios en que casi se «obliga» a los padres a afiliarse a la Asociación de Padres de Alumnos).

- No consideramos a las organizaciones políticas, instituciones científicas, o directamente religiosas. Sí a las que tengan entre sus principios una ideología política o religiosa, pero sean formalmente independientes.

- Igualmente, buena parte de las fundaciones dependen legalmente de patronatos nombrados por partidos políticos, empresas, bancos, universidades ...y, por lo tanto, se deben de excluir. No las que se hayan creado por personas a título particular o desde asociaciones.

(Para otro tipo de estudios sí se debe considerar a estas organizaciones. Por ejemplo, si queremos analizar el individualismo o no de los españoles, o el tejido social existente y las redes sociales, tendremos que tener en cuenta la afiliación a partidos políticos, la participación en las parroquias y sectas religiosas, incluso la actividad de algunas comunidades de vecinos,...)

2. Por contra, nos solemos olvidar cuando hablamos de Asociacionismo, de las que *no* están ligadas a movimientos sociales, siendo corriente en las investigaciones no incluir a asociaciones que SI DEBEMOS CONSIDERAR, como:

- Asociaciones y Clubs Deportivos.
- De voluntariado institucionalizadas, (como Cruz Roja)
- Esotéricas
- Casas Regionales
- Lúdicas: peñas festivas, etc.

Un último problema es la disparidad en las formas de afiliación a las Asociaciones a la hora de comparar o cuantificar. Por ejemplo, hay organizaciones que consideran asociados a todos los suscriptores de su publicación, que no tienen mayor relación con la entidad que el suscribirse y, por lo tanto, no eligen a las juntas directivas, no toman parte en las decisiones,... (por ejemplo, ¿organizaciones de consumidores como OCU - edita «Compra Maestra»?)

ALGUNOS DATOS SOBRE EL ASOCIACIONISMO DEL ESTADO ESPAÑOL EN LOS NOVENTA: LAS ASOCIACIONES ¿CUENTAN CON QUINCE MILLONES DE AFILIADOS?

A pesar de lo dicho (no existen estudios rigurosos y tiene poco sentido sumar asociados con formas de afiliación tan dispares) hemos realizado una aproximación cuantitativa al tema. A partir de una primera recopilación de datos, realizada con los aportados por las grandes entidades asociativas y por las federaciones, y algunos cálculos parciales. Llegamos a la sorprendente conclusión de que las asociaciones cuentan, en nuestro Estado, con al menos quince millones de afiliados. Aunque no es posible aquí pormenorizar los datos adjuntamos un resumen de los mismos.

No se considera la afiliación múltiple, es decir no hay 15 millones de personas asociadas, pero sí puede haber 15 millones de «carnets» de asociaciones.

En cualquier caso, con estos datos y lo señalado anteriormente, parece totalmente incorrecto hablar de crisis de las asociaciones, triunfo del individualismo, crisis de los valores comunitarios,...

MILES DE AFILIADOS A NIVEL ESTATAL (RESUMEN):

Sociocultura, Casas Regionales, Artes	700
Ecologistas y Conservacionistas	80
Pacifistas y Solid. Internacional	70
Derechos Humanos, Asistenciales, Voluntariado Social ...	1.100
Asociaciones de Vecinos	1.500
Consumidores y Usuarios	1.100
Mujer y Feministas	(100)
Pensionistas, Tercera Edad	800
APAS	6.000
Estudiantiles	150
Familiares, Educación de Adultos	(100)
Deportivas y Recreativas	(854)
Sindicatos	2.200
Religiosas y otras	274
Suma total	15.028

Cifras en (): cálculo mínimo a partir de datos parciales.

FUENTES DE LOS DATOS: LOS DE LA ASOCIACION O FEDERACION, CUANDO NO SE ESPECIFICA OTRA FUENTE DE DATOS.

– OTRAS FUENTES Y DATOS A TENER EN CUENTA:

VOLUNTARIADO Y ASISTENCIALES: Sólo la Cruz Roja cuenta con 600.000 afiliados (Revista «Cruz Roja», noviembre 1991, pág. 12).

ASOCIACIONES DE VECINOS EN LA CAVE: 2.000, con 1.500.000 afiliados.

ASOCIACIONES DE CONSUMIDORES Y USUARIOS: 1.100.000 afiliados, datos citados por Ignacio de Diego, del Instituto Nacional de Consumo (EN EL PAIS, 23-10-90).

JUVENILES: 83 asociaciones en el Consejo de la Juventud de España.

900.000 afiliados a asociaciones juveniles en 1987, según estudio del Consejo de la Juventud de España. Pero este dato no lo hemos considerado porque la mayoría se refiere a las secciones juveniles de sindicatos y de otras asociaciones o partidos políticos, por lo que el dato se repetiría al considerar a éstas. Según el estudio «El Asociacionismo Juvenil en el Medio urbano» de Rafael Prieto Lacaci, (Instituto de la Juventud, 1991), el 18,5% de los jóvenes de las grandes ciudades españolas están afiliados a algunas asociación, pero en la tipología que realiza no considera específicamente la denominación «asociación juvenil», por lo que hemos utilizado sus datos como referencia para calcular el mínimo de afiliados a asociaciones deportivas, excursionistas, religiosas y festivas.

Por contra, según un estudio reciente del Instituto de la Juventud, el 42% de los jóvenes de 15 a 29 años forma parte de alguna asociación (siendo las deportivas, con un 27% las predominantes) y el 31% de los padres de los jóvenes asociados pertenece a asociaciones (El País, 16-02-92).

PENSIONISTA, 3ª EDAD: 800.000 afiliados a asociaciones de la Unión Democrática de Pensionistas. (EL INDEPENDIENTE 3-09-91).

APAS: 7.100 asociaciones, 6.000.000 afiliados, datos de la CEAPA.

ESTUDIANTILES:

– Estudiantes Progresistas: 15.000 afiliados

– Sindicato de Estudiantes: 55.000 afiliados (4.000 «activos», 600 asoc.)

– Unión de Estudiantes: 80.000 afiliados (23 federaciones)

Datos de las propias asociaciones, citados en el estudio publicado en EL PAÍS, SUPLEMENTO DE EDUCACION, 26-02-91.

ALGUNAS CONCLUSIONES

– Hablar de Movimientos Sociales y de Asociaciones son conceptos muy diferentes (siempre según nuestras definiciones).

– Es necesario poner en marcha estudios e investigaciones sobre estos temas, crear bases de datos mínimamente rigurosas y actuales. Para ello es posible la creación de una «red de centros de estudios sobre asociacionismo» que, a nivel estatal, coordine las iniciativas existentes.

– En cualquier caso, a la luz de estos datos, parece evidente que el fenómeno asociativo es mucho más amplio de lo que normalmente se piensa, y está escasamente considerado desde los ámbitos políticos y estatales. A pesar de que parte de las cifras puedan estar abultadas, dado que utilizamos las fuentes de las propias entidades, hay que considerar que, por contra, pueden faltar cifras de otras asociaciones no consideradas.

El poder específico de los movimientos asociativos, presencia política y en los medios de comunicación, poder económico y de auto-organización social, etc., está muy por debajo del que le corresponde. La excepción estaría en el movimiento sindical. Esto nos plantearía nuevos interrogantes sobre sus causas.



Movimientos sociales urbanos en la periferia social: entre la integración y la segregación

Miguel Alcázar

Javier Camacho

Elías Trabada

Sociólogos

*«Frente al ciudadano, la ciudad es una máquina que segrega cemento, y el cemento termina por formar una costra dura que se superpone sobre el espacio que la ciudad quiso dominar en sus orígenes (...) La "costra urbana" tiene que romperse creando islotes en donde haya **trabajo y salud**, como quiere el clamor popular».*

LUIS MARTIN SANTOS

Una reflexión analítica sobre los Movimientos Sociales Urbanos (M.S.U) requiere, actualmente, prestar atención a una diversidad cada vez mayor de aspectos relevantes, si queremos lograr un conocimiento y comprensión adecuados de las dinámicas sociales que los generan. En el siguiente artículo, vamos a centrar nuestra «mirada sociológica» en el grado de influencia ejercido por las condiciones socio-económicas y culturales, en las que se desenvuelve la vida cotidiana de los residentes de las barriadas populares localizadas en entornos de periferia metropolitana, sobre el origen, desarrollo y reproducción de determinados M.S.U., constituyendo aquellas un entramado contextual que precisa de nuestra atención para entender en toda su complejidad dicho fenómeno. Comencemos, pues, con una breve reflexión a cerca del significado analítico del concepto de Movimiento Social.

1. LOS MOVIMIENTOS SOCIALES: UNA RED DE CONJUNTOS DE ACCION

Consideramos que, frecuentemente, se ha aplicado una definición excesivamente reduccionista, al equiparar Movimiento Social a Tejido Asociativo. Desde esta perspectiva, los movimientos sociales surgen de la capacidad de la red formal asociativa para generar y articular conductas de acción colectiva en el seno de la Base Social. Uno de los motivos por los que se ha producido esta equiparación entre dos conceptos sociológicos que, en principio, se refieren a dos realidades relativamente diferentes, deriva de toda una teorización y práctica desarrollada a lo largo de los años sesenta y setenta. Centrándonos en el caso de Madrid, el llamado Movimiento Ciudadano (organizado, fundamentalmente, por las asociaciones de vecinos) cobra, en estas décadas, una importancia inusitada como articulador del descontento social y político existente en torno al Régimen Franquista y a las tremendas carencias urbanísticas que sufrían los moradores de la segregada periferia madrileña. En ese marco, es en el que se desarrollaron las movilizaciones populares reivindicativas, mostrando éstas un alto grado de sintonía entre las estrategias de transformación de los Grupos Formales Asociativos locales y los deseos-necesidades predominantes en aquella época entre los vecinos de esas barriadas periféricas. Esta densa comunicación, mediante vínculos de feed-back, entre los Grupos Formales (asociaciones vecinales, parroquiales, culturales, deportivas... y partidos políticos clandestinos) y el Tejido Social Informal (comunicadores activos y base social local), indujo a que gran parte de los análisis sobre los movimientos sociales, que se llevaron a cabo en esa época, equipararan este término al de asociacionismo de carácter formal (1).

Sin embargo, en la actualidad las tipologías asociativas que se habían desarrollado con tanta fuerza en los barrios periféricos madrileños durante la década de los setenta, están atravesando una profunda crisis, que se manifiesta, entre otros, en los siguientes aspectos: en una múltiple segmentación sectorial y social segregativa; en una iner-

(1) Así ocurre en todos los textos del principal teórico de los movimientos sociales de la década de los setenta (Manuel Castells). En concreto, en su análisis de la experiencia de Madrid-Crisis urbana y cambio social, Madrid 1981) plantea una metodología sobre el movimiento ciudadano madrileño centrada en las asociaciones.

cia inoperante frente a los nuevos retos que les plantea una sociedad compleja en constante cambio; en una menguada capacidad de incidencia en el tejido social, producto de la importante desconexión entre las redes asociativas y las redes sociales informales; y en una carencia de referentes ideológicos integradores, así como de estrategias alternativas superadoras del mero papel reivindicativo desarrollado hasta ahora frente al poder político. Esta situación de crisis de las redes formales asociativas, coincide con una dinámica de fragmentación y de polarización de la estructura social, que divide a la Base Social en múltiples fracciones sociales con condiciones objetivas y subjetivas divergentes entre sí. Por lo tanto, la crisis del asociacionismo se solapa con una reestructuración socio-económica y cultural de las relaciones que articulan el Tejido Social, de ahí que de manera ineludible los mecanismos de conexión entre las redes formales e informales también se encuentren inmersos en esos procesos de desintegración y cambio.

Por lo tanto, la utilización pertinente del concepto de M.S.U., nos exige en la actualidad que consideremos en su forma y contenido, además del papel desempeñado por las redes formales actuantes (institucionales y asociativas), el jugado por las redes informales que intervienen en el proceso, analizando los acontecimientos en base a las condiciones contextuales de producción en las que se ha generado un fenómeno social de estas características (2). En definitiva, cualquier Movimiento Social Urbano presentará una estructura en forma de Red, en la que habrá un entramado de relaciones sociales formales e informales que constituirán unos determinados Conjuntos de Acción (3), en función de tres factores básicos: los vínculos existentes entre los actores sociales intervinientes, la centralidad y posición desempeñada por cada actor en el seno de la red de relaciones establecidas y, por último, el tipo de función o funciones de comunicación/interacción desempeñadas por cada clase de relación actuante.

En lo que sigue, trataremos de analizar, a partir de las movilizaciones surgidas a lo largo de los dos últimos años en el Sur del muni-

(2) En esta línea, resulta sugerente la definición utilizada por LUIS ENRIQUE ALONSO: «redes de acción colectiva no contralabes directamente por las instituciones políticas, sociales o económicas». (*Sociología del Trabajo* nº 16, Madrid 1992)

(3) ADRIAN C. MAYER. «La importancia de los cuasi-grupos en el estudio de las sociedades complejas», en *Antropología social de las sociedades complejas*. Alianza Universidad. Madrid 1980.

cipio de Madrid, los procesos subyacentes y las dinámicas internas que se generan en las relaciones Periferia-Centro, así como la génesis y las características de las respuestas sociales y políticas dadas a estos procesos, en un intento de aportar algunas reflexiones necesarias para comprender la cada vez más compleja realidad de los M.S.U. que surgen en este tipo de contexto de periferia social y territorial (4).

2. EL CONTEXTO SOCIO-TERRITORIAL DE LA PERIFERIA METROPOLITANA

En principio, la «territorialidad» de los M.S.U. cobra una gran importancia en una sociedad post-industrial en donde la dualización y la segregación social generadas por un modelo de producción postfordista, han provocado una «...cultura del supervivencialismo, con estrategias de resistencia y autodefensa de carácter fragmentado y localizado que reproduce, a su vez, la oferta estratificada y diferencial de los bienes y servicios» (5). Ahora bien, con el concepto de territorio no pretendemos expresar meramente una cualidad geográfica, sino que, sobre todo, queremos referirnos a otras dimensiones interdependientes en las que se articula el espacio urbano metropolitano, huyendo de la simplificación que plantearía una perspectiva determinista y micro aplicada al análisis de la realidad social. Así, cualquier espacio no se diferencia, tan sólo, por sus características físicas (6), sino que incorpora también un componente estructural, en cuanto que no se puede aprehender si no es en relación a la posición que ocupa dentro de la División Económica y Social del Espacio, producida por el actual modelo de acumulación capitalista, definido por el pre-

(4) En buena medida, las reflexiones que se vierten en este artículo son fruto de un trabajo de investigación llevado a cabo por el Colectivo de Estudios Medioambientales y Ciudadanos – CEMIC – para la Consejería de Política territorial de la Comunidad de Madrid, denominado «Estudio socio-urbanístico para el desarrollo de un Plan Integral en los distritos Villaverde-Usera de Madrid».

(5) ALONSO, L.E. «Postfordismo, fragmentación social y crisis de los nuevos movimientos sociales». *Rev. Sociología del Trabajo* nº 16 1992. pág. 129-131.

(6) Tal como expresa Joan Eugeni Sánchez: «la variable social se nos muestra sin duda como la dominante respecto a la variable geonatural (...) el espacio social es el espacio geográfico transformado que resulta de la actuación de la sociedad sobre el medio geonatural». (Revista *Geocrítica*, nº 51, 1984).

dominio del capital financiero y por su carácter transnacional (7). En ese sentido, el espacio no es neutro, sino que está sujeto a las lógicas de las relaciones de producción y de reproducción dominantes en este Sistema de Economía Mundo Capitalista, plasmando en el territorio una estructura de clases sociales que, a su vez, se encuentra enormemente fragmentada y polarizada como consecuencia del impacto de este nuevo modelo de acumulación del capital y de la crisis social subyacente a su implantación generalizada.

Esta dinámica de fragmentación y de polarización social está teniendo una especial relevancia en los barrios urbanos periféricos donde predominan las fracciones sociales de las clases populares, ya que está cristalizando en ellos una realidad social marcada por la incidencia desintegradora de los fenómenos de la precarización, de la marginación y de la segregación respecto a los recursos, bienes y servicios que circulan en el Sistema Metropolitano.

Este contexto periférico no se refiere exclusivamente a sus especificidades derivadas de su localización física, sino que debe entenderse en toda su complejidad estructural (económica, social, cultural y política). En este sentido, conviene señalar que durante los últimos años se ha realizado un volumen de inversiones públicas notable en estos distritos sureños (Usera y Villaverde), en materia de infraestructuras y medios de transporte, que han contribuido a acercar, en términos de tiempo empleado en el desplazamiento, a esta zona respecto al Centro.

Sin embargo, el diseño metropolitano de estas actuaciones públicas no ha tenido en cuenta las necesidades de accesibilidad internas y externas existentes en los diferentes barrios que componen este mosaico urbano, creando incluso claros efectos frontera, actuando algunas de estas infraestructuras (M-40 y vías de ferrocarril) como barreras físicas que dificultan en grado sumo las comunicaciones entre estas unidades socio-urbanísticas y el exterior, fomentando la percepción colectiva entre sus moradores de residir en un contexto espacial aislado y segregado de la ciudad.

Por otra parte, las políticas públicas sectoriales dirigidas a superar mediante inversiones en dotaciones las importantes carencias en servicios y en equipamientos colectivos, heredadas, en gran parte, del

(7) SASSEN, S. La ciudad global, en *Alföz*, nº 90. Edita CIDUR. Madrid 1992.

periodo Desarrollista, han fracasado como instrumentos adecuados para garantizar la integración social y la recualificación simbólica de estos espacios degradados. La reducción tecnocrática de las necesidades sociales en los campos de la formación, la salud, la cultura, el deporte..., a una simple cuestión de ofrecer unos estándares dotacionales determinados, ha constituido la representación ideológica que ha guiado las actuaciones públicas desarrolladas en esos campos durante la década de los ochenta, logrando en estas barriadas unos resultados contradictorios respecto a los fines redistributivos perseguidos, ya que, a parte de que aún continúan existiendo importantes niveles de infradotación en algunos sectores, el diseño y la gestión universalista de los equipamientos públicos construidos ha fomentado la apropiación segregativa de los servicios ofrecidos, contribuyendo de esta forma a incrementar las desigualdades sociales internas y a reproducir la fragmentación de las redes del Tejido Social local.

Aunque, el diseño y la gestión han favorecido, en gran medida, la infrautilización y la apropiación de los equipamientos públicos (como ha sucedido con los centros culturales, polideportivos y centros de enseñanza media, principalmente) por parte de los vecinos en posesión de un mayor volumen de capital económico y cultural residentes en estos barrios sureños, sin embargo, en otros casos ha tenido lugar una apropiación involuntaria de los grupos sociales más insolventes (así ha ocurrido con algunos centros de enseñanza primaria y espacios públicos como plazas y parques), que por su imagen estigmatizada de colectivos marginados y problemáticos generan reacciones de exclusión en los grupos más solventes, aspirantes al mantenimiento de su posición o a la movilidad ascendente en la pirámide social. En definitiva, esta inadecuación cualitativa entre los servicios públicos ofrecidos y las características socio-culturales de los diferentes colectivos a quienes en principio se dirigen de manera universalista, ha producido unos claros efectos perversos que contribuyen a reproducir la segregación y las desigualdades sociales, tanto entre las diferentes fracciones asentadas en este contexto territorial, como entre éstas y las que residen en otros entornos externos a la zona, los cuales están dotados de un mayor valor de cambio económico y de un deseado valor signo de distinción socio-cultural.

En resumidas cuentas, cuando empleamos el concepto de Periferia para referirnos a estos barrios municipales, no pretendemos denotar una mera cualidad de segregación espacial, sino más bien social, en

la medida en que la distancia social entre el Norte-Centro metropolitano y estos distritos del Sur sí que se ha acrecentado. La precarización del mercado de trabajo, el desempleo estructural, las dificultades objetivas al desarrollo generalizado de las pautas emancipatorias entre sus jóvenes moradores, el elevado fracaso escolar, la progresiva desindustrialización y el posterior abandono-deterioro del espacio productivo, el desarrollo de formas de vida articuladas en el círculo vicioso de las prácticas de drogodependencias y de tipo delictivo..., han supuesto una relativa degradación de las condiciones de vida de una apreciable parte de los habitantes del Sur del municipio, que han quedado al margen de los procesos de recualificación económica y social que sí han beneficiado a otras áreas urbanas próximas.

Pero, además, el territorio es el soporte del orden simbólico y moral en el que se desarrolla la vida cotidiana de una colectividad humana. Es decir, no se trata de un espacio anónimo, sino de un lugar en el que se reconocen unas huellas y marcas (referenciales y simbólicas) que constituyen «... la garantía de la continuidad del grupo, vínculo sobre el que construyen la identidad local» (8), escenario donde se reconocen y efectúan los rituales de reproducción de dicha identidad comunitaria, a partir de la interacción entre sujetos que participan en redes sociales comunes en función de su posición similar en el espacio social compartido. Por lo tanto, los factores culturales, emocionales y relacionales generados en su cotidianeidad histórica por el Tejido Social Periférico, en el curso de su interacción adaptativa y conflictiva respecto a las constricciones impuestas por el medio urbano y por los otros conjuntos de redes sociales que se disputan el territorio metropolitano, conformarán la identidad social en la que se reconocerán los miembros de estas comunidades locales. Si aquella es valorada de manera positiva, tanto fuera como dentro de la comunidad, se constituye en la principal estructura simbólica distintiva y a su vez integradora de las redes sociales locales, pero, por el contrario, si la identidad social está cargada de representaciones y de signos distintivos negativos, nutre las tendencias psico-sociales de desarraigo, de anomia y de huida de un contexto espacial que es percibido como hostil y degradado, ante las desigualdades y los conflictos internos,

(8) REGUILLO CRUZ. *Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*. Ed. ITESO, México, 1991. pág. 31.

manifiestos y latentes, que fragmentan y desgarran el Tejido Social (en este último caso, se produce una estigmatización de la propia comunidad en contraposición a otros referentes positivos externos).

Fijemos, pues, nuestra atención en los cambios que se han producido en la identidad social de estas comunidades periféricas, en su historia reciente, teniendo en cuenta la interrelación de aquella con las transformaciones acogidas por este contexto social periférico.

3. LA CRISIS DE IDENTIDAD DE LA PERIFERIA SUR

La identidad social de la periferia Sur remite a las carencias de diverso tipo que posee este territorio en relación al espacio urbano percibido por los moradores sureños como la ciudad genuina. Esta comienza para ellos a partir de la Plaza de Legazpi, proyectando sobre ella todo aquello que valoran y desean por su centralidad social, económica y simbólica. Pero, además, dada su posición dependiente o subordinada, su identidad periférica se construye determinada, en gran parte, por las imágenes sociales distintivas y segregativas que sobre este espacio social produce la ideología dominante de los grupos normativos residentes en la metrópoli madrileña.

En este proceso generativo y relacional, se distinguen tres fases que se corresponden con tres etapas diferentes en la historia reciente de la zona sur. En una primera fase, que se extiende cronológicamente hasta mediados de los 70, la zona acoge a una población de escasa solvencia económica originaria del espacio rural, atraída por la construcción de viviendas asequibles para su bajo nivel de rentas y por la oferta de empleos generada por las industrias localizadas en la zona. Este territorio periférico se va configurando de manera acelerada como el espacio productivo de las grandes instalaciones fabriles y el enclave residencial de la clase obrera ocupada en los sectores de la industria y la construcción. Constituye no sólo la periferia física, sino también la periferia social del sistema urbano madrileño, presentando múltiples carencias de diverso tipo: en infraestructuras, transporte, vivienda, equipamientos colectivos, etc...

Su condición de territorio segregado socio-urbanísticamente, es el contexto objetivo que nutre la formación de un amplio movimiento ciudadano que reivindica el «derecho a la ciudad», es decir, la mejo-

ra de las condiciones de vida en los barrios para superar la exclusión que padecen. Este movimiento social estará estructurado por las asociaciones de vecinos en estrecha relación con las organizaciones sindicales y políticas de izquierda existentes en aquella época, apoyándose en un substrato emocional compartido intersubjetivamente de pertenecer a una misma clase social discriminada, elemento cohesionador reforzado por la represión sistemática ejercida por el Estado Franquista. En definitiva, a finales de la Dictadura, la identidad social de los moradores sureños se articulaba en varios referentes positivos estructurados simbólicamente: la gran fábrica y el trabajo asalariado estable; la solidaridad de clase expresada a través del sindicato; la participación ciudadana reivindicativa y el arraigo hacia el entorno, que canalizaban las asociaciones de vecinos; las movilizaciones populares y las acciones de protesta; los escenarios de las manifestaciones; las reivindicaciones logradas; ... constituían hitos y signos que retroalimentaban los sentimientos y la percepción colectiva de constituir una comunidad diferenciada; así como, el aislamiento y segregación que padecían cotidianamente, potenciaban la socialidad en el Tejido Social local, imprescindible para autorreconocerse como diferentes.

Frente a esta identidad comunitaria, la cultura dominante proyectó sobre esta zona la amenaza subversiva, la imagen de albergar a los incitadores al desorden y al caos social: era el «cinturón rojo» que amenazaba la estabilidad política del régimen franquista y, por lo tanto la seguridad de los grupos sociales integrados.

A finales de los 70 y principio de los 80, se desarrolla la segunda fase, marcada por los procesos de crisis concatenadas. El modelo fordista de la instalación industrial entra en una profunda crisis económica, generando cierres en cadena y sustitución de mano de obra por capital tecnológico. La interrelación de los fenómenos de descentralización productiva, de abandono de la actividad económica y de reconversiones producen sobre este territorio un claro efecto de desindustrialización, con negativas consecuencias sobre el Tejido Social.

El empleo asalariado estable entra en una profunda crisis de calidad y de cantidad. De cantidad, como producto de la crisis de la industria y de la construcción, al generar despidos y jubilaciones anticipadas, además de cerrar la integración laboral de los jóvenes sureños. Se intensifica, pues, el fenómeno marginatorio del paro, el cual irá adoptando un carácter estructural, sobre todo entre el colectivo juve-

nil y femenino. Crisis de calidad, en la medida en que el empleo estable comienza a menguar en beneficio de nuevas formas de contratación de carácter temporal o eventual, a la vez que se jerarquizan las condiciones de trabajo, especialmente en las ramas de actividad donde comienza a proliferar la economía sumergida.

En este mismo período, comienza a desarrollarse el Programa de Remodelación de Barrios, importante logro del Movimiento Vecinal Madrileño, del que se beneficiarán barrios enteros de la zona sur. También, tras la constitución de los ayuntamientos democráticos, se ponen en marcha diversas operaciones urbanísticas redistributivas dirigidas a mejorar la calidad de vida en estos barrios periféricos, dotándolos de los equipamientos públicos y de las infraestructuras de las que carecían en grado sumo. Sin embargo, esta mejora del medio urbano coincide con una degradación intensa del tejido productivo y social de la zona. Los cierres de empresas industriales, pueblan este territorio de instalaciones abandonadas, transformándose parte de ellas en escombreras y vertederos ilegales que deterioran objetivamente el medio ambiente, así como proyectan sobre los residentes de la zona una imagen muy negativa sobre su entorno próximo.

A su vez, el Tejido Social se desarticula progresivamente, especialmente en algunos enclaves residenciales, debido a la interrelación de diversos fenómenos marginatorios: el desempleo, el fracaso escolar, la drogadicción, la delincuencia, la economía sumergida, la imposibilidad de acceder a una vivienda adecuada, etc... Esta situación de crisis provoca efectos desestructuradores y de empobrecimiento del Tejido Social, fragmentándolo en diversas redes comunicacionales que tienden a la encapsulación y al refugio en los grupos informales de socialidad primaria, ante un ambiente socio-cultural local que perciben como hostil y degradado. Las relaciones entre el Tejido Social informal y el Tejido Asociativo, anteriormente muy densas, comienzan a sufrir también los efectos desestructuradores, perdiendo paulatinamente el papel de principales articuladores socio-culturales (los nudos de la red) de estas comunidades (9).

(9) En este proceso, no es ajeno tampoco la instauración de los ayuntamientos democráticos, que propiciaron el acceso al poder de los partidos de izquierda. Ello supuso una variación considerable en el contexto político en el que se desenvolvían los movimientos sociales, ya que muchos de los líderes vecinales pasaron a ocupar cargos de responsabilidad política. Por lo tanto, la vieja acción vecinal queda relegada a favor de una participación por delegación, que sustrae al vecindario su capacidad decisoria.

En la tercera y última fase, que comprende desde finales de la década de los 80 hasta la actualidad, los efectos de las anteriores crisis se han cristalizado en este territorio, transformándose en efectos-causas circulares responsables de su condición socio-urbanística periférica; y ello, a pesar de la relativa mejora del entorno urbano que se ha producido en estos barrios, tras el esfuerzo inversor realizado en urbanización, infraestructuras y equipamientos colectivos por parte de la Administración Pública. Sin embargo, a pesar de esas mejoras, las carencias diferenciadoras continúan marcando las distancias sociales respecto al centro o la ciudad, pues ambos términos se solapan en las conciencias de sus residentes, en la medida en que conciben su entorno como externo o no integrado simbólicamente en el tejido urbano. Para ellos, sus barrios conforman un espacio ambivalente, difuso, sobre el que proyectan la imagen negativa de los problemas de la gran urbe.

Esta segregación de los distritos del sur, ya no es sentida de manera intersubjetiva en el plano físico, sino en el plano social y simbólico, al percibir que están quedando al margen de los flujos socio-culturales y económicos metropolitanos, responsables del dinamismo experimentado recientemente por determinadas áreas urbanas de la región madrileña. Además de los procesos objetivos de marginación socio-cultural que inciden con especial virulencia en determinados barrios sureños, existe una grave crisis de identidad palpable en la cosmología de estas comunidades locales. Así, los referentes, los signos, las señas y los modos de vida que se articulaban positivamente anteriormente, constituyendo la identidad social de estas vecindades obreras, se encuentran en una grave crisis. La desindustrialización acelerada, con sus efectos desestructuradores en el entorno urbano y en el Tejido Social; la crisis del trabajo asalariado estable y el retroceso cuantitativo del obrero industrial, anteriormente figura central, que imposibilita la reproducción socio-antropológica de estas formas de vida en las jóvenes generaciones; la crisis de las organizaciones con ideología de clase (sindicatos, partidos políticos de izquierda) y de las asociaciones de vecinos, conforman aspectos parciales del marco general en el que se desenvuelve la desarticulada estructura simbólica de la actual identidad sureña.

Además, las transformaciones del modelo de acumulación capitalista han generado un proceso interno de fragmentación y de pola-

rización social, que ha inducido también a una desarticulación del Tejido Social local en una serie de conjuntos de redes con tendencias a la encapsulación y a la segregación retroalimentando, por lo tanto, los mecanismos sociales y económicos responsables de la situación de crisis social en la que se encuentran. Así, la anterior homogeneidad social basada en el trabajo asalariado estable ha sido reemplazada progresivamente, a lo largo de la última década, por una multiplicidad de situaciones materiales heterogéneas (economía formal/surgida/delictiva - trabajador autónomo/asalariado/fijo/eventual/desempleado con prestación/desempleo sin prestación/jubilados anticipados/ etc...), que implican una reestructuración de las posiciones y de los vínculos de los residentes en la «red de relaciones sociales» que articulan la comunidad barrial, con importantes consecuencias en los sistemas de percepción y de valoración compartidos intersubjetivamente, así como en las actitudes y prácticas desarrolladas en el espacio social apropiado por cada fracción.

Entre los residentes sureños, surge con fuerza la valoración de que con la zona Sur ya no se cuenta, pues han quedado al margen, percepción de abandono que se expresa de manera más nítida en aquellos barrios donde la exclusión social alcanza dimensiones más notorias. Es en estos barrios que denominamos como el espacio de la exclusión (Orcasur, San Fermín, El Cruce, U.V.A. de Villaverde Alto y San Cristóbal) donde los procesos de marginación social han incidido durante la década de los 80 con mayor intensidad, delimitando el entorno periférico de la crisis social. La ruptura de los mecanismos tradicionales que permitían su inserción social (el trabajo asalariado, el aprendizaje de un oficio y la adquisición de una vivienda, principalmente) amenaza la integridad psico-social de este colectivo, precipitándolo a situaciones objetivas y subjetivas caracterizadas por la extrema fragilidad y vulnerabilidad de sus formas de vida, dentro de un contexto socio-cultural degradado que genera inseguridad y angustia vital.

En estos barrios, la problemática social adquiere dimensiones sobrecogedoras: el desempleo estructural entre los jóvenes y los adultos, el fracaso escolar, la eventualidad y la rotación entre situaciones de empleo y desempleo, el círculo vicioso entre la droga y la delincuencia, los conflictos latentes y manifiestos internos que desgarran la comunidad, la pobreza económica..., constituyen un ambiente social hostil y degradado, vivido de manera determinista por sus morado-

res, en el que toda esperanza de movilidad social ascendente, de superación de su condición social de marginados, la contemplan como extremadamente difícil de alcanzar, cuando no resulta una vaga ilusión por huir de un espacio que estigmatiza a sus moradores.

Por último, en relación a como perciben la zona Sur los grupos sociales normativos, estos proyectan sobre ella, a través de los medios de comunicación de masas, un campo semántico cargado de estereotipos peyorativos y descalificadores, por el cual el anterior símbolo del «cinturón rojo» ha sido sustituido por el de «cinturón de la droga y la delincuencia». En definitiva, la zona Sur es utilizada culturalmente por las fracciones sociales dominantes e integradas como el espacio social y simbólico referencial negativo, es decir, «el otro social» del que hay que segregarse para obtener una identidad diferenciada y dotada de prestigio social.

En resumidas cuentas, sólo en base a las condiciones del contexto social y cultural periférico que hasta aquí hemos desgranado, podremos aprehender los mecanismos causales que nos permiten explicar el conflicto y las movilizaciones populares desarrolladas entre la segunda mitad de 1991 y los primeros meses de 1992, en contra de la operación pública de realojamiento de población gitana marginada, proyectada sobre terrenos de una antigua escombrera conocida como Los Molinos.

4. EL PROCESO DE VICTIMACION Y LA ACTITUD DE SEGREGACION SOCIAL

Las acciones de oposición a este proyecto se concentraron en los barrios de Villaverde Bajo y de Perales del Río, articulándose el movimiento social de contestación desarrollado sobre una serie de Conjuntos de Acción, centrados en un líder carismático residente en el barrio getafeño de Perales del Río. Esta persona ha funcionado como un ego populista, catalizador y aglutinador –el nudo de la red– del descontento popular que generó en el seno de las redes informales locales un proyecto percibido como discriminante y amenizador para la seguridad psico-social de las poblaciones residentes en estas barriadas. En la génesis del conflicto subyace la situación emocional de malestar cultural en la que se encuentran unas comunidades que ocupan una posición fronteriza en el espacio social, entre la solvencia de

las fracciones sociales integradas y la insolvencia de las fracciones marginadas o excluidas del cuerpo social integrado. Por lo tanto, estas comunidades se encuentran en una posición de fragilidad ambivalente, ante una realidad social en constante mutación, que internalizan como amenazante para sus aspiraciones de movilidad social ascendente hacia las posiciones donde perciben que sí están garantizadas las condiciones de integración socio-económica y cultural. Es en este contexto emocional intersubjetivo, donde emerge un sentimiento colectivo de vulnerabilidad que retroalimenta esa misma situación de malestar, cristalizado en un proceso de victimación psico-social, mediante el que proyectan sus miedos y angustias en el colectivo marginado objeto de la operación de realojamiento, transmutándolo fantasmagóricamente en el «chivo expiatorio» responsable de todos sus problemas y carencias cotidianas.

Una vez iniciadas las movilizaciones, se incorporaron a éstas moradores residentes en los ámbitos socio-urbanísticos más afectados por la crisis social, en un intento de marcar distancias respecto a los grupos sociales estigmatizados residentes en sus propios barrios (Orcasur, San Fermín y San Cristóbal), sumidos éstos en una intensa fragmentación social y en un proceso conflictivo de descomposición de los vínculos comunitarios. Las acciones y las manifestaciones se constituyeron en ceremonias de catársis colectiva que generaron signos de reconocimiento colectivo de constituir un grupo social homogéneo, afectado por las estrategias de exclusión elaboradas por el «Norte rico» y, a su vez, amenazado por las subculturas de la marginación social, referente negativo que simboliza para ellos todo aquellos de lo que pretenden huir. En el fondo, subyace el deseo de satisfacer la necesidad socio-antropológica de dotarse de una identidad valorada y diferenciada, como expresión de su anhelo de integración en el bloque social constituido por las fracciones instaladas y emergentes, distinguiéndose segregativamente de aquellas fracciones excluidas que sobreviven en el contexto de la ciudad sumergida.

5. LA POTENCIALIDAD DE UNA POLITICA INTEGRAL EN CONTEXTOS DE PERIFERIA SOCIAL

En definitiva, los procesos sociales descritos plantean la necesidad urgente de revisar los criterios con los que la Administración

Pública suele intervenir en estos contextos. El diseño de unas políticas integrales, a modo de intervenciones terapéuticas, que tengan en cuenta esta complejidad interna propia de las periferias sociales urbanas, se hace más que necesario. Pero no basta con combatir los síntomas (mejorar las condiciones materiales de un grupo social estigmatizado, como es el caso de los gitanos), sino que se hace necesario abordar las causas que los generan, así como prever los efectos derivados que provocan estas actuaciones en el imaginario colectivo de las comunidades afectadas.

La construcción de los procesos de identidad social y la estructura de valores inherentes a toda comunidad es un factor básico a considerar por las actuaciones públicas, sobre todo cuando estos procesos acaban cristalizando en imágenes negativas generadoras potenciales de conflictos y de fenómenos de desigualdad social. El desconocimiento de estos mecanismos puede inducir al fortalecimiento de procesos sociales desestructuradores que acaban generando movimientos sociales defensivos de carácter segregativo. Es por ello por lo que se hacen necesarias unas actuaciones marcadas por una racionalidad más integrada, orientadas al cambio estructural de estos espacios sociales periféricos, pero que no consideren únicamente la calidad urbanística, sino que vayan acompañadas de intervenciones estratégicas de carácter social que logren una recualificación económica y simbólica, facilitando con ello los necesarios procesos de reconocimiento, apropiación e identificación de estas comunidades con el territorio que habitan; creando soportes que favorezcan el arraigo, el orgullo de barrio percibido como espacio conciliador, transformando la *costra urbana* en un «topos» ciudadano convivencial.

REFERENCIAS

- ALONSO, LUIS E. «Postfordismo, fragmentación social y crisis de los nuevos movimientos sociales». *Sociología del Trabajo* nº 16 Madrid 1992.
- CASTELLS, M. *Movimientos Sociales urbanos*. Siglo XXI. Madrid 1974.
- CASTELLS, M. *La cuestión urbana*. Siglo XXI Madrid 1979.
- CEMIC. «Estudio socio-urbanístico para el desarrollo de un Plan Integral en los distritos Villaverde-Usera de Madrid». Consejería de Política Territorial de la Comunidad de Madrid, 1992.

- CIDUR. *Las asociaciones de vecinos en la encrucijada. El movimiento ciudadano en 1976-77*. Ed. de la Torre. Madrid 1977.
- GUNDER FRANK. «Diez tesis acerca de los movimientos sociales». *Alfoz* nº 54/55. Madrid.
- HANNERZ, U. *Exploración de la ciudad*. F.C.E. México 1986.
- LEVI-STRAUSS, C. *Seminario La identidad*. Petrel. Barna 1981.
- MAFESOLI, M. *El tiempo de las tribus*. Icaria, Barcelona 1990.
- MARTIN SANTOS, L. *Diez lecciones de sociología*. F.C.E. Madrid 1988.
- MORRIS, D. y HESS, K. *El poder del vecindario. El nuevo localismo*. Gustavo Gili, Barcelona.
- REGUILLO, R. *Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*. ITESO, México 1991.
- R. VILLASANTE, T. *Comunidades locales. Análisis, movimientos sociales y alternativos*. IEAL, Madrid 1984.
- VV. AA. *Retrato de chabolista con piso*. IVIMA-CIDUR. Madrid 1989.
- VV. AA. *Antropología social de las sociedades complejas*. Alianza Universidad. Madrid 1980.
- VV. AA. Monografía «Ciudad global y economía mundo» en Revista *Alfoz*, número 90. CIDUR. Madrid 1992.

Los Movimientos sociales y los problemas del poder

Manuel Montañés Serrano.
Sociólogo. Antropólogo Urbano.

LA LOGICA INDEFINICION DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Gracias al principio de incertidumbre de Heisenberg sabemos que el objeto es producto de la actividad objetivadora del sujeto investigador: es imposible determinar a la vez el movimiento y el estado de reposo de un corpúsculo, en el primer caso tendremos una onda, en el segundo, una partícula.

En el análisis de los movimientos sociales, lógicamente, nos encontramos con las mismas imposiciones. Es imposible conocer simultáneamente la identidad, las fronteras y los procesos de cambio emprendido por las acciones sociales colectivas. Utilizando lasamente el símil podemos decir que la onda es a los movimientos lo mismo que la partícula a las organizaciones sociales. Aunque necesariamente tenemos que señalar apreciables diferencias. Todas las acciones más o menos espontáneas no pueden ser consideradas como movimientos sociales, ni todos los movimientos sociales cristalizan en sólidas visibles asociaciones, ni tampoco todas las asociaciones son capaces de generar movimientos sociales. Creemos, desde nuestro modesto entender que es un craso error compartir los postulados de la teoría de la movilización de recursos, la cual sostiene que dada la innegable desigualdad e insatisfacción social reinante, basta con la existencia de una organización para poner en marcha el potencial movilizador. La casualidad o el utilitarismo no pueden por sí solos explicar la propensión a participar en los movimientos sociales. Los movimientos sociales no sólo dirigen sus actuaciones hacia la conquista de reivindicaciones sino también hacia la definición de modelos culturales distintos.

Las organizaciones nacidas o fortalecidas al amparo de los movimientos sociales se caracterizan por su débil estructura y en muchos

casos efímera existencia, sin embargo, no se puede decir lo mismo del espíritu de los movimientos que propició el origen de éstas. El espíritu que propició el estallido emocional sigue estando presente, de ahí que las personas puedan moverse entre varias organizaciones, e incluso cambiar de propuestas temáticas sin ningún coste emocional: se puede pertenecer a una asociación de carácter ecologista y participar en las actividades organizadas por asociaciones antirracistas, e incluso intentar redefinir ambas organizaciones en una Plataforma Cívica Ciudadana. La estructura latente no cambia aunque la estructura manifiesta sí lo haga.

Las acciones y actuaciones de las organizaciones sociales de adscripción voluntaria trascienden a la propia estructura de la organización. Nos encontramos ante la presencia de valores sociales compartidos que toman cuerpo cuando la ocasión es propicia. Ahora bien, si a *afectos de análisis* no establecemos un límite que circunscriba los contenidos de las creencias, ideas, normas, valores, así como otros sistemas de expresiones simbólicas, estaremos identificando erróneamente a los movimientos sociales con el concepto de cultura. Y no es que pretendamos ser estrictamente caprichosos con el uso de las palabras, pero si no lo hiciésemos así, la variable independencia –que explica– acabaría convirtiéndose en variable dependiente –que es explicada–.

La cultura no se corresponde con ningún movimiento concreto, las redes de relaciones sociales que son producto y hacedoras de los movimientos sociales no se encuentran encapsuladas, ni siquiera integradas, en muchos casos se presentan segregadas. Una persona que dice tener ciertas inquietudes ecológicas puede asistir a una marcha en contra de las centrales nucleares, asimismo puede comprar un detergente que ofrece el reclamo de la conservación de la naturaleza y sumarse a la protesta que en contra del realojo de población marginada que se realiza en su barrio. Y por supuesto, sin producirle ninguna contradicción desplazarse a todos los actos subido en su automóvil, que como se suele decir no abandona ni para ir a comprar el periódico.

La acción colectiva puede reforzar u originar nuevas pautas culturales, pero es el conjunto de planes, reglas, programas e instrucciones que rigen nuestra conducta, y que podemos definir como Cultura, el que nos ofrece las claves para poder entender y explicar

los comportamientos sociales. Dependiendo del lugar en donde situemos nuestra atención, estaremos hablando de los valores culturales que propongan los Movimientos sociales, o de los marcos de referencia cultural que propiciaron la aparición de estos Movimientos.

Como el objeto de este artículo no es ahondar en la génesis de los movimientos sociales, describiremos a éstos como la acción colectiva organizada dirigida a lograr cambios sociales y culturales, en los que tienen cabida diferentes niveles de conciencia y participación social.

Para este propósito, es útil contar con los fundamentos teóricos y metodológicos que para el análisis de redes han elaborado y desarrollado T.R.Villasante y el Equipo CEMIC. Es conveniente conocer los nexos existentes entre los grupos animadores y los sectores activos. Los grupos animadores tienen una gran influencia en la puesta en marcha y en la dinamización de los movimientos, pero es en la estructura informal, donde la información gracias al texto y al contexto de confianza cala en la conciencia social.

EL PODER

Es preciso advertir que, aunque pudiera parecer lo contrario, la intención que guía la elaboración de este apartado no es la de satisfacer una demanda ontológica (conocer qué es el Poder), sino cubrir una necesidad epistemológica, es decir, qué criterios hemos de tener en cuenta para dar razón del Poder.

Cuando reflexionamos o nos interrogamos por el poder, éste, gracias al legado de la Revolución Burguesa, se nos presenta como si fuese algo preexistente, dotado de naturaleza propia, como si fuera un valioso objeto que hay que intentar alcanzar, aprehender, si no en su totalidad al menos parcialmente. De hecho se habla de la división de poderes. Si tal postulado fuese correcto, entonces deberíamos dirigir nuestros esfuerzos teóricos a conocer el contenido del poder, así como los medios que han de ponerse para alcanzar tan preciado objeto. No obstante, podemos apreciar que aquello que llamamos poder no es una propiedad que se pueda adquirir o intercambiar al margen de las relaciones sociales establecidas que han proporcionado, como diría Weber, la facultad de modificar la conducta de las personas aun

a pesar de la resistencia de las mismas. El poder no es un atributo, el poder hace referencia a un sistema de relaciones entre posiciones sociales que conforman la estructura social.

La resistencia, de una manera legítima, sólo puede ser reducida, vencida por el Estado, que es quien está habilitado para hacer uso de la violencia y la coacción. Y es a través del sufragio universal como se legitima la acción de los gobernantes. Camino reservado sólo para los partidos y coaliciones electorales que concurren a las elecciones. Sin embargo, afortunadamente toda la fuerza ejercida por el Estado no puede conseguir que nuestros pensamientos, ideas, creencias, valores y sentimientos cambien al compás de sus intereses. Cuenta Cervantes que estando Sancho dando su habitual ronda nocturna como gobernador de la ínsula de Barataria sentenció a un joven a dormir durante esa noche en la cárcel, pero ante la imposibilidad de poder ejecutar la sentencia tuvo que decretar la libertad del encausado. El joven le hizo ver a Sancho que le podían encerrar pero nunca podrían conseguir hacerle dormir. El uso de la fuerza permite vencer, pero no conVENCER.

Según Gil Calvo, la erótica del poder se sustenta en la convergencia de lo expresivo y lo instrumental. Consiste en que quien obedece una orden, no lo hace como consecuencia de la coacción de la fuerza, sino que libremente, por el amor que profesa a quien manda, se cumple la orden.

Consecuentemente con el concepto de Poder propuesto, a continuación se señalarán los diferentes poderes que tienen lugar como consecuencia de las diversas articulaciones producidas entre los movimientos sociales y los diversos subsistemas que conforman la sociedad: en relación al sistema económico y político, que aquí hemos condensado con el término de Poder Institucional, en relación a la sociedad civil y en relación al mismo y a otros movimientos.

EL COMPONENTE EXPRESIVO E INSTRUMENTAL

En los movimientos sociales podemos encontrar dos componentes o tipos de conducta, que haciendo uso de la terminología acuñada por la Escuela de Palo Alto definiremos como conducta expresiva e instrumental. En el primer caso es la satisfacción en sí, los afectos

compartidos, sin ninguna utilidad práctica ulterior, prima sobre la intencionalidad y la consciencia de las actividades realizadas. En el primer caso no existe un fin, o si se quiere la actividad es un fin en sí mismo; en el segundo la conducta esta orientada a un fin determinado.

Ambas conductas están regidas por lógicas distintas. El afecto maneja una lógica analógica, que computa en términos de «más o menos». Por su parte, la conducta instrumental se orienta por la lógica binaria, que computa en términos de «sí o no», es decir, si se consigue o no los objetivos planteados. **Ambas conductas no se oponen entre sí**, simplemente son modalidades distintas de la actividad humana, pudiendo las dos coexistir en el seno de los movimientos sociales. Como señala Elster, hay dos tipos de proposiciones lógicas que conducen a dos tipos de negaciones: negación activa y negación pasiva. En el primer caso nos encontramos con una proposición del tipo: A es no B, mientras que en el segundo caso nos encontramos con una proposición del tipo A no es B. En el primer caso estamos hablando de una oposición mientras que en el segundo estamos hablando de una distinción.

En los grupos donde predomine la conducta instrumental éstos mantendrán su existencia mientras se consigan cosas. En el caso de los grupos donde prevalezca la conducta expresiva será el mayor o menor afecto que proporcione el grupo el elemento condicionador. En el primer caso el grupo es un medio para alcanzar un fin, mientras que en el segundo caso la energía se gasta en la permanencia del grupo en sí. En este caso lo que prima, es *el estar juntos*.

Habitualmente se asocia a los movimientos sociales en los que predomina la conducta instrumental con los movimientos que dirigen su acción hacia el logro de bienes y servicios materiales, mientras que la conducta expresiva se suele decir que es propia de los movimientos que reivindican bienes post-materiales: conservación y mejora de la naturaleza, calidad de vida, etc.

Como hemos señalado anteriormente, ambas modalidades conductuales, no se oponen entre sí. Asimismo, por otra parte, conviene señalar que tanto los movimientos que persiguen bienes materiales como los que buscan mediante su acción lograr bienes post-materiales pueden indistintamente, en un momento dado, cambiar la prevalencia de sus conductas. Sirva como apoyo de esta afirmación las

marchas que sobre Madrid protagonizan los mineros de León y los trabajadores de la siderurgia de Asturias y Euskadi. Aunque la reivindicación que les guió fuese algo de índole tan material como la conservación de sus puestos de trabajo, no por ello las acciones emprendidas dejaron de tener una gran dosis de conducta expresiva.

En toda transformación hay una parte de energía que se degrada (toma forma calorífica), es lo que se conoce con el nombre de entropía. El paso de la conducta instrumental a la conducta expresiva provoca que se pierda en eficacia (lograr los objetivos) pero que se gane en sentido, al tiempo que favorece el salto de un sistema a otro, en donde nuevamente puede surgir la conducta instrumental, pero ahora orientada a lograr otros fines. En mayo de 1968, un movimiento orientado a lograr mejoras en la enseñanza propició el nacimiento de un proyecto revolucionario. El hecho de experimentar y compartir los sentimientos puede conducir a un levantamiento revolucionario: «Si te quiero es porque sois mi amor, mi cómplice y todo y en la calle codo a codo somos mucho más que dos».

La mayor o menor dosis de conducta instrumental o expresiva no ha de ser el criterio para establecer las diferencias entre los movimientos sociales, no olvidemos que tanto los movimientos materiales como los post-materiales dirigen su acción hacia objetivos determinados, ambos tienen un **para qué**, característica sin par de la conducta instrumental. En lo que sí pueden diferir es en el vehículo que utilizan para alcanzar sus propósitos. O dicho con otras palabras, sobre qué o quienes intentan que se articule su poder. Unos lo harán en relación el ámbito político o/y económico, es decir, en relación al príncipe o al mercader; otros tratarán de influir en la sociedad, conVENCER en la sociedad civil. Intentarán transmitir junto con sus ideas creencias y valores un modelo participativo en la toma de decisiones frente a la forma tradicional de representación delegada.

ACTITUDES FRENTE AL PODER INSTITUCIONAL

Frente al poder institucional, como dice J. Ibáñez, se establecen dos tipos de estrategias: por un lado, la conversa y la perversa; por otro, la subversiva o irónica y la reversiva o humorística. Las dos primeras legitiman el poder de la instituciones: la actitud de aprobación

o de oposición certifican en última instancia el poder del Poder. Las dos últimas, en cambio, ponen en entredicho el poder institucional al preguntar por los fundamentos del poder o al responder tan estrictamente, tan estrechamente que se ponga en evidencia la injusticia de las decisiones adoptadas por los llamados poderes públicos o económicos. La huelga de celo es un claro ejemplo. En la estrategia seguida para acceder a una vivienda, podemos encontrarnos desde los que por la vía de los pactos y componendas se constituyen en cooperativas para participar de la lógica distributiva, hasta los que emprenden acciones encaminadas a reclamar el cumplimiento constitucional en materia de vivienda. Pero también se hallan los que sencillamente okupan las viviendas vacías, denunciando además de la ficticia escasez de viviendas, las lagunas jurídicas al respecto: la justicia es injusta porque no se ajusta a la realidad social.

VIVIR EL PRESENTE

Hasta ahora hemos hablado de los movimientos que se orientan hacia un futuro, ya sea éste próximo o lejano, pero los hay que viven el presente, careciendo de una finalidad expresa, son los que adoptan el pensamiento brillantemente expresado por el protagonista de la película «Un lugar en el mundo»: «Ya que hemos perdido la guerra voy a darme el placer de ganar una batalla».

Estos movimientos se caracterizan menos por tener un proyecto orientado hacia el futuro que por la satisfacción que proporciona el estar juntos. Los componentes de estos movimientos están más preocupados por defender la permanencia del movimiento en sí que por los resultados que puedan obtener. Están más preocupados por el continente que por el contenido. La energía se orienta no tanto hacia el futuro, como a la creación y recreación del grupo. Otra cuestión es la trascendencia añadida que el movimiento pueda generar. Las acciones que organizan estos movimientos tienen una doble finalidad: una externa, orientada a dar a conocer sus propuestas; otra interna, dirigida a conocer el grado de cohesión del grupo.

¿Qué es lo que hace que una persona se integre en una organización y no en otra, no ya de similares, sino idénticos objetivos, estructura y funcionamiento?. La respuesta puede hallarse en que no sólo



se busca estar con los que piensan o con los que quieren como nosotros, sino también con los que sienten como nosotros.

Quienes intenten instrumentalizar este tipo de movimiento, o dicho con otras palabras, quien intente sacar provecho, utilizando el término acuñado por Maffesoli, de la potencialidad subterránea que generan estos movimientos, han de enfrentarse con el eterno debate de cómo hacer compatible el pragmatismo con el fundamentalismo ideológico, es decir, cómo hacer viable la ampliación del círculo sin que ello provoque la diSOLUCION, la diILUSION (no hay posible SOLUCION si no hay ILUSION). La solución se halla no en la ampliación del círculo sino en la **federalización de los sentimientos**, al igual que los católicos con sus múltiples advocaciones marianas, una en cada aldea, pueblo y ciudad, pero una sola Virgen verdadera que les une a todos con la Iglesia como Institución. Conviene recordar que el proceso de evangelización de los indios fue posible gracias al respeto que tuvieron los misioneros con los dioses autóctonos. Estos no fueron sustituidos, simplemente les cambiaron el nombre.

LA PERSPECTIVA EMIC Y LA VISION EMIC

Todas las acciones humanas poseen unos significantes más allá de cualquier propósito declarado o manifiesto. En el análisis de los movimientos sociales es preciso situarnos tanto en la perspectiva Emic como Etic, es decir, es conveniente conocer la visión que el movimiento tiene de sí mismo como la que se nos ofrece desde fuera. Asimismo, conviene recordar que el modo Emic no se limita a las formas mentales y el Etic a las conductuales. Como señala M. Harris, tanto el enfoque Emic como el Etic permiten conocer una y otra forma de la realidad social.

En una Asociación de Vecinos cuyos fines sean tan ambiguos, o si se quiere tan prosaicos como pueden ser la defensa de los intereses urbanos de los habitantes del barrio, se puede encontrar el calor necesario (la energía que se desprende en trabajar por la permanencia del grupo) que propicie el deseo de afiliarse. Lo de menos serán las conquistas efectuadas. Se valorarán las actividades a partir del grado de satisfacción emocional proporcionada.

Los vecinos de los barrios que participaron activamente en la remodelación urbanística de los años ochenta, lo que más añoran es

la UNIDAD reinante. La unidad en la asamblea, la unidad en la calle. La unidad no era sólo un medio gracias al cual podían alcanzar sus objetivos, en este caso la remodelación del barrio, sino también el elemento mediante el cual podían sentir su pertenencia a un grupo, a una comunidad.

LOS MOVIMIENTOS-SIGNOS. EL PODER DE DISTINCION

Hemos dicho que los movimientos sociales cuyas actividades no se orientan a influir sobre las decisiones que emanan del ámbito político y del económico, dirigen su esfuerzo a influir en la sociedad a través de las redes de relaciones que se crean para canalizar las ideas y las propuestas de cambio. La constitución de redes favorece la continuidad del movimiento, pero ha de decirse que también son una consecuencia de los mismos.

Determinados movimientos despiertan el interés no tanto por el grado de satisfacción emocional que proporciona el contacto con el resto de participantes, sino por el valor SIGNO asociado con el movimiento. Y como cualquier otro signo, la lógica de la distinción y la diferencia condicionará nuestros deseos de pertenencia. El poder de estos movimientos descansará en la capacidad que tengan para despertar nuestros deseos por «consumir» «la marca» anunciada. El secreto de la simpatía que despierta Greenpeace, a pesar de contar con una estructura notablemente jerarquizada, —forma que desentona con la flexibilidad organizativa que caracteriza al movimiento ecologista— se halla, entre otras razones, en que todas sus acciones, muchas de ellas espectaculares son realizadas de una manera autónoma, procurando en todo momento no aparecer en posibles acciones conjuntas con otras organizaciones. El celo por preservar su «marca» les lleva, al menos en Madrid, a no participar ni siquiera en mesas redondas.

Si bien, el problema que se le puede presentar a los movimientos-signo es que como cualquier otro signo puede ser intercambiado por otro signo pertinente del mismo valor. El signo-coche puede ser cambiado por otro signo-coche, pero también por otro signo que aporte el mismo status.

EL PODER, LA CAPACIDAD SIMBOLICA

Por último vamos a hablar del poder que se articula en torno a las relaciones horizontales.

En algunos casos, la mera presencia del movimiento permite modificar en el plano simbólico aquello que no es posible hacer en el plano real.

Cuando en un barrio la distancia entre grupos que se hallaban separados socioeconómicamente hablando comienza a disminuir, y no porque los inferiormente situados hayan mejorado, sino porque los que antaño eran más pudientes han perdido posiciones en la estructura social, el recurso, entonces, a participar en determinadas acciones está motivado por la capacidad que el simple acto de presencia puede aportar en el restablecimiento del orden simbólico que estructura el NOSOTROS y el VOSOTROS.

Algunos de los participantes en las manifestaciones locales contra la droga, no lo hacen solamente para denunciar los efectos perniciosos que se encuentran asociados con la venta y consumo de estupefacientes, sino para que no les confundan con los OTROS, con los que viven en el submundo económico.

REFERENCIAS

- BEAUDRILLARD, J.: *Por une critique de l'economie politique du signe*. Gallimads Tel, 1976.
- ELSTER, Jon. «La negación activa y pasiva» en WATZLAWICK, Paul (comp): *La realidad inventada*, Buenos Aires, 1988.
- GIL CALVO, E.: *Estado de fiesta*. Espasa Calpe, Madrid, 1991.
- HARRIS, M.: *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de la teoría de la cultura*. Siglo XXI, Madrid, 1985.
- IBAÑEZ, J.: *El regreso del sujeto. La investigación de segundo orden*. Amerinda, 1991.
- MAFESOLI, M.: *Le temps des tribus*. Meridieus Kliuksiek, 1986.
- OLSON, M.: *The Logic of Collective Action*, Harvard University Press, 1965.



- VV.AA: *Retrato de Chabolista con piso. Análisis de redes sociales en la remodelación de barrios de Madrid*. Cuadernos de Vivienda, Madrid, 1989.
- WEBER, M.: *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica, Mexico, 1977.



Hacia una economía ecológica

Juan A. Martínez Alier

Una de las ideas esenciales del ecologismo es caminar hacia una Economía Ecológica, una economía sostenible. La derecha neoliberal todo lo deja al mercado, la socialdemocracia keynesiana subordina la redistribución al crecimiento, les dice a todos: un poco de paciencia, que, con crecimiento, habrá trabajo y bienestar universal en el mundo. Pero el crecimiento económico tropieza con los límites de los ecosistemas. Brundtland, líder socialdemócrata, predica un crecimiento anual del tres por ciento, en el Sur y en el Norte. Eso es inviable a la larga, en las economías ricas. *Hay que cambiar los estilos de vida*. Ese conflicto no se puede resolver con la retórica: ni el “crecimiento sostenible” al cual se refiere el Tratado de Maastricht, ni el “desarrollo sostenible” de la Comisión Brundtland, son conceptos claros, por no hablar del “desarrollo sostenido”, término que utilizan algunos que quisieran tocar música ecologista de oído, sin haber aprendido ni las notas ni la letra de la canción. Hay que rechazar tales formulaciones ambiguas o tontas y proponer la formulación: “economía ecológica”.

PRINCIPIOS DE LA ECONOMIA ECOLOGICA

¿Qué es una Economía Ecológica? Es una economía que usa los recursos renovables (agua, pesca, leña y madera, producción agrícola) con un ritmo que no exceda su tasa de renovación, y que usa los recursos agotables (petróleo, por ejemplo) con un ritmo no superior al de su sustitución por recursos renovables (energía fotovoltaica, por ejemplo). Una Economía Ecológica conserva asimismo la diversidad biológica.

Una Economía Ecológica es también una economía que genera residuos sólo en la cantidad en que el ecosistema los puede asimilar



o reciclar. Hay residuos (los nucleares, o los de los CFCs) que no son neutralizables por los ecosistemas, otros lo son sólo en parte. Por ejemplo, una pequeña emisión de dióxido de azufre en una central térmica no daña apenas el ambiente, pero dos o tres gramos por metro cúbico de aire producen lluvia ácida. Por ejemplo, la emisión de dióxido de carbono de muchas personas cabe dentro de la capacidad ambiental de reciclaje a través de nueva vegetación o por absorción en los océanos, pero los ciudadanos europeos y norteamericanos producimos emisiones muy por encima de la parte que nos toca de esa capacidad de asimilación y reciclaje del planeta Tierra. Deben disminuir esas emisiones.

EQUIDAD CON SUSTENTABILIDAD

La riqueza de algunos destruye el ambiente, también la pobreza excesiva destruye el ambiente. Los ecologistas propugnamos la redistribución de los recursos y de la producción en la generación actual, y entre esta generación y las siguientes, pero no pensamos que de repente pueda lograrse una economía sustentable y con equidad en todo el mundo. Hay que avanzar hacia ella.

EL PAPEL DE LOS MOVIMIENTOS ECOLOGISTAS

Los economistas hablan de “externalidades” para describir los efectos externos al mercado, no valorados en los precios. Las contaminaciones, por ejemplo. A menudo son los movimientos ecologistas, o los que luchan por la salud de los ciudadanos o los obreros, los que obligan a “internalizar” las externalidades con sus protestas cívicas o sindicales. Se debe apoyar a estos movimientos, que tienen un papel muy importante para llegar a una economía más ecológica.

INSTRUMENTOS DE LA ECONOMIA ECOLOGICA

Para caminar desde la actual economía del despilfarro y la contaminación hacia una economía ecológica debe aplicarse una variedad de medidas, sin descanso, durante varios decenios, para ir cam-

biando la estructura del consumo y las tecnologías. Lo primero que debe hacerse es fijar sucesivos objetivos de reducción de emisiones contaminantes y uso de recursos, a través de abiertos debates científico-políticos democráticos. Esos objetivos de reducción pueden alcanzarse a través de: a) prohibiciones legales y multas u otras sanciones, b) incentivos y penalizaciones económicas, como impuestos, depósitos previos (como el que debería imponerse inmediatamente sobre las botellas de plástico), mercados de permisos de contaminación, etc. En los Verdes no hay ningún prejuicio contra ninguno de esos instrumentos de la política ambiental. Por ejemplo, los Verdes europeos hace años que proponen un impuesto ecológico sobre el uso de energías no renovables. Mediante esos instrumentos, la economía iría siendo guiada en una dirección ecológica.

POLITICA AMBIENTAL ACORDADA

Frecuentemente la administración pública, en vez de colocar impuestos ecológicos, o instituir mercados de licencias de emisión de contaminantes, o imponer depósitos previos, o confiar en el sistema de normas y multas, opta por realizar acuerdos directos con sectores de productores para reducir las contaminaciones mediante el acuerdo y la subvención. Eso se aplica sobre todo en el terreno de los residuos y las contaminaciones industriales.

Cabría también aplicarlo en el terreno del consumo. De lo que se trata es de cambiar los *estilos de vida* para llegar a una economía más ecológica. Por tanto, la administración pública podría apoyar a grupos de consumidores que están dispuestos a cambiar sus estilos de vida, o que ya lo han hecho pero que siguen siendo muy minoritarios. Los Amigos de la Bici, los posibles Amigos de la Energía Solar, los Amigos de la Rehabilitación de Viviendas Rurales o Urbanas (aunque sean okupas), podrían ser ayudados en sus actuaciones, lo que a la vez contribuiría en algunos casos a disminuir el desempleo. La administración pública actualmente financia la propaganda contra el tabaco (aunque permite al mismo tiempo la propaganda a favor del tabaco). En cambio, ninguna organización puede pagarse campañas de publicidad anti-automóvil, o a favor de una dieta vegetariana, que puedan competir con Volkswagen o MacDonalds. Dejar de consumir demasiado "valor añadido" para pagar anuncios. Pero dejar de consumir a

menudo reporta externalidades positivas para la economía, no recogidas en el sistema de contabilidad habitual. Así, la política ambiental podría apoyar a grupos de consumidores cuyos estilos de vida anticipen ya un futuro más ecológico, llegando a acuerdos con ellos para apoyar sus prácticas y su tarea de publicidad.

CAMBIO DE LA ESTRUCTURA DEL GASTO PUBLICO

Algunas partidas del gasto público deberían reducirse mucho (militares, por ejemplo), y también tendría que disminuir la presión fiscal sobre rentas bajas y sobre los productos de la agricultura orgánica, y productos ecológicos en general. La rehabilitación de viviendas rurales y urbanas para hacerlas ecológicas y durables debería subvencionarse.

El gasto público (que *no* debería aumentar respecto a la proporción actual) debería ser mayor en los municipios y comunidades autónomas, y menor en el Estado, y en Bruselas. Las comunidades autónomas deberían poder imponer una fiscalidad ecológica y rebajar simultáneamente otros impuestos (sobre rentas bajas y productos ecológicos), mediante la instauración de un régimen de mucha mayor autonomía fiscal o de concierto.

SUSTITUIR LA CONTABILIDAD MACROECONOMICA

Los Verdes Alemanes, ya hace años, pidieron en el Parlamento alemán que la Contabilidad Macroeconómica fuese sustituida o corregida, y que el debate político basado en las magnitudes macroeconómicas diera paso a un debate de economía ecológica. Para todo el mundo (menos para los ministros) es evidente que las magnitudes macroeconómicas (el PIB, etc.) a menudo suman lo que tendrían que restar. Una economía ecológica y social tendría que introducir en el debate político otros *indicadores*, no de forma subsidiaria, sino como criterios esenciales. No puede ser que la economía vaya bien si la gente está mal (parados, accidentados), y si la ecología va mal. La destrucción de vidas, paisajes, las angustias de los contaminados o contaminables, de los que no encuentran trabajo, de los que no tienen casa por culpa de la especulación urbana, son magnitudes más importantes que el PIB.

LOS DAÑOS PRODUCIDOS POR EL TRAFICO MOTORIZADO

El predominio del automóvil privado causa muchos daños diversos: incomodidad a los peatones en las ciudades, contaminación atmosférica (particularmente de NOX), invasión de espacios verdes. Además los automóviles y motocicletas contribuyen a la muerte o incapacidad física de muchos ciudadanos y ciudadanas cada año. Estas externalidades negativas no están recogidas en los precios del mercado.

Las primas de seguro que pagan los automovilistas son demasiado bajas, en comparación a los daños causados por ese instrumento de nuestra civilización. Hay ahora el plan, del gobierno, de impedir que los jueces determinen las indemnizaciones que crean oportunas. Nuestra propuesta es que los jueces tengan esa libertad, y que no se permita a la industria del automóvil y a las compañías de seguros escapar de sus responsabilidades. Debe imponerse además un límite de velocidad en autopistas y carreteras considerablemente inferior al actual, para disminuir los accidentes y también el gasto de combustible.

COMBATIR EL PARO CAMBIANDO LA ESTRUCTURA DE LA ECONOMIA

Hay que aprovechar la actual crisis económica para dar de una vez la remuneración que todo ciudadano y ciudadana merecen independientemente de la búsqueda angustiada de trabajo. Hay que *establecer un ingreso universal garantizado*. El paro no puede ni debe ser combatido mediante el crecimiento económico habitual. Si la productividad crece al dos por ciento anual (la productividad es el cociente entre producción y número de personas que trabajan), entonces, para que el paro no aumente, debe aumentar la producción también el dos por ciento anual. Se establece una carrera infernal hacia el agotamiento de recursos y aumento de la contaminación. No se trata de crecer sino de *cambiar la economía, impulsando sectores que den empleo sin destrucción de recursos*. Por ejemplo, una menor industria del automóvil privado, un menor sector de construcción de nuevas viviendas en tierra agrícola (y un mayor sector de rehabilitación de viviendas rurales y urbanas), más empleo en el sector educativo, en las energías alternativas, en la agricultura orgánica. Al mismo tiempo,

el paro se puede reducir algo al reducir el horario de trabajo en algunas actividades.

COMERCIO Y MEDIO AMBIENTE: ANTE LAS NEGOCIACIONES DEL GATT Y EL LIBRE COMERCIO EN EUROPA OCCIDENTAL

¿Qué debemos entender por conceptos como “dumping ecológico”, “intercambio ecológicamente desigual” y “deuda ecológica”, introducidos recientemente?

El GATT (que es un Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio) ha argumentado equivocadamente que el libre comercio es bueno para el ambiente porque estimula el crecimiento económico, lo que proporciona dinero para “limpiar” el ambiente. Hay alguna relación entre el crecimiento económico y el ambiente limpio: por ejemplo, la contaminación por dióxido de azufre disminuye en los países ricos. Pero también hay muchos casos contrarios: cuanto más ricos, más basuras domésticas e industriales, más energía nuclear, más emisiones de dióxido de carbono.

Olvidemos, pues, el argumento que el concepto estimula el crecimiento económico. Veamos los argumentos ecológicos directos contra el crecimiento del comercio. En primer lugar, el coste ecológico del transporte: por ejemplo, la reacción social en Austria y Suiza contra las externalidades causadas por el incremento del tránsito en la CE, con transportes tan absurdos como el de camiones de tomates holandeses hacia el sur.

En segundo lugar, el dumping ecológico, es decir, el comercio se hace con precios que no incluyen los costes ecológicos. Ciertamente es difícil, imposible en realidad, incluir en los precios los costes ecológicos exactos. ¿Cuánto vale un kilowatio-hora nuclear si tenemos en cuenta los efectos negativos del plutonio dentro de 24.000 años? Y sin embargo los costes ecológicos existen. Algunos ejemplos:

— Las exportaciones de electricidad de Francia, ahora liberalizadas en la CE, no incluyen los costes actuales y futuros de la energía nuclear.

— Los precios de las exportaciones de gas de Argelia y de Rusia hacia la CE no incluyen los costes de las emisiones de óxidos de nitrógeno, etc. e infravaloran la demanda futura de energía.

— Las exportaciones agrícolas y ganaderas de Estados Unidos (y de Europa) no incluyen los costes ecológicos de esta agricultura y ganadería intensiva en petróleo y destructora del ambiente.

Históricamente, en las discusiones sobre el intercambio desigual han destacado dos cuestiones: el trabajo mal pagado de los pobres lleva a que las exportaciones de los países pobres sean baratas, y en segundo lugar hay un deterioro de la relación de intercambio (es decir, cada vez se necesitan más sacos de café para comprar un tractor), ya que los mercados de productos agrarios de exportación soportan una mayor competencia. Ahora hay que añadir la nueva noción de *Intercambio Ecológicamente Desigual*, del que hace la *Deuda Ecológica* que cada vez será reclamada con más fuerza.

Los movimientos sociales, notas para una discusión desde Latinoamérica

Rossana Reguillo*

[...] Pero nuestro ámbito es tan amplio, y tan ambiciosas nuestras perspectivas, que no nos queda mucho espacio para los pequeños problemas de los seres humanos, para sus deudas atrasadas, para sus dolores de muela, para las muertes de amor de quienes, en la penumbra de su intimidad, son los verdaderos protagonistas de la vida.

GABRIEL GARCÍA MARQUEZ (1)

En su ponencia inaugural durante el Coloquio de Invierno, decía Carlos Fuentes:

[...] yo quisiera anteponer, a la visión [de novelista], la preocupación [...] de un ciudadano ante una historia que, lejos de acabarse, se multiplica y desborda, proteica, corriendo velozmente entre orillas de la esperanza y la desesperanza, y cruzando apenas bajo el puente de la certidumbre, despenándose en la catarata de la perplejidad (2).

Estos tiempos se caracterizan por la perplejidad que provocan, por las sorpresas cotidianas que arrancan las certezas, por los símbolos

(1) GARCÍA MARQUEZ, Gabriel. “Buen Viaje Señor Presidente”, en Coloquio de Invierno. Los grandes cambios de nuestro tiempo: la situación internacional, América Latina y México, vol. II: Las Américas en el horizonte del cambio, UNAM-CONACULTA-FCE, México, 1992, p.9.

(2) FUENTES, Carlos. “La situación mundial y la democracia: Los problemas del nuevo orden mundial”, en Coloquio de Invierno. Los grandes cambios de nuestro tiempo: la situación internacional, América Latina y México, vol I: La Situación Mundial y la Democracia, UNAM-CONACULTA-FCE, México, p.9.

NOTA DE REDACCION: Este artículo fue publicado en la Revista Renglones Nº 24, Diciembre 1992-Marzo 1993 (Guadalajara - México).

alentadores que se vislumbran simultáneamente a las voces de una realidad opaca, que parece rebasar la capacidad de entendimiento, de análisis. Tiempos en los cuales parece que la literatura, la poesía, la música, la narrativa cinematográfica, develan con mayor precisión la complejidad por la que se atraviesa.

¿Cómo entender un país como México?, ¿cómo hacer cuentas con el pasado a la luz del presente?

En momentos en que hay un desdibujamiento de “valores supremos” y una movilidad creciente de lógicas, la realidad se debilita, pero en este debilitamiento no hay sólo pérdidas, sino también, en palabras de Vattimo, “nuestra única posibilidad de libertad” en la medida en que estos movimientos oscilatorios, estos cruces de sentidos, despojan a la realidad de sus pretensiones homogeneizadoras y totalizantes (3).

Difícil entender un país donde el agua de Tlacote, famosa por sus virtudes curativas, convoca cotidianamente a cientos de mexicanos que, perdidos para la estadística modernizadora, se aferran a la promesa de una curación, de una mejoría, de una vida con menos dolor; difícil entender a otros mexicanos que discuten, desde las cúpulas, los pormenores de un tratado que para la mayoría de los ciudadanos es promesa y amenaza; complicado que estas “identidades” coexistan con los corredores espirituales que, desde Alaska hasta el Templo Mayor de la Ciudad de México y portando el fuego simbólico y caracoles, corren por la “paz y la dignidad” al tiempo que anuncian el “despertar de América Latina” (4). Cuál es la “realidad” de este México múltiple, cómo entender los procesos de agregación social, las identidades colectivas, los ritmos y los destiempos con que cada sector de la población va haciendo cuentas con la modernidad.

Aunado a este complejo panorama interno, hoy la sociedad se enfrenta a un nuevo espacio público que “no es solamente el lugar de la comunicación de cada sociedad consigo misma, sino también, y quizás ante todo, el lugar de una comunicación de las sociedades

(3) VATTIMO, Gianni. *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Gedisa, Barcelona, 1900.

(4) PÉREZ VEGA, Ignacio. “Después de 500 años se inicia una era de luz”, en *Siglo 21*, 19 de septiembre de 1992.

distintas entre sí" (5), espacio de intercambios, de préstamos, de negociaciones; espejo en el que identidades y alteridades se acercan, se distancian, se miden. México no es más sus fronteras territoriales, pero es desde el propio territorio que los grupos enfrentan y hacen ajustes —a veces chapuceros— con la cultura-mundo.

De vital importancia resulta entonces el estudio de los movimientos sociales que hoy rebasan con mucho la conceptualización tradicional. La emergencia constante de nuevos actores sociales en la escena de lo público ha desgastado las categorías y los conceptos, ha hecho naufragar tantos cuerpos teóricos como profecías. El movimiento obrero, el urbano popular, los maestros, los campesinos coexisten con los nuevos movimientos sociales de ecologistas, mujeres, homosexuales, grupos ciudadanos, colectividades que son más que la suma de individuos.

Más que hacer un balance de la situación actual de estos movimientos en el México de hoy, el interés fundamental de estas páginas es someter a discusión una reflexión teórico-metodológica en un intento por re-pensar los modos de abordaje de los movimientos sociales en el contexto actual.

LOS NUEVOS ACTORES SOCIALES

Sin sobrestimar su importancia, hoy día es posible reconocer en las sociedades urbanas una emergencia creciente de prácticas sociales y formas de agrupación no partidarias y no institucionalizadas:

[...] la desconfianza hacia los partidos políticos y otras formas de participación institucionalizada tienden a promover el crecimiento de movimientos sociales autónomos, enderezados a abordar diversos problemas y asuntos [renovación urbana, dominación sexual, paz, desintegración del medio ambiente] marginados o excluidos de los medios informativos por procedimientos partidistas y estatales de construir consenso (6).

(5) FERRY, Jean-Marc. "*Las transformaciones de la publicidad política*", en Jean—Marc Ferry et al. *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona, 1992.

(6) OFFE, Claus. *Contradicciones en el Estado de bienestar*, col. Los Noventa, CONACULTA - Alianza Editorial, México, 1990, p.38.

La pregunta por estos “nuevos” movimientos sociales pasa por el tipo de Estado y de presencia de éste con respecto a la sociedad civil, por los canales institucionales que ponen en relación, con diversas mediaciones, al Estado con la sociedad civil (7). Traducida a una imagen, esta idea podría plantearse como una especie de pirámide en cuyo vértice superior estaría el Estado con sus respectivas agencias, y en los vértices inferiores, la sociedad en relación de verticalidad subordinada con respecto al Estado. Sin embargo, la vida social no se agota en la relación sociedad-Estado. La pregunta por estos movimientos sociales y la posibilidad de trascender una existencia efímera —fruto de incoherencias temporales en el sistema o descomposiciones sociales intermitentes— debe pasar también por las redes horizontales que la misma sociedad va tejiendo sin la intermediación del Estado.

DE LA AUTODEFINICION GRUPAL A LA IDENTIDAD

Desde un enfoque estructural, la sociedad puede ser entendida como el conjunto de relaciones estructuradas, fundamentalmente relaciones en el espacio: un grupo social está siempre “junto a”, “encima de”, “debajo de”, en un movimiento constante donde cada grupo se va autodefiniendo en relación a otros grupos y a su posición dentro del sistema de fuerzas.

Esta autodefinición —que desde otra perspectiva se puede denominar “identidad grupal”, la cual se tratará más adelante— constantemente negociada y sostenida en la interacción, orientará la acción de los diferentes grupos y actores sociales. Esto quiere decir que la actuación de un agente no depende sólo de sus propias decisiones sino de la actuación —real o atribuida, esperada— de otros actores. La acción de un grupo no sólo influye en el resto de los actores sino que, para cualquier decisión, el grupo tiene que tomar en cuenta a diversos actores. El grupo actuará tanto en referencia a su autopercepción como de la percepción que tenga de los “otros”. Así, la imagen que un grupo tiene de sí mismo se construye en la tensión dentro-fuera, en las relaciones intra-grupo y en las relaciones intergrupales.

(7) RAMÍREZ SAIZ, Juan Manuel. *Movimientos sociales y política*, (en prensa), U. de G., Guadalajara.

Esto no significa que la acción solamente está definida por lo que cada grupo asume como su propia identidad y la de otros. El problema es bastante más complejo y tiene múltiples planos y niveles, y ha generado no pocos cuestionamientos y trabajos en el ámbito de las ciencias sociales, pero no se trata aquí de hacer un balance de las diferentes teorías de la acción, sino, en todo caso, de servirse de algunos de estos planteamientos que permitan acercarse a las relaciones entre identidad y acción.

Ha señalado Touraine que “el significado de la acción no está jamás completamente separado de la conciencia de los actores, pero ésta no puede ser “completa” pues un actor no puede ser completamente analista, no puede ser “juez y parte” (8). El tipo de conciencia que este autor parece plantear implicaría un rompimiento con el sentido común, un distanciamiento del actor con respecto de su propio hacer que le permita una visión crítica y de conjunto sobre el “verdadero” significado de su acción. Sin embargo, si bien es cierto que el significado de la acción y la acción misma se encuentran imbricados en un complejo tejido de elementos que resultan difíciles de desentrañar, es precisamente desde este nudo, formado por representaciones, normas, reglas y juicios del sentido común, que los actores orientan y explican su acción.

En tal sentido, de acuerdo con Giddens, este sistema de “reglas” del sentido común se convierte en un organizador social y cultural de tal fuerza que ese debe ser precisamente el lugar metodológico desde el cual trabaja el investigador, bajo el supuesto de que este modo de vida no es corregible a priori (9).

Planteado en otros términos, puede decirse que hay unos órdenes sociales, más o menos compartidos por los actores, que van institucionalizándose gracias a un proceso de legitimación que buscaría que estos órdenes “lleguen a ser objetivamente disponibles y subjetivamente plausibles” (10). Así, la acción encuentra, por un lado, un

(8) TOURAINE, Alain. “*Los movimientos sociales*”, en FRANCISCO GALVAN DIAZ (comp.), TOURAINE y HABERMAS. *Ensayos de Teoría Social*, UAP-UAM-A, México, 1986, p.124.

(9) GIDDENS, Anthony. *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías interpretativas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1987

(10) BERGER, Peter y Thomas LUCKMANN. *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1991, p.120.

“repertorio” de explicaciones institucionales que validan sus significados, al tiempo que existe un significado subjetivo en el cual los actores reconocen un sentido general de su propia acción. Por ejemplo, en el caso de relaciones conflictivas entre los ciudadanos y el Estado, ambos actores encontrarán, por un lado, un repertorio de explicaciones que sirven para validar las relaciones de unos con otros, y de otro lado, también ambos actores encontrarán en este mismo repertorio aquellos elementos que les permitan interpretar y justificar su acción.

De la formulación anterior puede interpretarse que existe un nivel objetivo y uno subjetivo perfectamente separables e identificables, sin embargo, ambos niveles se interpenetran y se superponen.

ORDENES SOCIALES E IDENTIDAD

Importa destacar aquí que por orden social se entiende el proceso de objetivación, sedimentación y acumulación de conocimientos, valores, normas y reglas que tienen como fin “nombrar” y “ordenar” la realidad, de tal manera que hasta las acciones más cotidianas e intrascendentes encuentran en estos órdenes significaciones y sentidos que trascienden la acción. Hay pues unas coordenadas que orientan y vuelven inteligibles y “coherentes” todos aquellos sucesos de la vida individual, grupal e institucional. En tal sentido, alcanzar esa conciencia (entendida como distanciamiento crítico) de la que habla Touraine puede resultar muy difícil en la medida en que las representaciones que sobre su acción posea un grupo pueden estar equivocadas “científicamente” pero ser “acertadas” en cuanto que expresan verdades profundas de los grupos.

Esto es un problema teórico-metodológico crucial, pues ha colocado tradicionalmente la discusión en rígidas oposiciones como lo racional-irracional, objetivo-subjetivo: “si una cosa no encaja dentro de una mitad, tiene, por definición, que pertenecer a la otra, puesto que no hay más alternativas” (11). Una alternativa de búsqueda de articulación de estos elementos se encuentra en la posibilidad de trabajar en los intersticios, en los lugares de cruce y entrechoques de

(11) PARSONS, Talcott. *La estructura de la acción social*, s/e, Madrid, 1986,p.439.

estos elementos, ahí donde lo objetivo y lo subjetivo se encuentran, en los universos simbólicos (12), y en estos dominios, la identidad como lugar conceptual y principalmente metodológico de indagación sobre los procesos de la acción social.

La identidad es, bajo esta perspectiva, una relación que se construye a partir de los elementos objetivos de la estructura social y la percepción subjetiva de sus portadores, relación que exige un mantenimiento y una adecuación constante en el programa de vida, de tal manera que genere en el actor la certeza de que vive “correctamente”, otorgándole un sentimiento de pertenencia y seguridad.

Así, el actor (el grupo, en el caso que nos ocupa) vive en la sociedad “con cierta seguridad de que realmente es lo que él considera ser cuando desempeña sus roles de rutina” (13).

Puede plantearse como hipótesis que a pesar de las discrepancias y diferencias que pueda haber al interior de un grupo, en la acción colectiva es posible encontrar un nosotros que tienda a suprimir las diferencias o al menos a suavizarlas. Dicho en otros términos, los actores renuncian a la diferencia para crear un nosotros, una identidad colectiva (14).

La creciente complejidad de las sociedades urbanas contemporáneas trae aparejada una opacidad en los procesos de constitución de identidades colectivas, ya que la enorme “oferta” citadina, desde sus rutinas de producción hasta las de esparcimiento, amplía la gama de posibilidades para los ciudadanos.

El locus deja de ser, desde la perspectiva de algunos autores, el elemento fundamental para la constitución de estas identidades, que tienden a conformarse alrededor de otro tipo de objetos que se ubican muchas veces más allá del territorio natural de un grupo (15). Por

(12) Los universos simbólicos se conciben aquí como “la matriz de todos los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales”. Cfr. BERGER y LUCKMANN, op. cit.

(13) BERGER y LUCKMANN. Op cit, pp.129-130.

(14) REGUILLO, Rossana. *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbanas y usos de la comunicación*, ITESO, Guadalajara, 1991.

(15) Cfr. GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, col. Los Noventa, CONACULTA - Alianza Editorial, México, 1991; Maffesoli, Michel. *El tiempo de las tribus*, Icaria Editorial, Barcelona, 1990.

otro lado, los desordenados procesos de desarrollo urbano en las ciudades latinoamericanas generan diversos tipos de asentamientos “zonificados”, lo que puede provocar que grupos muy diversos compartan una misma base territorial pero en la que no existen otros “ingredientes” que sirvan como elementos comunes a compartir. Sin embargo, en la medida en que no se avance sustancialmente en la investigación empírica sobre el papel que para la constitución de las identidades representa el territorio, parece aventurado descartar su importancia y prudente dejar abierta la pregunta sobre su pertinencia como elemento constitutivo de la identidad, aunque sin sobrevalorar su papel, ya que a pesar de la falta de suficiente evidencia empírica, sí es posible reconocer identidades transterritorializadas, como las de los grupos ecologistas, homosexuales, ciudadanos o de defensa de los derechos humanos.

Lo anterior da pie para plantear lo que hasta el momento, –en función del trabajo de investigación de la autora– resulta más relevante en la constitución misma de las identidades: los objetos, de carácter social o material, en torno a los cuales se agrupan los actores, tienen una doble función:

a) constituirse en el motivo de existencia del grupo (los fines que se persiguen) y, la más importante para la identidad.

b) constituirse en símbolos de pertenencia, que a su vez actúan como definidores de la realidad objetiva y subjetiva, confiriendo homogeneidad a los miembros de un grupo. Así, los objetos-fines son puntos de llegada y salida de la identidad del grupo, en un movimiento en el cual la especificidad de la grupalidad es redefinida constantemente.

Estos elementos se objetivan en discursos, marcas, estilos y prácticas, de tal manera, que los miembros del grupo comparten un capital simbólico y social (16). Que éste sea ilusorio o no, es otro problema, pero desde el punto de vista psicoanalítico valdría la pena señalar lo siguiente: “basta que individuos que se agrupan crean que depositan lo mismo para que se produzca un efecto ilusorio”. De esta cita importa rescatar lo poderoso que puede resultar este “ilusorio efec-

(16) Cfr. BOURDIEU, Pierre. “*Estructuras, habitus y prácticas*”, en Gilberto GIMÉNEZ (comp.), *La teoría y el análisis de la cultura*, SEP-U de G-COMECO, 1987.

to” como el mismo autor lo señala al narrar una experiencia chilena; no es sólo lo que se “deposita” lo que tiene un poder productivo, sino lo que se obtiene en términos de seguridad y pertenencia (17).

Y pertenecer a “algo”, compartir un lenguaje, un estilo, ciertas rutinas, implica necesariamente desmarcarse con respecto a “otro algo”; así la diferencia es un elemento fundamental para la constitución de la identidad. Cuanto más clara sea la diferencia, tanto más nítido resultará el nosotros colectivo. Los límites de la identidad son entonces siempre los límites que establece su relación con lo otro distinto.

La identidad necesita de un “mantenimiento” constante, de auto-verificarse, y el mecanismo fundamental por el que estas operaciones se realizan es el de la interacción comunicativa, que pone en juego una serie de conocimientos y habilidades de los actores involucrados y que tiene como soporte la capacidad de los actores para entender y producir discursos, en el sentido amplio del término.

COMUNICACION: ENTRE LA ACCION Y LA IDENTIDAD

Las grupalidades pueden ser leídas como redes de comunicación desde donde se procesa y se difunde el mundo social de acuerdo a un referente común (objeto-fin), sirviéndose de unos códigos específicos (lenguajes, señales, símbolos) que el grupo comparte. De ahí entonces que la identidad asumida se “comunica” y, al comunicarse, el grupo aprende de sí mismo y de los otros. La comunicación es el proceso a partir del cual la identidad se objetiva, y al objetivarse se muestra y se vuelve “real”.

Es en esta dimensión de lo real donde la identidad grupal adquiere relevancia para la acción, pues como ya se había mencionado, la acción de un grupo, entre otros factores, tiene una vinculación directa con lo que el grupo mismo asume como su rostro social, y desde ahí, con la lectura que hace de otros grupos sociales que pueden ser sus aliados o sus opositores.

Las acciones pueden abordarse según distintos criterios en fun-

(17) GONZALEZ, Fernando M. *Ilusión y grupalidad Acerca del claro oscuro objeto de los grupos*, Siglo XXI, México, 1991, pp.49.

ción de los propios actores, de los lugares o escenarios, en cuanto a su dimensión protocolaria o ritual, o según ámbitos o áreas sociales, como el trabajo, la diversión y la educación. También pueden ordenarse de acuerdo a otros criterios que van desde los aspectos descriptivos (lugar, número de participantes, duración) hasta lo que tiene que ver con los antecedentes y efectos de la acción y su relación con otras acciones. Las opciones para el análisis son múltiples, pero una perspectiva adecuada que puede articular los elementos mencionados y otros más es, precisamente, abordar la acción desde la identidad grupal como eje ordenador.

En su trabajo sobre el concepto de *normatividad*, Parsons define el fin como “un futuro estado de cosas hacia el que la acción se orienta porque se estima deseable por el actor o actores” (18). Toda acción implica, bajo esta perspectiva, un estado inicial de cosas que la acción tiende a mantener o a transformar. En terminología semiótica este fin se denomina “objeto de deseo”, hacia el cual el sujeto semiótico dirige toda su energía, apoyado u obstaculizado por otros sujetos semióticos, y parte también de un estado inicial y un estado futuro (19). “[...] Los hombres no sólo responden a estímulos sino que, en cierto sentido, tratan de ajustar su acción a modelos que el actor y otros miembros de la misma colectividad estiman deseable” (20).

Los objetos-fines se convierten en símbolo de pertenencia, de identidad de un grupo, y es bajo su influencia que los actores orientarán su acción (21). Ajustarán su discurso, su apariencia, los instrumentos (herramientas de las que se valen para la acción) hasta parecer realmente “un defensor de los derechos humanos”, “una militante del feminismo”, “un pacifista”, “un ecologista”, y actuarán, en consecuencia, de acuerdo a un modelo cuya cercanía o lejanía estará en función de lo que el mismo grupo estipule como sanción positiva o negativa a la adecuación de sus integrantes.

(18) PARSONS, Talcott. Op cit.p.118.

(19) Cfr. GREIMAS, Algirdas. *La semiótica del texto. Ejercicios prácticos*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1983.

(20) PARSONS, Talcott. Op cit, p.118.

(21) Es importante matizar que no todos los fines de un grupo se “transforman” necesariamente en objetos-símbolos de pertenencia.

Los grupos que interesan aquí son los denominados por *Melucci como “áreas de movimiento,”* (22) que en términos empíricos se definen por la presencia de una pequeña red de agregaciones que comparten la cultura de un movimiento, algunos de cuyos indicadores serían cierto carácter de estabilidad (núcleo identificable de participantes, localización, continuidad en el tiempo) y la autodefinición del grupo. Las áreas de movimiento serían, de acuerdo a esta definición, las agrupaciones juveniles, las femeniles, las ecológicas y los nuevos movimientos ciudadanos, entre otros.

La autodefinición del grupo —que aquí se entiende como la identidad subjetiva— es el indicador más importante en la medida en que, si se considera que un grupo es capaz de pronunciarse con cierta certeza con respecto a sí mismo, ha logrado el primer paso hacia la conquista de su existencia social. Parafraseando a Touraine se puede decir que “un grupo es tan fuerte como su identidad y tan firme como su organización” (23).

Los grupos no tienen existencia autónoma, están inmersos en una red de relaciones sociales y no existen al margen de la estructura. Se ha sostenido que para la identidad es tan importante la propia construcción grupal como la identidad social “asignada” al grupo, de tal manera que éste va incorporando elementos de las diferentes lecturas sociales sobre su actividad y, en este proceso su misma identidad sufrirá transformaciones. Así, hay grupos que incorporan, a partir de su relación con la sociedad, lo marginal, lo periférico y lo anti-institucional. Entonces, la identidad a aparecer como un problema no sólo para la sociedad y los grupos dominantes —que ven en la actividad de estas “áreas de movimiento” una amenaza para el orden establecido— sino también para el propio grupo que, además de enfrentar sus propios conflictos internos, puede perder de vista su proyecto (el proyecto de su acción) y terminar “respondiendo” a la definición social que se ha hecho de él; ya no hay en este caso acción, sino reacción.

Es necesario enfatizar sobre la precariedad de la identidad, que se debate en una doble tensión: su mantenimiento hacia el interior

(22) Cfr. MELUCCI, Alberto. *En busca de la acción*. mimeo, trad. de Juan Manuel Ramírez Saiz, s/d.

(23) TOURAINE, Alain. Op cit, p.117.

del grupo y su exterioridad social. Desde luego las fronteras son porosas y ningún grupo puede hoy, en las sociedades urbanas, en tiempos de la telemática y la sociedad de la información, levantar una muralla contra la influencia externa. Pero también es importante considerar que los grupos que conforman las “áreas de movimiento”, si bien actúan al margen de lo establecido, tienen interés en participar en el orden social. Sin embargo, ya no se trata—parece—de revoluciones triunfantes ni cambio de poderes; los objetos—finés que dan identidad y agrupan a los sujetos para una acción colectiva se definen más por un horizonte de ruptura, fragmentario y muchas veces disgregador que ha logrado cierta eficacia en términos de un autovaloración grupal.

DE CRISIS Y HORIZONTES DE RUPTURA

La acción de diversos grupos, en este horizonte, no parece buscar la construcción de la gran alternativa al sistema vigente:

[...] percibimos un gran número de conflictos que no remiten a los valores centrales o no combaten a un poder dominante, sino que tienden a transformar las relaciones de fuerza y los mecanismos de decisión, lo que hace de ellos [de los movimientos] agentes de cambio que no se definen globalmente por un sentido de la historia [...] es en la vida urbana donde se observa el paso de los movimientos sociales centrales a las luchas particulares (24).

La comprensión de las diferentes agregaciones que emergen constituyendo los nuevos movimientos sociales pasa, como bien ha señalado Touraine, por una crisis del Estado o cuando éste es generalmente incapaz de intervenir en las negociaciones entre compañeros sociales (25). Pero parece que el matiz que Touraine da a esta aseveración con respecto a los movimientos, es el de que estas luchas particulares tendrían que unificarse para constituir el movimiento “central” de las sociedades postindustriales, descuidando lo que de proyecto democrático contienen estos movimientos (26).

(24) Ibidem, p.106.

(25) Ibid, p.107.

(26) Cfr. RAMÍREZ SAIZ, op cit.; MELUCCI, op cit.

A este respecto vale la pena citar una crítica de Offe a los planteamientos de Touraine:

Lo que es también novedoso sobre los nuevos movimientos sociales es su resistencia a la unificación, incluso como meta última. El método de la intervención sociológica de Touraine se orienta claramente a tratar de ayudar a superar esta tendencia promoviendo su auto-conciencia y auto-unificación. Sin embargo suele suceder que el carácter *ad hoc*, fragmentado e incoherente de estos movimientos no puede realmente ser superado [...] me provoca gran simpatía la idea de que esta fragmentación en sí puede contribuir a incrementar la capacidad de aprendizaje de los sistemas políticos disminuyendo su grado de *ceguera* o inconsciencia sobre consecuencias previsibles y catastróficas. De hecho estoy profundamente convencido de que todos los futuros diseños políticos estarán mezclados y serán en alguna medida *eccléticos*. El desarrollo político en este sentido adoptaría la forma de una combinación más multifacética y pluralista de diferentes formas de racionalidad económica, tecnológica y política, de manera que lo viejo y supuestamente obsoleto se mezcle y haga compatible con lo nuevo a un nivel superior. Este abandono de la oposición *nuevo versus viejo* es una marcada tendencia dentro de los nuevos movimientos sociales (27).

Lo más relevante de esta crítica es el hecho de que la fragmentación y diversidad de “demandas”, de grupos y de objetos que éstos reclaman, obligan al Estado a abrirse en múltiples frentes cuyo “control” exige fuertes dosis de imaginación y nuevas formas de negociación. En palabras del mismo Offe, estos movimientos ponen a prueba la capacidad de aprendizaje del sistema, señalando constante y erosivamente los defectos de la modernización; de ahí que las formas partidarias y tradicionales de representación no sean completadas como alternativas eficaces por los movimientos sociales, ya que han sido poco sensibles para captar las inquietudes, los tonos, los estilos y los contenidos de estas identidades diferenciadas.

Sin embargo, la fuerza de los hechos es grande y el sistema no parece estar dispuesto a aprender como lo ha demostrado la respuesta gubernamental a las demandas de los afectados por las explosiones del 22 de abril en Guadalajara, o las acciones emprendidas por el gobierno norteamericano durante la ola de violencia suscitada en Los

(27) OFFE, Claus. Op cit., p.297.

Angeles, California, en mayo de 1992, o la represión constante de la que son víctimas quienes se agrupan bajo una identidad homosexual, que llega al absurdo, en el caso de Nicaragua, de una ley que atenta contra los derechos humanos y la privacidad que queda expuesta a la vigilancia estatal. Los ejemplos son muchos.

La evidencia empírica es abundante, tanto en el sentido de la creciente emergencia de grupos “alternativos”, con capacidad de auto-organización, como en el sentido de la incapacidad del Estado para modificar sus habituales modos de respuesta a vínculos grupales que desbordan las formas tradicionales. Sin embargo aquí se comparte el optimismo de Offe: la violencia, la represión y el control no hacen sino posponer un problema o desplazarlo.

La capacidad de actuación horizontal, que no excluye las actuaciones verticales (con respecto al Estado, por ejemplo), son otra característica de los nuevos movimientos sociales que ha sido trabajada en España por Rodríguez-Villasante. El autor señala que los “conjuntos de acción” o nuevos movimientos sociales, según la terminología de Touraine y Melucci “deberían ser entendidos, más que como un acontecimiento de un momento, como una red capilar de contactos diversos, que mantienen una diversidad de actividades, al tiempo que va reconstruyendo horizontes y contenidos comunes” (28). Contenidos comunes que sólo es posible establecer a partir de una identidad, de un nosotros esencial que confiere sentido a las acciones.

NOTAS FINALES

Hasta aquí sólo se han planteado formulaciones tentativas, no acabadas; se han insinuado algunas líneas de análisis, bosquejado otras. Ciertamente el camino es largo y no hay recetas. La intención es continuar por esa vía, complementar lo planteado con estudios empíricos; profundizar en la relación entre acción, comunicación e identidad entre la vida cotidiana y la estructura social.

El mundo social está cambiando, ha cambiado de hecho. Ello

(28) RODRIGUEZ-VILLASANTE, Tomás. *Alteración, alternativa, autovaloración, ciudadanía*, en ROMAN REYES (dir.) Terminología científico-social. Aproximación crítica, Anthropos, España, 1988, p.40.

implica un replanteamiento de las teorías y de las estrategias metodológicas para abordar estas “nuevas” realidades. Una manera de potenciar el análisis de los grupos, de los movimientos sociales, es vincularlo al campo de la cultura, de lo simbólico que se manifiesta en la fuerza con que los grupos definen y defienden sus acciones desde la identidad. Lo instituyente y lo instituido, lo estructurante y lo estructurado, bajo una perspectiva que concibe a los actores como agentes activos.

La cultura no es un mero dato accesorio, ni solamente la mediación entre el hombre y el mundo; la vida social se transforma, y ahí, donde parecía haber conquistado el orden, reaparecen siempre grupos, proyectos transformadores o reaccionarios, resistencias, espacios de lucha, símbolos nuevos o re—apropiados que reinventan el orden social.

En el México que debe transitar los años que separan del nuevo milenio, con lo que quede de la Constitución, con los crecientes problemas electorales, con los ajustes y desbarajustes del “nuevo” peso, con los planes y proyectos modernizadores que cabalgan a lomos de un neocorporativismo, con las modificaciones no sólo económicas sino además culturales y sociales que traiga el Tratado de Libre Comercio, con una industria cultural cada vez más fuerte que produce y exporta nuestros dramas con gran *reiting* no sólo en la Comunidad de Estados Independientes, en ese México, no parece haber indicios de que la segregación y la marginación de grandes sectores de la población se revierta y de que estos grupos sociales encuentren un lugar en el México de los folletos turísticos o en el de los grandes rasca-cielos y la alta tecnología, a pesar de la tendencia populista de los pronasoleros.

Y sin embargo, se mueve. Los esfuerzos cotidianos de imaginación y sobrevivencia, la búsqueda de alternativas, de alianzas, la irrupción de una sociedad civil cada vez más plural (aunque desafortunadamente, desarticulada), autorizan a pensar que hay semillas de futuro y ojalá que García Márquez se equivoque y no sólo los novelistas sean capaces de entender y dar cuenta de la trama cotidiana de la vida y sus protagonistas.



Los movimientos de mujeres paradoja de los movimientos sociales

Carmen de Elejabeitia

La relación entre los nuevos movimientos sociales y los movimientos de mujeres puede abordarse desde diversas perspectivas: los movimientos de mujeres conforman hoy un apartado más de los movimientos sociales, los movimientos sociales tienen como referente paradigmático a los movimientos de mujeres, los movimientos de mujeres son la paradoja de los movimientos sociales. Elijo para mí ésta última.

Cuando se habla de los nuevos movimientos sociales que están teniendo una incidencia social significativa y que en nuestro país se manifiestan públicamente en la década de los ochenta, junto al ecologismo y al pacifismo se coloca al feminismo, algo sorprendente porque el feminismo y los movimientos de mujeres tienen cuando menos 160 años de historia.

A mediados de la década de 1830 las mujeres en Estados Unidos desempeñaron un papel destacado en apoyo del movimiento antiesclavista. El feminismo británico, el segundo en aparecer de forma organizada se remonta a la década de 1850. En Francia surge en 1870, aunque fue bien activa la presencia de las mujeres en la Revolución francesa entonces no pudo institucionalizarse porque al cierre gubernamental de los clubs revolucionarios de mujeres le siguió el Código de Napoleón que proclamó la inferioridad femenina. En cuanto a España, el movimiento feminista nace con el siglo que se inicia y que está a punto de terminar.

Y, sin embargo, el feminismo y los movimientos de mujeres son y han sido desde su origen siempre nuevos, cambiantes sus objetivos, ideológicamente turbios, ambiguos en sus orientaciones, otras sus bases sociales.

OBJETIVOS MUDABLES

En sus 30 primeros años, el apoyo del feminismo norteamericano al movimiento antiesclavista es seguido por las reclamaciones de carácter predominantemente económicas para las mujeres cuya consecución, la independencia económica de la mujer, se convierte en el eje central de los primeros movimientos organizados de mujeres. En 1868 la reivindicación del voto para las mujeres da lugar a la primera asociación sufragista que marcará los años siguientes con el encuentro/desencuentro entre las feministas de los movimientos moderados (objetivos económicos) y las militantes de los movimientos radicales (objetivos políticos).

Así y con el primer feminismo, se inicia una de las constantes de los movimientos de mujeres, la multiplicidad cambiante de sus objetivos, que les va a impedir convertirse en un gran movimiento de masas por una parte, pero, por otra, ha evitado su estancamiento, ese estancamiento que históricamente ha inmovilizado hasta fosilizarlos a otros movimientos sociales.

CONFUSION IDEOLOGICA

Los movimientos de mujeres son sobre todo deudores de ideologías de tipo político, del liberalismo y del marxismo en buena medida, y también de creencias religiosas y de representaciones morales, tienden, sin embargo, a no plegarse a esas grandes construcciones discursivas sobre el mundo en las que los hombres encuentran la explicación de las contradicciones que viven.

Amos y esclavos, señores y siervos, explotadores y explotados, justos y pecadores, buenos y malos, íntegros y corruptos, no son más, o son nada menos, que fantasmas verbales que permiten construir representaciones binarias y bipolarizadas que han dado lugar a las grandes revoluciones y a los nuevos sistemas sociales que las han seguido, pero que dejan sin resolver toda esa complejidad en que consiste vivir y sobrevivir en el medio, sobre el medio y tomando del medio.

Pedir «pan y rosas» como hicieron las mujeres en la huelga textil de Massachusetts en 1912 no resuelve el problema de la explotación,

ni las «solicitadas» de las Madres de Mayo terminan con la dictadura argentina, ni el «fregar escaleras» de las mujeres soluciona el problema del paro de sus hombres, pero entre el mito religioso del «paraíso perdido» y la utopía política del «paraíso futuro», está el hambre, la angustia y el cansancio de cada día y de cada noche en una recursividad cotidiana que exige ser resuelta.

ORIENTACIONES PROMISCUAS

Cuando se intenta encontrar factores de homogeneización que permitan ordenar y clasificar los movimientos de mujeres, el problema no está tanto en su multiplicidad, cuanto en la ambigüedad de sus orientaciones. Los elementos definitorios que en teoría deberían servir para diferenciarlos, en grados distintos y con matizaciones diversas, están en todos y en cada uno de ellos. Todos son radicales, todos revolucionarios y todos, al propio tiempo, conservadores y reformistas.

La taxonomía, ciencia que ha permitido al hombre nombrar y distinguir y por ello conocer y dominar el medio, contiene en sí el riesgo de separar para encasillar con rigidez, el peligro de dividir para incomunicar con dureza. Nombrar, distinguir y conocer implica una reducción, seguramente necesaria, el problema no está tanto ahí, sino en el no reconocimiento de que se trata de una limitación del conocimiento humano, en realizar de entre la infinidad del desorden un sólo orden, del caudal de riqueza de las subjetividades una única objetividad.

La confusión que ofrecen los movimientos de mujeres en sus planteamientos ha servido en muchos casos para descalificarlos, para tacharlos de espontáneos y subjetivistas, cuando no de irracionales, sin embargo, en demasiadas ocasiones, la reflexión, la objetividad y la razón llevan de matute la disciplina, la censura y el control. En demasiados casos ha sido el oportunismo de las formaciones políticas tradicionales el que impotentes e incapaces para dominar e imponer sus discursos, sus estrategias y sus tácticas a los colectivos de mujeres, les acusan de inmaduros e inconsecuentes.

Los movimientos de mujeres, sobre todo a partir de los años 60, conforman una red compleja, discontinua y abierta que no admite,

armados con la razón de lo «objetivo», ser conocida ni descrita desde su exterioridad. Es preciso adentrarse en su flujo y arriesgarse en sus turbulencias para encontrar los hilos en que para construirse se destruye continuamente.

BASES INTERCLASISTAS

Sobre los seres humanos reconocidos iguales y libres se construye la modernidad; sobre esos mismos sujetos, aunque desde el discurso que evidencia que esa igualdad y libertad es sólo aparente para la mayor parte de ellos, se construye la alternativa marxista al pensamiento burgués. Los movimientos feministas moderados y radicales por un lado y por el otro los movimientos socialistas de mujeres, participan y hacen suya una u otra concepción, ejes respectivos de sus luchas para conquistar para la mujeres la igualdad con el sujeto burgués o con el sujeto proletario. En ambos casos, si bien tienen clara la consideración del sujeto al que aspiran, resulta difícil precisar el sujeto mujer del que parten.

La corriente feminista radical «Lucha de sexos» con Christine Delphy penetra agudamente en el problema al negar que la condición de burgués o de proletario sea algo que se adquiere con y por el matrimonio, por el hecho de ser mujer de alguien. Si el criterio que permite diferenciar a burgueses de obreros está en las relaciones de producción, no hay razón alguna para no aplicar ese mismo criterio a las mujeres.

El hecho de que en su mayor parte las mujeres no tengan una actividad productiva y de que aún teniéndola sea la posición social del marido o del padre la que determina la suya, coloca a todas las mujeres en una posición de dependencia, salvo que se considere como lo hace Christine que las actividades de reproducción, las que las mujeres hacen en sus casas, tienen un contenido económico que los hombres en su generalidad no reconocen porque participan de una misma concepción patriarcal respecto a las mujeres. En todo caso, la dependencia de las mujeres hace doblemente difícil su consideración de sujetos, la identidad sobre su posición social es la primera base diferencial sobre la que se asienta un movimiento colectivo.

El ser del burgués y el ser del obrero, el ser de los explotadores y el ser de los explotados, hace posible la relación entre ellos y tam-

bién sus luchas encontradas para mantener o cambiar sus respectivas posiciones en esa relación. Pero en el caso de las mujeres de unos y de otros no hay fronteras ni límites, no hay distancias ni diferencias. No hay una identidad propia de cada mujer desde la que relacionarse, ni tan siquiera con las demás mujeres, que no sea el vacío y la ausencia de lo que no es. Lo que tienen para compartir es la condición de invisibles y de dispersas, la carencia de voz propia y, por supuesto, de medios de organización y lucha compartidos.

El fenómeno de la marginación en su consideración social es nuevo, hasta no hace mucho la riqueza y la pobreza subsumían cualquier otra situación. Hoy se habla mucho de los marginados y los colectivos así definidos se multiplican, a las mujeres ni individual ni colectivamente se les considera marginadas y, sin embargo, comparten cuanto serlo significa.

El término mujeres no ha tenido, salvo en contadas ocasiones y puntualmente, la entidad suficiente para constituir un colectivo capaz de generar, a partir de su identificación diferencial y compartida, unos objetivos específicos, una ideología y unas orientaciones nítidas y firmes sobre las que asentar unas organizaciones y unos medios de lucha operativos, sin embargo en las mujeres está el fundamento que conforma todo colectivo: una memoria.

LA MEMORIA DE LAS MUJERES

La compleja supervivencia de hechos y acontecimientos, de viejos pleitos no resueltos y de cuentas no saldadas por los hombres a los que se suman los todavía por plantear; la huella de vivencias incluso hace tiempo ocurridas pero que, sin embargo, tienen la consistencia suficiente para ser revividas hoy como presentes; la suma y acumulación de vejaciones y menosprecios que actualmente no padecen algunas mujeres pero si muchas a manos de los hombres; todo ello conforma un flujo de memoria que todas y cada mujer guarda y transmite.

Se trata de lecturas disueltas en intuiciones y espontaneidades que viven y perviven por una sola razón, ni uno sólo de los discursos, de las organizaciones, de los medios que éstas ponen para alcanzar sus tácticas y estrategias aseguran a las mujeres que cuanto hoy puede

ser recuerdo no se haga presente y realidad. Cuando en tantas ocasiones los hombres dicen «a las mujeres no hay quien las entienda» o en la relación con una mujer concreta: «no te entiendo, ¿a qué viene esto ahora!», lo que no comprenden es que las mujeres siguen alertas porque lo que en cada momento fue la dominación, en su latencia, sigue siendo posible.

La memoria es letal cuando no está enraizada en un presente de relación entre el pasado y el futuro, pero el olvido no es un riesgo menor.

Frente a la acumulación de bienes de los hombres las mujeres acumulan recuerdos que atraviesan la complejidad del presente. Del mismo modo que en la acumulación de los hombres no hay excedentes tampoco los hay en los recuerdos de las mujeres. Pero de una forma u otra, en contraposición a una acumulación de bienes privatizadora que priva a los demás hombres de su uso y consumo la memoria histórica de las mujeres es común y pública.

Quizá como escribe Kristeva «Haya que ser mujer, esto es, una garantía última de la sociedad, más allá del hundimiento de la función patriarcal simbólica y generadora inagotable de su renovación, de su expansión, para no renunciar a la razón, sino para, al contrario, aumentarla de potencia dándole un objeto más allá de sus límites», pero, una vez más la forma verbal «haya que» vaga errática porque expresa la renuncia a tener sujetos que se puedan, aunque lo pretendan, identificar con «ser mujer».

LAS MUJERES Y LOS MOVIMIENTOS DE MUJERES, ¿PARADOJA O PARADIGMA?

Los ciempiés andan, dicen, porque ignoran cuantas patas tienen, si en realidad tienen patas, si con las patas se puede andar, si el andar sirve para algo. El ser humano es un ser superior porque antes de andar tiene la capacidad de plantearse la cadena de paradojas que entraña y sin solución de continuidad elige y prioriza una de las cuestiones para despejarla, pero hay otros caminos. No partir de la ignorancia ni tampoco de determinar lo que es más pertinente, sino con todo y pese a todo andar.

En su momento, esa relación paradójica entre el medio y el hombre, entre la naturaleza y la cultura en cuanto forma humana de sobre-



vivir y vivir en la naturaleza, ha sido históricamente resuelta de una forma paradigmática en la que la cultura toma el camino de la dominación y de la explotación hasta el agotamiento de la naturaleza. Sin embargo, naturaleza y cultura son necesariamente interdependientes y no excluyentes, precisan de un elemento de mediación, las mujeres serán ese engranaje entre ambas y a ambas sometidas. Las mujeres son naturaleza, su capacidad reproductora lo evidencia, las mujeres son cultura, su función no es reproducir la naturaleza, sino reproducir la cultura.

¿Cual es la razón que lleva a los burgueses y al liberalismo que apuestan por el individuo libre e igual a mantener a sus mujeres en casa y fuera del trabajo productivo soporte básico de esa igualdad y libertad?. ¿Cual es la razón de que el nuevo sujeto revolucionario, la clase obrera, asuma como una de sus primeras acciones contra sus enemigos de clase la de liberar a sus mujeres e hijos del trabajo en las minas y en las fábricas?. ¿Por qué, aún enfrentados y con intereses antagónicos, ambos reclaman lo mismo para sus respectivas mujeres?.

Porque la familia, institución socialmente producida es el alambique desde el que los hombres se proyectan y proyectan la transformación del medio. El burgués necesita perpetuarse su propiedad en la herencia, el obrero reproducirse en su lucha contra la propiedad, unos y otros encuentran en la familia y en la mujer/madre la respuesta a su necesidad, una mujer necesaria y naturalmente sujeta y sujeta al proyecto burgués y al proyecto obrero.

Betty Friedan y Simone de Beauvoir abren la brecha por la que otras mujeres se adentrarán intentando averiguar el por qué las mujeres ocupan esa posición. En línea con ellas otras mujeres con sus reflexiones conformarán lo que se ha llamado el neofeminismo precisando los términos del problema.

Kate Millet y Germaine Geer, desde la no aceptación de la feminidad natural como explicativa de la opresión de la mujer y desde la negativa a considerar a las mujeres diferentes a los hombres por naturaleza, centran en la opresión cultural el origen de la subordinación de las mujeres.

Juliet Michell y Shulamith Firestone buscan en la especificidad de ser mujer y en la diferencia la causa del sometimiento pero también

la razón para no serlo, por cuanto la diferencia de las mujeres no se agota en lo natural de lo femenino, sino que se construye desde ahí y contiene la capacidad de dar lugar a «otra» cultura.

Ellas, junto a Eva Figes y Evelyn Reed, con posturas ambivalentes entre lo cultural y lo natural, abren en 1970 las nuevas corrientes críticas de pensamiento que caracterizan al neofeminismo y que de una u otra forma van a animar los Movimientos de Liberación de la Mujer, tanto en Estado Unidos como en Europa.

En íntima relación con el planteamiento anterior está la relación paradójica entre producción y reproducción resuelta también en un paradigma que antepone la producción a la reproducción sobre la que se asienta.

En este caso la mujer no ocupa una posición mediadora, sino que sencillamente es excluida de la producción o, en el caso de que ocupe un puesto en la actividad productiva, éste tiene una consideración secundaria porque su actividad principal está en el hogar.

Decir esto hoy en nuestro país parece un tanto anacrónico, hoy cuando en el sistema educativo, tiempo de pasaje hacia el sistema de trabajo, las chicas van prácticamente a la par que los chicos casi en todos los niveles, quedando sólo como reducto masculino algunas carreras de tipo técnico; hoy cuando los avances de las mujeres en la ocupación de puestos profesionales y técnicos en todos los sectores y especialmente en el de servicios resultan espectaculares y tienden a igualarlas con los hombres; sin embargo, también hoy, sus esfuerzos tienen un límite bien preciso, su no participación activa a niveles decisorios, en puestos directivos y de responsabilidad.

Hoy como ayer, la responsabilidad profesional y familiar resultan espacios discontinuos, producción y reproducción dos esferas que no resulta nada fácil hacer compatibles ni para las mujeres ni para los hombres. No se trata como plantea el recién aprobado Plan para la Igualdad de Oportunidades de la Mujer de que el trabajo doméstico llegue a ser compartido por hombres y mujeres al 50%, sino de que, aunque así fuera, la vida de unos y de otros estaría esquizofrénicamente repartida en dos mitades.

La persistencia de un concepto de salario único, familiar y paterno aunque sea la mujer quien lo aporte total o parcialmente y no de

un salario personal tienen mucho que ver en ello. Una buena parte de las mujeres aceptan esa situación y en muchos casos cuando pueden abandonan el trabajo, a veces las cosas vienen mal dadas, el paro del marido las pone ante la situación de dependencia económica y de pobreza personal en la que viven, pero no suele ser esa su toma de conciencia. «Lo ideal sería que yo pudiese estar en mi casa con mis hijos. Si mi marido trabajara y no fuese necesario, yo no trabajaría, sería ama de casa con mis hijos, yo les daría de comer y sería lo más bonito para mí». Cuando el problema afecta a un colectivo como es el caso de la reconversión de un sector, la situación compartida lleva a movilizaciones de las mujeres para encontrar soluciones que permitan resolver problemas tan graves como son los de la misma supervivencia familiar, pero al precio de dejar en el olvido la suya.

El problema puede verse también desde otro punto de vista que pone en relación la producción con el consumo, el trabajo con la vida. Aunque se nivelaran las diferencias salariales entre hombres y mujeres, aunque éstas asumieran en igualdad los puestos directivos en la producción, quedaría sin respuesta una cuestión, ¿para qué producir?, ¿para qué trabajar? cuando el cordón umbilical de una producción abocada al consumo y de la actividad como expresión del hecho mismo de sobrevivir, vivir y convivir, está cortado. Hoy como ayer, se sigue considerando valor todo cuanto contribuye al progreso de la humanidad, del género humano, ¿de quién?, cuando, mientras hay gente que se muere de hambre, se tiran excedentes y se paga por dejar tierras en barbecho.

Históricamente el trabajo y la producción han sido cosa de hombres y la preocupación por la vida cotidiana y su reproducción cosas de mujeres. La imposibilidad de que éstas y los movimientos en los que se organizan, resuelvan paradigmáticamente el problema entre trabajo y vida, priorizando en su caso ésta última frente a la solución inversa tomada por los hombres, lleva a pensar a muchos incluso al propio feminismo, posiblemente ahora estamos en ese impasse, que ha fracasado en el intento de construir un discurso capaz de responder unívocamente a cualquier conflicto porque la realidad se evidencia mucho más compleja y los objetivos y modelos, apenas propuestas por cualquier grupo de mujeres, son de inmediato contestados.

El feminismo radical actualmente en nuestro país parece callado y dormido pese a que las contradicciones de las que nació siguen pre-

sentes, operativas y actuantes, ¿por qué?, porque salvo puntualmente no es posible asumir una posición unívoca, escoger uno entre todos los discursos posibles, atribuirse el tener algo que decir que excluya y acalle lo que los otros dicen, porque un paradigma toma siempre la forma de una prohibición, de un no reconocimiento, de tachadura y de ocultamiento de algunos de los términos de la paradoja que es su origen.

LA PRIMERA Y LA ÚLTIMA PARADOJA

Discriminación, desigualdad, diversidad, diferencia, pluralidad, cada una de esas palabras y otras similares tienen su referente en el término igualdad y colocan a los movimientos de mujeres en encrucijadas abocadas a la elección y a la catástrofe que toda elección entraña. Desde sus inicios hasta ahora el feminismo busca una solución a algo tan aparentemente sencillo como es el problema que plantea el principio de igualdad con el que se inicia la modernidad.

La primera dificultad está en que la situación de las mujeres no es la de desigualdad en relación a los hombres, sino la de discriminación, la no discriminación por razón de sexo ha sido el primer objetivo a conquistar por el feminismo hasta los años 70 y hoy concentra la atención y los esfuerzos por parte del que podemos considerar feminismo institucionalizado. La cuestión es que discriminación e igualdad no pueden estar en un mismo discurso, pertenecen a dos planos situacionales distintos y por eso nada dice la discriminación de lo que pueda significar la igualdad, simplemente es su meta, su punto de llegada.

Su segunda dificultad está en la puesta en cuestión de ese objetivo de la igualdad con los hombres que el feminismo llamado radical se plantea desde hace más de veinte años y que frente a la igualdad esgrime la diferencia, una diferencia de las mujeres respecto a los hombres cuya precisión en sentidos posibles y contenidos concretos, dispersa a ese feminismo en múltiples y multiplicados movimientos sin que se resuelva no ya en corrientes diferenciadas, sino tampoco en tendencias internamente aceptadas dentro del mismo colectivo.

El argumento más esgrimido frente a la igualdad de las mujeres y además con pretensiones científicas ha sido el de que la desigual-

dad hombre y mujer se funda en la naturaleza, es de orden biológico y genético, cuando la naturaleza en una globalidad que alcanza a los seres humanos, si algo es, es pura diferencia, pero una diferencia que no admite ser encorsetada en criterio alguno, que no admite ser conocida mediante la clasificación. De ahí las dificultades del «feminismo de la diferencia».

Sobre esa pluralidad, desorden, complejidad de la naturaleza, el conocimiento humano jerarquiza y valora de acuerdo con interpretaciones que dan lugar a ideologías y también a teorías científicas regladas por los mismos intereses que tienen los discursos ideológicos. Ni la igualdad ni la diferencia cuando a ésta la queremos definir de alguna manera y en alguna forma, tienen que ver con la naturaleza de los seres humanos porque nos es desconocida.

Al mismo tiempo, no la naturaleza, pero si las organizaciones sociales humanas históricamente han valorado y jerarquizado, de ahí nace la discriminación y la igualdad. En y desde ese proceso histórico un mundo igualitario y respetuoso de las diferencias no ha sido el punto de partida, a bote pronto se puede decir que ha ocurrido justamente lo contrario, sin embargo, ni tan siquiera es eso, sino que históricamente las diferencias son desemejantes con la igualdad, ni tan siquiera son su opuesto, el par axiológico no es igualdad/diferencia, sino igualdad /desigualdad.

Porque al esclavo se le reconoce diferente al amo, entre ellos se establecen unas relaciones de justicia que incluyen hasta el látigo y la muerte, lo mismo ocurre con los negros y con cualquier otro grupo cuya diferencia es socialmente reconocida, el caso de las mujeres se distingue de ellos únicamente en que su diferencia aun siendo social se da en el ámbito privado familiar, eso es todo.

Como dice Jean-Pierre Dupuy «el medio más favorable al reconocimiento mutuo (de las diferencias) no es el que obedece al principio de la igualdad, sino el que obedece al principio de la jerarquía», ahí no puede hablarse de racismo. El racismo aparece cuando una organización reconoce y se reconoce en el principio de igualdad y alguien o algunos no admiten el cambio ideológico y social que ello comporta, ni tampoco el vuelco que impone a las relaciones sociales. A partir de ese momento los términos de relación son de igualdad y de desigualdad dentro de un mismo contexto relacional aun

cuando el grado de desigualdad sea tal que determine posiciones antagónicas. Otra cosa es la lucha para que en la práctica el discurso igualatorio se registre y otra la lucha en contra de las desigualdades que acompañan a la igualdad. En una y otra siguen las mujeres y uno y otro son hoy el objetivo de determinados movimientos feministas.

La igualdad es el gran acontecimiento que inaugura la sociedad moderna y también la gran paradoja que no admite ser resuelta a mi modo de ver en términos paradigmáticos: ni por el mecanismo de situar un modelo respecto al cual los seres humanos son valorados en más o en menos, un menos en el que se sitúan entre otros al colectivo de mujeres del que se reclama que se igualen a los hombres aun al precio de dejar de ser lo que son; ni por la elección de la primacía de la diferencia de las mujeres sin tomar en consideración y partir de esa igualdad para todos los humanos a la que tan costosamente hemos llegado.

La igualdad abre la multifacética paradoja de las diferencias entre quienes se reconocen semejantes pero no homogéneos ni intercambiables. Esa semejanza y no la diferencia que define a los demás como «otros» y que permite verlos en su alteridad, es el reto frente al que nos encontramos, mujeres y hombres, hombres y mujeres, aún más, cada uno de nosotros que al mismo tiempo que sujetos somos sujetos en proceso continuo de cambios y de diferencias que nos impiden tener una identidad hecha, fija y permanente, sino incierta y flotante.

El que las mujeres sean diferentes a los hombres, incluso que estos admitan que esa diferencia pueda y deba valorarse, que las mujeres sean iguales a los hombres pero el hombre la común medida, son problemas en cierto modo menores. La angustia empieza cuando se acepta que en tanto iguales estamos unidos y que en cuanto diferentes estamos separados, que cada uno de nosotros, cada hombre y cada mujer es un nudo de encuentros/desencuentros con quienes siendo nuestros iguales son nuestros diferentes.

El hasta ahora sinsentido de las mujeres y cada mujer: virgen/lasciva, mujer/frígida, madre/libre, es hoy el sentido no ya de las mujeres, sino de los hombres y de cada hombre.

La capacidad de inteligencia y la razón ha sido durante muchos años el patrimonio de los hombres que excluía a las mujeres, la capacidad afectiva e intuitiva el monopolio concedido a éstas por aque-

llos cuando no es valorado o el reclamado en exclusiva por ellas, pero lo que distingue a todos los seres humanos no son sus capacidades medibles sino su apetencia de libertad, una libertad personal e intransferible que siendo semejantes nos hace diferentes.

PARA TERMINAR

En la relación entre movimientos sociales y movimientos de mujeres mi planteamiento de que éstos no son un apartado más en la posible clasificación que de aquellos puede hacerse, ni tampoco el elemento paradigmático y referente para los demás movimientos, sino la expresión de la paradoja con la que se encuentran todos los movimientos y los hombres y mujeres, mujeres y hombres, que los animan, no se basa en lo que los movimientos de mujeres han hecho y hacen. En su quehacer ha estado y está el conformar movimientos junto a otros movimientos aceptando objetivos comunes o distintos, también en ocasiones una pretensión paradigmática que busca llevar toda el agua a su molino. Sin embargo, con todo, por debajo de ellos, en cuanto no han resuelto, en cuanto tienen de contradictorios, en cuanto dejan en la ambigüedad y en la indefinición, anida la raíz de una paradoja imposible de resolver porque no admite ser más que lo que es: el juego de la igualdad y de la libertad, de la semejanza y de la diferencia.

Se trata de algo tan antiguo como el ser humano, pero que, por una parte y por circunstancias diversas, ha sido históricamente jugado por las mujeres en su no renuncia tantas veces intuitiva e inconsciente a vivir su relación con los hombres, una relación vinculante y al mismo tiempo conflictiva, y, por otra se trata de algo que hoy se puede y se debe conocer en unas organizaciones sociales que apuestan por el derecho de todos y cada uno de ser afines y en esa afinidad libres: que la discriminación y el desprecio de los «otros» mide la discriminación y el desprecio hacia nosotros mismos.

Construir movimientos sociales de afinidad, entre otros por qué no de mujeres, que no coarten la aventura de vivir de sus miembros, eso que conforma sus diferencias, sino que al contrario, sean el espacio en el que esas diferencias puedan desplegarse en un nosotros colectivo, no es algo natural a la especie humana, sino el fruto extraño y excepcional de una cultura que se abre a la diáspora, esta vez sin paraíso.



Los campos de conflictividad en la España rural*

Luis Camarero (UNED)

Josechu V. Mazariegos (UCM)

Fernando Rodríguez (UCM)

1. TRANSFORMACIONES SOCIALES Y CONFLICTOS EN EL MUNDO RURAL

Los tres factores que de forma interactiva intervenían en los conflictos inherentes a la sociedad rural tradicional están en proceso de redefinición, lo que convierte en osado todo intento de limitar la conflictividad rural al campo de la actividad agraria, quizás como sustituto de una carencia en el análisis del conflicto en nuestras sociedades (1).

* Agradecemos a los participantes en el Seminario de Estudios Rurales de la Facultad de Sociología, y muy especialmente a la Profesora Elide RUGAI (Universidad de Campinas, Brasil), sus comentarios y sugerencias para el mejor planteamiento de este artículo.

(1) Las profundas transformaciones que están teniendo lugar en nuestras sociedades europeas postindustriales, vienen afectando a la naturaleza misma y a las formas de expresión de las contradicciones de los grupos sociales en ellas, replanteando los contenidos y las formas organizativas de los movimientos sociales "históricos" de la industrialización, y no dejando a éstos sino con un protagonismo productivo que la acción política pretendidamente concertada del estado necesita para el juego corporatista, pero definitivamente vaciados de los atributos esenciales que han venido definidos por la literatura sociológica (TOURAINE, 1981; OFFE, 1988).

Así pues, puede señalarse como uno de los rasgos importantes del proceso de mutación social que conlleva la sociedad postindustrial, la disolución de los viejos esquemas organizativos de clase productivas, de carácter formalizado y portadores en su contenido de un modelo alternativo de orden social. La fragmentación de los grupos desfavorecidos, la pérdida de importancia de la fuerza de trabajo en la complejidad creciente de las identidades productivas en la economía global, llevan a la acción colectiva hacia objetivos concretos y limitados o bien a la formación de movimientos que interpelan la orientación restrictivamente mercantilista de la acción política, en el espacio y en el contenido. De ahí, el carácter transnacional y marginal de muchos de ellos.



En primer lugar, como repetidamente ha sido señalado (Camarero y otros, 1991; Camarero, 1991; García Bartolomé, 1991; Mazariegos, 1991 y 1992), la sociedad rural pierde su autonomía diferenciada frente a la sociedad urbana, lo que hace estallar su polarización productiva agraria por la que se explicaba la estratificación social, las relaciones de producción, la organización del trabajo, las ideologías y el ejercicio local de la acción política y, por consiguiente, la conflictividad social.

En segundo lugar, esta apertura a la sociedad global que relativiza el peso de las bloqueadas relaciones de producción agrarias, obliga a la sociedad local a buscar en un mercado de trabajo exterior o en la economía informal sus fuentes de empleo. La consiguiente multiplicación de identidades socioeconómicas trata de recomponerse en las prácticas de consumo, muchas veces vehiculadas por la llegada al medio rural del "influjo de un amplio número de venidos de fuera —gente sin ningún pasado ni conocimiento del sistema de estatus local sino (muy frecuentemente) con un sistema de valores completamente distinto, que ayuda a romper los sistemas tradicionales y a introducir nuevos valores basados, en su mayor parte, en el consumo suntuario" (Cloke; Little, 1990: 83).

En tercer lugar, la difusión de estos valores facilita la consolidación de la economía monetaria en la sociedad local, generando en ella una distorsión entre la oferta y la demanda de empleo que propicia el subtrabajo para poder asegurar la permanencia local de los

Las movilizaciones que aparecen como expresión del conflicto en nuestras sociedades en trance de hacerse y deshacerse, reflejan una remoción económica, social, generacional y genérica que expresa la compleja identidad de los actores sociales, tanto en la esfera ya indisociable de la producción-consumo, como en su representación e implicación en los valores postmaterialistas (INGLEHART, 1981, 1985), diseñando un nuevo paradigma abierto de acción colectiva, que refleja tanto acciones corporatistas que aseguren el mantenimiento y mejora del estatus de grupos productivos, como la denuncia de valores amenazados y no recogidos por la acción política convencional. Movimientos, pues, en su mayor parte bien de presión, defensivos y de objetivos limitados, de ideología predominantemente corporativista, bien de denuncia y expresión testimonial, de orientaciones universalistas, de profundización democrática.

Este deslizamiento de la acción colectiva hacia el campo exterior a lo político, expresa la calidad itinerante de una sociedad que se caracteriza por la construcción de las identidades sociales desde el presente, bajo la fragmentación y recomposición de los grupos y la emergencia de los individuos, (MAZARIEGOS, 1991:5 ss.) y cuyas demandas trascienden los moldes del juego formalizado de la política y de las organizaciones de clase.

jóvenes y el ingreso en la actividad de las mujeres, antes catalogadas como “ayudas familiares”. Esta salarización, en buena parte incontralada, recompone desde el interior de la sociedad local la homogeneidad social familiar y quiebra la reproducción intergeneracional e intragenérica de las actividades y de los valores que venían asegurados por la permanencia en la explotación y/o el trabajo agrarios.

En este contexto, el artículo propone una primera formulación que refleje la mutación social-simbólica del medio y sociedades rurales en España, a través de la conflictividad que van generando en su progresiva integración espacial, económica y cultural en la sociedad global. Esto nos hace hablar de adaptación y de demandas de reestructuración como vías de integración de estas sociedades en la sociedad total, abierta, porosa e interdependiente.

Simultáneamente, en la construcción de la transnacionalidad europea aparecen con fuerza dos elementos de construcción del rearme de la acción colectiva. Por una parte, el ámbito de lo local como rasgo portador de identidad “histórica” colectiva que ve reformulada su vigencia presente y que pugna por un reconocimiento creciente de la soberanía territorial de la nación y/o de lo local frente al “compacto político-cultural” que representa el poder del estado. Reemergencia socio-político-territorial de un viejo contencioso histórico respecto a la soberanía real entre el estado, las comunidades o nacionalidades históricas y el poder local (2).

En segundo término, aparece la ideología conservacionista que preconiza un replanteamiento de los recursos locales desde la nueva función que lo rural adquiere como espacio de regeneración ambiental en contraste con la artificialidad multiplicada que el cuadro de vida

(2) En este contexto, respecto a las relaciones entre el estado central y el “estado local”, prenden las tesis localistas, que defienden la democracia como práctica política vehiculada por el “estado local” frente a los “ataques” del estado central. Así, el gobierno local tendría la virtualidad de difundir el poder entre los que toman las decisiones y las localidades, representando la dispersión del poder político en la sociedad; constituye la mejor respuesta a las necesidades locales, favoreciendo mediante la innovación la diversidad de respuesta, menos apropiada desde la acción política centralizada; el gobierno local está más abierto a la presión y al reto de los ciudadanos de lo que está el gobierno centralizado; por último, el gobierno local está más capacitado para ganar la lealtad y el compromiso de los ciudadanos. (JONES y STEWART, 1983, cit. por LOWE y LITTLE, 1990, p. 65).

metropolitano impone. Ambas dimensiones obligan a la profundización del sentido del arraigo local desde la idea de Comunidad y de la democracia de mercado en la vieja Europa de los estados nacionales.

2. LOS CAMPOS DE LA CONFLICTIVIDAD

Así pues, la cuestión central desde esta perspectiva es: ¿qué tratamiento puede darse al análisis de los conflictos sociales en el medio rural? Más aún cuando se trata de iniciar una reflexión que pueda estimular posteriores trabajos sobre la peculiaridad que estos presentan en un medio rural heterogéneo, y cuyas fronteras reales y/o simbólicas, son cada vez más difícilmente separables con respecto al medio urbano.

Nuestras sociedades rurales están marcadas por notables diferencias, que en el marco de una sociedad en transición, acentúan la creciente complejidad que encierra el análisis de los conflictos sociales que se producen en ellas. Zonas desfavorecidas tradicionalmente dependientes de las actividades agrarias, áreas de montaña de difícil accesibilidad, ruralidad protoindustrial en declive, ruralidad amenazada por la presión urbanizadora, reformulan viejos conflictos y hacen emergentes otros nuevos en el medio rural. Viejas y nuevas clases sociales que aparecen en el escenario de la ruralidad expresando su percepción de las transformaciones en el medio local, con frecuencia no exentas de conflictividad entre unas y otras. La economía, el planeamiento físico, los valores sociales, la gestión política de lo local, vienen a constituir los principales factores que edifican la nueva conflictividad de la ruralidad itinerante y transfronteriza con el fenómeno metropolitano.

En resumen, el campo conflictual que presenta el medio rural hoy en España tiene tres ejes principales para su tratamiento: el ámbito de la producción, el ámbito de la planificación y el ámbito de la convivencia local en las nuevas funciones que crecientemente articula la ruralidad postindustrial.

2.1. La conflictividad en la producción

Hablar de conflictividad en la producción en el medio rural nos exige hablar de los conflictos por la paulatina desaparición de activi-

dades que secularmente han constituido la base material de la existencia de sus pobladores. Esta conflictividad tenderá a acentuarse en la medida en que no haya una planificación que ayude a redistribuir los recursos, a generar nuevas actividades y que asegure al menos el arraigo local, so pena que la Administración se contente en convertir en jubilados precoces a aquellos que no han tenido la oportunidad de llegar a trabajar más de sesenta días al año.

Eludiendo expresamente el tratar de la economía informal, que en su silencio no permite ser abordada desde la conflictividad manifiesta, podemos distinguir dos principales terrenos de conflicto en la producción rural:

a) La conflictividad en la desagrarización

La reforma de la PAC y el rechazo por parte de los jóvenes de la actividad agraria, presentan un panorama sombrío para una buena parte del medio rural que todavía es excesivamente dependiente de las condiciones de vida, mentalidades y prácticas de trabajo secularmente conformadas por la actividad agraria y el orden familiar sobre el que venía edificada.

La reducción del peso específico del sector agrario en la economía de los países comunitarios y las necesidades de reorientación de las producciones, ya consolidadas en amplias zonas del país, presionan hacia un cambio en las estructuras de producción y en las prácticas técnicas y sociales de los procesos de trabajo, además de demandar eficientes organizaciones de transformación y de comercialización, que hubieran precisado de una base social rejuvenecida, capacitada y cohesionada para reformular y conducir el proceso de profesionalización de la actividad agraria.

Sin embargo, las secuelas del retraso estructural y por tanto, asociativo-técnico-cultural de los agricultores en España, en una crecientemente compleja integración de la agricultura en la economía global y definitivamente mundializada, dibujan un paisaje del sector que acaba disuadiendo a los jóvenes para su integración laboral en la actividad agraria y a las jóvenes para contraer matrimonio con agricultores propietarios. Este proceso de envejecimiento de los agricultores, abona la reproducción de las actitudes de demanda de tutelaje hacia la administración; esto es, de solicitud de "defensa estatal de sus inte-

reses... frente a la situación de hegemonía de los agentes comerciales que controlan ... las relaciones mercantiles agrarias" (Alonso; Arribas; Ortí, 1991:39).

Como contrapunto a este paisaje social que articula las demandas de estrategias de "supervivencia" o corporatistas (Moyano, 1984), en la agricultura competitiva y eficiente del litoral mediterráneo tienden a articularse nuevas acciones que, mediante el ataque directo a productos competidores llegados a terceros países, en los teóricamente protegidos mercados europeos, desvelan discursos que reclaman de la Administración el cumplimiento de la política de normalización de productos y de defensa de los intereses de esta nueva agricultura rejuvenecida y profesionalizada en las instancias europeas. Estos nuevos agricultores tenderán a capitalizar y a canalizar el descontento agrario conforme su recelosa mentalidad histórica vaya siendo activada desde su nueva identidad tecnológica. (Camarero; Sampedro; Mazariegos, 1988).

De este modo, hoy asistimos en la agricultura a una estrategia de acción colectiva desde posiciones asociativo-corporativas de los agricultores (3), de carácter eminentemente defensiva, (Alonso; Arribas; Ortí, 1991:39) y que bajo la amenaza de la racionalidad económica que rodea al sector, articula una respuesta que esconde las acentuadas diferencias internas entre los propios agricultores propietarios.

La conflictividad de los trabajadores asalariados corre paralela al progresivo debilitamiento del sector. Incapaces de reformular la expropiación de la tierra por interés colectivo —cuando ésta constituye el único patrimonio local— para su explotación no necesariamente productiva, e inadaptados para convertirse en trabajadores especializados, en lucha permanente por sobrevivir con los procesos técnicos y tecnológicos, vienen optando por la canalización de su protesta hacia las demandas de tutelaje por parte de la administración, mediante los planes de empleo rural, así como por unas prácticas laborales multi-sectoriales. Los ecos que nos llegan de sus protestas coinciden escuetamente con las negociaciones colectivas.

(3) Como los autores, citando a Olson, han referido para el pequeño campesino capitalista: "una acción colectiva finalista en la que los incentivos de identidad se combinan con incentivos selectivos dominantes —esto es, con los beneficios particulares esperados en la movilización, beneficios que hacen que el grupo latente se organice frente a otros grupos y frente al Estado".

Respecto a los asalariados en el sector hortofrutícola, sus demandas de reconocimiento de la cualificación requerida, de la mejora de las condiciones de trabajo y, para el numeroso colectivo de mujeres las demandas de remuneración en paridad con los varones, seguirán constituyendo etapas reivindicativas en el proceso de consolidación del trabajo asalariado agrario.

b) La conflictividad en la desindustrialización

Uno de los mayores cambios que vienen caracterizando el estadio postindustrial de desarrollo afecta a la modificación de las fuentes energéticas, lo que amenaza directamente al empleo de una población tradicionalmente ocupada principalmente en la minería y la industria subsidiaria de este sector primario localizado en el medio rural.

La conflictividad que la supresión de estas actividades viene engendrando en zonas rurales de Asturias, Huelva o Murcia, está vinculada a la ausencia de planes integrales de reconversión de las amplias actividades que venían apoyándose en la extracción del mineral: siderurgia, transporte, industria auxiliar... Estas actividades, generadoras de empleos estables, han permitido el desarrollo y consolidación de un sector terciario que ahora, debido a la erosión del sector minero, se ve amenazado y con él, el funcionamiento y viabilidad de los asentamientos y comarcas afectadas.

Si a ello añadimos la reconstrucción paisajística a la que estas cuencas deben someterse como condición indispensable para su regeneración económica, nos encontramos ante procesos de compleja reestructuración en el medio rural.

Además y sobre todo, se trata de un colectivo, el minero, que conserva como ningún otro viejos elementos de la organización y de la combatividad de las luchas obreras, si bien su papel de llave de la industrialización está definitivamente olvidado. La presión que las bases vienen ejerciendo sobre los responsables sindicales ante cierres o regulaciones de empleo no concertados permiten predecir una fuerte extensión y radicalización de estos conflictos en el contexto de interdependencia sectorial que estas comarcas presentan, lo que debe llevar a las Administraciones central y regional a una negociación, amplia en la representación de todos los agentes sociales locales, y de objetivos y medios de reestructuración definidos en el contenido,

en las formas de integración institucional a escala central, regional e intermunicipal y en los canales de participación colectiva.

2.2. La conflictividad en el ámbito de la planificación

“La ciudad es una fábrica de mierda. Receptora de alimentos, emisora de excrementos. El campo —por el contrario— es emisor de alimentos y receptor de excrementos. Así de sencillo.” (Ibañez, 1991:98).

Esta sentencia expresa de manera intuitiva el concepto de la eco-distribución, noción que de manera más formal puede definirse como la distribución o reparto tanto de los recursos, ya no sólo productivos o de servicios sino también medioambientales, como de los “no recursos” o residuos a través del espacio con su consiguiente repercusión sobre las colectividades locales.

El desarrollo acelerado y el consumismo sin tregua han alterado los procesos ecodistributivos de tal forma que estos se han convertido en fuente permanente de conflictividad. Así, el avance de la sociedad postindustrial y los problemas generados por la gestión de sus residuos han provocado la emergencia lenta pero paulatina de una conciencia medioambiental.

El medio rural es cada vez menos pensado como fuente de desarrollo a partir de sus materias primas y más como fuente de reproducción de las sociedades a través de la valoración postmaterialista de sus recursos.

“El paisaje” en cuanto expresión referencial de espacios que mantienen, sea un “equilibrio ecológico” al margen de cualquier actividad humana, sea un “equilibrio armónico” hombre-naturaleza, es cada vez más el hito referencial del postmaterialismo postindustrial.

Intervenciones ambiguas o contradictorias, en todo caso puntuales y parciales, traducen los mandatos que emergen desde la sociedad global respecto a los espacios rurales. Tanto la ubicación de los residuos de una sociedad urbanizada como la conservación paisajística y natural, chocan frontalmente con las expectativas de desarrollo de las sociedades rurales. El medio rural se encuentra en el interior de una utilización ambivalente: convertirse en basurero o, por el contrario, en un espacio natural una vez expulsado el hombre y la mujer del mis-

mo. En definitiva, el medio rural es un espacio planificado desde fuera. Ambos planos resumen la conflictividad ecodistributiva. Los habitantes rurales ven mermado su dominio sobre el medio inmediato en favor de una racionalidad de escala global; la ecología planetaria entra cada vez más en conflicto con la ecología local/comunitaria.

El medio rural tiende a reconstruirse como estricto proyecto de trabajo y no como proyecto de iniciativas y de dinamización de empresas locales de menor escala que se apoyen en inversiones, conocimientos y recursos compartidos. El medio local aparece así vulnerable y dependiente de las posibilidades de dinamización exógenas, bien mediante los nuevos usos del suelo o la localización de nuevas actividades empresariales, bien mediante su capacidad de atracción residencial y/o natural-paisajística, contrapunto de la degradación del marco de vida de la metrópoli.

En este contexto, desde diferentes ópticas (Clope y Little, 1990, 41ss.) son contempladas las relaciones entre el estado central y el “estado local” (Cockeburn, 1977) tanto en el proceso de planificación y de planeamiento del espacio físico como en el terreno de las decisiones a tomar sobre otros ámbitos en los que se mueve la política local.

Con mayor frecuencia cada vez en España van apareciendo y se suceden un mayor número de conflictos que reflejan el rechazo local a decisiones impuestas desde el estado central o autonómico. En una primera sistematización habría que señalar:

a) Los conflictos por las decisiones de nuevos usos o la localización de “actividades limitantes de la calidad de vida” rural, en su dimensión de degradación o amenaza medioambiental o de seguridad, muchas veces en abierta contradicción con las políticas municipales sobre el suelo. Los conflictos por la ubicación de cementerios de residuos tóxicos y de sustancias peligrosas, de vertederos, de campos de tiro, de centros penitenciarios, etc. van abriendo una conciencia de creciente rechazo a una injerencia del estado central sobre lo local que hipoteca una presente o futura política de dinamización de los recursos locales. Riaño (León). El Cabril (Córdoba), Valdecaballeros (Badajoz), Anchuras (Ciudad Real), Soto del Real (Madrid), constituyen ejemplos de las respuestas desde el medio rural a un tipo de “desarrollo” impuesto desde fuera y no deseado, y que tenderá a propa-

garse y a agudizarse ante la progresiva acción restrictiva de las administraciones sobre los recursos locales; léase p.ej. la inundación de tierras y bosques y otros impactos ambientales y paisajísticos que conllevará el Plan Hidrológico Nacional.

b) Paradójicamente, intervenciones de signo opuesto del estado central, construyen otro campo de conflictividad, que “restringe los usos tradicionales productivos y ordena el mantenimiento de los improductivos”. Nos referimos a la ordenación que rige en las zonas declaradas como Parques Nacionales o Parque Natural. A las limitaciones para la localización industrial y residencial se une la necesidad de conservación del patrimonio edificado, lo que es considerado por la población local como una fuerte limitación para la modernización de estas áreas. Doñana, Picos de Europa o Sierra de Gredos son áreas protegidas que empiezan a movilizarse contra las redobladas limitaciones que la administración impone a estas zonas, tratando de presionar para obtener una ordenación que incorpore las necesidades y aspiraciones de modernización de la población residente.

El campo conflictual que se genera con la ecodistribución tiende a ampliarse y a profundizarse. La percepción de los recursos locales como fuente de desarrollo virtual a medida que los estilos de vida de las nuevas clases medias difunden la ruralidad como espacio de consumo, junto a una aplicación de la propiedad hacia patrimonios colectivos tales como la cultura y el paisaje, favorecen las reivindicaciones localistas, tanto en zonas de vocación residencial como en áreas por desarrollar.

3. LA DIMENSION CONTRADICTORIA DE LA IDENTIDAD LOCAL

Hasta aquí el análisis ha puesto el énfasis en la relación, conflictiva, entre la comunidad local y la sociedad global. La comunidad ha aparecido como un sólido conjunto, como un sujeto único y colectivo. E incluso su participación en la arena del conflicto es aprovechada como acto de solidificación identitaria. ¡Fuenteovejuna, todos a una!

Es momento, pues, de sumergirse en el interior de ésta, por oposición, sólida identidad, para hacer emerger las fracturas, contradicciones y talones de Aquiles de una unidad aglutinada como estrategia defensiva pero que es también, a la vez, una comunidad frag-

mentaria y, en cuanto tal, centro neurálgico de tensiones conflictivas.

La evolución contemporánea de las sociedades rurales viene caracterizada por la disolución de su propia unicidad y homogeneidad en favor de una creciente heterogeneización de sus estructuras sociales. (Camarero, 1991 y 1992).

Dos tendencias, el creciente proceso de desagrarización y la paulatina disolución de las fronteras urbano-rurales han sido los factores que han determinado la fragmentación de las comunidades rurales. Por una parte han mutado los ejes tradicionales de la segmentación social —la propiedad de la tierra— por otros nuevos y, por otra parte, se han multiplicado los factores discriminantes. En definitiva, estas tendencias han configurado un abigarrado mosaico de grupos sociales de muy diverso tipo.

Todo este proceso de fragmentación va a determinar, como se verá a continuación, dos grandes polos de tensión, siempre latentes, que emergen en cuanto conflictos en función del grado de heterogeneidad que alcanza una comunidad determinada.

El primero de estos polos engloba la conflictividad que proviene de las dificultades de integración de colectivos heterogéneos. Si hasta ahora la sociedad rural era una sociedad de residentes autóctonos, ahora es, cada vez más, en muchos de los pueblos, una sociedad que comienza a diferenciar entre: “los de siempre y los nuevos residentes”. Esta distinción es además una distinción sociológica entre dos colectivos muy distintos. (Pahl, 1965).

Por una parte, los residentes autóctonos son una población en mayor medida compuesta por personas relacionadas con actividades agrarias, con niveles de renta y educación menores y más envejecida, mientras que los llamados nuevos residentes son, a su vez, un grupo heterogéneo compuesto por clases medias con intereses extragrarios, con un marco relacional volcado más hacia fuera de la comunidad y sin raíces culturales en ella. Existen también otros grupos intermedios como son los “hijos del pueblo” o emigrantes que han ido retornando a sus núcleos de origen cuando ha ido concluyendo su vida laboral y que comparten las características de unos y otros (Monreal, et. al., 1991). Pero además muchos de los grupos tanto de nuevos como de viejos residentes mantienen en el tiempo una rela-

ción estacional o cíclica con la comunidad, apareciendo otros ejes de fractura entre los “de todos los días” frente a los del fin de semana, los domingueros y los veraneantes.

Mientras que en ciertas áreas rurales de Europa la polaridad entre nuevos y viejos residentes ha sido la chispa de una conflictividad manifiesta, en nuestro país es una conflictividad mucho más latente, oculta en un orden simbólico, que se manifiesta, a veces, en la celebración de fiestas separadas para los del pueblo y para los de fuera, o en las trabas puestas para el ingreso de los nuevos residentes en las cofradías religiosas, las sociedades culturales y recreativas..., o en la creación, por parte de los nuevos residentes, de asociaciones de alto “standing” a las que los residentes tradicionales no tienen acceso.

Pero no hay duda de que esta bi o multipolaridad es banal frente a otros nuevos colectivos de residentes, “los otros” por antonomasia: gitanos y trabajadores inmigrantes. Frente a la segmentación sociológica la segmentación étnica cobra, lamentablemente, un carácter de conflicto manifiesto.

Los gitanos han sentido también las tendencias migratorias internas, unos asentándose en las áreas suburbanas metropolitanas y otros permaneciendo en núcleos rurales en cuyas amplias zonas tradicionalmente venían “nomadeando” y eran demandados como mano de obra. En todo caso, han ido perdiendo su función en el intercambio restringido de bienes y servicios de la ruralidad tradicional. Ello ha dado lugar a violentos brotes xenófobos contra éstos, también, nuevos residentes, hermanos pobres de una sociedad desigualitaria. Esta situación se repite con los silenciosos y obligadamente ocultos trabajadores inmigrantes, principalmente magrebíes pero también procedentes del Este Europeo.

La xenofobia no es otra cosa que homofobia. El extranjero es sólo producto de la imaginación colectiva de sociedades desigualitarias que pretenden afirmarse socialmente mediante la violenta constatación de que hay todavía alguien en peor situación. Los ataques al “otro” son ataques de la propia comunidad al conjunto de la sociedad.

Mientras este polo de la conflictividad es, en definitiva, producto de la naturaleza de una sociedad rural cada día más heterogénea, el segundo polo de la conflictividad en el interior de las sociedades rurales es producto de los diferentes intereses de grupos económicos que

emergen en el interior de la comunidad en torno a la lucha por el control político de la misma. El control de los usos del suelo, mediante las diversas figuras de planeamiento y, a través de él, de los recursos, así como el acceso a los recursos financieros para el desarrollo local y la aplicación de los objetivos de éste en función de intereses particulares, constituyen nuevos mecanismos de dominio y nuevas fuentes de conflicto en el interior de la comunidad local. "No es solamente la apropiación del espacio lo que está en juego, sino también de los recursos naturales precisos y tangibles: el agua, los suelos, la vegetación, la fauna, el paisaje, etc." (Mathieu; Jollivet, 1989:14). El control de los mismos es sólo posible a través del control de las instituciones políticas.

La arena política reproduce la diversidad y heterogeneidad de las sociedades rurales. La pugna entre las clases de propietarios tradicionalmente dominantes, que se aferran a no reconocer que los mecanismos en que basaban su poder e influencia de antaño han variado, y que continúan empeñadas en mantener su poder frente a las nuevas clases medias marca la actual conflictividad en la política local de los núcleos rurales. No obstante, en ocasiones son los propios terratenientes los impulsores de nuevos modelos de desarrollo, trocando su control de la propiedad agraria por el de la propiedad inmobiliaria y renovando así su estatus de dominación local.

Las nuevas clases medias rurales son una amalgama de viejos residentes no vinculados a la actividad agraria y de nuevos residentes que pretenden hacer aflorar sus intereses y buscan su legitimación como clases dominantes, a través del control de los mecanismos de desarrollo local. Sin embargo, la diversidad sociológica de estas clases medias dificulta en algunos casos alcanzar estrategias estables y conciliadoras de desarrollo.

Por último, conviene tener presente que la sociedad rural, a pesar de ser socialmente heterogénea es una sociedad en sí misma fuertemente desestructurada, fuertemente envejecida y masculinizada, sin capacidad en muchos casos de reproducción, es decir, sin generaciones de reemplazo. La sociedad rural es consciente de ello y prefiere muchas de las veces aguantar sus diferencias internas antes que hacerlas manifiestas, pues se siente como una sociedad frágil.

En síntesis, se da un progresivo desplazamiento de la funcionalidad productiva hacia la del consumo como forma de actividad que

emerge en la sociedad local, por ello más pluriactiva y heterogénea socialmente. A su vez se produce un traslado del conflicto dentro de las agriculturas desde los grupos de los grandes cultivos amenazados hacia aquellos de la agricultura más tecnologicada, rejuvenecida y competitiva, tanto en la propiedad como en las relaciones salariales.

En definitiva, a la vez que lo local —su defensa— aparece como bandera de resistencia frente a su dominación desde la centralidad metropolitana o de la integración urbano-rural, simultánea y paradójicamente se pierde su cohesión, definitivamente convertida la sociedad rural en un mosaico de intereses divergentes.

REFERENCIAS

- CAMARERO, L. (1991): "Tendencias recientes y evolución de la población rural en España." En: *Política y Sociedad*, nº 8, pp. 13-24.
- (1992): "El mundo rural español en la década de los noventa. ¿Renacimiento o reconversión?". En: *Documentación social*, nº 87.
- CAMARERO, L.; MAZARIEGOS, J.; SAMPEDRO, R. (1988): Estrategias de Identidad de los Horticultores ante la integración en la CE. IRA. Mimeo.
- COCKBURN, C. (1977): *The Local State: Management of Cities and People*. London.
- CLOKE, P.; LITTLE, J. (1990): *The Rural State? Limits to Planning in Rural Society*. New York.
- GARCIA BARTOLOMÉ, J. (1991): "Sobre el concepto de ruralidad: crisis y renacimiento rural". En *Política y Sociedad*, nº 8.
- GOMEZ OREA, D. (1985): *El espacio rural en la ordenación del territorio*. Madrid.
- IBÁÑEZ, J. (1988): "Los futuros de la ciudad". En: *Alfoz*, nº 57, pp. 55-66.
- (1991): "Comunicaciones entre los pueblos y la ciudad". En: *Política y Sociedad*, nº 8, pp. 95-100.
- INGLEHART, R. (1971): "The silent Revolution in Europe: Intergenerational Change in Post-industrial Societies". En *The American Political Science Review*. vol. LXV, nº 4.
- (1983): "The Persistence of Materialist and Post-Materialist Values Orientations: Comments on Van Deth's Analysis". En *European Journal of Political Research*, nº 11.

- (1985): “New Perspectives On Value Change”. En *Comparative Political Studies*. Vol. 17, nº 4.
- JONES, G.; STEWARD, J. (1983): *The Case for Local Government*. London.
- MATTHEU, N.; JOLLIVET, M. (1989): *Du Rural à L'Environnement*. París.
- MAZARIEGOS, J. (1991): “Presentación”. En *Las Trayectorias de la Ruralidad en la Sociedad Itinerante*. Política y Sociedad nº 8.
- (1992): “La estructura del medio rural y su repercusión en los servicios de bienestar social”. En *La Administración Local y los Servicios Sociales en Ayuntamientos de menos de 20 mil habitantes*. Madrid.
- MONREAL, P.; JABARDO, M.; SUANCES, C. y SAN BRUNO, P. (1991): “El tejido social serrano”. En: *Alfoz*, nº 83, pp. 67-72.
- MOYANO, E. (1984): *Corporatismo y Agricultura: Asociaciones profesionales y articulación de intereses en la agricultura española*. Madrid.
- OFFE, C. (1988): *Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales*, Madrid.
- PAHL, R.E. (1965): “Class and community in english commuter villages”. En: *Sociologia Ruralis*, nº 5, pp. 5-23.
- TOURAINÉ, A. (1981): *La Voix et le Régard*. Paris.



La Política Verde se ha de proponer tanto la cuestión de la supervivencia como la tarea de la emancipación social

(Epílogo de la versión alemana del manifiesto
POR UNA ALTERNATIVA VERDE EN EUROPA, 1990)

Frieder Otto Wolf

El desarrollo histórico de la humanidad entra actualmente en una fase decisiva. A pesar de las continuas noticias sobre catástrofes ecológicas, a pesar de los graves conflictos internacionales, a pesar de las cuestiones sin resolver de la reproducción a largo plazo del ciclo económico establecido, y a pesar de las refinadas estrategias que las relaciones de dominio patriarcal oponen a su disolución generalizada, también se ofrecen actualmente a la humanidad las posibilidades de producir un cambio real en su propio desarrollo; y ello en la medida en que la amplia masa de los productores y de las productoras, de los consumidores y de las consumidoras, comience a hacerse cargo de sus condiciones de vida. Sin duda el movimiento verde es, en buena medida, un producto de las sociedades del Norte, tecnológicamente hiperdesarrolladas y socioeconómicamente diferenciadas. El movimiento verde agrupa generalmente en estos países a minorías cualificadas, con un grado de información superior a la media. A pesar de ello, no es fácil despacharlo como un movimiento de los ricos, ni de los privilegiados informativamente; aunque así fuera, los movimientos de la «inteligencia» han jugado continuamente en la historia un importante papel como «guardaaguas» históricos.

Traducción: Laura GASSULL, Francesc Jesús HERNÁNDEZ y Rosa PÉREZ. Valencia.

Aunque no pueda basarse ni en una certeza filosófico-histórica, ni en la aspiración –propia de la teoría de las clases– de la mayoría social al poder, el movimiento verde está ante una tarea histórica cuyo alcance sobrepasa ampliamente sus propias fronteras: para poder encontrar soluciones sólidas a las cuestiones de la supervivencia de la humanidad, habrá que establecer una nueva conexión entre las cuestiones de la paz, del equilibrio ecológico y de un orden económico internacional solidario, con las cuestiones de la emancipación, de la formación y de la liberación. Y se tendrá que establecer esta conexión aunque sólo sea para superar los bloqueos y los encuadramientos de amplias masas, cuyas actividades representan una contribución irrenunciable a cualquier solución real de la crisis. Precisamente porque el movimiento verde no se encontrará solo en esta situación, está destinado estructuralmente a buscarse aliados poderosos, a los que tendrá que despertar, al mismo tiempo, de su parálisis coyuntural.

La crisis del movimiento comunista –en tanto que el más reciente de los movimientos históricos de emancipación que ha alcanzado el poder político– se ha hecho patente no sólo como una profunda crisis del marxismo como teoría (crisis que, en otro tiempo, ya habría sido expeditivamente suprimida por la contrarrevolución teórica estalinista y, de esta manera, se hubiera silenciado más allá de la esfera de dominio soviética); en realidad, también ha sido consecuencia suya el desastre histórico de las sociedades del socialismo real, que ha culminado de momento con el retorno de las otrora «democracias populares» a perspectivas políticas anteriores a la II Guerra Mundial, y que ha conducido a una profunda crisis a la Unión Soviética y a su proyecto de renovación originalmente socialista, la «perestroika». Al mismo tiempo, el género humano (que desde hace más de un siglo no ha dado el salto a la «regulación racional» de su «metabolismo con la naturaleza», anticipado por Marx) se ha puesto por su propia acción –aunque ésta no haya sido controlada por la totalidad de la humanidad– ante problemas globales. Problemas que la humanidad tendrá que resolver so pena de su no supervivencia; y habrá de hacerlo en el plazo histórico más breve posible y sin poder aceptar el riesgo de inseguras «soluciones totales». La humanidad ya no se puede permitir «rodeos» de planificaciones globales a 60 –ni tan solo a 40– años vista. Ensayos precisos por limitar los daños se tendrán que conectar continuamente con estrategias radicales de transformación. Y también

la agilidad intelectual y la perseverancia moral habrán de ponerse en relación de nuevo de una manera aceptable.

En especial, un marxismo vivo, radical y actual no habrá de dirigir la aplicación de la autocrítica únicamente a la historia de una praxis política, que ha sido legitimada en nombre de una coherencia teórica. El marxismo, en tanto que teoría política, se encuentra también ante la tarea de pensar de nuevo la emancipación social de una manera amplia, bajo la condición insoslayable de una solución a la cuestión de la supervivencia. Ello exige una radical y renovada reflexión sobre el sentido de algunos conceptos, como por ejemplo «praxis social», «lucha de clases» y «emancipación», y sobre tesis como las de la «sociedad sin clases» y las de la «supresión del Estado». También exige un profundo análisis científico de la íntima dependencia entre procesos ecológicos y sistémicos y desarrollos históricos. Esta tarea de repensar la emancipación social habrá de analizar, así mismo, los procesos actuales de la crisis ecológica, social, económica y cultural –y primordial y urgentemente habrá de reflexionar sobre cómo estas concepciones podrán introducirse realmente como norma verdadera o como la única política viable en los países vanguardistas del Norte–, y lo hará en su desdoblamiento característico entre, por una parte, unas formas de la «normalidad» (predominio parlamentario, de los partidos políticos), y, por otra parte, las formas políticas dinámicas de sectores socialmente marginales o de aquéllos que se encuentran en el umbral institucional, así como también considerando las fases excepcionales, desde la revuelta juvenil de los años sesenta hasta las transformaciones democráticas en la Europa del Este a finales de los ochenta. Otras teorías políticas en este conjunto de tradiciones de pensamiento que se han esforzado por plantearse los problemas globales ante los que se encuentra actualmente la humanidad, como la teoría feminista, la ecologista y la libertaria, tendrán que proponerse un reto idéntico. Si partimos de premisas históricamente acreditadas, como por ejemplo que los movimientos sociales no se pueden delinear en una mesa de dibujo y a continuación lanzarlos artificialmente, concluiremos que hay que comprometerse con los movimientos y las rebeliones radicales contemporáneas que estén aquí y ahora en situación de orientarse a sujetos vivos. De cualquier modo, en la vida política y cultural de las modernas sociedades parece regir una ley según la cual nada se repite nunca de la misma forma en los movimientos sociales, y aún más, jamás es posible reintroducir conocimientos con la mis-

ma forma en los movimientos sociales, aunque continúe su validez. La historia del movimiento obrero –cuya relativa continuidad desde los años noventa del siglo XVIII ha supuesto sin duda una gran conquista de la cultura política– está ofreciendo precisamente numerosos ejemplos de esta necesidad de una nueva articulación estable. No hay, por lo tanto, ningún paso atrás en los modelos de articulación de la teoría política. Al contrario, ha llegado el momento decisivo para los movimientos de transformación de trabajar y «conservar» lo que han experimentado los movimientos anteriores. En definitiva, el empuje del movimiento de los años sesenta tuvo como resultado concreto los Verdes. Si se trata de articular este empuje político se tendrá que pasar obligatoriamente por los movimientos y los partidos verdes, aunque resulte visible la limitación de la política de partidos, como tal, por lo que respecta a los partidos verdes existentes.

Todo lo anterior también es válido precisamente por lo que respecta al proceso iniciado de anexión interalemana y a las muy persistentes «fantasías del Este» con las economías del Oeste y el capital financiero internacional. El naufragio económico y político de los Estados autodenominados de «socialismo real» –que evidentemente ha sido utilizado por sus adversarios políticos para un «roll-back» (reboinado) geopolítico e ideológico –político– nos coloca, en tanto que socialistas ecologistas, ante la tarea de repensar, de una manera fundamental y cuidadosa, nuestra concepción de lo que pueda ser un proceso de transformación ecológico-socialista. Es cierto que ya no resulta posible apelar sencillamente a las ideas de Marx sobre la «asociación de productores libres». Como noción nuclear se puede mantener la exigencia de que el modo de producción y consumo se organice de manera que los productores y las productoras, las consumidores y las consumidoras, estén en disposición de regular su modo de vida y de trabajo, así como su «metabolismo con la naturaleza». La «regulación consciente» no ha de entenderse sólo como la tutela administrativa, sino que incluye también la decisión sobre los márgenes de libertad y sobre los grados de libertad que se dejan abiertos en las iniciativas y en las innovaciones. La concreción de esta noción nuclear ha de elaborarse de nuevo, teniendo en cuenta que, a pesar de la actitud fundamental y dominante productivista, hay mucho que aprender de los diversos debates soviético-rusos, chinos, cubanos o también nicaragüenses sobre la denominada «construcción del socialismo». Debates de incalculable valor positivo en la futura nueva

Alemania, a pesar que nos encontramos con algo en gran parte negativo, a saber, la profunda decepción de amplias masas, así como también de algunos intelectuales más receptivos, de la severa experiencia social del socialismo de Estado que se ha producido en los 40 años de la República Democrática Alemana. Si consiguiéramos cambiar esta decepción por una crítica precisa –de los mecanismos de subordinación y de sumisión a un Estado que penetra en la sociedad y en las estructuras de la personalidad de los individuos, mantenidos durante toda su vida con los grilletes salvadores, de la inactividad económica bajo las condiciones de la «propiedad de nadie» socialmente dominante y de las reducciones ecológica y socialmente destructivas, de una planificación y de una contabilidad económica productivista–, entonces obtendremos un material abundante para poder conceptualizar la futura «transición socialista», sin violencia voluntarista y sin imaginarios acortamientos históricos. Además de esto, el que sea sometido a una crítica minuciosa mucho de lo que ha sido socialista, es bueno y nunca puede ser malo. «Whenever I had learnt something, I felt I had lost something!» (cada vez que he aprendido algo, sentía que perdía alguna cosa), decía adecuadamente George Bernard Shaw.

PRELUDIO EN LA REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA: LOS VERDES, UN PARTIDO DE IZQUIERDAS, UN PARTIDO PARA LAS IZQUIERDAS

Antes de los Verdes hubo una doble revolución cultural: en primer lugar, la revuelta juvenil de los años sesenta que, por lo que respecta a Alemania occidental, consumó la histórica ruptura generacional con las generaciones anteriores –hasta aquélla que había sido llevada a la política por el nazismo activo y sus simpatizantes, y pudo extender su influencia hasta los años ochenta–; en segundo lugar, la toma de conciencia ecológica de los años setenta, que ya se preparaba en los sesenta. Esta toma de conciencia desarrolló, mediante «iniciativas ciudadanas» y por medio del «movimiento antinuclear», nuevas formas de organización y de práctica política, en las que se recogía para una acción común «escenas» bien diferentes (como, por ejemplo, la «escena de los anoracs» de los campesinos que quieren conservar el entorno, aquélla otra que procede de los años sesenta, la «escena de los jeans y del flower-power» y la «escena de las cazadoras de cuero», de

los okupas y de los estudiantes urbanos). Y aún más, fueron arrancados algunos temas, que aparentemente no tenían nada que ver con la política, del monopolio político de la burocracia y de los expertos, como, por ejemplo, la decisión sobre los sistemas de generación energética y su utilización. «¿Nuclear? ¡No gracias!» se convirtió en el lema de toda una década. Entonces resultó posible, de una manera inmediata, una acción propia sobre estos temas, sin tener que esperar al día después de un abrupto cambio en las relaciones de poder: puedo variar mi comportamiento obediente ante la opción de «usar y tirar» de los reclamos publicitarios; también puedo cambiar mi relación irracional y acrítica con las «ofertas de prestación de servicios» de los grandes bancos; lo mismo puedo hacer con mi lenguaje por lo que respecta a la relación entre los sexos. Todo esto encuentra eco, sobre todo, en los «nuevos sujetos» de las generaciones más jóvenes, que (por razón del proceso de cambio histórico y social habían roto los «grilletes protectores» de las relaciones familiares y comunitarias patriarcales, tanto en sus formas (pequeño) burguesas como en las proletarias) habían sido repelidos tanto por las grandes organizaciones sociales, guiadas autoritariamente, y por el movimiento obrero, como por las constricciones de sumisión de los aparatos políticos.

En los comienzos del partido verde en la República Federal de Alemania se planteó un amplio compromiso: posiciones expresamente de izquierdas de los movimientos de los años sesenta fueron aceptadas dentro del partido en condiciones de igualdad, al precio de que se toleraran en él posiciones «conservadoras aceptables» y, en cualquier caso, que se estuviera dispuesto, en caso de duda fáctica, a renunciar a una aguda disputa ideológica (tal vez con aquéllos que después fundaron el ÖDP, o también con el «anticapitalismo» pequeño-burgués de los compañeros «vasallos»). Por ello, programáticamente, los Verdes no se comprometieron principalmente con posiciones radicales de izquierdas, en el sentido de las tradiciones socialista, comunista, feminista o anarquista; recibieron, sin embargo, un préstamo con las reivindicaciones particulares de estas tradiciones. De esta manera, las izquierdas en los Verdes gozaron de una puntual disposición mayoritaria, en cualquier caso en unión con unas «bases de centro» verdes, de características políticas e ideológicas no tan acentuadas que, por otra parte, provenían de círculos rurales o de pequeñas ciudades y que, sin querer inclinarse por una estrategia global decididamente anticapitalista y por una política crítica, eran fácilmente conquistables para determinadas reivindicaciones radicales.

Tal y como ha sucedido en otros países, en la República Federal de Alemania vivieron muy intensamente como «a crédito», es decir, de la ilusión de la misma «novedad total», que les relevó de la necesidad de tener que pronunciarse explícitamente sobre los «viejos problemas» de la explotación capitalista y de la opresión imperialista, de la violencia del Estado contra los derechos de los ciudadanos o del poder estructural y patriarcal contra la liberación de la mujer. Al mismo tiempo, la izquierda en los Verdes se ha dado durante demasiado tiempo a una ilusión. La ilusión que derivaba de que la izquierda ha interpretado de una manera muy radical el que los Verdes no se declararan explícitamente partidarios del orden capitalista para la sociedad actual, ni de la violencia estatal, etc., y, que, hasta ahora, hayan renunciado a prestar esta declaración; frente a esta ilusión y en tanto que oposición (latente) radical contra las estructuras de dominación capitalistas, patriarcales, imperialistas y económicas actuales, se tendría hoy por hoy que haber contemplado los movimientos y partidos también como un ensayo –probablemente todavía necesarios desde el punto de vista histórico– para escapar de la fuerte confrontación y de la represión, tal y como la experimentó de los poderes imperantes la izquierda radical de los años setenta. Tan pronto se da una reflexión «realista» en una parte de la izquierda, la que no se considera tan radical como muchos verdes, aparece el diagnóstico de una galopante «derechización» de los Verdes: lo que se ha desarrollado en la propia cabeza se proyecta inmediatamente sobre el objeto del pensamiento.

Para la izquierda en los Verdes resultó realmente atractivo pactar con las ilusiones nuevas de la auténtica ideología verde: lo que significó, antes de nada, que la izquierda no consideró necesario efectuar la propia crítica estratégica, porque en aquel momento no parecía darse ningún problema estratégico: cuando alguien no está preparado para hablar, naturalmente se calla con placer. De hecho, ello significó, por una parte, la renuncia a la elaboración de una estrategia explícita de transformación (tal y como se acuñó en el consenso fundamental de los Verdes); por otra, pudieron seguirse de nuevo los viejos planteamientos estratégicos, a pesar de su fracaso histórico, tanto en los modelos comunistas como en los socialdemócratas; en el transfondo, hubo una práctica de sectarización «in foro interno» (cada secta marcando su propio campo de actuación dentro de los Verdes). Aquella renuncia resultó cara a los Verdes: significó el bloqueo de la

fuerza productiva específica, verdaderamente política, del movimiento de la «inteligencia».

Si consideramos la rápida transformación de la situación estratégica (transformación que ha ido atravesando una serie de fases: la fase del movimiento electoral, bajo el lema: «Ahora, elijámonos a nosotros mismos»; la fase de consolidación parlamentaria del partido verde; la fase de los acontecimientos a Hamburgo y Hesse, que plantearon la cuestión central de cómo tenía que intervenir el nuevo partido en los mecanismos políticos centrales del «juego cambiante» entre gobierno y oposición; la siguiente fase de la supuesta extinción de las opciones tácticas parlamentarias, donde no se podía prever ni una mayoría de gobierno ni fuertes movimientos extraparlamentarios de masas; la fase actual de transición hacia una política que resulte práctica en una nueva Alemania unida), aquel mecanismo de renuncia condujo a que la coherencia del trabajo colectivo de la izquierda que aún se mantenía, se atomizara, se tornara menos sólida y se rompiera en pedazos, sin que los implicados notaran realmente su pérdida.

Siempre ha existido en los Verdes un consenso mínimo entre los defensores radicales del medio ambiente y la vida del norte de la Selva Negra y las feministas radicales de Hamburgo, entre los abogados establecidos y los «freak» del proyecto de autoayuda (iniciativas de trabajo alternativas), entre la combatiente sexagenaria antifascista y el luchador universitario. Este consenso existió simplemente sobre la consideración de la urgencia de un «cambio radical», de un «giro» de una «inmediata parada de...» o de un «dejar de utilizar...». Y se mantuvo bajo la ficción política, ampliamente extendida, de que las cuestiones específicas conducirían, por ellas mismas y de una manera automática, hacia un consenso entre colectivos totalmente diferentes. Este consenso ha supuesto, antes que nada, la conexión política de gentes con pasados muy diferentes. Sin embargo, también ha contribuido a que los Verdes, en todas aquellas cuestiones que sobrepasaban lo que implicara una respuesta inmediata y urgente, hayan permanecido sin discurso, sin términos teóricos, en cualquier caso, sin una plataforma común de entendimiento.

Este consenso mínimo podía mantenerse en los Verdes mientras se tratara simplemente de organizar la irrupción en el monopolio político de los partidos establecidos. Frente a la cuestión de hasta qué punto podía tensarse el arco de la «compatibilidad de ideas», se puso

de manifiesto, como un principio de trabajo realmente fértil, la orientación hacia una implicación común y la concentración hacia la común determinación del «siguiente eslabón». Además, esta forma de actuación podía funcionar aún, por algún tiempo, incluso sin dedicarle un gran esfuerzo, mientras lo permitiera la incapacidad de los partidos establecidos de actuar ante la situación creada mediante su irrupción en el «mundo de los cerebros grises» y mientras lo hiciera posible el entretenimiento de la novedad de los Verdes. Pero en la medida que los partidos políticos hegemónicos en la República Federal de Alemania –con la dimensión en común del viejo «consenso de demócratas» constitucional, es decir CSU/CDU/FDP/SPD– aprendieron a actuar superficialmente de una manera competente ante las nuevas exigencias (Töpfer, a diferencia de Zimmermann, sabe lo que es un becquerel), y también en la medida que los medios de comunicación de masas pudieron catapultar a los nuevos y entretenidos individuos de la vida político-cultural (desde el espíritu «yupi», pasando por el «nuevo movimiento juvenil» por la «libertad y la igualdad», hasta los nuevos «autónomos») a la primera línea de diversión del aburrimiento postmoderno, aquel consenso mínimo, vacío conceptualmente tuvo que deshacerse. Y se rompió ciertamente bajo el peso de cargas reales: los desastres de la táctica de la tolerancia en Hamburgo y la estrategia de la coalición en Hesse. Desde esta ruptura, las bases del partido verde no se aburren tanto, pero están desorientadas bajo la cúpula circense de su programa, sin poder articular claramente el deseo de un debate estratégico, sobre todo sin saber exactamente cómo se tendría que resolver la difícil situación del partido.

Otra manera de proceder hubiera significado tal vez, a corto término, una desventaja táctica: la izquierda no hubiera podido presentarse ya como la defensora del viejo «consenso básico» contra todos los intentos revisionistas de las y los «realos» y los «codazos» –siempre dogmáticos– de los «rupturistas». La izquierda hubiera tenido que participar mucho más con sus propuestas propias en la discusión sobre una redefinición de un consenso básico en los Verdes bajo condiciones diferentes, lo que hubiera significado el riesgo de quedarse en minoría con sus propuestas. Que la izquierda tendiera sobre todo y especialmente a la fijación y conservación del consenso básico entonces alcanzado, se puede entender únicamente desde los mecanismos de un partido con una ideología por una parte difusa y por otra formulada radicalmente, lo que indujo fácilmente en los defensores de

posiciones radicales la tentación de reaccionar frente a las diferentes situaciones mediante la inmunidad de la tradición ideológica existente (no es por casualidad que ya los jóvenes kautskyanos, dentro de la joven socialdemocracia, no reaccionaran a las nuevas cuestiones de Bernstein y sus seguidores con avances teóricos y políticos, sino con la creación del «marxismo ortodoxo»).

La cuestión de las propuestas de la izquierda sobre un nuevo y sereno consenso básico supone evidentemente que se tendrá que discutir de forma abierta cuál habrá de ser la política estratégica de izquierdas en los Verdes, para qué cosa servirán, como partido, los Verdes. No puede bastar, nadie se puede conformar con la constatación de que la izquierda de los Verdes «aún es necesaria».

De una manera rigurosa, el problema radica en la República Federal de Alemania en lo siguiente: la izquierda no había podido disponer prácticamente de modelos en la historia reciente de su propio país o en el seno de la generación de sus padres. Por este motivo, a causa de tradiciones de izquierdas vivas, la izquierda ya estuvo en peligro de tomar lo que fue tanteo previo y costoso por una serie de golpes geniales. A todo ello se añade también la tendencia de los Verdes a la ilusión de un comienzo totalmente nuevo y, con ello, la tendencia a conectar con aquella amnesia histórica de la izquierda. En cualquier caso, aquella parte de la izquierda que no pudo identificarse con el proyecto y la realidad de la República Democrática de Alemania, los «desenmascarados» en los Verdes, hubieron de reconocer la continuación de las formas políticas, que no han resultado superadas ni artificialmente ni por las exigencias de la realidad. Los Verdes que no provenían de esta «coherencia» pudieron reconocerse nueva y totalmente con esta línea de tradición de izquierdas que va desde la democracia de base hasta la lucha contra el artículo 218 o la solidaridad con Nicaragua.

PANORAMA ACTUAL: IDENTIDAD POLITICA DE LA IZQUIERDA EN LOS VERDES EN EL UMBRAL DE UNA POLITICA PARA TODA ALEMANIA

Desde hace demasiado tiempo los Verdes de la República Federal de Alemania se encuentran en cierta manera vacilantes, con dos pun-

tos de visita sobre la encrucijada histórica: para unos, no puede ser aplazado por más tiempo un entendimiento dentro del partido sobre un renovado contenido político del consenso básico; y no puede ser aplazado al menos porque cualquier nueva coalición con fuerzas provenientes de los movimientos ecologistas, feministas o de orientación democrático-radical de la República Democrática exige una revisión explícita, discursivamente articulada y desarrollada en el diálogo, de aquel consenso básico que ya ha resultado pretérito; para otros, los Verdes de la República Federal tendrán que organizarse con aquellas fuerzas de la actual República Democrática próximas en sus contenidos políticos que quieran ser o convertirse en una especie de partido político. Además, la precipitación con que se está efectuando la actual anexión de la República Democrática por la República Federal provoca que no aparezcan las cuestiones fundamentales.

En una perspectiva a medio término, la lucha por una articulación política del espectro de movimientos de izquierdas, feministas y ecologistas, y del abanico de oposiciones radicales decidirá si los Verdes consiguen superar sus bloqueos de la fase de constitución. Ante la alternativa entre cosmopolitismo y nacionalismo [estatal] (producida por el acelerado desarrollo de los Estados nacionales en la Europa Central y del Este, y cuya falsedad puede volverse a aprender de una manera clara), es el momento de tomar realmente las decisiones para hacer efectiva aquella articulación, aunque nada más sea para susstraerse a aquella alternativa. Por ello, hay que enfrentarse también a los Verdes de Estonia, con su inclinación racista ante «los rusos», haciéndose necesario mantener activamente la demanda de una sociedad pluricultural y plurinacional, en la cual se asocie una amplia democracia social con la igualdad de derechos y con la autonomía de todas las comunidades culturales. En este sentido, puede servir como modelo, por ejemplo, el «Plaid Cymrn» galés, que ha conseguido articular su «galismo» político de una manera categóricamente antirracista: para ellos son galeses todos aquellos que trabajan y viven en el País de Gales, adquiriendo con ello el derecho a cooperar en la autodeterminación comunitaria.

Algo semejante vale para las cuestiones de las relaciones y de los aparatos de poder político. Si es cierto que no hay ningún ámbito social «fuera» del Estado en el que se pudieran refugiar los débiles movimientos de base para erigir sus reclamaciones de derechos, es decir

sus reivindicaciones ante el poder jurídico estatal, ¿se sigue de ello que los Verdes hayan de apoyar sin reservas y llenos de confianza concepciones alternativas respecto de los mecanismos del aparato coercitivo del Estado? Un proceder efectivo dentro de los aparatos políticos estatales —desde la construcción de un partido político y la participación en las elecciones hasta la praxis parlamentaria, pasando por la constitución y la acción de gobierno— presupone, hoy por hoy, una crítica a sus mecanismos de funcionamiento, para mantener la capacidad de poder cambiar algunas acciones muy limitadas, digamos insípidas, y sin ilusiones en la amplísima meta de la transformación social.

El triunfo de la «economía de mercado», tal y como se consuma actualmente en la totalidad de la Europa del Este, pone finalmente en el orden del día la tarea de una concretización, también instrumental, de la idea de los Verdes: «¡trabajar de otra manera, vivir de otra manera!». ¿Cuáles son las condiciones institucionales para un funcionamiento no agresivo de los mecanismos del mercado, que sea ecológico, social, feminista y democrático, y con qué mercados, según qué mercancías y con qué «cualidades históricas», también definidas moral y políticamente, se puede transigir para su tipo de funcionamiento?

¿Cómo pueden los Verdes, por ellos mismos, como partido político, contribuir a ello en alguna medida? ¿Cómo pueden contribuir a que pueda romperse, al menos parcialmente, el efecto político de expropiación del sistema de partidos respecto de los movimientos sociales ciudadanos (como se ha demostrado efectivamente en el rápido proceso de la República Democrática)? La introducción de «listas abiertas» y la constitución de relaciones permanentes con movimientos «amigos», políticamente próximos, aún no es suficiente. Ahora, los Verdes de izquierda se tendrán que enfrentar de una manera práctica a la cuestión siguiente: ¿a partir de qué formas de un substancial trabajo político colectivo en proyectos sociales concretos puede ser reforzada y apoyada la propia praxis de los movimientos ciudadanos desde una política de partido?

Los Verdes tendrán que superar, en definitiva, también su tendencia espontánea a un horizonte limitado, más bien localista o regionalista, en el sentido que también habrán de tener elaboradas las grandes cuestiones de la política del Estado (desde el debate, probablemente ausente, de la Constitución hasta las previsibles discusiones sobre

estructuras y perspectivas de una «Unión Política Europea») y las concepciones alternativas que puedan referirse a las cuestiones concretas de la política cotidiana. Sin conceptos políticos «de alcance medio», la marginación política amenaza a los Verdes a causa de los conceptos de ese tipo sólo aparentemente exactos, lanzados a la competencia política por los partidos tradicionales. Además, los Verdes lo tendrán difícil sin criterios más concretos, que se generen para articular su protesta como una oposición necesariamente clara frente a la protesta, radical en las palabras, de los grupos fascistoides, con la simple desaparición de los cuales no se puede contar.

Una discusión fundamental y franca de estas cuestiones se aplicará no sólo por el hecho de que las fuerzas radical-democráticas, feministas y ecologistas de la República Democrática se han desarrollado y se han organizado por separado, sino también porque hasta ahora disponíamos de unas capacidades muy poco desplegadas para un debate constructivo; y, por otra parte, también por el hecho de que el residuo de autonomía de las estructuras de la República Democrática, arrasadas por la República Federal, se encarne de momento en un partido político propio, el PDS [Partido del Socialismo Democrático], nacido del SED [Partido del Socialista Unificado-Comunista- de Alemania], que se verá obligado, aunque sólo sea por la aritmética electoral, a renegar de su carácter específico de partido de la República Democrática, para reunir todas las «tradiciones» y las «identificaciones» de las y los socialistas. El PDS puede, si nos tomamos las experiencias históricas con un mínimo de seriedad, estar obligado a realizar los ensayos de renovación que han hecho los partidos comunistas de la Europa Occidental, que no será una «renovación acabada», como afirman hoy en día los militantes germánicos-occidentales. De otro modo, en el campo de los partidos políticos de la futura Alemania unida el PDS sólo disfrutará de pequeñas oportunidades para adoptar una posición clara, políticamente diferenciada tanto de los socialdemócratas como de los Verdes. Esta no es, de ninguna manera, una razón para negarle la crítica solidaria que aquellas y aquellos que soportan el PDS necesitan urgentemente para poder salir lo más ilesos posibles del previsible naufragio de su proyecto político. La presión que ejercerá el PDS para el debate de los contenidos sólo puede beneficiar al proyecto político de los Verdes. Ello distrae, sin embargo, del auténtico problema central, que continúa siendo un problema de autodefinition y de autopofilamiento de los Verdes

y, precisamente, de las izquierdas de los Verdes. Lo que se deriva de lo anterior, ya que las izquierdas no tienen en los Verdes ningún «interés particular» que defender.

Trabajar como izquierdas en la renovación del consenso básico de los Verdes no significa de ninguna manera que se hayan de abandonar unas posiciones que ahora se abrazan. Al contrario: viejas posiciones que han degenerado en meras fórmulas de compromiso (como, por ejemplo, lo «social» —en grandes titulares—, o también el postulado —interpretado de modos opuestos— de la «libertad de coacciones») habrán de ser definidas urgentemente de una manera más concreta y con una mayor consciencia de los problemas. Ello sólo se puede hacer si las izquierdas acaban de una vez de formular de manera táctica sus concepciones y expresan abiertamente dónde, según su concepción, se sitúan las diferencias y los acuerdos con otras partes del partido. La renovación del consenso básico de los Verdes no puede ser hecha con fórmulas de compromiso más o menos astutas. Al mismo tiempo, es menester unir las tesis y las reivindicaciones correctas y generales —como, por ejemplo, el abandono inmediato de la energía nuclear o la salida de la OTAN—, teniendo en cuenta precisamente la complicación de las relaciones por la unificación de la República Federal y de la República Democrática, con el acto de concebir las fundamentaciones y las reubicaciones que nos indiquen lo que se sigue, aquí y ahora, de las iniciativas políticas y las consecuencias de estas exigencias.

Para la izquierda en los Verdes no se trata de formular sus propias posiciones con vista a posibles compromisos, ya que, si así fuera, se privaría de un fundamento esencial al proceso necesario del debate de contenidos, como por ejemplo que todas las partes implicadas expongan sus propias posiciones de una manera concreta y ratificable. Tampoco se trata de cerrar compromisos de contenidos en el proceso posterior, sino antes que nada de asegurar una provisión suficiente de elementos en común, lo cual demuestra que se tendría que aceptar que cualquiera, con tesis y argumentaciones políticas diferentes, se encontraría más bien a solas y sería previsible que permaneciera en minoría.

Las izquierdas en los Verdes podrán encontrar tales elementos en común con grandes elementos del partido. Esto ya se puede observar hoy en día con una consideración objetiva. Pero si intentáramos formular los resultados de este proceso, nos anticiparíamos de una

manera inadmisible y nos orientaríamos hacia la «vieja política del poder». Con todo, ya hoy podemos esbozar los campos de problemas esenciales en los que se encuentran aquellos elementos en común, así como dos líneas fronterizas que delimitan los ámbitos en los que estarán presumiblemente las diferencias insalvables.

El campo en el que se mantendrán las diferencias insalvables será el de la autocomprensión básica: ¿deben y pueden las amplias transformaciones que han de ser tenidas en cuenta por los Verdes y por los movimientos ligados a ellos, superar definitivamente y como tal el actual sistema dominante, con su doble centro de poder, el poder político del Estado y el poder económico de los grupos capitalistas dominantes, o sólo conseguir mejoras dentro de este sistema? Esta distinción es, en parte, una cuestión escolástica: de acuerdo con toda la experiencia histórica, «no» se pueden determinar previamente dónde se encuentran los «límites sistémicos» de una forma de dominio con tanta capacidad de desarrollo como la actual. A modo de ejemplo, la mayoría de las reivindicaciones revolucionarias que en otro tiempo estaban formuladas en el «Manifiesto Comunista» han sido satisfechas de una u otra manera en los países capitalistas actuales.

Se trata de hecho, pues, de cerrar hoy en día en los Verdes un compromiso sobre hasta qué punto la cuestión anterior plantea una diferencia real, es decir una diferencia en la estrategia –en la determinación transcendente de las metas de la acción política, de la que se ha de deducir la concepción de las acciones y de las tácticas particulares–. El interés de la izquierda de los Verdes se ha de centrar en la radicalidad de la práctica histórica, es decir, se ha de poner en no permitir ninguna desvirtuación del contenido de las posiciones verdes; pero, al mismo tiempo, se ha de colocar el interés en renunciar a la pretensión de representar políticamente más de lo que la amplia masa de los miembros del partido y de los y las activistas del movimiento puedan admitir por su propia experiencia. Mientras permanezca abierta la posibilidad de realizar sin «orejeras de burro» dentro del partido y del movimiento verde la experiencia de la concreta radicalidad necesaria, será aceptable para una izquierda autoconsciente que el partido en su conjunto no haga suyas determinadas tesis estratégicas que son constitutivas para la izquierda, en particular su posición ecológico-socialista, es decir, no hacer propio su anticapitalismo en conexión con su crítica del Estado. Una izquierda así en los Verdes

puede ofrecer al partido en su conjunto todas las seguridades exigidas sobre que no intentará con medios insurrectos hacer valer sus posiciones en el resto del partido; y puede ofrecerlas porque sabe dos cosas: por una parte, que insurrección de este tipo no vale la pena; por otra, que el movimiento real engendrará una radicalidad más efectiva que la que pudieran representar estas simples decisiones de principios.

Precisamente ante el proceso de unificación alemana (al encuentro de los momentos de peligro «nacionalista» e incluso imperialista del cual sólo se podrá salir con una política que se dirija a las personas allí donde son conscientes de sus intereses de contenido social, económico y ecológico), una política, que se define a sí misma primariamente como «antialemana», revela exactamente estos mecanismos de la anticipada autosumisión bajo el presunto planteamiento «alemán» de los temas, si bien bajo la capa de la inflexibilidad dogmática. Pero tampoco tendrá éxito una reedición de los intentos comunistas y socialdemócratas de los años cuarenta y cincuenta para ocupar desde la izquierda la «cosa nacional». La decisión, que es menester suscitarse sobre el posible y deseable tipo de partido de los Verdes, no significa que ahora las izquierdas en los Verdes se hayan de dedicar en bloque a seminarios especializados de politología o de análisis discursivo. Se trata de decisiones relativamente sencillas respecto de una forma adecuada de partido. Antes que nada, se trata de entablar conocimiento con la realidad del partido, a saber con el hecho que los Verdes, sobre la base de sus decisivas estructuras prácticas –precisamente a nivel comarcal– representan algo tan difícil como un «brazo parlamentario» de movimientos sociales de base, casi desintegrados o diluidos en el partido, con un grado muy patente de desigualdad cuantitativa entre miembros del partido y votantes, así como entre aparatos parlamentarios fraccionales y organización del partido. También se tendrá que hablar seriamente sobre la estructura social y de edad de los Verdes como partido y como potencial de votantes, así como sobre las consecuencias que posiblemente se deriven de ella por lo que respecta a las estrategias de organización, y no solo por lo que respecta a las meras técnicas de organización, como por ejemplo que los Verdes parece que han perdido su influencia, hasta ahora casi automática, sobre los primeros y las primeras votantes. También es menester pensar sobre cómo pueden los Verdes activar, por ellos mismos, su aparentemente gran potencial en la nueva inteligencia científica y

técnica (tanto en el trabajo como en el estudio) y, al tiempo, fomentar una participación autónoma en acciones sindicales, para las que ese potencial estuviera dispuesto tanto como lo está para un compromiso radical-democrático, ecologista y feminista. Nuevas formas alternativas de diseño social habrán de ser acogidas por los Verdes de una manera tan seria como los impulsos concretos de la práctica vital, especialmente por parte de los jóvenes. Esto presupone formas propias de procesamiento de la experiencia y de la experimentación política, que precisamente los Verdes no tendrán que configurar de una manera predominantemente partidista.

Sin perder de vista las posibilidades que hay para una oposición radical y transversal a los mecanismos de integración políticos de la política actuante, ni el necesario doble carácter de todo partido político parlamentario –por una parte, en tanto que organización social que dentro de los movimientos sociales gana influencia por su enraizamiento y, por otra parte, en cuanto órganos quasi estatales representan los mecanismos ideológicos y la razón de Estado frente a los ciudadanos–, es menester aprovechar dentro de los Verdes, mediante una política de izquierdas inteligente, el que los efectos de movilización y politización provocados por ellos predominan aún sobre los efectos de integración y sumisión.

Precisamente cuando sabemos que no hay ningún lugar «fuera del sistema» en el que o desde el que pueda hacerse una «pura oposición al sistema», que no tenga que retorcerse contra sus contradicciones internas, la seria valoración de nuestra experiencia resulta para nosotros en tanto que izquierda la condición central de una fuerza política emancipatoria.

De ello resulta también la necesidad de no dejar que las formas de nuestra organización se desarrollen siguiendo su propio curso, sino que hemos de revisarlas periódicamente y configurarlas mediante decisiones colectivas conscientes. En la historia de la organización de los Verdes hasta ahora el principio de rotación y el mandato imperativo se han enlazado de una forma contradictoria con el respeto a las posiciones individuales de los mandatarios y de sus fracciones; y se han ido vaciando en definitiva, por estas contradicciones, de manera que desde hace tiempo son precisas nuevas disposiciones. Precisamente bajo el postulado de evitar la ordenación general de la vida interna de un partido alternativo por medio de los mecanismos de la políti-

ca parlamentaria, se le concede importancia al principio de la separación de los cargos del partido y de los mandatarios electorales. Para que ello no resulte un ritual político vacío, es menester también una nueva reflexión sobre la división del trabajo político entre las fracciones y los «gremios» del partido, para lo cual sería necesario facilitarle al partido, en el plano de las naciones y en el de todo el Estado, la tarea y los medios para reforzar la política en y con las organizaciones y los órganos de coordinación de los movimientos sociales. La, todavía correcta, crítica verde al politiquero profesional establecido ha de ser liberada, desde un punto de vista de izquierdas, de la «primera plana», con la tendencia a disponer de funcionarios o profesionales liberales, a fin de poder crear verdaderas posibilidades de poder vivir también de la política alternativa, sin tener por ello que estar en una rotación permanente de una posición dirigente a la siguiente o incurrir en una estrategia establecida de monopolización del poder.

También se tendrá que operar en todos los niveles de la organización del Partido Verde para que se aproveche activamente, en las tareas señaladas, y se abra paso en la sociedad, la experiencia del movimiento de las ciudadanas y los ciudadanos de la República Democrática. Con ello se activará tanto el hecho de entrar en los «focos sociales» y de poder poner en común iniciativas colectivas con las víctimas de la falta de medios de subsistencia y de la marginación económica y social, como también el hecho de hacer posible, en muchas Escuelas Técnicas Superiores, los conocimientos alternativos y críticos con la tecnología, para iniciativas sociales ecologistas, feministas o pacifistas.

Finalmente también tendrán que encontrarse formas eficientes para que pueda resultar garantizada una cooperación real de los militantes del partido, que tienen compromisos diferentes, en la formación de la opinión y en la motivación política, o formas que resuelvan la cuestión de cómo los nuevos militantes, siempre de una manera rápida y autónoma, puedan encontrar las posibilidades concretas de actuación dentro del partido que les resulten atractivas. Precisamente tras las primeras elecciones de la Alemania unida sería el momento para un «Consejo Organizativo Verde», con delegados y delegadas del movimiento como dirigentes, que sereno y sin tabús, y también valiente e innovador, pudiera inaugurar una próxima fase del desarrollo organizativo más allá de las fronteras del partido.

La decisión hacia una constitución y renovación de la política de izquierdas en los Verdes no es, por tanto, un acto de resignación o de adaptación, sino que, al contrario, se trata de una consecuencia de la mera comprobación que la política radical no se puede practicar sin oposición, que la diferencia entre la utopía radical y el siguiente paso posible es necesariamente nociva, pero que ha de soportarse inevitablemente en una praxis real y no simplemente en una imaginativo-verbal.

Con este convencimiento, la izquierda dentro de los Verdes puede establecer de forma consciente el debate con las fuerzas de izquierda que representan otras opciones tácticas y estratégicas; así mismo, puede establecer la discusión con la parte de los Verdes que cree necesario alejarse de un proyecto anticapitalista, extraestatalista y decididamente de izquierdas.

Sólo una izquierda verde, tan segura de ella mismo como crítica, estará en situación de formar parte de una eficaz oposición alternativa y convertirse en una fuerza social en la «nueva Alemania» que ha surgido. Para la izquierda verde en la República Federal esto significa, en primer lugar, efectuar su irrenunciable contribución a una «nueva repoblación» política y estratégica, sin dejarse distraer por las «auto-guettizaciones» de la izquierda radical y de las nuevas discusiones socialdemocráticas. Para una izquierda que reflexiona verdaderamente en la estrategia en la casi desintegrada República Democrática aquello quiere decir, ya actualmente, esforzarse activamente para un encuentro discursivo y no sólo táctico entre los representantes reflexivos de los movimientos radical-democráticos, feministas y ecologistas, y los representantes autocríticos del históricamente desfasado concepto de «socialismo moderno», con la meta de formar marcos políticos comunes, en los que se puedan conservar y elaborar las propias experiencias. Muy especialmente para los verdes de izquierda, en tanto que fuerza orientada hacia el futuro de la nueva Alemania que vendrá, lo anterior significa que es necesario aprovechar cualquier ocasión para apoyarse mutuamente en una forma objetiva y exacta de entender la articulación de las cuestiones sobre la supervivencia y la libertad. Ambas partes tienen aquí algo que aprender. Y ello también por lo que respecta a una verdadera crítica del «proyecto inacabado» (Rojas) de la teoría marxista.

Las imprevisibles dificultades ante las que se encuentran los Verdes alemanes hoy en día, frente a un desarrollo político que parece dar-

les la razón a los «apolagetas» de la economía de mercado —es decir, al sistema de producción europeo—, puede obligarles por fin a romper sus estancamientos internos y sus (auto) limitaciones externas. Con ello se podrían alcanzar —con dificultades, si somos realistas— algunas posiciones que podrían suponer, incluso desde un punto de vista internacional, un paso adelante: posiciones que no acepten que la supervivencia de la humanidad en tanto que especie suponga un interés particular, sino que desde este interés definan la política ecológica; posiciones que no olviden la preocupación y la protección de las condiciones de vida de otras especies; y posiciones que trabajen para hacer posible algo más que la simple supervivencia por más tiempo de nada más algunos privilegiados, sino que trabajen para todos, para todos aquellos a los que su pobreza y su falta de perspectivas constituyen justificaciones suficientes para que no participen del proceso de derribo del sistema.

Las mismas cuestiones de la liberación alcanzan en esta perspectiva una dimensión ecológica: ¿como puede aquélla y aquél que-aún-no-están-liberados actuar de una manera independiente y responsable ecológicamente? Y, por el contrario, las reivindicaciones ecológicas de la humanidad resultan cuestiones relativas a la liberación: ¿podrían una hipotética eco-dictadura, puramente técnica, que haga de las personas animales domésticos bajo el condicionamiento de los imperativos ecológicos, resultar a la larga para las personas un concepto aceptable y estabilizador de una forma de vida ecológica?

La política, a pesar de toda la «ideología alemana», nunca se efectúa, ni tan sólo de una manera primaria, de esa manera. En los procesos políticos casi nunca es posible establecer un balance general de los elementos «viejos», de las estructuras de poder que se mantienen, y de los «nuevos», que empujan hacia una emancipación. Una política de izquierdas, que haya comprendido la urgencia de las cuestiones de la supervivencia sin capitular ante ellas y sin olvidar las tareas de liberación y de emancipación, tendrá que sondear siempre de nuevo la situación, ya que lo que ayer todavía nos fortalecía y nos hacía avanzar, puede haber resultado hoy una carga paralizante. Lo que seduce y somete a un sector de la sociedad, como por ejemplo la idea de la competitividad en la vida diaria consumista, puede en otros sectores, como en la «autoconfirmación» del poder, resultar un importante instrumento, al menos en la ilustración socio-política. Sólo

en el marco de esta forma diferenciada y de esta concepción móvil es posible la formulación racional de la cuestión, y su respuesta suficientemente segura, de qué han de hacer las izquierdas dentro de los Verdes. Han de determinar siempre de nuevo si los Verdes contribuyen como partido o como movimiento a politizar a los potenciales resistentes que difícilmente se venden por ofertas de dinero; han de plantear cuestiones sobre el nuevo desarrollo social cualitativo, de manera que muchos de los afectados comiencen a reconocerse como personas que contribuyen en este proceso. Hasta que no hayamos conseguido rentabilizar expresamente las cuestiones de la supervivencia individual y colectiva, los Verdes constituirán también en la futura nueva Alemania, más que cualquier otro proyecto político, el necesario punto de cristalización de potenciales de oposición social y de transformación. Los Verdes nunca ofrecerán a los sujetos activos una nueva patria dentro de su partido o de su movimiento; pero esto es, después de todo lo que sabemos sobre los procesos de identificación y tribalización organizada, más bueno que malo.



Sistema, Sociedad Civil y Movimientos Sociales

CARLOS SANCHEZ-CASAS PADILLA
Arquitecto urbanista

En la situación de crisis generalizada en que nos encontramos, cuando la pérdida de iniciativa cultural de la izquierda comienza a ser alarmante, es, más que nunca, necesario que nos esforcemos en superar los análisis meramente «constatativos» de la realidad y pase-mos, aún a riesgo de equivocarnos o de ser tachados de «premoder-nos», al discurso explicativo-estratégico y al análisis generador de nue-vos caminos de transformación y de lucha. Si no lo hacemos, dejare-mos el campo abierto a la alienación, al conformismo y a la pobreza intelectual. No se trata de reivindicar la Historia como una totalidad que fuera desplegándose en el tiempo sino, simplemente, de recor-dar que la transformación de la Realidad Social es el resultado de una lucha de intereses y requiere, por consiguiente, de estrategias.

En este sentido, y en el tema que nos ocupa, no basta con defi-nir los movimientos sociales como respuesta a un conflicto, como yo mismo hacía en «la Construcción del Espacio Social». Una definición así, aunque refleje fielmente la situación actual y pueda ser operati-va a efectos clasificatorios, supone la reducción «ab initio» del hori-zonte de desarrollo de los movimientos sociales y, en consecuencia, no describe la realidad para transformarla.

En mi opinión, el contexto en el que puede incardinarse una defi-nición no meramente «constatativa» de los movimientos sociales, es el de la Realidad Social entendida como Sistema, Sociedad Civil y Habitat, en continua interacción, cada uno de estos términos con el significa-do que a continuación se indica:

Sistema.— Conjunto de instituciones, procesos, acciones y activi-dades que generan, mantienen y reproducen las relaciones de pro-ducción, es decir, la ubicación relativa de las diferentes clases y gru-

pos sociales con relación a los medios de producción y a las fuentes de generación y distribución del poder.

Sociedad Civil.— Individuos y grupos interrelacionados, en tanto que habitantes, y destinatarios de la acción socializadora o funcional del Sistema y en cuanto sujetos de una actividad colectiva, a través de la cual materializan su participación como grupo, en los Procesos de Construcción de la Realidad Social.

Habitat.— El medio físico como instrumento, soporte y marco de los Procesos de Construcción de la Realidad Social, junto con las acciones y actividades que lo producen y habitan.

En el contexto anterior, Sistema es una totalidad abierta en continua autototalización. Su contenido es más amplio que el del concepto Estado, (aun incluyendo en este último los órganos militares, legales, administrativos, productivos y culturales de la Administración cualquiera que sea su nivel territorial), existen, en consecuencia, acciones no estatales o no administrativas que pertenecen al Sistema y no cabe reducir la Sociedad Civil a las actividades de propiedad privada ni, tampoco, la relación Sociedad Civil-Sistema a la relación entre la red de instituciones políticas y el reino de las actividades privadas; Un empresario en el desempeño de su función forma parte del Sistema en la misma medida que un funcionario o un profesional liberal en el desempeño de las suyas, y los tres, en cuanto seres humanos, participan en actividades colectivas que los integran en la Sociedad Civil.

La Sociedad Civil, que no coincide con el Conjunto Social aunque nace en su seno, es concebida como una intrincada trama de totalizaciones estratégicas, con suficiente margen de autonomía respecto del Sistema como para garantizar la posibilidad de su transformación y alejar del horizonte la terrible imagen de una reproducción automática del mismo, bien fuera simple o ampliada.

Los movimientos sociales son las totalizaciones, mas o menos permanentes en que se concreta la Sociedad Civil en su interrelación con el Sistema, en un Habitat determinado. Son acciones desde la Sociedad Civil sobre el Sistema, es decir, surgen en la Sociedad Civil y la trascienden para actuar sobre el Sistema; quedan excluidos, por consiguiente, tanto los movimientos que se desarrollan totalmente en el seno de la Sociedad Civil, (club deportivos, sociedades de amigos de la música...etc) cuanto aquellos que lo hacen exclusivamente en el

seno del Sistema, (Colegios profesionales, asociaciones de comerciantes, empresas industriales...etc).

No se trata ni de acciones espontáneas, ni necesariamente institucionalizadas o, lo que es lo mismo, la institucionalización (en instituciones de base) o la espontaneidad, no son determinantes de su definición como movimiento social, y sí lo es el que concreticen una totalización estratégica de relación con el Sistema desde el Conjunto Social. No puede descartarse, en consecuencia, la posibilidad de una acción no sistémica procedente de instituciones a caballo entre Sistema y Sociedad Civil, como es el caso de los sindicatos en un país democrático o, incluso, de los partidos políticos; estas instituciones tienen dos componentes, una componente sistémica, en tanto que su acción, regulada institucionalmente, reproduce el Sistema, y una componente social, en la medida en que no todas sus acciones son actividades de «rol» y tienen capacidad de totalizar actividades desde el Conjunto Social constituyéndolo en Sociedad Civil frente al Sistema.

Definida como una erupción continua de totalizaciones estratégicas a partir del Conjunto Social, la Sociedad Civil no puede ser homogénea, en sus respuestas ni en sus proposiciones, es un mosaico esencialmente conflictivo y contradictorio de propuestas e iniciativas y esta heterogeneidad esencial es lo que constituye en barrera a la cristalización del Sistema. La Sociedad Civil es al Sistema como la vegetación silvestre a los cultivos, la variedad frente a la homogeneidad, la riqueza frente a la pobreza, la amplitud frente a la estrechez, por eso, conceptualmente, los movimientos sociales, con independencia de cual sea la situación actual, no pueden definirse como reacciones a la acción sistémica, o, lo que es lo mismo, como una especie de «anticuerpos» del Sistema. Deben definirse en positivo, como voluntad y opinión de la Sociedad Civil, y ello a pesar de que el conflicto sea consustancial con la Sociedad Civil y con el Sistema y, mucho más, con las relaciones entre ambos.

La lógica del Sistema tiende a reducir la Sociedad Civil a Conjunto Social, a impedir que los movimientos sociales superen la fase de mera reacción, a cortar el camino que conduce de la respuesta a la propuesta. Para ello actúa sobre los tres «aglutinantes» fundamentales en la construcción de la Realidad Social: el lenguaje, el poder, y el espacio-tiempo. Para entender las características de esta acción sistémica estratégica, dirigida hacia la Sociedad Civil por intermediación del

Conjunto Social, hay que tener en cuenta que los niveles característicos de las acciones sistémicas y social no son coincidentes: la acción sistémica se ubica predominantemente en «lo concebido» y la acción social en «lo cotidiano», lo que significa que la interrelación exige un desplazamiento de nivel, hacia arriba en la Sociedad Civil y hacia abajo en el Sistema. Así las cosas, es claro que una acción sistémica que restringiera la apropiación del lenguaje, el poder y el espacio-tiempo en el nivel de «lo concebido», restringiría proporcionalmente la influencia de la Sociedad Civil en el Sistema y, a la inversa, la Sociedad Civil quedaría protegida del Sistema en la medida en que lograra restringir la capacidad del mismo para impedir la apropiación no alienada del lenguaje, el poder y el espacio-tiempo en el nivel cotidiano.

El poder, el espacio-tiempo y el lenguaje adquieren un contenido diferente según es el nivel en que se aprehendan. El poder a nivel de «lo vivido» es la capacidad de satisfacer deseos, a nivel de «lo cotidiano» es la capacidad de identificar y satisfacer necesidades y a nivel de «lo concebido» es la capacidad de concebir asumir y ejecutar proyectos; la restricción del acceso al tercer nivel (nivel de «lo concebido») elimina la capacidad de proyectos y reduce los objetivos de la acción social a la satisfacción de necesidades, mucho más fácilmente manipulables que los proyectos y, sobre todo, mucho menos críticas.

El espacio-tiempo puede ser aprehendido en los tres niveles pero cada uno de ellos requiere un ámbito territorial de extensión diferente, de manera que ascendiendo de «lo vivido» a «lo concebido», el ámbito territorial susceptible de ser apropiado es mayor; la acción social se desarrolla básicamente en el nivel cotidiano lo que conlleva una limitación del ámbito de referencia, por encima del cual, no es posible la apropiación; en este caso, la acción del Sistema se encamina, por un lado, a ampliar el ámbito de referencia hasta hacer imposible su apropiación en el nivel de lo cotidiano, y, por otro, elevando cada vez más el nivel de abstracción en la producción del espacio de manera que la comprensión del proceso sea imposible a nivel cotidiano.

Finalmente, en lo que se refiere al lenguaje, el Sistema funciona y estandariza su contenido de manera que la trama de significaciones sea, en la mayor medida posible, independiente de la trama de la vida, el lenguaje se liga entonces a la producción, su manejo exige especialización y con ello se hace inaccesible la crítica a una gran parte del Conjunto Social.

El corto espacio de un artículo no permite desarrollar «in extenso» las hipótesis anteriores. Me limitaré, para terminar, a ejemplificarlas en el caso concreto del movimiento ciudadano. Se trata de un movimiento social que suele surgir a consecuencia de conflictos con el Aparato Institucional aprehendidos en el Proceso de Habitación y en el nivel de «lo cotidiano». Contrariamente a lo que ocurre con otros movimientos como, por ejemplo, el feminista, el movimiento por la paz, etc., su objeto es de difícil totalización, tanto por su amplitud, cuanto por la atomización y el carácter muchas veces puntual e irrepetible de sus requerimientos al Sistema. El conflicto al que inicialmente responde es discontinuo y la superación del nivel reivindicativo es, por ello, muy difícil. Desaparecido el conflicto (la carencia de vivienda, por ejemplo) se vuelve al principio, salvo que ese período reivindicativo haya permitido el desarrollo paralelo de un potencial de acción permanente, lo que equivale a decir que haya consolidado un campo específico de acción no dependiente del Sistema.

¿Como dificulta el Sistema esa posibilidad?

1.— Reduciendo el poder colectivo al nivel de «lo cotidiano» en el que los proyectos se reducen a planes coyunturales de satisfacción de necesidades, bien sean positivas: conseguir algo, bien negativas; eliminar algo. A nivel individual puede existir, eventualmente y en una minoría, capacidad de conceción y asunción de proyectos colectivos, pero no existen medios para su socialización —el Aparato Institucional no los proporciona— ni el resto del conjunto social tiene el poder suficiente para asumirlos y ejecutarlos porque sus objetivos se reducen, como decimos, a la satisfacción de deseos y necesidades. Conseguir una vivienda puede ser un deseo o una necesidad fácilmente asumible como objetivo, ampliar ese objetivo al problema de la vivienda requiere de una mayor cuota de poder en el nivel de «lo concebido», asumir la gestión colectiva del barrio solo puede constituir, actualmente, el objetivo de una minoría insignificante.

2.— Tratando de eliminar como objetos de análisis, de planificación y, en general, de referencia, los ámbitos territoriales que son aprehensibles a nivel cotidiano. Si el Aparato Institucional refiere la solución de las necesidades a ámbitos más amplios, el proyecto colectivo necesario para que el movimiento concreto de que se trate se convierta en interlocutor, es más complejo y, sobre todo, de más difícil socialización. «Recuperar el barrio» puede ser un objetivo asumible;

«recuperar el Area Metropolitana» no lo es nunca, o sólo para una reducidísima minoría.

3.- Cosificando el lenguaje cotidiano y especializando y funcionalizando el lenguaje concebido, con ello el discurso pierde capacidad crítica en el primer nivel y audiencia en el segundo. No hay discurso sobre la ciudad para todos sino vivencia de la ciudad para todos y discurso para unos pocos, un discurso que es fuente de poder diferencial.

Los mecanismos sistémicos de resolución de problema y de satisfacción de necesidades resultan opacos e incomprensibles, el lenguaje «apropiado» por los especialistas aumenta el poder necesario para concebir y asumir un proyecto colectivo que integre la satisfacción de esas necesidades como elemento de una totalización más amplia, eso provoca la renuncia a ese proyecto y, por consiguiente, la reducción del movimiento a la pura reivindicación y del conjunto social a «demanda estructurada» por las organizaciones ciudadanas.

Bibliografía

movimientos sociales

LIBROS

- ABRIL M.V., MIRANDA M.J. *La liberación imposible*. Akal, Madrid, 1978
- ADELL, Ramón. *La transición política en la calle. Manifestaciones de grupos y masas en Madrid (1975–1987)*. Colección Tesis Doctorales Universidad Complutense, nº 283, Madrid, 1989.
- ALBERONI, Francesco. *Movimiento e institución*. Editora Nacional, Madrid, 1984
- ALONSO A. y otros. *La reacción de los movimientos sociales a la crisis y a la guerra del golfo*. Anuario del CIP 1990–91. Icaria. Madrid, 1991
- ALONSO, Luis Enrique. *Los movimientos sociales y el hecho diferencia español*. Ed. España a Debate II. La sociedad. Tecnos, Madrid, 1991
- ALTHABE, G. y otros. *Urbanisation et enjeux quotidiens*. Ed. Anthropos. París, 1985
- ALVAREZ, A. y RJO, P. *La vida en el barrio*. Ed. Pro-Sevilla, Sevilla, 1979.
- AMOROS, Celia. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Anthropos, Barcelona, 1985

* NOTA DE LA REDACCION: Esta Bibliografía tiene su origen en la que Ramón ADELL y Ana CALVO recopilaron para el Congreso Internacional de Movimientos Sociales y ha sido completada con la existente en el Servicio de Documentación de Cáritas

- ANDER-EGG, E. *Formas de alienación en la sociedad burguesa*. El Cid, Ed., Barcelona, 1978
- ANTUNES, y otros. *Manifiesto Ecosocialista. Los libros de la Catasata*. Madrid, 1991
- ARDITI, Benjamín, y otros. *Elecciones municipales y democratización en el Paraguay*. Centro de Documentación y Estudios, Asunción, 1991.
- BAHRO, Rudolf, *La alternativa*. Alianza Editorial, Madrid, 1978
- *Cambio de sentido*. Ediciones HOAC, Madrid, 1986
- BALLON, E. y otros. *Movimientos Sociales y Democracia: la fundación de un nuevo orden*. Desco, Lima, 1986
- BELLAVISTA, Oleguer, *Evolució d'un barri obrer: Almeda-Cornellà*. Editorial Claret, Barcelona, 1977
- BERGER, S. *La organización de los grupos de interés en Europa Occidental*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1988
- BERTRAND, Michel-Jean, *La ciudad cotidiana*. Instituto de Estudios de Administración Local, Colección Nuevo Urbanismo, nº 30. Madrid, 1981
- BOOKCHIN M. *Los límites de la ciudad*. H. Blume, Madrid, 1978.
- BORJA, Jordi. *Qué son las Asociaciones de Vecinos*. La Gaya Ciencia, Barcelona, 1976
- BORJA, J. CASTELLS, M., KOWARIK, y otros, *Movimientos sociales urbanos en Latinoamérica*. Revista Mexicana de Sociología-UNAM, México, 1984
- CAMACHO, Daniel, *El tema de los movimientos sociales en la sociología Latinoamericana reciente*. Institutos de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica, Mimeo, 1991
- CANTRIL, H., *Psicología de los movimientos sociales*. Euroamérica, Madrid, 1969
- CASTELLS, Manuel, *Movimientos sociales urbanos*. Siglo XXI, Madrid, 1977 (2ª edición)
- *La cuestión urbana*. Siglo XXI, Madrid, 1979

- *Crisis urbana y cambio social*. Siglo XXI, Madrid, 1984
- *La ciudad y las masas*. Alianza Editorial, Madrid, 1986
- C.E.C.–C.A.M. *La participación de los padres en los Centros Escolares*. Consejería de Educación y Cultural–CAM, Madrid, 1987
- CESARI, Maurice, *El espacio colectivo de la ciudad*. Oikos–tau, Barcelona, 1990
- CHAVES, D. *FUCVAM, la historia viva*. FUCVAM. Montevideo, 1990
- C.I.D.U.R., *Madrid/Barrios 1975*. Ed. de la Torre, Madrid, 1976
- *Vallecas: razones de una lucha popular*. Mañana editorial, Herramientas vol. 1 Madrid, 1976
- *Las asociaciones de vecinos en la encrucijada. El movimiento ciudadano en 1976–77*. Ed. de la Torre, Madrid, 1975
- CLAVES para la educación popular. *De quién es la iniciativa en el desarrollo sociocomunitario*. Editorial Popular, Madrid, 1991
- COHEN, J. TOURAINE, A. MELUCCI, y otros *Teoría de los Movimientos Sociales*. FLACSO, Costa Rica, 1988
- COLECTIVO I.O.E. (PEREDA, C. y PRADA, M.A. y otros). *Participación Ciudadana y Urbanismo*. Colectivo IOE, Madrid, 1985
- CORAGGIO, JL *Ciudades sin rumbo*. CIUDAD–SIAP, Quito, 1991
- CUCO, J., *El quotidia ignorat. La trama asociativa valenciana*. Ed. Alfons el Magnanim, Valencia, 1991
- DEMO, Pedro, *Investigación participante: mito y realidad*. Kapeluz, Buenos Aires, 1985
- *Ciencias Sociales y calidad*. Narcea, Madrid, 1988
- DURAN, Michéle / HARFF, Yvette, *La qualité de la vie. Mouvement écologique, mouvement ouvrier*. Ed. Mouton, París, 1977
- E.D.E. (CARBONELL, J. MARTINEZ BARCELO, J. etc.). *La lucha de barrios en Barcelona*. Elías Quejereta, Ediciones, Madrid, 1976
- ELEJABEITIA, Carmen, *Quizá hay que ser mujer*. Zero ZYX, Madrid, 1980
- *Liberalismo, Marxismo, Feminismo*. Anthropos, Barcelona, 1987
- ENZENSBERGER, H.M., *Para una crítica de la ecología política*. Anagrama, Barcelona, 1974

- EQUIPO LUR, *Vivienda por vivienda*. Zero XYZ, Madrid, 1979
- EYERMAN, Ron, *Social Movements*. Polity Press, Cambridge, 1991
- FALS BORJA, O. y BRANDAO, E., *Investigación participativa*. Ed. Banda Oriental, Montevideo, 1987
- FEIJO, M.C. y HERZER, H., *Las mujeres y la vida en las ciudades*. Ed. Latinoamericana, Buenos Aires, 1991
- FERNANDEZ BUEY, F., *Ideas para un programa socialista ecológicamente fundamentado*. Fundació Utopia, Cornellà, 1991
- FERNANDEZ DURAN, R., *El movimiento alternativo en la RFA. El caso de Berlín*. Autoedición, Madrid, 1985
- FERREIRA DOS SANTOS, C.N., *Movimientos urbanos no Rio do Janeiro*. Zahar, Ed., Río de Janeiro, 1981
- FERRES M., MARTINES Pep, PINTADO, F., *Els reptes de l'associacionisme. Ebats de l'aula provença*. Barcelona, 1991
- GALINDO, L.J., *Movimiento social y cultural política*. Universidad de Colima, México, 1987
- CALTUNG, J., *¡Hay alternativas!*. Tecnos, Madrid, 1984
- GARCIA DE LA CRUZ, J.J., *Los nuevos movimientos sociales*. Espasa Calpe, Madrid, 1986
- GARCIA FDEZ. y GONZALEZ RUIZ, *Presente y futuro de las asociaciones de vecinos*. PECOSA Editorial, Madrid, 1976
- GINER, Salvador / PEREZ YRUELA, Manuel, *La sociedad corporativa*. CIS, nº 10, Madrid, 1979
- GINER, Salvador (ed), *Comunidades Sociales Adultas*. Ed. Mezqueta, Madrid, 1983,
- GOHN, M^a da Gloria, *Movimentos Sociais e luta pela moradia*. Ed. Loyola, Sao Paulo, 1991
- GONZALEZ CASANOVA, P., *La hegemonía del Pueblo y la lucha centroamericana*. Contrapunto, Buenos Aires, 1987
- GUÉRIN-HENNI, Anne, *Les pollueurs. Luttres sociales et pollution industrielle*. Ed. Seuil, París, 1980
- GUILLEN, A., *Socialismo Libertario*. Madre Tierra, Móstoles, 1990

- HABERMAS, J., *Teoría de la Acción Comunitaria (T.II)*. Ed. Taurus, Madrid, 1987
- HALBWACHS, Maurice, *Classes sociales et morphologie*. Ed. de Minuit, París, 1972.
- HIRSCHMAN, Albert O., *Interés privado y acción pública*. F.C.E., México, 1986
- IANNI, Octavio, *O ABC da classe operaria*. Hucitex, Sao Paulo, 1990
- IBARRA, Pedro (ed), *Objeción e insumisión. Claves ideológicas y sociales*. Fundamentos, Madrid, 1992
- INJ-MAS, *Directorio Europeo de Centros de Información para la juventud*. Instituto Nacional de la Juventud, (3ª Edición actualizada) Madrid, 1992
- *Las drogas: Guía para mediadores juveniles*. Instituto Nacional de la Juventud, Madrid, 1992
- IRREF, *Rapporto sull' associazionismo sociale*. Tecnodid, Napoles, 1990
- JACOBI, Pedro, *Movimentos Sociais e políticas Publicas*. Cortez Ed, Sao Paulo, 1989
- JELIN, Elizabeth, *Los movimientos sociales*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985
- LAPASSADE, Georges, *Grupos, organizaciones e instituciones*. Gedisa, Barcelona, 1985 (2ª ed.)
- LOPEZ GARCIA, Bernabé, *Política y movimientos sociales en el Magreb*. CIS-Siglo XXI, nº 101, Madrid, 1989.
- MAFESOLI, M., *El tiempo de las tribus*. Icaria, Barcelona, 1990
- MARCUSE y otros, *Ecología y Revolución*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1975
- MARTIN SANTOS, Luis, *Diez lecciones de epistemología*. Akal, Madrid, 1991
- MARTIN SOSA, N., *Ética y Ecología*. Ediciones Libertarias, Madrid, 1991
- MELUCCI, Alberto, *Movimenti sociali e sistema político*. Franco Angeli, Milán, 1986
- MIRANDA, María Jesús, *Crónica del desconcierto: actitudes básicas y*

- demandas políticas de las españolas*. Instituto de la Mujer–MAS, Madrid, 1987
- MOLINA, Esperanza, *Los otros madrileños, el Pozo del Tío Raimundo*. Ed. El avapiés, Madrid, 1984
- MONTANO, J. y otros, *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos*. Ed. Siglo XXI, México, 1976.
- MORRIS, D. y HESS, K., *El poder del vecindario. El nuevo localismo*. Gustavo Gili, Barcelona, 1986
- NERFIN, Marc, *Ni príncipe ni mercader: ciudadano. Una introducción al Tercer Sistema. Socialismo y participación*. CEDER, Lima, 1988.
- NEGRI, Toni, *Dominio y sabotaje*. El viejo topo, Barcelona, 1979
- NOSCOVICI, Serge, *Psicología de las minorías activas*. Morata Ed. Madrid, 1981
- NUÑEZ, Carlos, *Educación para transformar, transformar para educar*. Alforya, San José de Costa Rica, 1989
- NUÑEZ, Oscar, *Innovaciones democrático–culturales del movimiento urbano popular*. Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1990
- OFFE, Claus, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Ed. Sistema, Madrid, 1988
- ORTIZ CORULLA, Carmen, *La participación política de las mujeres en la democracia (1979–1986)*. Instituto de la Mujer–MAS, Madrid, 1987
- OVEJERO, Félix, *Intereses de todos, acciones de cada uno*. Siglo XXI, Madrid, 1989.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, *El retorno a la sociedad civil*. Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1987.
- PRIETO LACACI, Rafael, *Asociacionismo juvenil en el medio urbano INJ–MAS*. Madrid, 1991
- PRIGOGINE, I.S., *Tan sólo una ilusión: una exploración del caos del orden*. Tusquets, Barcelona, 1983
- PUIG, Toni, *Animación sociocultural, cultura y territorio*. Ed. Popular, Madrid, 1988

- PUG, ANDER-EGG, VENTOSA, etc., *Procesos socioculturales y Participación*. Ed. Popular, Madrid, 1989
- RAMIREZ, J.M., *El movimiento urbano popular en México*. Siglo XXI, Madrid, 1986
- REBOLLO, RGUEZ y SOTOS, *El movimiento ciudadano ante la democracia*. CENIT, Madrid, 1977
- REGUILLO, R., *En la calle otra vez. las Bandas*. ITESO, México, Guadalajara, 1991.
- RIECHMANN, Jorge, *¿Problemas con los frenos de emergencia?. Movimientos ecologistas y partidos verdes en Holanda, Alemania y Francia*. Ed. Revolución, Madrid, 1991
- R. VILLASANTE, Tomás y TAMARIT, L.G., *Hacia una ciudad habitable*. Miraguano, Madrid, 1982
- *Los vecinos en la calle, por una alternativa democrática a la ciudad de los monopolios*. Ed. de la Torre, Madrid, 1976
- *Comunidades locales. Análisis, movimientos sociales y alternativas*. IEAL, Madrid, 1984
- *Movimiento ciudadano e Iniciativas Populares*. Ed. HOAC, nº 16, Madrid, 1991
- *El desarrollo local*. Política y Sociedad, Madrid, 1992
- SACRISTAN, Manuel, *Pacifismo, ecología y política alternativa*. Ed. Icaria, Barcelona, 1987
- SANCHEZ-CASAS, C., *La construcción del espacio social*. EUSYA, Madrid, 1987.
- SANCHEZ MORO, Carmen (Coordinadora), *La convención sobre los derechos de los niños y niñas: Juegos*. Centro de Publicaciones-MAS. Madrid, 1991
- SAN JOSÉ, Begoña, *Democracia e igualdad de derechos laborales de la mujer*. INTTO DE LA MUJER-MAS. Madrid 1986
- SANTANA, E. *El poder de los vecinos*. Ecotopía, Caracas, 1983
- SCANLON, Geraldine, *Orígenes y evolución del movimiento feminista contemporáneo en El feminismo en España: dos siglos de historia*. Pablo Iglesias. Madrid, 1988

- SCHERER-WARREN I. y KRISCHKE, P.J., *Una revolução no cotidiano? Os novos movimentos sociais na America Latina*. Ed. Brasiliense. Sao Paulo, 1987
- SMELSER, Neil J., *Teoría del comportamiento colectivo*. FCE, México, (1963) 1989
- SOLE, Carlota, *Los inmigrantes en la sociedad y en la cultura catalana*. Ed. Península, Barcelona, 1984
- TALDE, *El movimiento ciudadano en Euskadi*. Txertoa, San Sebastián, 1980.
- TEZANOS, José Félix y otros, *El socialismo y los nuevos movimientos sociales en Nuevos horizontes teóricos para el socialismo*. Ed. Sistema, Madrid, 1986.
- TÖNNIES, Ferdinand, *Comunidad y asociación*. Península, Barcelona, 1979.
- TOURAINE, Alain, *Movimientos Sociales de hoy-Actores y analistas*. Hacer editorial, Barcelona, 1990
- TSCHORNE, P., MAS, C., REGOJO, J.L., *La gestión de asociaciones*. Editorial Popular, Madrid, 1990
- URRUTIA ABAIGAR, Víctor, *El movimiento vecinal en el Area Metropolitana de Bilbao*. Edit. Instituto Vasco de Administración Pública, Bilbao, 1985
- VARILLAS, B. y DA CRUZ, Humberto, *Para una historia del movimiento ecologista en España*. Miraguano, Madrid, 1981
- ARIOS AUTORES, (CASTELLS M. LEIRA, F. TAMAMES R. etc.), *Madrid para la democracia*. Ed. Mayoría, Madrid, 1977
- ARIOS AUTORES, (LOPEZ LINAJE, J. GOMEZ BENITO, C., etc.), *Grupos marginados y peligrosidad social*. Campo abierto ediciones, Monografías, nº 2, Madrid, 1977
- ARIOS AUTORES, *Los años 80, cambio y participación*. Monográfico de Documentación Social, nº 50, Cáritas Española, Madrid, 1983
- ARIOS AUTORES, (MELUCCI, OFFE, TILLY, TOURAINE), *Il nuovi movimenti sociali*. Monográfico de Problemi del socialismo, nº 12, 1987

- VARIOS AUTORES, *Ciudad y calidad de vida*. Monográfico publicado en Documentación Social, nº 67. Cáritas Española, Madrid, 1987
- VARIOS AUTORES, (CHEN, TOURAINE, MELUCCI, JENKINS), *Teoría de los movimientos sociales*. FLACSO. San José de Costa Rica, 1988
- VARIOS AUTORES, (ADELL R. FDEZ. CASTRO I. MORAN M.L., etc.), *Cambio democrático y cultura política*. Monográfico publicado en Documentación Social, nº 73. Cáritas Española, Madrid, 1988
- VARIOS AUTORES, *Procesos socioculturales y participación*. Ed. Popular, Madrid, 1989
- VARIOS AUTORES, *Política social y participación*. Monográfico de Documentación Social, nº 80. Cáritas Española, Madrid, 1990
- VARIOS AUTORES, *Formas de intervención en la acción social*. Monográfico de Documentación Social, nº 81. Cáritas Española, Madrid, 1990
- VARIOS AUTORES, *Movimiento y Transparencia. Generalitat de Catalunya*. Tarragona, 1991
- WILSON, J., *Introduction to Social Movements*. Basic Books, Nueva York, 1973.
- WILSON, S., *La otra ciudad de la marginidad a la participación*. Ediar, Conosur, Santiago de Chile, 1981
- ZEMELMAN, H., *Conocimiento y sujetos sociales*. Colegio de México. México, 1987.

ARTICULOS

- ABENDROTH, Wolfgang (y otros), "Los verdes y el movimiento obrero". Mientras tanto, nº 24. Barcelona, 1985.
- ADELL ARGILES, Ramón, "Madrid, capital de manifestaciones". Revista Alfoz, nº 74/75. Madrid, 1991.
- *Movimientos sociales y cultura Política*. En Documentación Social, nº 73, octubre-diciembre, Madrid, 1988.

- ALBERICH, Tomás, *Asociacionismo versus movimientos sociales*. En Alfoz, nº 90, 1992.
- ALONSO BENITO, Luis Enrique, "*La mediación institucional y sus límites en el capitalismo avanzado*". REIS, nº 35, CIS, Madrid, 1985.
- *¿Dónde están los nuevos movimientos sociales?: la poscrisis y las iniciativas ciudadanas*. En Exodo, nº 12, enero-febrero, 1992..
- ANGULO URIBARRI, Javier, *Los movimientos sociales y comunitarios ante el bienestar social*. En Documentación Social, nº 71, abril-junio, Madrid, 1988.
- BARRADO GARCIA, José María, *La juventud y sus formulaciones organizadas en los cambios sociales*. En Documentación Social, nº 46, enero-marzo, Madrid, 1982.
- BARROSO C. y Otros, "*¿Dónde están los pacifistas? Notas sobre el pacifismo*" en Papeles para la Paz, nº 45, CIP, Madrid, 1992.
- BASCETIA, Marco, "*No molestar al cuartel general. La socialdemocracia contra el movimiento*". Mientras tanto, nº 36/37, Barcelona, 1989.
- BOUZA, Fermín, "*Ciudad y conflicto social*". MAP. Ciudad y territorio, nº 4/91, Madrid, 1991.
- CANTALLOPS, Ll, SOLANS, J.A., RIBAS, M., *Ciutat i habitatge: perspectives per als anys 90*. Debats de l'aula provença, Barcelona, 1990.
- CAPELLA, Juan Ramón, "*Otra manera de hacer política*". Mientras tanto, nº 38, Barcelona, 1989.
- CASTELLS, M., R. VILLASANTE, T. y otros, "*Ciudad y calidad de vida*". Revista Documentación Social, nº 67, Cáritas, Madrid, 1987.
- C.E.U., "*Movimientos Urbanos en España*". En cuadernos para el diálogo, nº 77, EDICUSA, Madrid, 1976.
- COLECTIVO I.O.E., *Ideologías de la intervención social en la España de los 90*. Documentación Social, nº 81, Madrid, 1990.
- COMITE ANTINUCLEAR DE AMETLLA DE MAR, *Vandellòs ¿no pasa nada?*. En Exodo, nº 3, mayo, 1990
- COMMONER, Barry, "*El movimiento ecologista en los Estados Unidos*". A Priori, nº 6/7, 1983.

- DIANI, Mario, "*The concept of social movement*". The Sociological Review. 1992.
- DIAZ, Elias, "*Socialismo democrático: Instituciones políticas y movimientos sociales*". Revista de Estudios Políticos, nº 62, Madrid, 1988.
- EDER, Klaus, "*The New Social Movements: Moral Crusades, Political Pressure Groups, or Social Movements?*". Social Research vol. 52, nº 4, 1985.
- FERNANDEZ, Daniel, *Una aproximación al movimiento estudiantil*. En: Dos mil NOVE, nº 19, tercer trimestre, 1989.
- FERNANDEZ MARTINES, Sebastián, *El movimiento ciudadano se sigue consolidando: algunas aportaciones para un balance del año 1988*. En Noticias Obreras, nº 990-991, 16 diciembre - 15 de enero, 1989.
- FUENTES, Marta, GUNDER FRANK, André, "*Diez tesis acerca de los movimientos sociales*". Revista Alfoz, nº 54/55, Madrid, 1988.
- GAMSON, William A., "*Commitment and Agency in Social Movement*". Sociological Forum, vol. 6, nº 1, 1991.
- GARI, Angel, *Movimientos alternativos en el medio rural*. En Corintios XIII, nº 52, octubre-diciembre, 1989.
- GAVIRIA, Mario, "*Veinte años de ecologismo radical*". Archipiélago, nº 8, 1991.
- GIUGNI, Marco y HANSPETER, Kriesi, "*Nouveaux mouvements sociaux dans les années 80: evolution et perspectives*". Annuaire suisse de science politique, nº 30, Ginebra, 1990.
- GRASA, Rafael, "*Los movimientos pacifistas en la era nuclear: en pie de paz por la supervivencia*". Mientras tanto, nº 18, Barcelona, 1984.
- *Movimiento obrero y movimiento por la paz*. En Noticias Obreras, nº 1.017, 1-15 de febrero, 1990.
- GURRUCHAGA ABAD, Ander, "*Una aproximación al estudio de los movimientos sociales en el País Vasco*". A Priori, nº 8, 1984.
- HEBERLE, R. y GUSFIELD, J.R., "*Movimientos Sociales*". Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, vol. 7, Aguilar. Madrid, 1975.
- INGRAO, Pietro, "*Los movimientos sociales en los años setenta*". A Priori, nº 6/7, 1983.

- LAFONTAINE, Oscar, *"El socialismo y los nuevos movimientos sociales"*. El socialismo del futuro, nº 1, Sistema, Madrid, 1990.
- LOSADA, T. SASTRE, N., SOLER, J., *Els treballadors africans a Catalunya: aspectes socials i culturals*. Debats de l'aula provença, Barcelona, 1990.
- MARTIN PALACIN, José Luis, *Acontecimientos y reivindicaciones en los barrios: hacia un movimiento social urbano*. En Documentación Social, nº 19, julio-septiembre, Madrid, 1975.
- MELUCCI, Alberto, *Los movimientos sociales en el capitalismo tardío*. A Priori, nº 6/7, 1983.
- MURILLO DIAZ, Antonio, *¿De la reivindicación a la coestión?*. En Documentación Social, nº 85, octubre-diciembre, Madrid, 1991.
- NOYA, F.J., *Por un situacionismo sistémico*. REIS, nº 55, CIS, Madrid, 1991.
- OLIVARES, Rosa, *Notas sobre las huelgas de hambre*. Mientras tanto, nº 10, Barcelona, 12-1981
- PASQUINO, G., *Movimientos Sociales*. En Bobbio, N. MATTEUCCI, N., y PASQUINO, G., *Diccionario de Ciencia Política*, suplemento.
- PASTOR, Jaime, *Movimientos sociales y nuevas demandas políticas: el movimiento por la paz*. Revista de Derecho Político, nº 34, UNED, Madrid, 1991.
- PASTOR, Jaime, *Los nuevos movimientos sociales y la acción política..* Imprecor, nº 84, Madrid, mayo, 1991.
- PIULATS, O., *Una historia reciente del movimiento verde*. Integral nº 112, Barcelona, abril, 1989.
- PIZZORNO, Alessandro, *Considerazioni sulle teorie dei movimenti sociali*. Problemi del socialismo nº 12, 1987.
- R. VILLASANTE, T. ALGUACIL, J. DENCHE, C., *Asociacionismo y tejido social*. En Revista Alfoz, nº 29, Madrid, 1986.
- R. VILLASANTE, Tomás y Otros, *Retrato de chabolista en piso*. Alfoz, IVI-MA, SGV, Madrid, 1989.
- *"Asociativa y Ciudadana. Textos sobre asociacionismo en Madrid"*. Salida, nº 2, Facmum, Madrid, 1990.

- SADE, Eder, *"La emergencia de nuevos sujetos sociales"*. Acta Sociológica, n° 2, UNAM, México, 1990.
- SANCHEZ ALONSO, Manuel, *Sobre los movimientos sociales*. En Población, n° 2, abril-junio, 1988
- TILLY, Charles, *"Modelos y realidades de la acción colectiva popular"*. Revista Zona Abierta, n° 54/55, Madrid, 1990.
- VARIOS AUTORES, *"La acción de barrios"* monográficos de Documentación Social, n° 19, Cáritas Española, Madrid, 1975.
- VARIOS AUTORES, (CASTELLS, LEFEVRE y Otros), *"Movimientos sociales urbanos"*. Jano Arquitectura, n° 39, Barcelona, 1976.
- VARIOS AUTORES, (BROJA, CASTELLS, KOWARICK, etc.), *"Movimientos sociales urbanos en América Latina"*. Revista Mexicana de Sociología, n° 4 UNAM, México, 1984.
- VARIOS AUTORES, (TOURAINE, FRANK G. MELUCCI,...), *"Movimientos Sociais"*. Rev. Lua Nova, n° 17, Sao Paulo, 1989.
- VARIOS AUTORES, *"Por una alternativa verde en Europa. Manifiesto Ecosocialista"*. Mientras tanto, n° 41, Barcelona 1990.
- VARIOS AUTORES, *"Crisis ecológica y sociedad"*. Debats, n° 35/36, Valencia, 1991
- VARIOS AUTORES, *"Asociacionismo en los 90"*. Revista Entrejóvenes, n° 25/26, Barcelona, 1991.
- VARIOS AUTORES, *"Movimiento ecologías y partido verde"*. Ecología Política, n° 3, Barcelona, 1992
- VARIOS AUTORES, *"Reflexiones sobre el movimiento feminista de los años 80/90"*. Mientras tanto, n° 48, Barcelona, 1992
- VILLANUEVA, Alfredo, *Conflictividad urbana y movimiento sociales urbanos*. En Documentación Social, n° 19, julio-septiembre, Madrid, 1975
- ZBOROWSKI, Piotr Zeydler, *Acción de base popular en los recientes cambios polacos y otros acontecimientos en Polonia*. En Desarrollo, n° 2, 1983.

DOCUMENTOS

- ALONSO, Luis Enrique, "*Nuevas necesidades, ingobernabilidad y democracia*". Jornadas de Bienestar Social y Desarrollo. Valladolid, 1989.
- A.M.A., "*Malestar cultural y conflicto en la sociedad madrileña, II Jornadas de Antropología de Madrid*". Asociación Madrileña de Antropología, Madrid, 4 a 7-10-1988.
- BERIAIN RAZQUIN, Josetxo, "*Lógicas de acción colectiva y portadores sociales*". Ponencia presentada en el II Congreso Vasco de Sociología. Vitoria, 1992.
- DE LA MAZA, Gonzalo, "*Los movimientos sociales, ¿lograrán sobrevivir a la democracia?*". ECO, Chile, Mimeo, 1991.
- EDIS, *El asociacionismo cultura en España*. EDIS, CCP, Ministerio de Cultural, Madrid, 1982.
- *Diagnóstico sobre la situación de los bancos de datos de asociaciones culturales en España, por autonomías*. EDIS, Ministerio de Cultura, Madrid, 1988 (No publicado).
- *Los bancos de datos de asociaciones sociales en España, por autonomías*. EDIS, Ministerio de Asuntos Sociales-MAS. Madrid, 1990.
- OLEAGA PARAMO, José Antonio. "*Las instituciones de defensa del consumidor en Euskadi: su presencia en la calle*". Ponencia presentada en el II Congreso Vasco de Sociología, Vitoria, 1992.
- PASTOR, Jaime, "*Movimientos alternativos en España: pacifistas y ecologistas*". Comunicación presentada en el XII Congreso Mundial de Sociología. Madrid, 1990.
- RODRIGUEZ VILLASANTE, Tomás, *Redes, conjuntos de acción, e implicación eco-social*. En Perspectivas metodológicas en la política social, Tomo I, 1992.
- TOVAR T. y otros, *Mapa social Villa El Salvador*. Desco, Lima, 1989.
- URRUTIA ABAIGAR, Víxtor, "*La ciudad y los nuevos Movimientos Asociativos*". Ponencia presentada en el II Congreso Vasco de Sociología, Vitoria, 1992.



ULTIMOS TITULOS PUBLIDADOS

		PRECIO
N.º 77	España y la CEE. Balance social..... (Octubre-diciembre 1989)	700 ptas.
N.º 78	Renta Mínima y Salario Ciudadano (Enero-marzo 1990)	1.000 ptas.
N.º 79	Trabajo Social y Servicios Sociales (Abril-junio 1990)	800 ptas.
N.º 80	Política Social: Responsabilidad Pública y parti- cipación Social..... (Julio-septiembre 1990)	800 ptas.
N.º 81	Formas de Intervención en la Acción Social (Octubre-diciembre 1990)	800 ptas.
N.º 82	El sindicalismo en España (Enero-marzo 1991)	800 ptas.
N.º 83	Virtudes públicas y ética civil (Abril-junio 1991)	900 ptas.
N.º 84	La educación a debate (Julio-septiembre 1991)	900 ptas.
N.º 85	El problema de la vivienda..... (Octubre-diciembre 1991)	900 ptas.
N.º 86	La animación de los mayores (Enero-marzo 1992)	1.000 ptas.
N.º 87	El futuro del mundo rural..... (Abril-junio 1992)	1.000 ptas.
N.º 88	Modernización económica y desigualdad social..... (Julio-septiembre 1992)	1.000 ptas.
N.º 89	Desarrollo y solidaridad..... (Octubre-diciembre 1992)	1.000 ptas.
N.º 90	Los movimientos sociales hoy (Enero-marzo 1993)	1.200 ptas.

PROXIMOS TITULOS

N.º 91	Europa, realidad y perspectivas (Abril-junio 1993)	1.200 ptas.
N.º 92	La investigación, acción participativa..... (Julio-septiembre 1993)	1.200 ptas.
N.º 93	El futuro que nos aguarda (Octubre-diciembre 1993)	1.200 ptas.



DOCUMENTACION SOCIAL

PUEDA LEER EN ESTE NUMERO LOS SIGUIENTES ARTICULOS:

Presentación.

La reconstrucción de las señas de identidad de los nuevos movimientos sociales.

El sentido de los movimientos sociales en la actualidad.

La estructura social y los movimientos sociales.

Los movimientos sociales, de la esperanza al desconcierto.

Otros movimientos sociales para otro modelo participativo y otra democracia.

La crisis de los movimientos sociales y asociacionismo de los años noventa.

Movimientos sociales urbanos en la periferia social: entre la integración y la segregación.

Los movimientos sociales y los problemas del poder.

Hacia una economía ecológica.

Los movimientos sociales, notas para una discusión desde Latinoamérica

Los movimientos de mujeres paradoja de los movimientos sociales.

Los campos de conflictividad en la España rural.

La política verde se ha de proponer tanto la cuestión de la supervivencia como la tarea de la emancipación social.

Sistema, Sociedad Civil y Movimientos Sociales.

Bibliografía.



DOCUMENTACION SOCIAL
San Bernardo, 99 bis, 7.º
28015 MADRID
teléfono 445 53 00



Índice